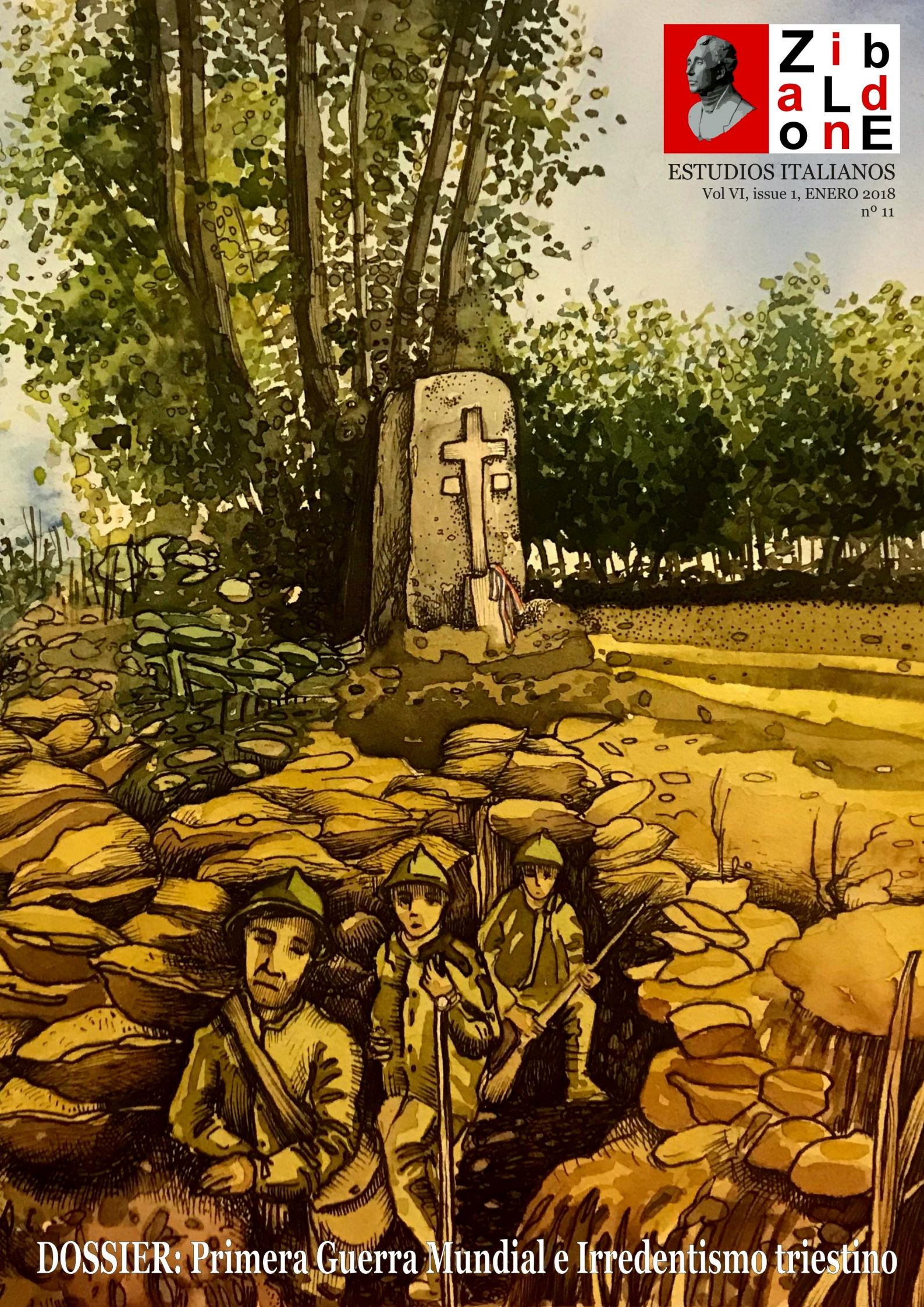




ESTUDIOS ITALIANOS

Vol VI, issue 1, ENERO 2018

nº 11



DOSSIER: Primera Guerra Mundial e Irredentismo triestino

Publicación semestral**Edita**

Asociación Cultural Zibaldone
C/ Santa Bárbara, 5
46111, Rocafort – Valencia

ISSN: 2255 - 3576

www.zibaldone.es



Los textos publicados en esta revista están - si no se indica lo contrario- bajo una licencia Atribución NoComercial Sin Obra Derivada 3.0 de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos y comunicarlos públicamente siempre que cite a su autor y el nombre de esta publicación, ZIBALDONE. ESTUDIOS ITALIANOS. No los utilice con fines comerciales y no haga con ellos obra derivada. La licencia completa se puede consultar en <<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>>.

DIRECTOR / EDITOR

Juan Pérez Andrés. Lic. Filología Anglogermánica e Italiana. Valencia, España

JEFE DE REDACCIÓN / EXECUTIVE EDITOR

Paolino Nappi. Doctor en Filología. Nápoles, Italia

CONSEJO DE REDACCIÓN / EDITORIAL BOARD

María Antonia Blat Mir. Lic. Filología Hispánica e Italiana. Valencia, España
Berta González Saavedra. Doctora en Filología Clásica y Linguística Indoeuropea
Giorgia Marangon Bacciolo. Dept. Ciencias del Lenguaje. Univ. Córdoba, España
Ivana Margarese. Doctora en Estudios Culturales. Palermo, Italia
Juan Francisco Reyes Montero. Licenciado en filología clásica. Univ. Cádiz, España
Adele Ricciotti. Doctora en Filosofía. Bolonia, Italia
Matteo Tomasoni. Lic. en Historia de Europa Contemporánea. Bologna, Italia
M^a Natalia Trujillo. Lic. Fil. Hispánica, Clásica y Francesa. Univ. La Laguna, España.
Massimiliano Vellini. Licenciado en Ciencias Políticas. Univ. Pavia, Italia

CONSEJO ASESOR / ADVISORY BOARD

Angela Albanese, Università di Modena, Italia
Michele Cometa, Università degli Studi di Palermo, Italia
Adriana Crolla, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina
Juan Carlos De Miguel, Dept. Filología Francesa e Italiana, Univ. Valencia, España
Paolo Fasoli, Dept. Lenguas Romances, Hunter College, Nueva York, EEUU
Paolo Puppa, Università degli Studi di Venezia, Italia
Gaetano Rametta, Università di Padova, Italia
Marina Sanfilippo, Dept. Filologías Extranjeras, UNED, Madrid, España
Giorgio Taffon, Università di Roma Tre, Italia
Salvo Vaccaro, Università di Palermo, Italia

ILUSTRADOR

Juan Díaz Almagro

ZIBALDONE. ESTUDIOS ITALIANOS (Nº11)
vol. VI, issue 1, enero 2018

DOSSIER: ITALIA IRREDENTA Y GRAN GUERRA

- 4 Gilles PÉCOUT
Por una historia de las representaciones del territorio: el mapa de Italia durante el siglo XIX
- 14 Renate LUNZER
Irredentismo italiano (1880 – 1914). Irredenti, irredentisti e irredenti irredentisti
- 26 Tancredi Artico
“Si va avanti, ma Trieste non si prende mai!”. L’irredentismo al battesimo del fuoco
- 38 Giorgio TAFFON
Un soldato-poeta tra poeti-soldati: Giulio Camber Barni scrive in trincea le poesie di La Buffa
- 51 Sergio CAMPAILLA
Las primeras interpretaciones de Michelstaedter (1910-1916)

TRADUCCIONES

- 63 Scipio SLATAPER
Trieste no tiene tradición de cultura (11 de febrero de 1909)
- 68 Angelo VIVANTE
Irredentismo adriático. Aportación a la discusión sobre las relaciones austro-italianas (fragmento, 1912)
- 77 Ruggero FAURO TIMEUS
Trieste. Italianos y eslavos. El gobierno austriaco. El irredentismo (fragmento, 1914)
- 82 Cesare BATTISTI
El Trentino italiano (1915)
- 95 Silvio BENCO
Momentos de la guerra del '14-'18 en Trieste (fragmento)

PICCOLO ZIBALDONE

- 101 Giuseppe MANITTA
Leopardi, Eminescu e gli sguardi affini
- 119 Marcella DI FRANCO
Scritture al femminile. Natalia Ginzburg
- 129 Sandro ABATE y Facundo MARTÍNEZ
Miguel Ángel Buonarroti: el homoerotismo distinguido

IL MESTIERE DI TRADURRE

- 143 Gerardo GIMONA
*Asomos de voz popular. A través (y a pesar) de Giuseppe Gioachino Belli
y Agustín García Calvo*

Por una historia de las representaciones del territorio: el mapa de Italia durante el siglo XIX

Towards a history of the representations of territory: the maps of Italy during the 19th century

Gilles Pécout

École Pratique des Hautes Études (EPHE), París, Francia
gilles.pecout@ens.fr

*Traducción del artículo publicado en: *Le mouvement social*, No. 200, L'histoire sociale en mouvement (Jul. – Sep., 2002), pp. 100-108.

Artículo recibido el 05/12/2017, aceptado el 05/12/2017 y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RIASSUNTO: El artículo pretende ver cómo la elaboración del mapa de Italia ha contribuido a “hacer a los Italianos”. El objetivo es mostrar que la historia de la cartografía y de los usos del mapa permiten concebir mejor los vínculos que se establecen entre la cultura científica y técnica (de los cartógrafos y de los topógrafos) en un contexto de educación de masas donde el contenido científico y preciso del mensaje es menos valioso que su eficacia directa en los circuitos de la propaganda.

Parole chiave: Cartografía; Historia; Mapa; Italia

]

ABSTRACT: *The article focuses on how the elaboration of maps of Italy has contributed to “do the Italians”. The objective is to show that the history of cartography and the uses of maps allow to conceive in a better way the links established between scientific culture and technical culture (of cartographers and surveyors) in a context of mass education where the scientific and precise content of the message is less valuable than its directly effectiveness within the propaganda circuits.*

Keywords: *Cartography; History; Map; Italy*

La historia cultural y política del mapa de Italia aún no ha sido escrita, pero la utilidad del campo es reconocida y los primeros cimientos ya fueron puestos (Sturani, 1998a, 1998b; Pécout, 2002). Al constatarlo no pretendemos reavivar la antífona que parece formar a la historiografía de Italia desde el siglo XIX, pues es costumbre repetir que el *Risorgimento* se autodefine como un proceso en curso e inacabado, y que los Italianos “aún deben hacerse a pesar de que Italia ya esté hecha”. Nuestro propósito es completamente diferente: ver cómo la elaboración del mapa de Italia ha contribuido a “hacer a los Italianos”, para mostrar que la historia de la cartografía y de los usos del mapa permiten concebir mejor los vínculos que se establecen entre la cultura científica y técnica (de los cartógrafos y de los topógrafos), la voluntad de inventariar del poder central y la pedagogía patriótica (de los hombres del *Risorgimento* y de sus herederos en la búsqueda de vectores de integración nacional), en un contexto de educación de masas donde el contenido científico y preciso del mensaje es menos valioso que su eficacia directa en los circuitos de la propaganda.

Esta problemática, relacionada con la circulación de saberes y con la articulación entre ciencia y pedagogía política, en una época en que implícitamente la imagen tiene más fuerza que lo escrito –en sociedades que aún son mayoritariamente analfabetas–, y que sobrepasa el horizonte exclusivo de la península itálica, permite cuestionar de forma general el estatus de las imágenes del territorio establecidas en el núcleo mismo de los procesos de politización y de integración nacionales de la Europa romántica, donde se construyen identidades nacionales que en buena medida se fundan sobre sistemas literarios y metafóricos en los que la “nación es ante todo *ilustrada*” (Thiesse, 1999, p. 185).

¿LA GEOGRAFÍA COMO GRADO CERO DE LA NACIÓN? Los estereotipos son resistentes y el historiador siempre debe enfrentarse a la masa monolítica de certezas que relegan la expresión cartográfica de la nación al nivel de imagen fútil o débil del territorio durante el siglo XIX. Certezas que poseen los actores y que en ocasiones también comparten los hombres de ciencia.

En primer lugar, la geografía aparece como el grado cero de la nación. Esto se cumple en los casos de diplomáticos y políticos europeos de la Santa Alianza que niegan la posibilidad de unión de los italianos en su propio territorio siguiendo la fórmula del príncipe de Metternich, según la cual Italia no sería más que una simple “expresión geográfica”. Precisamente a esta visión negativa y débil del territorio italiano se refiere Victor Hugo, con el fin de rechazarla, en aquel llamado que transmite a Mazzini para el despertar de Italia en 1856: “tenga siempre presente en el pensamiento la nota abominable de la diplomacia: *“Italia no es una nación, sino un término geográfico”* (A l’Italie, 26 de mayo de 1856; Hugo, 2002, p. 509). La imagen negativa tenía como corolario la constatación de la imposibilidad de la unidad geográfica y, por consiguiente, de la imposibilidad de la unidad política de la península; su necesario olvido, es decir, la idea que se debe construir la unidad nacional del país superando la expresión o la noción geográfica permite distinguir “reestructuraciones providenciales de Europa, que tienden a dar a las naciones su forma natural y necesaria” (*Le pape Pie XI*, 13 de enero de 1848; Hugo, 2002, p. 144).

Para los defensores del *Risorgimento* de Italia, la imagen del territorio, la geografía y la cartografía no se imponen instantáneamente como soportes naturales de la unidad nacional. Inicialmente el desmembramiento territorial aparece como una fatalidad. Por ejemplo, el poeta Foscolo, a pesar de su decepción por Napoleón, no

duda en declarar en 1814 que lo peor vendrá con la partida de los franceses: “Italia es un cadáver [...] y a veces escucho locos que sueñan con la manera de resucitarlo...” (cit. in Mascilli Migliorini, 1998, p. 119). El historiador Luigi Mascilli Migliorini hace de la imagen del cadáver un modelo historiográfico duradero para la Italia del siglo XIX, lo que sin lugar a dudas es una manera simple de recordar que existe, tanto para los diplomáticos, como para los políticos y poetas, un arsenal de representaciones geográficas y antropomórficas que, como si se tratara de un sueño piadoso, disminuyen o realzan la importancia de la recomposición de un espacio nacional similar a un organismo vivo. La imagen está tan enraizada en las mentalidades políticas que una vez más, en referencia a la famosa expresión geográfica, en 1895 el alcalde de Roma se congratula del camino recorrido frente a Francesco Crispi: “no fue sino hasta después de la brecha de *Porta Pia* que Italia dejó de ser una expresión geográfica para ser una nación unida” (Società Geografica italiana, 1896).

Encontramos un eco lejano de estas representaciones en la relectura de uno de los historiadores contemporáneos más importantes de Italia, Federico Chabod, quien ha estudiado y profesado la idea de la nación. Reconstituyendo la parábola de la nación que “de hecho cultural se convierte en hecho político”, él estima que lo relacionado con la representación geográfica de la nación no jugó un rol notable en este proceso (Chabod, 1995, pp. 88-89). Lo que él designa en francés en su texto como “*notion géographique*” es el equivalente exacto de la “expresión geográfica” de los enemigos del principio de las nacionalidades. Incluso quienes se interesaron por el territorio en términos políticos y simbólicos integraron las consecuencias de este canon interpretativo que distingue el estudio de la construcción nacional territorial de la observación de sus soportes geográficos y cartográficos, transformando estos últimos en argumentos discursivos estrictamente polémicos. En esta vía se encuentra el artículo recientemente publicado por Leonardo Rombai (1997) titulado “Italia como expresión geográfica...”, consagrado a desarrollos interesantes de la organización administrativa del territorio, pero que no se preocupa de la “expresión geográfica”, a la que sólo le concede un sentido metafórico negativo. No obstante, cuando la noción geográfica se convierte en expresión es porque se ha beneficiado de formas privilegiadas. Indagar sobre estas formas nos conducirá a superar la aporía de la geografía como grado cero de la nación y a trazar nuevas pistas.

HACER E INTERPRETAR EL MAPA DE ITALIA: PISTAS DE INVESTIGACIÓN. Según la distinción establecida por Daniel Nordman (1998), el territorio, más que el espacio, se encuentra en el centro de cuestionamientos sujetos a una “apropiación, a una dominación y (constituye) un problema militar, político, económico”. ¿Acaso el territorio de los Italianos fue precozmente constituido y, sobre todo, representado como el soporte de una nación lista para constituirse en Estado independiente y unificado?

Alberto M. Banti ha extraído de su análisis del discurso político y de la literatura “nacional-patriótica” de la primera mitad del siglo XIX un boceto nuevo del “*canone risorgimentale*” formado tanto de imágenes de la comunidad natural en torno a la sangre, a la familia y al sacrificio, como de presupuestos más voluntaristas de la pedagogía de la libertad y de la democracia heredadas de la Revolución francesa (Banti, 2000). La representación cartográfica de Italia, nación en búsqueda de Estado, obedece a una lógica similar, donde se encuentran elementos etno-lingüísticos invariables de orden comunitario, que a veces se encarnan en una teoría de las fronteras naturales. También existen en elementos ligados de forma más

directa al léxico y a los argumentos del derecho positivo de los pueblos a disponer de sí mismos. A partir de allí, dos pistas brindan al mapa su pleno sentido político de imagen compleja del territorio: el análisis de la fabricación del mapa como forma de la ciencia nacional y el estudio de la difusión de imágenes cartográficas pedagógicas en la Italia en formación.

Para los dos grandes congresos científicos italianos de 1844 y de 1846, el mapa topográfico de Italia es necesario para dar cuenta de una unidad que no existe aún en el plano político. Esta reivindicación se apoya sobre una verdadera política cartográfica de los gobiernos: en cada uno de los Estados que dividen a la península, existe un servicio topográfico o cartográfico plenamente eficaz durante la Restauración¹. De hecho, la cobertura cartográfica corresponde, primero, a imperativos militares, y después a la necesidad indisociable de cualquier soberanía de inventariar los recursos. Por eso sería interesante hacer una investigación sobre el medio de los ingenieros topógrafos, de los cartógrafos militares y civiles y de los teóricos, como la realizada por Silvana Patriarca sobre la estadística (Patriarca, 1996). Una doble pregunta deberá guiar tal investigación: en la base, primero, preguntarse en qué medida los diversos agentes de esta política cartográfica pertenecen al medio de los patriotas y participan de este movimiento de despertar nacional propio de las clases intermedias ligadas a la administración; en la cúspide, de otra parte, ver en qué y cómo los gobiernos de los Estados pre-unitarios que se oponen a todo deseo unificador de Italia, toleran un uso político de tales adquisiciones técnicas, reforzadas por aquellos que proclaman las virtudes de una ciencia nacional.

Desde entonces, como la historia y la literatura, la originalidad disciplinar de la geografía –contenido descriptivo, teórico y de aplicación técnica– requiere de un examen atento. La cartografía es una de las vías posibles de la investigación, cuya dificultad esencial es la necesidad de considerar al mismo tiempo la exposición científica sobre la forma de ordenar el territorio y su traducción concreta, es decir, la elaboración de un mapa según condiciones técnicas y sociopolíticas que en ocasiones se hallan alejadas de los presupuestos científicos.

Esta distancia aumenta aún más si se interroga el uso pedagógico del mapa. Lo que es válido para Italia es válido *a fortiori* en otros países como Francia, donde, por ejemplo, la carta nacional se encuentra omnipresente en la pedagogía cívica y política de la Tercera República. En Italia, se observa la difusión relativa de mapas de pequeña escala entre 1840 y 1870, que pueden representar el conjunto de la península y que marcan la conclusión del *Risorgimento* territorial. El inventario de este material de pedagogía política no se ha hecho y por tal razón los primeros sondeos efectuados resultan prometedores. A título indicativo, tres tipos de documentos revelan una gran riqueza.

Los mapas que ilustran diversas publicaciones constituyen el fondo principal. Es indispensable una tipología efectuada con la ayuda de los especialistas del libro para conocer la proporción de este tipo de imágenes del territorio en las obras científicas, de enseñanza general y militar, y de pedagogía política. Evidentemente los atlas deberán ocupar un lugar privilegiado en el corpus: antes de la Unidad, la presencia del nombre de Italia –que no corresponde a ninguna entidad política– como categoría natural, geográfica e histórica de los atlas universales es un factor

¹ Así, por ejemplo, el Corpo reale della Topografia dello Stato Maggiore en el Reino de Cerdeña en 1814, el Istituto geografico militare del Regno lombardo veneto heredero del depósito de la Guerra del Reino de Italia bajo dominación francesa, o el Ufficio del Granducato di Toscana creado en 1848.

importante de su uso ideológico como lo manifiesta esta leyenda de un atlas de 1820: “Italia conserva su antiguo nombre de Italia. E Italia está dividida en ocho soberanías principales” (Rossi, 1820, p. 83).

Un segundo conjunto de documentos está compuesto por aquellos cuya función esencial es responder a una demanda cartográfica autónoma en el momento de la difícil constitución de un mercado cultural geográfico en la Italia del siglo XIX (Gambi, 1973, p. 18). Observemos los grandes tipos de mapas entre 1815 y 1870, que sirvieron de mapas murales, o los que se reprodujeron como cuadros en edificios públicos. La mayoría tiene una rica iconografía anexa: las leyendas están adornadas de cartuchos en los que aparece la alegoría clásica de Italia como una mujer coronada de torres, la *Italia turrita* (Pécout, 1998), junto al dibujo de las grandiosas ruinas de Roma o de las bellezas de Venecia (Mapa 1).

Por último, ¿existiría un tipo de mapa de pequeña escala cuyo propósito exclusivo sería ejercer una propaganda política directa? En una palabra, ¿tendría el mapa su lugar en el volante político o en los opúsculos electorales que se difunden durante el *Quarantotto*, por ejemplo, o en las campañas para los plebiscitos de 1860-1861? Aquí están algunos raros pero significativos ejemplos de mapas de serie que tienen como única ambición remplazar un discurso político. Como el plegable que representa una península sin fronteras políticas interiores precisas que posee como título genérico la fórmula mágica *Italia* y un medallón con el retrato bondadoso del Papa Pio IX (Mapa 2): testimonio directo de la propaganda neo-güelfa de los partidarios de Gioberti que conciben la unidad de Italia bajo la autoridad del santo padre, coronado aún de su reputación liberal.

En ocasiones, el trazado de las fronteras es falsificado por exceso o por omisión, como cuando, por ejemplo, se olvidó hacer figurar la frontera del Lacio pontifical como si el Papa hubiese abdicado su poder temporal en todos los niveles. El mapa de Italia como mapa alternativo, equivocado o incompleto, espera su historia, que debe tener en cuenta esta advertencia: “un mapa no puede ser definido ni por su exactitud ni por su estatuto referencial [...]. Es sólo por referencia a un saber externo a una convención admitida socialmente, a un modelo memorizado, a una concepción normativa de la realidad que se puede distinguir uno del otro” (Jacob, 1992, p. 31).

Aunque el momento presente requiera más de proyectos que de balances, lo poco que se sabe del mapa de Italia durante el siglo XIX indica la necesidad de trazar futuras rutas de investigación sobre la representación del territorio como forma de anticipación a las realidades políticas. Estudiar el mapa de la nación italiana que se proclama Estado y comunidad ancestral, es seguir de una manera novedosa el proceso clásico que sugiere que “tener una nación no es un atributo natural de la humanidad, aunque así se conciba en la actualidad” (Gellner, 1989, p. 18).

El mapa asume un papel de suma importancia en la transmisión mítica y a veces falsificada de la continuidad geográfica (¿en ocasiones no encontramos a Córcega entre las Islas italianas?), histórica y etno-cultural antes de la Unidad italiana. A pesar de eso, la pedagogía sabe utilizar las herramientas más científicas y técnicas de la representación del territorio, y la geografía logra convertirse en uno de los fundamentos de la ciencia nacional a mediados del siglo. Sin embargo, a pesar de estas dos vertientes, una de carácter más literario y la otra de carácter decididamente científico, se tiene que constatar que la representación cartográfica de Italia no goza sino de un lugar discreto en la pedagogía patriótica post-unitaria, desde 1870 hasta la época fascista, como si, una vez proclamada la unidad territorial del nuevo Estado-nación, el mapa perdiese sus virtudes patrióticas. Con todo, las consignas oficiales no

faltan, ni tampoco las circulares pedagógicas que incluso imponen el mapa como material didáctico obligatorio hacia el fin de la década de 1880.

La hipótesis final de estas reflexiones sería que el mapa y la representación geográfica y discursiva de las fronteras de Italia se basarían sobre todo en una cultura ligada a la guerra. Primero, la guerra de la epopeya *risorgimentale*, en una dinámica que la sitúa como el único medio eficaz para hacer corresponder el Estado moderno e independiente con el territorio ancestral y a veces mítico llamado Italia desde la Antigüedad; y, más allá, el irredentismo en una visión más conflictiva y marginal que se esfuerza por hacer del mapa un objeto de reivindicación polémica. Para ilustrar estas dos dimensiones, tengamos en cuenta las nuevas y esclarecedoras investigaciones que realizan comparaciones con la situación de Francia, Alemania o Grecia, donde sabemos que el mapa de pequeña escala es un sólido vector de la evolución de la cultura nacional y un testimonio seguro de sus ambigüedades.

Traducido por Daniel Emilio Rojas

Maître de conférences, Université de Grenoble Alpes
daniel.rojas@univ-grenoble-alpes.fr

Referencias bibliográficas:

- Banti, A. M. (2000). *La nazione del Risorgimento. Parentela, santità e onore alle origini dell'Italia unita*. Turín: Einaudi.
- Chabod, F. (1995). *L'idea di nazione* (7ª ed.). Roma-Bari: Laterza.
- Gambi, L. (1973). *Una geografia per la Storia*. Turín: Einaudi.
- Gellner, E. (1989). *Nations et nationalismes*. París: Payot.
- Hugo, V. (2002). *Œuvres complètes de Victor Hugo. Politique*. París: Laffont.
- Jacob, C. (1992). *L'empire des cartes. Approche théorique de la cartographie à travers l'histoire*. París: Albin Michel.
- Mascilli Migliorini, L. (1998). Immagini dell'Italia risorgente. *Geographia antiqua. Rivista di geografia storica del mondo antico e di storia della geografia*, 7, 115-122.
- Nordman, D. (1998). La méditerranée dans la pensée géographique française (vers 1800-vers 1950). En C. Guillot, D. Lombard & R. Ptak (eds.), *From the Mediterranean to the China Sea. Miscellaneous Notes* (pp. 1-20). Wiesbaden: Harrasowitz Verlag.
- Patriarca, S. (1996). *Numbers and Nationhood. Writing Statistics in Nineteenth-Century Italy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pécout, G. (1998). Les représentations officielles de l'Italie nouvelle au XIXe siècle. En C. Charle, J. Lalouette, M. Pigenet & A. M. Sohn (eds.), *La France démocratique. Mélanges offerts à Maurice Agulhon* (pp. 457-467). París: Publications de la Sorbonne.
- (2002). La carta d'Italia nella pedagogia politica del Risorgimento. En A. M. Banti & R. Bizzochi (eds.), *Immagini della nazione nell'Italia del Risorgimento* (pp. 69-87). Roma: Carocci.
- Rombai, L. (1997). L'Italia come espressione geografica. Stato e autonomie locali dopo l'unificazione nazionale. En S. Bertelli (ed.), *La chioma della vittoria. Scritti sull'identità degli italiani dall'Unità alla Repubblica* (pp. 37-52). Florencia: Ponte alle Grazie.
- Rossi, L. (ed.). (1820). *Nuovo Atlante di geografia universale in cinquantadue carte*. Milán: Batelli e Fanfani.
- Sturani, M. L., (1998a). “I giusti confini della nazione”. La rappresentazione cartografica della nazione. *Contemporanea. Rivista di storia dell'800 e del '900*, I(3), 427-446.
- (1998b). La rappresentazione dell'Italia nella cartografia a piccola scala. En M. Firpo, N. Tranfaglia & P. G. Zunino (eds.), *Guida all'Italia contemporanea*, (vol. II, pp. 561-568). Milán: Garzanti.
- Società Geografica Italiana (1896). *Atti del Secondo Congresso geografico italiano, Roma, 22-27 settembre*. Roma: Civelli.
- Thiesse, M. (1999). *La création des identités nationales. Europe XVIIIe-XXe siècles*. París: Le Seuil.

Apéndices:

Mapa 1 – Nuova Carta d'Italia, Milán, Pagnoni, 1868 (Museo Civico del Risorgimento, Bologna)



Nuova carta d'Italia, Milan, Pagnoni, 1868.

Mapa 2 - Museo del Risorgimento de Roma: M.C.R. – I.S.R.I., Cole. Ved. 4 a (91), 1847



L'Italia, I.S.R.I.-M.C.R., ved-4a, 1847.

Irredentismo Italiano (1880 – 1915). Irredenti, irredentisti e irredenti irredentisti

Italian irredentism (1880-1915). Unredeemed, irredentist and unredeemed irredentist

Renate Lunzer

Università di Vienna (Austria)

renate.lunzer@univie.ac.at

Artículo recibido el 23/12/2017, aceptado el 10/01/2018 y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RIASSUNTO: Dopo una breve spiegazione del termine e del fenomeno storico “irredentismo italiano” l’articolo verte sul concetto della “redenzione” nel senso politico e (pseudo) religioso. Sacerdote e cantore più efficace di questa fascinosa ambiguità risulta Gabriele D’Annunzio, che saldò il mito nazionale con quello soteriologico. Uno sguardo sulle città simbolo dell’irredentismo, Trento e Trieste, si arresta su due figure di spicco o, se si vuole, due martiri: Guglielmo Oberdan, attentatore senza attentato a Francesco Giuseppe, e Cesare Battisti, protagonista di una vera tragedia tra socialismo internazionale e interventismo guerriero del 1915. Voci di intellettuali e scrittori italiani e austriaci accompagnano le varie vicende del movimento irredentista italiano anche oltre il 1918, fino all’irredentismo inverso dei sudtirolesi degli anni 1960/70. Infine si commemora una politica che ha il coraggio di non credere in “redenzioni” e di contentarsi del “parecchio” che si ottiene senza spargimento di sangue.

Parole chiave: Irredentismo italiano; Redenzione; Trento; Trieste; Gabriele D’Annunzio

]

ABSTRACT: *After a brief explanation of the term and the historical phenomenon known as “Italian irredentism”, the article deals with the concept of “redemption” in a political and (pseudo) religious sense. Effective priest and singer of this charming ambiguity is Gabriele D’Annunzio, who settled the national myth with this curse. The glance to the cities symbol of irredentism, Trento and Trieste, focuses on two prominent figures or, if we want to, two martyrs: Guglielmo Oberdan, bomber without an attempt on Franz Joseph I, and Cesare Battisti, protagonist of a real tragedy between international socialism and war interventionism in 1915. Voices of Italian and Austrian intellectuals and writers accompany the various events of the Italian irredentist movement, even after 1918, till the opposite irredentism of South Tiroleans in the ’60 and ’70. Finally, it commemorates a policy that has the courage to disbelieve concepts such as “redemption” and to accept the “parecchio” obtained without bloodshed.*

Keywords: *Italian irredentism; Redemption; Trento; Trieste; Gabriele D’Annunzio*

1. PRELIMINARI. Un'attenta analisi dell'irredentismo italiano, fenomeno di lunga durata, che va approssimativamente dal 1866 fino al 1915, l'anno dell'entrata dell'Italia nella Prima guerra mondiale¹, dovrebbe tener ben conto delle sue varie correnti e trasformazioni politico-ideologiche, della sua duplice struttura, pubblica e clandestina, dovrebbe infine distinguere tra l'azione entro le frontiere del regno italiano e quella condotta dai cosiddetti irredenti residenti nell'ambito della monarchia asburgica. Il mio breve saggio non può costituire una tale analisi, ha comunque presente la differenza tra "irredenti" (cioè abitanti di territori non ancora congiunti con la madre patria), "irredentisti" (cioè persone che promuovono – per vari motivi – l'irredentismo) e "irredenti irredentisti" (cioè abitanti di territori "irredenti" di fede irredentista).

Irredentismo fu chiamato un indirizzo e un movimento politico-culturale che tendeva a veder riuniti nello stato unitario italiano territori e popolazioni rimasti soggetti all'Austria, ma ritenuti per ragioni etniche e culturali facenti parte della nazione italiana. L'uso del termine è stato poi esteso, per analogia, ad altri casi, non-italiani, di completamento nazionale. Dopo le guerre d'indipendenza contro l'Austria e la conseguente cessione della Lombardia (1859) e del Veneto (1866) all'Italia le terre rivendicate dagli irredentisti erano: il Trentino, il Litorale austriaco con Trieste, Gorizia-Gradisca e l'Istria, nonché (occasionalmente) Fiume e la Dalmazia con Zara. Tuttavia in queste terre vivevano non solo italiani, bensì tedeschi, ladini, sloveni, croati e ungheresi. Solo nel Trentino la popolazione di lingua e civiltà italiana formava un insediamento fortemente maggioritario. Dopo il 1866 il gruppo italiano rimaneva, con complessivamente circa 700.000 mila appartenenti, la nazionalità meno numerosa della monarchia asburgica mantenendo nondimeno un'influenza superiore al proprio peso numerico, determinata dal riconoscimento pieno del suo carattere di "Kulturnation"².

Trento e Trieste erano le città simbolo dell'irredentismo. Adattissimo come slogan propagandistico questo binomio riassume le aspirazioni principali del movimento irredentista senza distinguere tra due entità essenzialmente diverse: si imprimeva come automatismo nella coscienza collettiva degli italiani creando "confusione nel pubblico (e non nell'inculto soltanto) che crede Trento e Trieste unite da un ponte o separate da un fiume" (Vivante, 1984, p. 218). Riportiamo due testimonianze antitetiche a proposito; la prima è del Poeta Vate Gabriele d'Annunzio, la seconda, molto lapidaria, del socialista triestino Angelo Vivante.

Dunque, D'Annunzio, Ode "Alla memoria di Narciso e Pilade Bronzetti", 1900:

Non piangere, anima di Trento ...
Dimentica il male, se puoi.
Non fare lamento.
La tua madre non t'abbandona:
ha il cuore profondo.

Non fare lamento ...
Trieste come te perduta,

¹ Escludiamo dalle nostre considerazioni, in quanto focalizzate sulla lotta contro l'Austria, l'immediato dopoguerra, quindi l'impresa di Fiume e la questione dalmatica, vuol dire la congiunzione diretta fra irredentismo e fascismo.

² Sugli italiani nella monarchia asburgica cfr. Corsini (1980, pp. 839-879).

come te perduta
 l'Istria, alla mercé del nemico
 le porte d'Italia, ottenuta
 Venezia con man di mendico,
 laggiù laggiù sola su l'Adria
 la macchia di Lissa, l'infamia,
 tutta l'onta...
 Ribeviti il tuo pianto amaro.
 Prepara in silenzio gli eroi
 (D'Annunzio, 1952, p. 368).

E Vivante:

'Trento-Trieste': le due sorelle siamesi della retorica tradizionale
 (Vivante, 1984, p. 1).

2. APPUNTI SUL CONCETTO DELLA "REDENZIONE". Pare che sia stato il fuoruscito triestino, garibaldino e repubblicano Matteo Renato Imbriani ad usare, per la prima volta, il sintagma "terre irredente", giurando fedeltà alla causa triestina davanti alla bara di suo padre e in presenza di alcuni delegati triestini. In ogni caso Imbriani fondò, nel 1877, insieme al generale garibaldino Giuseppe Avezzana l'"Associazione in pro dell'Italia irredenta" che venne sostenuta da Giuseppe Garibaldi, Felice Cavallotti, Giosuè Carducci e altri patrioti ed ex-garibaldini. Con il sintagma "terre irredente" Imbriani coniò una formula destinata ad avere uno straordinario successo in un paese come l'Italia il cui processo di unificazione si era interrotto dopo il 1870 e che non aveva, dunque, raggiunto la "salvezza" nazionale. Peraltro il fondersi (e confondersi) del discorso politico e religioso aveva già dato vigore morale al pensiero e all'azione di Mazzini.

Fu proprio Mazzini a costruire – in un accorato articolo dell'agosto 1866³ contro l'accordo di pace firmato a Vienna ritenuto da lui disonorevole – il nesso programmatico degli obiettivi territoriali del Trentino e delle terre sull'Adriatico orientale. Programma più tardi sintetizzato nello slogan "Trento e Trieste" che divenne la parola d'ordine per l'intervento dell'Italia nella Prima guerra mondiale. Visto che l'acquisizione delle terre nord-orientali era difficilmente proponibile sulla base del solo principio di nazionalità, dato il loro carattere pluri-etnico, Mazzini lasciò confluire nella sua impostazione anche valutazioni strategiche, considerazioni geografiche e reminiscenze letterarie, insomma, si può dire l'intero sistema argomentativo di cui si sarebbe servito l'irredentismo nei decenni a venire. Ha probabilmente ragione lo storico Angelo Ara (1987, p. 164) se considera le dichiarazioni di Mazzini del 1866 come la data di nascita dell'irredentismo italiano, sebbene non parlino esplicitamente di "redenzione".

Non mi risulta che sia mai stata elaborata una teoria della "redenzione". Si tratta piuttosto di un intreccio rizomatoso di concetti e metafore (pseudo-)religiose che alimentavano la dinamica emozionale di un movimento nazionale; la fascinosa ambiguità di una siffatta terminologia, atta ad essere recepita in tutte le sue sfumature dagli italiani, socializzati in un ambiente profondamente improntato al cattolicesimo, raggiunse le vette della bravura artistica, anche se prettamente blasfema, nelle orazioni guerrafondaie di Gabriele d'Annunzio durante il "maggio radioso" del 1915.

³ L'articolo apparso il 25 agosto 1866 sull'*Unità Italiana* si trova ora in G. Mazzini (1940, pp. 15-22).

Redemptio nel senso proprio significa il pagamento di un riscatto, nel latino classico anche liberarsi con altri mezzi da ciò che opprime. Nella trasposizione religiosa (e politico-religiosa) il termine si riferisce alla condizione umana considerata sotto un aspetto negativo: l'uomo si trova – perduto un originale stato ideale – in una condizione di sofferenza, anormalità, peccato dalla quale deve essere salvato. All'irredentismo, viste le vicende storiche italiane, non riusciva facile specificare meglio quel passato felice, palese era invece lo stato presente di infelicità: la coscienza dolorante del Risorgimento incompiuto e tradito, l'onta delle sconfitte militari, i fratelli "irredenti" rimasti sotto il "giogo" austriaco ("Trieste [...] perduta, perduta l'Istria, [...] ottenuta Venezia con man di mendico, laggiù laggiù [...] la macchia di Lissa, l'infamia" lamentò il Poeta Vate nella succitata ode). Donde la necessità di una "espiazione", compiuta mediante gesti purificatori quale la morte cruenta. Perciò vediamo l'iconografia dei miti soteriologici dominata dagli strumenti di martirio e dal sangue sparso generosamente. Spesso l'azione purificante consiste nell'autosacrificio (classico: il caso Oberdan, su cui cfr. infra), la variante aggressiva si rivolta contro gli "impuri" altri – "la horde hideuse" dei germanici, sempre il Vate D'Annunzio nell'*Ode pour la résurrection latine*, 1913 (1952, p. 1003). Il redentore è sovente un Uomo-dio, un θειος ανηρ, il cui ricordo si celebra nell' "eucaristia" (ennesimo anniversario del martirio – le commemorazioni della morte dell'attentatore triestino Oberdan erano occasioni di manifestazioni nazionali e antiaustriache nel Regno finché furono vietate nel 1886), ma il soggetto soteriologico può esser anche collettivo (qui l'irredentismo sconfinava nell'interventismo). Comune ai vari modelli della redenzione è la struttura temporale scaglionata: l'atto salvifico non coincide quasi mai con il subentrare dello stato di salvezza. Ne consegue, per colmare lo iato del tempo, il bisogno del rinnovo della redenzione-atto ("Il martirio non è sterile mai", commentava Giuseppe Mazzini (1844, p. 75) alla notizia della fucilazione dei Fratelli Bandiera, "il martirio per una Idea è la più alta formola che l'Io umano possa raggiungere [...] I sacrificati in Cosenza [...] hanno provato al mondo che gl'Italiani sanno morire").

Alla vigilia del primo conflitto mondiale D'Annunzio saldò, nella famosa *Orazione per la Sagra dei Mille*, il ponte connotativo tra il mito nazionale e il mito cristiano, tra Garibaldi, Cristo e se stesso, Arcangelo Gabriele e Redentore insieme, Annunziatore della resurrezione patria. L'immanità di questa autoesaltazione si rispecchia nello sdegnoso e lucidissimo commento di Romain Rolland, che annota nel diario, sotto l'8 maggio del 1915:

Cet homme, qui est le mensonge littéraire incarné, ose se poser en Jésus! Il joue Jésus, et refait le Sermon sur la Montagne, pour exciter l'Italie à violer ses traités et à faire la guerre à ses alliés d'hier: "... Bienheureux les jeunes qui sont affamés et assoiffés de gloire, car il seront rassasiés! [...] Bienheureux ceux qui ont le coeur pur: bienheureux ceux qui reviennent avec la victoire..." etc. Cette infâme comédie soulève naturellement l'enthousiasme des deux tiers de l'Europe. Les hommes ne savent même pas ce qu'est la vérité. On ne peut dire qu'ils la trahissent. Ils vivent dans l'équivoque perpétuelle. Les mots leur tiennent lieu de sentiments vrais. Quant à d'Annunzio, sa personnalité n'existe pas. Il est un conglomerat de pastiches. Il refait l'Évangile, comme un discours latin (Rolland, 1952, pp. 352-353).

All'*Orazione* di Quarto seguirono i discorsi romani con i quali D'Annunzio s'impadronì totalmente della piazza e si scagliò contro il neutralista ex-presidente del consiglio Giovanni Giolitti, "le seul homme qui tente de s'opposer au délire

public” (ivi, p. 365)⁴, al punto di incitare al suo linciaggio. La violenza inaudita del linguaggio – il poeta, Sacerdote della religione patria a Quarto seppes lestantemente trasformarsi in Tribuno della plebe a Roma – e la polemica antisistema delle invettive contro Giolitti sono notevoli storicamente, anche perché fornirono molti moduli sia di persuasione che di azione al fascismo.

3. IL COMPLESSO OBERDAN. Tornando alla storia dell’irredentismo di matrice mazziniana va detto che dopo il 1870 il nuovo Stato italiano era impegnato a consolidare le proprie strutture interne e per il momento poco proclive ad avventure nel campo di politica estera. Parlare delle terre irredente rimaneva appannaggio di frange rumorose ma poco influenti della sinistra mazziniana o radicale, di ex-garibaldini e della sparuta colonia dei fuorusciti (questi, che rappresentavano l’ossatura del movimento, erano per lo più disertori dell’esercito austriaco fuggiti in Italia in occasione delle guerre del Risorgimento o esponenti della borghesia intellettuale come il dalmatino Seismit-Doda, ministro delle finanze nel governo Crispi, il già menzionato Imbriani, o il triestino Salvatore Barzilai, esponente di rilievo della massoneria. Sebbene quindi l’Italia ufficiale prendesse le distanze dagli irredentisti – il primo ministro Agostino Depretis chiamò le aspirazioni su Trento e Trieste “des vieux cancans” (Mack Smith, 1998, p. 175) – la sinistra al governo manifestava talvolta un’ambigua tolleranza nei loro confronti. Quando nel 1878 (Congresso di Berlino) la Bosnia Erzegovina venne ceduta in amministrazione alla monarchia asburgica senza alcun compenso per l’Italia, scoppiarono in Italia una serie di dimostrazioni irredentiste. Negli ambienti garibaldini si pensò anche all’azione diretta, e il generalissimo stesso, nel 1878, preparò piani molto particolareggiati per un attacco contro Trento e Trieste collegando la possibilità di una sollevazione delle terre irredente a quella delle popolazioni bosniaco-erzegovinesi. Il settantunenne Garibaldi promise di intervenire in questa “suprema guerra, anche se fosse [...] necessario legarlo al suo cavallo” (cit. in Alexander, 1978, p. 38). Era naturalmente una completa mistificazione della situazione reale, e lo stesso Garibaldi ammetteva poco dopo di aver sopravvalutato il potenziale insurrezionale degli irredenti. La fuga dello studente triestino Guglielmo Oberdan (*recte* Wilhelm Oberdank) in Italia sembra comunque ispirata da Garibaldi che invitava i giovani alla diserzione dalla coscrizione per la Bosnia. Arrivato a Roma Oberdan si schierò con altri giovani giuliani intorno all’Imbriani e all’avvocato triestino Aurelio Salmona. Nell’ottobre 1878, in occasione dell’Assemblea delle associazioni irredentiste a Forlì, Imbriani propose la formazione di una falange di avanguardia pronta a tutto e votata alla morte. Oberdan fu tra i primi a iscriversi. Si continuava a cospirare e a complottare, anche se registrati diligentemente dalla polizia italiana che collaborava con quella imperialregia e che aveva cominciato ad interessarsi al giovane fuoruscito triestino. Quando nel 1882 l’Italia stipulò l’alleanza con gli Imperi centrali ovvero la Triplice e quando i progettati festeggiamenti per il 50° anniversario della “dedizione” di Trieste alla Casa d’Austria ebbero creato nei circoli irredentisti la convinzione che una risposta fosse necessaria, era venuta l’ora di Oberdan. Arrestato sulla via per Trieste dove avrebbe attentato a Francesco Giuseppe venne condannato a morte per alto tradimento e diserzione e impiccato nella Caserma Grande di Trieste.

⁴ Cfr. anche Alberto Asor Rosa (1975, p. 1322), che definisce Giolitti “autore dell’ultima resistenza parlamentare contro la guerra”.

Non è qui il luogo per riflettere più approfonditamente sulla torbida vicenda del malinconico, impacciato eroe irredentista a proposito del quale non si può evitare la domanda se fosse veramente quel martire purissimo come lo vollero i suoi agiografi (chi lanciò la bomba micidiale nel Corso triestino il 2 agosto 1882? Gli indizi che gliene attribuivano la responsabilità non furono considerati sufficienti a una condanna anche per questa imputazione⁵.) Non ci sono comunque dubbi che Oberdan, figura tardo-romantica e contraddittoria, figlio illegittimo di una domestica slovena, fu in larga misura una vittima, non solo della sua follia auto-sacrificale, ma in primo luogo della propaganda irresponsabile di quei circoli irredentisti che incitavano con promesse infondate le giovani reclute austro-italiane a disertare: “Ai monti ai monti! Trentini, Triestini, Istriani, Goriziani [...] dai superbi figli delle montagne [...] imparate [...] come si debellano i [...] tiranni”, proclamò il settantunenne Garibaldi (cit. in Alexander, 1978, p. 38). Inoltre fu vittima dell’ottusità umana e cecità politica delle autorità militari austriache; che condannarono a morte, nonostante le proteste internazionali, un ragazzo che non era neanche arrivato sul luogo dell’ipotetico attentato e che esibiva durante il processo un comportamento assurdamente provocatorio e autolesionista. Egli non poté o non volle uccidere Francesco Giuseppe, ma con il suo atto di espiazione (“cancellare le vergogne della presente generazione”, disse nel “testamento”⁶; ivi, p. 87-89), inefficace nell’immediato, efficacissimo a lungo andare, riuscì a santificare la causa di Trieste irredenta e dell’irredentismo in genere⁷; riuscì altresì a trovare una soluzione alla sua *accidia*: “Nel famoso ‘getterò il mio cadavere fra l’Imperatore e l’Italia’ fu davvero disperazione pura, protesta metafisica [che] non sembra rivoltarsi più in definitiva né contro la tiepida Italia, né contro l’Austria odiata”, scrisse Enzo Bettiza nel 1966 in un memorabile articolo sul *Corriere della Sera* (Bettiza, 1966). Che l’irredentismo assumesse la funzione di collegare le aspirazioni unitario-politiche alla palingenesi morale della nazione risulta anche troppo chiaramente dai commossi elogi di Oberdan usciti dalla penna di Carducci. Il poeta, che fu pure a capo del comitato per le onoranze al martire triestino e scagliò le sue violente invettive contro l’“impiccatore” Francesco Giuseppe, condivideva la disillusione di tanti uomini della sua generazione rispetto alle speranze grandiose proiettate sull’Italia unita all’epoca delle guerre risorgimentali. Sicché, mentre i movimenti rivoluzionari repubblicani ed estremisti fomentavano e strumentalizzavano ampiamente il culto di Oberdan, l’Italia ufficiale praticò, per tutta la durata della Triplice, una specie di *damnatio memoriae* nei suoi confronti, rispolverando il suo fantasma solo nel 1914/15, quando servì come portabandiera agli interventisti. Ma già partendo dall’inizio del secolo il movimento nazionalista e il dannunzianesimo politico si erano impossessati massicciamente delle istanze irredentiste portando il problema delle popolazioni italiane soggette all’Austria nel centro di una politica estera espansionista e guerrafondaia.

⁵ In una memoria affidata a Francesco Salata nel 1923, Salomone Morpurgo affermava che la bomba venne effettivamente lanciata da Oberdan. Lo studio di Salata *Guglielmo Oberdan secondo gli atti segreti del processo* è ancora oggi il più completo e pregevole soprattutto per la parte documentaria e bibliografica (Salata, 1924, pp. 341-596).

⁶ Il cosiddetto “testamento politico” di Oberdan, datato Udine settembre 1882, è un documento di dubbia autenticità (cfr. Alexander, 1987, p. 88); esprime comunque bene lo spirito del giovane repubblicano pronto all’azione immediata.

⁷ Tale fenomeno venne registrato persino in una nota della polizia di Trieste, che rilevava come si fosse creato nel “Santo Oberdan l’oggetto di venerazione degli irredenti” (Salata, 1924, p. 335).

Nel dicembre 1914, lo scrittore capofila dell'avanguardia triestina, Scipio Slataper, passato in Italia e trasformatosi da “irredentista culturale” in interventista, anche se “di particolare nobiltà morale” (Mutterle, 1965, p. 175), commemorò l'anniversario della morte di Oberdan che da sempre aveva esercitato su di lui un fascino contagioso; vide in lui l'eroe mazziniano, puro e cristiano, l'antidoto generoso alla Trieste antiutopica e bottegaia: “Tutta una storia senza sangue pesa [sic] su Trieste. L'equilibrio, la prudenza [...] è stata per secoli la ragion d'essere di Trieste” (Slataper, 1914) – come se questo realismo fosse una colpa e come se la gloria di una comunità umana si dovesse misurare con l'abbondanza del sangue sparso. A questo punto Slataper fu investito pienamente dal mito di Oberdan e della violenza rigeneratrice. Lo stesso Slataper che in anni passati, sotto l'influsso dello storicismo socialista di un Angelo Vivante, aveva analizzato con perspicacia il dilemma dell'anima triestina, scissa e oscillante tra utilitarismo austriacante e irredentismo dannoso. Lo stesso Slataper che aveva proposto soluzioni tutt'altro che irrazionali per consolidare l'italianità di Trieste⁸: raggiungere, cioè, una dimensione autonoma dell'identità culturale che non dovesse necessariamente coincidere con l'identità politica. Polemizzando con tutti gli “irredentismi attuali”, da quello repubblicano a quello imperialista, ritenuti economicamente pericolosi come “la scure sulle radici” (Slataper, 1954, p. 137), contraddittori e menzogneri, contrappose loro quello culturale:

Irredentismo culturale. È l'irredentismo [...] che i socialisti affermarono per la prima volta, negando l'importanza dei confini politici. Noi non neghiamo l'importanza dei confini politici; ma sentiamo fermamente che non contengono la patria. [...] Noi, è inutile negare, viviamo internazionalmente; e fra un tedesco intelligente e un italiano sciocco, preferiamo il tedesco. In un certo senso [...] è già compiuta la confederazione dei popoli (ivi, p. 103).

La città doveva rinunciare alle tendenze separatiste e adempiere al suo compito storico di diventare un centro autonomo di cooperazione internazionale, “crogiolo e propagatore di civiltà, di tre civiltà” (ivi, p. 168).

Per quanto influenzato da Angelo Vivante (e quindi dal programma austro-marxista del Congresso di Brno del 1899, che affrontò la questione delle nazionalità come un problema culturale e amministrativo), Slataper rifiuta l'idea materialista della lotta di classe, perché essa non considera “la lotta nazionale che è lotta di civiltà”, conflitto, secondo lui, naturale e buono, come è buona “la polemica continua della vita” (ivi, p. 151). Essendo la nazione per Slataper una “compatta, integra tradizione di civiltà” (ivi, p. 149), indivisibile nei suoi elementi, egli ne fa derivare la giustificazione della lotta *tout court*, che comunque per ora gli si configura in forme spirituali, nella “serena concorrenza” (ivi, p. 160) del confronto culturale, per il quale Slataper esige la parità dei diritti. Staffila quindi l'irredentismo giuliano per la sua dissimulazione della realtà slava e intravede nell'imperialismo una strategia della decadenza della grande civiltà italiana che per paura “vorrebbe imbarbarirsi per sanificarsi” (ivi, p. 157). Dalle considerazioni di Slataper, non sempre coerenti, emerge tuttavia chiaramente la sua concezione agonistica della vita che successivamente gli avrebbe consentito di passare all'interventismo.

⁸ Mi riferisco ai due articoli di fondo di Slataper nei numeri speciali de *La Voce* del 8 e 15 dicembre 1910, dedicati all'irredentismo, nonché all'articolo “L'avvenire nazionale e politico di Trieste” (*La Voce*, 30 maggio e 6 giugno 1912) e “Il momento attuale dell'Austria” (*La Voce*, 12 dicembre 1912)

Mentre l'ingegnoso Scipio, autore de *Il mio Carso* (1912), nel 1913 tentava ancora di elaborare con l'aiuto di alcuni amici "vociani" il suo ardito progetto di "irredentismo culturale" per una Trieste "osservatorio d'Italia, aperto a tutte le correnti europee" (Stuparich, 1948, p. 61), lo scoppio della guerra pose fine alle loro herderiane ambizioni. Slataper diventò, con un voltafaccia troppo brusco per essere razionale, un convinto sostenitore dell'intervento. Il suo concetto della lotta come motore della storia e la tragica convinzione che nulla fosse veramente posseduto se non a prezzo di sangue, rendono tuttavia comprensibile la pubblica riconciliazione con il suo concittadino e nemico dichiarato Ruggero Timeus "Fauro", esponente di punta del più becero irredentismo-nazionalismo di impronta imperialista. Dimenticate erano le invettive anonime sull'*Idea Nazionale*⁹, con le quali Fauro aveva sferzato i tentativi di apertura interculturale di Slataper, dimenticata la sfida a duello. Mentre Slataper nel suo pamphlet *Confini orientali* del 1915 tracciava "nettamente, per quanto ingenuamente" il programma massimo "del nazionalismo italiano per almeno trent'anni successivi" (Mutterle, 1965, p. 181), Fauro in nome di tutti gli "irredenti" del binomio "Trento-Trieste" gridava guerra "per l'avvenire di gloria" della madre Italia "sulle Alpi e sul mare" (Fauro, 1929, pp. XLIII-XLIV). Considerando compatibile l'umanitarismo con l'interventismo Slataper approda a un'ideologia della guerra-religione che si presta a "identificarlo in un Cristo laico proteso al sacrificio catartico" (Damiani, 1977, p. 45). Si arruolò volontario e venne ferito aiutando un camerata. Tornato al fronte dell'Isonzo, egli cadde nel dicembre del 1915 sul famigerato monte Podgora presso Gorizia durante un'azione rischiosa per la quale si era generosamente offerto.

4. INCIDENTE A TRENTO. Una diversa eppure simile strada prese un'altissima figura di intellettuale militante messo – come Slataper – dalla storia nella tragica situazione di conflitto in cui gli austro-italiani – come molti altri abitanti delle regioni di confine europee – potevano trovarsi con lo scoppio della guerra, quando le loro molteplici appartenenze si rivelarono non più compatibili. Sto parlando del *leader* del socialismo trentino e deputato al *Reichsrat* di Vienna Cesare Battisti. Scoppiata la guerra emigrò in Italia, indirizzò un appello al re invocando l'unione del Trentino col Regno, attizzò il fuoco contro l'Austria in una tournée propagandistica attraverso tutta l'Italia "come un Messia della santa religione della Patria" (Bittanti Battisti, 1938, p. 236) – il grido "Ora o mai" chiudeva tutte le sue perorazioni¹⁰ – collaborò come "patriotta geografo"¹¹ con lo Stato Maggiore italiano, andò volontario al fronte, cascò nelle mani di un reparto di *Kaiserjäger* (cacciatori dell'Imperatore), fu accusato di alto tradimento e giustiziato, insieme all'istriano Fabio Filzi, nel luglio 1916 nel Castello del Buonconsiglio a Trento. L'impiccagione di Battisti con tutti i suoi scabrosi dettagli appartiene senz'altro ai capitoli più spiacevoli dell'ultima storia della monarchia asburgica. Non senza ragione la tragedia di questo padre fondatore del partito socialista trentino e soprattutto la sua cupa peripezia ebbe un'eco adeguata

⁹ *Idea Nazionale* era l'organo del Partito nazionalista italiano, fondato a Roma nel 1911 da F. Coppola, E. Corradini, L. Federzoni e altri.

¹⁰ Il fervore irredentista di Battisti poteva anche suscitare reazioni altamente negative: "L'on. Battisti, deputato di Trento, [...] irresponsabile commesso viaggiatore della più losca idea guerrafondaia, che va facendo, della sua relativa italianità, insana e funestissima speculazione" scrisse *Il Giorno*, giornale di Matilde Serao, dell'1-2 marzo 1915 (cfr. Bittanti Battisti, 1938, p. 374).

¹¹ Battisti studiò geografia a Vienna e Firenze.

molto prima nella letteratura che in una precisa ricostruzione storiografica¹². Pensiamo soprattutto all'impressionante monumento che il grande satirico viennese Karl Kraus ha eretto a Battisti ne *Gli ultimi giorni dell'umanità*; partendo dalla terribile cartolina rappresentante l'impiccato, fatta circolare durante la guerra, Kraus fa il processo all'Austria della "corde savonnée" con una fierezza inesorabile mai raggiunta da nessun Carducci (Kraus, 1986, pp. 507-511).

Liberando l'immagine di Battisti dalle incrostazioni posteriori – traditore per i *Sudtirolesi*, martire "prefascista" per le camicie nere – rimane pur sempre la *vexata quaestio* della metamorfosi da parlamentare austro-socialista in dirigente spirituale dell'interventismo, democratico sì, ma accostatosi strettamente ai nazionalisti; rappresentante sì del movimento operaio, ma coinvolto nei tragici eventi di Reggio Emilia (un morto e molti feriti tra i contro-manifestanti operai neutralisti socialisti in piazza); accusatore sì di un irredentismo soffocante le rivendicazioni sociali delle masse, ma fiancheggiatore infine di D'Annunzio che nel maggio del 1915 incitò dal Campidoglio alla proscrizione dei neutralisti. Neanche Claus Gatterer (1967), nella sua simpatica biografia di Battisti, seppe rispondere alla domanda relativa a quando lo spirito del programma socialdemocratico di Brno (cioè della trasformazione dell'Impero in una confederazione di liberi popoli) avesse abbandonato Battisti e fosse entrato in lui lo spirito dell'irredentismo; ritenne però che il Tirolo tedesco e Vienna avrebbero avuto perlomeno la stessa parte di colpa nel sorgere dell'irredentismo italiano nel Trentino quanto il nazionalismo italiano che irradiava oltre le frontiere del Regno. Certo è che la rivendicazione dell'autonomia trentina nonché dell'università italiana in Austria erano fin dall'inizio punti centrali del programma socialista trentino. Battisti dette forme originali all'agitazione, non risparmiandosi odi e non rifuggendo dalla tattica delle alleanze con forze borghesi e nazionaliste, ma la sua lunga lotta fu vana. Chi ha presente i "fatti di Innsbruck", cioè i tumulti intorno all'istituzione dell'università italiana che si ripetevano, scatenati dai nazionalisti austrotedeschi, in un crescendo di violenza dal 1899 fino al 1904, può ben credere che essi spingessero un federalista e autonomista come Battisti a mutarsi in irredentista. Dopo gli incidenti di Innsbruck del 1904 (un morto, parecchi feriti, centotrentasette arrestati italiani, tra i quali Battisti e Alcide De Gasperi) egli si impegnò contro ogni tatticismo opportunistico per l'università italiana a Trieste: "O Trieste o nulla!" (al contrario dell'irredentista triestino Attilio Hortis, secondo cui l'università era una questione da richiedere sempre, per non ottenerla mai). La spesso fantomatica congiunzione di Trento e Trieste irredente, mantello moraleggiante di un cinico imperialismo italiano, guadagnò la verità della "calda vita" nell'estrema, angosciata campagna interventista di Battisti, quando le ultime offerte territoriali austriache (quel "parecchio" di cui si sarebbe accontentata l'accorta politica di Giolitti) per un momento mettevano in forse l'entrata dell'Italia in guerra: Trento non accetterà di essere italiana, se Trieste sarà venduta allo straniero, proclamò Battisti, bisogna redimere tutti gli italiani irredenti.

Meno fosco dell'accusatoria di Karl Kraus negli *Ultimi giorni dell'umanità*, proteso al superamento dei nazionalismi contrapposti si presenta il romanzo *Incidente a Trento* (1965) di Franz Tumlner, ambientato nel periodo dei processi intorno alla "guerra dei tralicci"¹³, cioè della più alta tensione tra trentini e altoatesini

¹² L'imponente biografia *Cesare Battisti* di Stefano Biguzzi uscì a Torino soltanto nel 2008.

¹³ Nel luglio 1961 attivisti del Befreiungsausschuss Südtirol (Comitato per la liberazione del Sudtirolo), un'organizzazione fondata nel 1956 da Sepp Kerschbaumer, abbattono decine di tralicci dell'alta tensione, con lo scopo di interrompere la distribuzione dell'energia

nella questione del Sudtirolo. I due io-narratori protagonisti, uno la controfigura dell'autore, l'altro il fantasma di Cesare Battisti, stanco di intrattenersi eternamente con Fabio Filzi e Damiano Chiesa¹⁴ nel cortile del Castello del Buonconsiglio, intrecciano le loro voci, intrecciano l'esperienza della morte avvenuta con la speranza della resurrezione, la storia con l'attualità, gli irredentisti italiani di prima del 1918 con i dinamitardi sudtirolesi del BAS (*Befreiungsausschuß für Südtirol*). Impariamo a conoscere un Battisti anti-eroe, rinsavito, autocritico, rasserenato da tanti anni nell'aldilà; egli comprende i ribelli sudtirolesi e contesta la propria leggenda da manuale scolastico in cui compare come l'irredentista anelante all'Italia, ma non come l'uomo che non accettava la liberazione del Trentino se non unita a un rivolgimento sociale che rendesse libero il Paese intero.

“Trento e Trieste” – formula tardo-risorgimentale di riduzione per una guerra non voluta dalla maggioranza del popolo italiano; motivazione libertaria e umanitaria per gli interventisti democratici, “fecondo inganno”¹⁵, deriso dai nazionalisti imperialistici che guardavano ben al di là delle “sorelle” irredente. Nella Grande guerra morirono più di 600.000 soldati italiani e l'Europa si ruppe la spina dorsale. Quattro anni dopo la redenzione prese il potere in Italia un falso redentore dal quale il Paese si sarebbe dovuto redimere vent'anni dopo a prezzo di altre gravissime perdite umane. Non per Trento, ma per Trieste cominciò immediatamente un altro periodo di frustrante neoirredentismo che si chiuse solo nel 1954 col ritorno della città allo stato italiano.

Negli ultimi decenni sanguinose redenzioni non succedettero più in Italia, bensì in altre parti dell'Europa, e noi europei ancora una volta non abbiamo saputo prevenirle. Siamo confrontati proprio in questi giorni del novembre 2017 con l'ultima condanna di uno dei grandi criminali di guerra nei Balcani. Pur sentendo fino in fondo tutto il fascino estetico-metafisico del concetto “redenzione”, nutro una grande ammirazione per i politici che hanno avuto e hanno il coraggio di *non* crederci e di contentarsi del “parecchio”¹⁶ che si può ottenere senza sangue.

elettrica nella zona industriale di Bolzano e di paralizzare il traffico ferroviario. Obiettivo degli attentati era quello di attirare l'attenzione nazionale e internazionale sulla irrisolta questione sudtirolese, ma senza mettere a repentaglio vite umane. Dopo la “notte dei fuochi” e i massicci arresti che ne seguirono (tra l'altro anche lo stesso Kerschbaumer) le vicende presero una brutta piega. Sarà soltanto nel 1971 che la crisi altoatesina si sbloccherà con l'approvazione da parte dei parlamenti austriaco e italiano del cosiddetto “Pacchetto” con cui entrò in vigore lo statuto di autonomia per la Provincia di Bolzano.

¹⁴ Nel fossato retrostante al Castello del Buon Consiglio, la “Fossa dei Martiri”, ebbe luogo anche l'esecuzione capitale degli irredentisti e volontari nell'esercito italiano Filzi e Chiesa.

¹⁵ Dichiarandolo sprezzantemente “fecondo inganno” le destre italiane anelanti alla guerra del '15 accettarono di allearsi alle correnti della sinistra che idealizzavano l'entrata nel conflitto come quarta guerra del Risorgimento.

¹⁶ Giovanni Giolitti, più volte presidente del consiglio, nel gennaio 1915 fece sapere pubblicamente che gli constava da fonti autorevoli che “parecchio”, alla fin fine, si sarebbe potuto ottenere da trattative con l'Austria evitando così una guerra.

Riferimenti bibliografici:

- Alexander, A (1978). *L'affare Oberdank. Mito e realtà di un martire irredentista*. Milano: Il Formichiere.
- Ara, A. (1987). L'immagine dell'Austria in Italia. In Id., *Dalle cinque giornate alla questione alto-atesina* (pp. 155-214). Udine: Del Bianco.
- Asor Rosa, A. (1975). *Storia d'Italia*, vol. 4, t. 2. Torino: Einaudi.
- Bettiza, E. (1966, 25 ottobre). Guarda alla nuova Europa la giovane cultura triestina. *Corriere della Sera*.
- Biguzzi, S. (2008). *Cesare Battisti*. Torino: Utet.
- Bittanti Battisti, E. (1938). *Con Cesare Battisti attraverso l'Italia. Agosto 1914-maggio 1915*. Milano: Treves.
- Corsini, U. (1980). Die Italiener. In A. Wandruszka, & P. Urbanitsch (eds.), *Die Habsburger Monarchie 1848-1918* (vol. III, pp. 839-879). Vienna: VÖAW.
- Damiani, R. (1977). Saggio introduttivo. In S. Slataper, *Scritti politici 1914-1915* (G. Baroni, cur.). Trieste: Ed. Italo Svevo.
- D'Annunzio, G. (1952). *Versi d'amore e di gloria*. In Id., *Tutte le opere*, vol. II. Milano: Mondadori.
- Fauro, R. T. (1929). *Scritti politici (1911-1915)*. Trieste: Tip. Del Lloyd.
- Gatterer, C. (1967). *Cesare Battisti. Porträt eines "Hochverrätters"*. Vienna: Europa (trad. it. dello stesso C. Gatterer (2006). *Impiccate il traditore*. Bolzano: Praxis3).
- Kraus, K. (1986). *Die letzten Tage der Menschheit. Tragödie in 5 Akten*. Francoforte: Suhrkamp.
- Mack Smith, D. (1998). *Storia d'Italia dal 1861 al 1997*. Roma-Bari: Laterza.
- Mazzini, G. (1844). *Ricordi dei fratelli Bandiera e dei loro compagni di martirio in Cosenza il 25 luglio 1844 documentati colla loro corrispondenza*. Parigi: Dai torchi della Signora Lacombe.
- Mazzini, G. (1940). *Scritti politici editi e inediti*. Imola: Galeati.
- Mutterle, A. M. (1965). *Scipio Slataper*. Milano: Mursia.
- Rolland, R. (1952). *Journal des années de guerre (1914-1919)*. Parigi: A. Michel.
- Salata, F. (1924). *Guglielmo Oberdan secondo gli atti segreti del processo*. Bologna: Zanichelli.
- Slataper, S. (1914, 21 dicembre). Il valore di un anniversario. Guglielmo Oberdan. *Il Resto del Carlino*.
- Slataper, S. (1954). *Scritti politici* (G. Stuparich, cur.). Milano: Mondadori.
- Stuparich, G. (1948). *Trieste nei miei ricordi*. Milano: Garzanti.
- Vivante, A. (1984). *Irredentismo adriatico*. Trieste: Ed. Italo Svevo (1^a ed. Firenze 1912).

“Si va avanti, ma Trieste non si prende mai!”. L’irredentismo al battesimo del fuoco

“Si va avanti, ma Trieste non si prende mai!”. The irredentism movement and its baptism of fire

Tancredi Artico

Università degli Studi di Padova
tancredi.artico@studenti.unipd.it

Artículo recibido el 30/10/2017, aceptado el 23/12/2017 y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RIASSUNTO: Tra i molti concetti seminati dalla propaganda prebellica per indirizzare la volontà popolare poi sconfessati dalla realtà di guerra, l'irredentismo costituisce sicuramente un singolare caso di studio: radicatosi profondamente nel tessuto retorico della letteratura e del giornalismo, fu, alla prova del fronte, rinnegato dalla prima e praticato dal secondo. Autori come Lussu, Frescura, Puccini e Soffici danno conto con lucidità, perché forestieri rispetto alle zone irredente, della decadenza dell'ideale post-risorgimentale, denunciando un netto strabismo tra l'ideologia popolare-demagogica praticata dai giornali e dai quadri di comando e le mitologie private messe in atto nella costruzione del 'libro di guerra'.

Parole chiave: Irredentismo italiano; Prima Guerra Mondiale; Retorica della guerra; Emilio Lussu; Mario Puccini

]

ABSTRACT: *Italian irredentism surely represents an intriguing case of study in the consistent amount of ideas promoted as positive by the propaganda in the years before World War I and then, after the war experience, renounced. Irredentism, indeed, was deeply rooted both in literature's and journalism's rhetoric before 1915, but during the war it was rejected from the literary field: authors like Frescura, Lussu, Puccini and Soffici underline the decadence of Resurgence's idealisms, and denounce a deep discrepancy between the mystified ideologies used by the newspapers and the High Command, and their destruction in the private war's testimonies.*

Keywords: *Italian irredentism; World War I; War's Rhetoric; Emilio Lussu; Mario Puccini*

L'irredentismo italiano di primo Novecento, *topos* di una propaganda di massa abile a sfruttare una mai sopita aspirazione tardo-risorgimentale alla riunificazione della penisola e, allo stesso tempo, sincera e secolare aspirazione a un'unità politica, si presenta come un movimento bifronte, sia nei suoi schemi teorici sia nei suoi risultati pratici. Mosso sul sottile confine tra la parinesi, necessaria a costruire un humus favorevole all'intervento in guerra, e il sogno di un'Italia finalmente unita anche nella politica, si presenta, all'altezza dello snodo di inizio secolo, come un fenomeno dall'elevato grado di complessità, in cui le due facce, che si potrebbero banalmente riassumere nei punti di vista della politica e della cultura, si compenetrano e si confondono, fino a risultare, per certi versi, indistinguibili¹.

Nella congiuntura 1915-1918, tuttavia, la forbice tra i due capisaldi, che si era assottigliata nel clima di euforia prebellico (quello, per intendersi, delle radiose giornate di maggio e dell'interventismo diffuso), si allargò nuovamente: l'entrata in guerra dell'Italia rappresentò, per gli intellettuali impegnati nella discussione sul conflitto, la verifica sul campo degli schemi ideologici confezionati negli anni precedenti la catastrofe, e, nella quasi totalità dei casi, la loro sconfessione. Pur costituendo un asse tematico fondamentale nella retorica volta a fissare i cardini ideologici dell'entrata in guerra, la messa alla prova di quel sistema di concetti – di cui l'irredentismo era uno, non l'unico, dei pilastri –, ideato a cavallo tra demagogia e autentico spirito risorgimentale, ne rivelò il fallimento a fronte della cruda esperienza di trincea, che in breve sconfessò la presunta bontà della propaganda borghese.

Sul piano delle rivendicazioni territoriali, il bifrontismo tra ciò che accadde prima e durante la guerra – negli anni immediatamente successivi, invece, il fascismo farà leva proprio su idee consimili a quelle prebelliche per consolidare il proprio dominio della scena politica – è talmente accentuato che per il quadriennio di impegno bellico italiano si può parlare di una “redenzione dell'irredentismo”, per parafrasare il titolo del libro di Renate Lunzer (2009), che fornisce un approccio al tema della disillusione nel delicato ambiente letterario triestino dopo il 1918. Nel complesso, non è ozioso, di fronte ad analisi di tale completezza, tentare un affondo mirato su quanto successe invece negli anni di guerra, né farlo guardando ad alcuni di quegli autori ‘forestieri’ – cioè non a chilometro zero, come i giuliani e i trentini – impegnati nell'impresa di riconquista di Trento e Trieste, i quali costituiscono le fondamenta della tradizione memorialistica nazionale².

Ampliando, in ottica dialogica e giusta un suggerimento di Mario Isnenghi, il monologo triestino del volume di Lunzer³, si può ben dire che la letteratura di guerra

¹ Sul tema, i contributi della critica sono meno numerosi di ciò che si potrebbe pensare, e quasi in ogni caso si applicano su soggetti di studio locali: un quadro complessivo di respiro europeo si ha in Todero (2015), mentre per qualche utile considerazione sul fattore letterario si veda Brambilla (2003).

² Un corpus pressoché sterminato, che la critica fatica a sistemare in una classificazione universale, preferendo la costruzione di raggruppamenti parziali: una divisione per generi è tentata da Todero (1999), mentre predilige un criterio geografico Bricchetto (2012); si muove, infine, per problemi, Bartoletti (1989).

³ Nell'introdurre il libro, Isnenghi si chiede se “il disincanto degli irredentisti triestini non possa proficuamente leggersi all'interno del disincanto degli interventisti democratici, [...] o dei volontari garibaldini” o, infine, della disillusione “di coloro che hanno letto la guerra ‘per’ Trento e Trieste come guerra giusta, di autonomia, in prosecuzione coerente e dovuta delle tre guerre della indipendenza nazionale” (Lunzer, 2009, p. 15). La domanda non poteva che essere posta da chi, quasi quarant'anni prima, aveva tracciato un mirabile affresco del coacervo di idee politiche costruite dagli intellettuali a ridosso della Grande Guerra, ponendo

prodotta dall'esterno fece eco a quella locale. Anch'essa, infatti, fu venata in profondità dal disinganno verso gli ideali interventisti, in particolare per la mitologia della liberazione delle terre irredente, che si impantanerà, letteralmente, nel fango delle trincee, dopo le prime folli azioni sull'Isonzo⁴. Per gli autori impegnati sul fronte carsico la sparizione del mito della Trieste italiana sarà tanto più clamorosa perché tale nonostante lo stretto contatto con la città tanto desiderata, difesa tenacemente dagli austro-ungarici sulla linea tra Gorizia e Monfalcone; tuttavia, anche in autori lontani da quel fronte, che qui non si possono prendere in esame per ragioni di spazio, si denota un processo simile. Sarebbe scorretto, tuttavia, inquadrare il fenomeno nel concetto semplicistico di 'scomparsa', proprio perché l'irredentismo di primo Novecento è un fenomeno sfaccettato, che affonda le proprie radici in un multiforme sentimento di coesione nazionale, di amore per la terra natia, che lo precede e sopravvive al pantano delle trincee e alla stessa disfatta di Caporetto.

Se l'irredentismo non scompare, viene però severamente rimesso in discussione, perché argomento di una propaganda senza presa rispetto alla realtà del fronte. Proprio come miraggio visto dal Carso, Trieste fa la sua comparsa in apertura di *Un anno sull'Altipiano* di Emilio Lussu, il quale, pur raccontando le azioni della Brigata Sassari sul fronte trentino, dedica l'inizio del proprio libro a un excursus, breve ma assai significativo, sui fatti progressi in cui essa si trovò coinvolta⁵:

Alla fine maggio 1916, la mia brigata – reggimenti 399° e 400° – stava ancora sul Carso. Sin dall'inizio della guerra, essa aveva combattuto solo su quel fronte. Per noi, era ormai diventato insopportabile. [...] Non avevamo fatto altro che conquistare trincee, trincee e trincee. Dopo quella dei «gatti rossi», era venuta quella dei «gatti neri», poi quella dei «gatti verdi». Ma la situazione era sempre la stessa. Presa una trincea, bisognava conquistarne un'altra. Trieste era sempre là, di fronte al golfo, alla stessa distanza, stanca. La nostra artiglieria non vi aveva voluto tirare un solo colpo. Il duca d'Aosta, nostro comandante d'armata, la citava ogni volta, negli ordini del giorno e nei discorsi, per animare i combattenti (Lussu, 2014, p. 13).

Collocato nell'incipit del racconto, l'accento alla questione racchiude il senso della profonda disillusione verso quegli ideali, al punto da rappresentare quasi una sorta di congedo dell'irredentismo, da cui poi si svilupperà il racconto. Snervata fino al limite del parossismo nei discorsi del duca d'Aosta, la riconquista delle terre irredente appare solo un tema per il proselitismo spiccio, irrimediabilmente lontano dalla realtà della guerra.

In *Un anno sull'Altipiano*, anche più avanti⁶, viene così denunciata l'insanabile frattura tra la vita di trincea e la retorica della retrovia, sia quella dei quadri di

attenzione alle contraddizioni e alla fluidità dei sistemi di pensiero politici e culturali (si allude, ovviamente, a Isnenghi, 1970).

⁴ Il sogno di una vittoria lampo svanirà presto, dopo le prime offensive dell'estate 1915, nonostante l'esempio del fronte occidentale, che già da un anno viveva una situazione simile. Sul tema la bibliografia è davvero vasta: si citino unicamente Gilbert (1998) e Audoin-Rouzeau & Becker (2000).

⁵ Sull'autore e sull'opera, ritenuta non a torto il capolavoro italiano della memorialistica di guerra, sono molti i contributi bibliografici: varrà la pena citare almeno i validi lavori collettanei di Pozzato & Nicolli (1991) e Orrù & Rudas (2003).

⁶ Si veda a p. 144 il discorso d'incitamento del generale Piccolomini, quasi un apologo – spesso, nel libro di Lussu, il racconto acquista tale dimensione – della stoltezza del comando italiano.

comando sia quella dei giornalisti e reporter incaricati di raccontare i fatti al pubblico borghese. Contro costoro, si scaglia con particolare irruenza Attilio Frescura nel *Diario di un imboscato*, opera non molto quotata, come gran parte della diaristica di guerra⁷, ma nondimeno infaticabile nella denuncia della verità, soprattutto laddove difficile da accettare perché contraria alla retorica nazionalistica imposta dai quotidiani. Non manca ovviamente, in questo libro magmatico, un piatto intorno allo sfruttamento propagandistico del tema irredentista, pilotato dal giornalismo per oscurare la crudeltà della vita di guerra, per nobilitare il sacrificio in molti casi folle, quasi sempre inutile del popolo italiano.

Lo scrittore patavino, che fu a sua volta giornalista e redattore di importanti testate, si ferma lungamente sopra un articolo del *Corriere della Sera* a firma di Guelfo Civinini⁸, in cui viene grossamente esaltato lo spirito di sacrificio del fante, galvanizzato da ciò che vede dalle trincee fino a ripetere come un mantra la parola “Trieste”. Contro questa visione post-romantica totalmente fittizia, utilizzata per consolidare l’idea di una guerra sublime, l’autore usa dure parole di condanna:

Il contadino, l’operaio, l’umile, che non odiano nessuno, se non chi li affama, fanno la guerra. Perché viene loro comandato. Obbediscono. Sono nati per dire: “sì”. Non hanno idealità sentimentali, non capiscono Trieste, se ne infischiano della terza Italia, come della prima, come dei Balcani [...] Ora una razza che abbia tale potenza morale non bela: Trieste!, se vede, da Monfalcone, il bagliore d’oro della città contesa (Frescura, 2015, p. 167)⁹.

Le parole di Frescura danno conto di come la forbice tra retorica e realtà di guerra si sia allargata irreparabilmente nel corso dei quattro anni di guerra, fino a fare dell’irredentismo niente più che una barzelletta da retrovie, offensiva però per la sensibilità dei combattenti. Ecco che, con il consueto tono caustico, l’autore, partendo dal tema, si spinge a riflettere sul binomio natura-cultura (“In questo noi ci differenziamo dalle bestie: che esse si amano e si uccidono senza letteratura”: Frescura, 2015, p. 169), condannando le impalcature ideologiche che coprono i veri interessi sottostanti alla guerra e demolendo le pretese di ideologizzazione di un conflitto innescato da ragioni economiche prima che morali: “Ma, nelle pause

⁷ Per un veloce riassunto della rarissima bibliografia sull’autore sia concesso rimandare ad Artico (2016, p. 31, n. 7), donde risalire alle pagine di Isnenghi (1970) e Bartoletti (1989).

⁸ Questi fu firma prestigiosa, nonché noto intellettuale a cavallo tra i due secoli e autore torrenziale: si veda, in mancanza di un completo studio monografico, il quadro di partenza di Del Beccaro (1982), che riporta le molte spigolature – dalle pagine sciolte dei dizionari storico-letterari agli articoli su rivista – bibliografiche che si hanno sull’autore. Il *Diario di un imboscato*, che fa spesso i conti con il giornalismo dal fronte, riporta a p. 165 il passo incriminato: “In una trincea sulla palude un gruppo di soldati usciti fuori dai loro rifugi melmosi si sporgeva dal parapetto di sacchi di terra a guardare quel po’ d’oro lontano. Con una voce d’amore che non saprò mai dimenticare, uno di essi ha detto ai suoi compagni tendendo una mano verso quella striscia bianca: Trieste! Altri hanno ripetuto ad altri il gesto e il nome. E lungo tutta la trincea nella sopraggiunta quiete serale, quel nome è corso, di voce in voce, di cuore in cuore: – Trieste... Trieste... Trieste... –”.

⁹ Molte pagine più avanti, il tema viene ripreso negli stessi termini, quando l’autore dichiara in prima persona il proprio disinteresse per la città irredenta: “Dall’osservatorio di artiglieria che è sulla nave austriaca nel cantiere ormai italiano, ho veduto l’Hermada minaccioso, Duino con il suo castello sopra il mare, e Trieste, con tutte le sue case che fumano, la città contesa, per cui si muore! Ah Trieste, nessuna commozione nel vederti, tutta bianca, con le tue case ad anfiteatro sul mare amarissimo” (pp. 229-230).

improvvisi, saliva altissimo il trillo dei grilli che grillano per le grille di tutti i paesi, irredenti o no, con un buffo contrasto di pace campestre” (Frescura, 2015, p. 117)¹⁰.

Al pari di Frescura, anche il letterato marchigiano Mario Puccini fu operativo sul Carso, lasciando varie testimonianze letterarie della militanza sotto le armi. Il suo impegno ideologico e diaristico – quest’ultimo non sempre rapportabile a una nozione per così dire lineare di memorialistica, ma da riportare a forme narrative complesse – dà realmente conto del processo di rimozione dell’ideale irredentista che aveva fatto da cassa di risonanza all’entrata in guerra dell’Italia¹¹. Nativo di Senigallia, comune di provincia del Centro Italia di modeste dimensioni (demografiche e culturali), sposò la causa arruolandosi volontario nonostante l’età non più verde e la presenza di una famiglia alle spalle: fu mandato in zona di operazioni a ventotto anni, nel 1915 (era nato nel 1887, quasi coetaneo, nonché amico personale, di Giuseppe Ungaretti¹²), quando era già padre e titolare dell’impresa tipografica di famiglia. Nell’inferno della trincea la spinta delle ideologie, sotto la pressione di esigenze diverse che non quelle intellettualistiche, si stemperò in misura enorme, al punto da non meritare nemmeno un accenno nella seconda delle sue opere di guerra, che pure ha il titolo di *Davanti a Trieste*.

Pubblicato nel 1919 per i tipi milanesi di Sonzogno, il libro di Puccini porta in luce con drammatica evidenza l’ovvia contraddizione tra la demagogia prebellica e l’impatto frontale con il conflitto. L’unico accenno, davvero velato, alla questione di Trieste, che il lettore si aspetterebbe centrale in un libro che ne porta il nome fin nel frontespizio, si ha nel capitolo *La carica*, quando un tenente amico dell’autore racconta di una sua incursione – poi vanificata dall’assenza di appoggio logistico – oltre la prima linea nemica, ben dentro il territorio austro-ungarico. Puccini, da scrittore smalzato, irrobustisce il racconto fino a rendere quella che è un’impresa del tutto fortuita un qualcosa di diverso, più simile a uno slancio emotivo dettato dalla vicinanza della tanto desiderata Trieste che a un puro caso:

Quel costone di Hudi Log, boscoso, ripido, dirupato, invitava gli uomini alla corsa.

¹⁰ Impossibile però non citare anche Frescura (2015, p. 168), che registra con precisione il morale delle truppe in merito alla questione irredentista: “E rimarrà scandalizzato [*scil.* il giornalista] quando, avendo chiesto a un soldato in licenza: ‘Dimmi un po’: che pensavi, in una certa trincea di Monfalcone, vedendo nella sera il bagliore d’oro di Trieste?’, si sentirà rispondere: ‘Il bagliore? e chi se ne frega?’. E su Trieste [...] ecco cosa cantano invece i soldati nelle trincee: Vittorio Emanuele / ha scritto alla Regina: / se vuoi veder Trieste / te la mando in cartolina, / bim, bom, bum, / al rombo del cannon”.

¹¹ La scrittura di Puccini è un caso davvero unico, nel panorama primo-novecentesco, di contaminazione tra i più diversi generi: il diarismo, largamente predominante nell’orizzonte della letteratura di trincea, si flette verso il romanzo verista in *Dal Carso al Piave*, il romanzo giornalistico in *Davanti a Trieste* e, infine, l’autobiografia intimista di stile vociano in *Come ho visto il Friuli*, ultima parte di un trittico sulla Grande Guerra cui si aggiungerà, in tempi diversi e sotto un mutato clima culturale e politico, il romanzo d’avventura *Cola*. Sulle particolarità della penna di guerra di Puccini sia lecito rimandare alle pagine di chi scrive in appendice a Puccini (2016), da cui risalire anche a una completa bibliografia.

¹² Si veda, a tal proposito, il fascicoletto di lettere contenuto in Ungaretti (2015), nonché l’introduzione ad opera del curatore. La parabola autoriale di Puccini è ancora in attesa di essere inquadrata a dovere, compito improbo, a causa della sua prolificità: per alcuni quadri, generici e datati, si vedano Anselmi (1967), De Nicola (1980) e Antonietti (1987), mentre tenta di dar conto della smisurata mole di scritture critiche e d’autore Pirani (2002).

E i fanti volevano giungere fin lassù. Era un'altura. Trieste si nascondeva forse là dietro.

Erano occupati tutti come da un'improvvisa frenesia.

Si camminava, si camminava e non un austriaco, non un cavallo di Frisia, non una trincea! Forse la strada di Trieste era aperta!

Il fucile a bilanc'arm, l'elmetto sugli occhi, chi avrebbe ostacolato la corsa irragionevole dei piccoli grigio-verdi? (Puccini, 2016, p. 107).

La prossimità del porto giuliano, che in questo passaggio rischia di accendere la miccia della retorica nazionalistica (alla Civinini, per intendersi; e infatti il libro stesso è in larga parte il risultato di un'opera di raccolta di articoli di giornale), non è però la scintilla capace di accendere – come invece in Giani Stuparich, che dedica pagine autenticamente commosse alla propria città in *Guerra del '15* – l'amore patrio, se non al di fuori di questa breve puntata, nonostante l'autore racconti di un'avventura di guerra interamente vissuta sul Carso, a pochi chilometri dall'oggetto del contendere.

A questa prima impressione, confortata da una lettura integrale del libro, si aggiunge un dato filologico concreto, cioè la fluttuazione del testo nel passaggio da una prima versione, stampata su «Il Mondo», alla definitiva apparsa nella *princeps*. Il capitolo *La carica*, come altri scritto e pubblicato sulla testata del periodico milanese, presenta una curiosa variante sostanziale proprio nel passo citato, che segnala non solo la peculiarità dell'intervento correttivo quanto, soprattutto, la sua messa in atto in un clima generale completamente diverso. Così in luogo di “chi avrebbe ostacolato la *corsa irragionevole* dei piccoli grigio-verdi?” (Puccini, 2016, p. 107) si leggeva “chi avrebbe ostacolato l'*entusiastico ardimento* dei piccoli grigio-verdi?” (Puccini, 1918b, p. 10), una sostituzione deputata ad alterare i connotati della scena presentando, ad armistizio ormai concluso, l'incursione verso Trieste come la folle rincorsa di un miraggio anziché, più semplicemente, come un empito entusiastico ed esaltante¹³. Anche Puccini, insomma, si allinea in tempi di pace al processo di revisione dell'esperienza bellica, smussando i toni di più trionfale esaltazione che si incontrano nelle sue prove giornalistiche a caldo.

In *Dal Carso al Piave*, scritto nei tragici momenti dello sfollamento del Friuli dopo Caporetto e pubblicato nel 1918, la tematica irredentista era stata – complice il diverso orizzonte d'attesa da parte del pubblico, la cui attenzione era spostata su altri temi che non la riconquista delle terre irredente – ancor maggiormente depotenziata, fino al limite della derisione anti-patriottica; non, ovviamente, da parte dell'autore, ligio al proprio dovere, bensì ad opera di una nobildonna friulana, che con parole di scherno sembra sbeffeggiare l'attaccamento alla patria degli ufficiali che frequentano il suo salotto, condannando ironicamente lo stallone sul fronte carsico:

Io penso alla pappagorgia oleosa di una pseudo marchesa, padrona di una ricca villa a T***. La degna signora non riusciva a nascondere, per quanto facesse, la sua antipatia verso l'Italia.

Collo corto, seno gonfio (un'otre melmosa, che da un minuto all'altro minacciava un rigurgito), occhi lupigni e cattivi.

«Signor tenente» – conversava molto con i nostri ufficiali – «quando comincia questa loro offensiva?... Una vittoria, come tutte le altre, anche questa? Si va avanti, ma Trieste non si prende mai!».

¹³ Una seconda variante, meno significativa, si legge qualche riga prima: “I fanti” di Puccini (2016) sono un più generico “Gli uomini” nel periodico (sempre a p. 10).

Rimbeccata aspramente, slabbrava una risata secca: «Non vede che io scherzo? Se non fossi italiana di panni e di cuore, sarei rimasta a T****?».
Ma non lo era. Ed io sono convinto che, ritiratesi le ultime truppe nostre, ella deve essere corsa in solaio o in cantina: a cercare febbrilmente la vecchia bandiera di casa d’Absburgo (Puccini, 1918a, p. 26)¹⁴.

Il passo è importante, non soltanto perché consente di vagliare quel malcontento di molte realtà di confine ancora oggi vivo¹⁵, ma soprattutto perché mostra chiaramente i limiti dell’irredentismo al saggio della guerra, quando la disillusione per una vittoria che pareva non giungesse mai dovette produrre, in effetti, moti di risentimento. A maggior ragione il fenomeno maturerà dopo Caporetto, quando ormai la priorità sarebbe stata non l’avanzata ma la salvaguardia del suolo patrio, e, in vista di questa, la saldatura dell’anima del paese in un sentimento difensivo, declinato sugli stessi motivi dell’irredentismo (il suolo, l’italianità dei territori da strappare all’Austria-Ungheria), ma dimentico dei vecchi obiettivi.

In questo stesso modo trapela anche dalle pagine della *Ritirata del Friuli* di Ardengo Soffici, che, al pari di *Dal Carso al Piave*, racconta della disfatta italiana¹⁶. Nel settembre del 1917 l’autore, al seguito del Comando d’Armata, si trova nei pressi di Cormons, dove gode il proprio riposo rimirando il paesaggio; ogni dettaglio gli “rammemora le più italiane regioni d’Italia”, stringendosi progressivamente intorno al concetto di patria fino a che,

Di pensiero in pensiero, contemplando questo spettacolo di bellezza e di vita, tanto nostra, arrivo alla solita riflessione intorno alla mostruosità del fatto che per secoli e secoli si sia potuto ammettere che qui fosse Austria. Il che mi fa benedire queste fatiche che si sono imposte, e trovar santa la pazienza degli uomini che mi dormono intorno (Soffici, 1960b, p. 226).

Anche poco prima della impensata disfatta, nella quiete del Comando, lo scrittore della *Voce* si abbandona a una meditazione di stampo paesistico, commossa perché sollecitata dalla bellezza e dal ricordo dei propri luoghi d’origine (guardando le case dei contadini, gli vengono in mente “i casolari ariosi della [...] Toscana”, ibidem). L’ideologia nazionalistica scolora, o, per meglio dire, si irradia a partire da una notazione estetica, che attiva una malinconia da ricondurre ai “paesaggi del

¹⁴ Si cita dalla *princeps* anziché dalla successiva edizione a cura di Francesco di De Nicola, la quale adotta una versione del testo seriore, manoscritta, mai diffusa a stampa (Puccini, 1987).

¹⁵ È il caso ad esempio, sul versante friulano, di alcune comunità del tarvisiano, impegnate nella rivendicazione ormai del tutto anti-storica del proprio diritto di appartenenza al fantasma imperiale. Come esempio di questo si veda la pagina introduttiva di Davide Tonazzi a Lukas (1915), che, con toni apertamente sconsolati, compone una bieca e assolutamente esecrabile *laudatio temporis acti*, inneggiando follemente ai bei tempi di guerra (“Come possiamo comprendere ai giorni nostri un ragazzo come Lukas? Certamente i valori di allora, patria, senso del dovere, onore e fedeltà all’Imperatore, oggi non esistono più. I tempi sono cambiati, ci sono meno guerre...e non mondiali; ma se questi valori facessero parte della vita comune sicuramente molte cose andrebbero meglio”, p.n.n.).

¹⁶ Su Soffici valgono i buoni sondaggi di Richter (2005) e Ramat (2015), ma si consideri inoltre Isnenghi (1970, ad indicem), che ne ricostruisce con grande acutezza il pensiero politico nel fermento dell’Italia prebellica.

trauma” di cui ha dato conto, con acutezza, Matteo Giancotti, piuttosto che a una matrice politica¹⁷.

L’esperienza della guerra, insomma, ha alterato la percezione degli spazi¹⁸, venendo a intaccare in questo modo il nucleo concettuale, profondamente astratto, del tema irredentista, che non sopporta in alcun modo la messa alla prova nel concreto: dimenticata ben presto Trieste, lontana benché vicina alla linea del fuoco, gli intellettuali al fronte si concentreranno sulla descrizione del Carso, sterile e scabro, e tuttavia anche amato e liricamente trasfigurato da alcuni, tanto che da “arido toponimo diventa ben presto l’equivalente di un nome di persona, un soggetto confidenziale”¹⁹, il quale è assai più di Trieste il perno geografico della riflessione sulla guerra.

Proprio con una notazione cromatica sul Carso, fortemente nostalgica, si concludeva circolarmente la *Ritirata del Friuli*, quasi a voler ribadire i fondamenti apolitici della territorialità che compare nel testo.²⁰ Il libro di Soffici, tuttavia, apriva anche uno spaccato di quell’opera di propaganda ‘al minuto’ condotta dagli ufficiali per risollevare il morale delle proprie truppe, colti e perciò atti a condurre il complesso lavoro di rammendo del morale²¹. Pur nella totale indigenza di materiali – ma uno studio su ampia base archivistica, qui impossibile da farsi, darebbe sicuramente degli ottimi risultati – pare che il motivo irredentista scompaia, ormai completamente scollato dalla realtà della guerra di posizione:

In un prato davanti alla casa, parliamo a lungo delle condizioni del battaglione e del reggimento. Mi dice che un lavoro ben fatto di propaganda pare anche a lui efficacissimo e necessario: egli stesso parla, come vorrebbe il Comando dell’Armata, ai suoi soldati; ma, secondo lui, ci sono altre cose cui bisognerebbe pensare anzitutto. Mi conferma quello che mi disse l’altro giorno il piantone della brigata, che cioè i soldati sono stanchi, abbattuti e poco sani. Il vitto non è sufficiente; gli uomini si lamentano di soffrire il freddo e l’umidità, attendati, con questi tempi, mal vestiti e peggio calzati (Soffici, 1960b, p. 241).

¹⁷ Il riferimento è a Giancotti (2017), il cui lavoro si propone di indagare il motivo del paesaggio tra Prima Guerra e Resistenza come lo spazio psicologico dove si rompe l’afasia dell’Io traumatizzato dall’evento storico.

¹⁸ La bibliografia su questo motivo è davvero copiosa: basti qui rimandare al bel saggio di Mogavero (2016), che ne fornisce una mappa esaustiva, discutendola con ottimi risultati e applicandola a un peculiare oggetto di studio, il corpo (per cui si parla di “geo-corpografie”: si veda, in particolare, p. 155 e le note relative).

¹⁹ Sono le parole, azzeccate sia per *Davanti a Trieste* sia per un’ampia frangia della letteratura di guerra, di Silvio Ramat, in Puccini (2016, p. 10). Per un più complesso discorso si veda, inoltre, l’attraversamento di Fabi (2008).

²⁰ Soffici (1960b, p. 386): “Ma in questa tranquillità dello spirito ritrovata, come cresce la nostalgia per il brano di patria perduto! Con passione divorante rievoco i luoghi, la bellezza abbandonata. Udine, Cormons, le Alpi serene, il Carso vermiglio, come lo vedevo al tramonto dal mio letto d’ospedale, carico di sangue e di gloria; le città e le campagne felici e molli, vestite di colori smaglianti di sole”.

²¹ È uno dei temi fondamentali di Isnenghi (1970). Nonostante quanto si è letto in queste pagine, Soffici si era arruolato volontario con ben altro spirito, tanto che era stato Giovanni Papini a tentare di disilluderlo sulla bontà della guerra: “Si fa già molto a tener duro e a fare qualche progresso – ma parlare di pace vittoriosa e di successo e di rinnovamento ecc. è un ripetere le cose che bisogna dire soltanto per non scoraggiare chi non sa e non capisce” (cit. in Richter, 2005, p. 134).

L'oscuramento della retorica a fronte dei bisogni materiali minimi è un fenomeno che emerge in maniera lampante anche in *Errore di coincidenza*, dove, sul lamento di un soldato ferito, è costruito una specie di apologo politico, in cui il motivo della patria si innerva su una diversa considerazione sociale, cioè la condanna, da parte del fante "blasfematore e ribelle a parole" (Soffici, 1960a, p. 56), delle disparità sociali: "– La patria; – vociferava infatti il mio soldato – La patria! Bisogna difender la patria! Ma intanto loro restano a casa a far la bella vita! Ci mandano noi poveri coglioni, quassù!" (Soffici, 1960a, p. 54).

Di nuovo, l'irredentismo non costituisce più un nucleo tematico a sé stante, ma è la leva per un discorso di altra portata, che ha per obiettivo la rivendicazione di classe. In questo modo in Soffici, come d'altronde nel resto della memorialistica della Grande Guerra, l'interferenza con fondamentali motivi politici e intimistici fa dell'irredentismo un qualcosa di diverso, in virtù di una trasversalità che ne detta, al battesimo del fuoco, un aggiornamento e una rifunzionalizzazione rispetto ai modi in cui si presentava nel primo Novecento: "C'era un'idea, prima, nella testa di tutti. [...] Una volta era Trieste, era Lubiana, era Vienna. Ora è il monte più vicino, cento metri di distanza", come considerava con disingannata efficacia il Ligorio di Corrado Alvaro (1953, p. 227).

Riferimenti bibliografici:

- Alvaro, C. (1953). *Vent'anni*. Milano: Bompiani.
- Anselmi, S. (cur.). (1967). *Omaggio a Mario Puccini*. Urbino: Argalia.
- Antonietti, A. (cur.). (1987). *Mario Puccini, due giornate di studio e testimonianze. Atti di un convegno. Senigallia, 28-29 aprile 1985*. Senigallia: Comune di Senigallia.
- Artico, T. (2016). Per una scrittura del corpo. Aspetti e problemi della memorialistica della Prima guerra mondiale. In T. Artico (cur.), *Essere corpo. La Prima guerra mondiale tra letteratura e storia* (pp. 29-50). Trieste: LINT.
- Audoin-Rouzeau, S., & Becker, A. (2000). *14-18, retrouver la Guerre*. Parigi: Gallimard.
- Bartoletti, M. (1989). Memorialistica di guerra. In A. Balduino (cur.), *Storia letteraria d'Italia*, vol. XI, *Il Novecento. Dall'inizio del secolo al primo conflitto mondiale* (G. Luti, cur.) (tomo I, pp. 623-653). Padova: Vallardi.
- Brambilla, A. (2003). *Parole come bandiere. Prime ricerche su letteratura e irredentismo*. Udine: Del Bianco.
- Bricchetto, E. (2012). La Grande Guerra degli intellettuali. In S. Luzzatto & G. Pedullà (curr.), *Atlante della letteratura italiana*, vol. III, *Dal Romanticismo a oggi* (D. Scarpa, cur.) (pp. 477-489). Torino: Einaudi.
- De Nicola, F. (1980). *L'alibi dell'ambiguità. Puccini uno scrittore tra le due guerre*. Foggia: Edizioni Bastogi.
- Del Beccaro, F. (1982). Guelfo Civinini. In *Dizionario Biografico degli Italiani* (pp. 98-101). Roma: Società Grafica Romana.
- Fabi, L. (2008). Nuovi luoghi per vivere e morire: il Carso. In D. Ceschin & M. Isnenghi (curr.), *La grande guerra. Uomini e luoghi del '15-'18* (pp. 638-646). Torino: Utet.
- Frescura, A. (2015). *Diario di un imboscato*. Milano: Mursia.
- Giancotti, M. (2017). *Paesaggi del trauma*. Milano: Bompiani.
- Gilbert, M. (1998). *La grande storia della prima guerra mondiale*. Milano: Mondadori.
- Isnenghi, M. (1970). *Il mito della grande guerra*. Bologna: Il Mulino.
- Lunzer, R. (2009). *Irredenti redenti. Intellettuali giuliani nel '900*. Trieste: LINT.
- Lukas, H. (1915). *Sopra Pontebba-Pontafel*. Valbruna: Edizioni Saisera.
- Lussu, E. (2014). *Un anno sull'Altipiano*. Torino: Einaudi.
- Mogavero, V. (2016). Geo-corpografie e sensorialità. Il soldato Umberto Massimi e il suo diario di guerra. In T. Artico (cur.), *Essere corpo. La Prima guerra mondiale tra letteratura e storia* (pp. 151-167). Trieste: LINT.
- Orrù, E., & Rudas, N. (curr.). (2003). *L'uomo dell'altipiano. Riflessioni, testimonianze e memorie su Emilio Lussu*. Cagliari: Tema.
- Pirani, R. (2002). *Bibliografia di Mario Puccini* (con la collaborazione di M. Mare e M. G. de Antoni). Ostra Vetere: Fondazione Rosellini.

- Pozzato, P., & Nicolli, G. (1991). *1916-1917, mito e antimito. Un anno sull'altipiano con Emilio Lussu e la Brigata Sassari*. Bassano del Grappa: Ghedina e Tassotti.
- Puccini, M. (1918a). *Dal Carso al Piave. La ritirata della 3^a Armata nelle note d'un combattente*. Firenze: Bemporad.
- Puccini, M. (1918b). Esperienze di Trincea. *Il Mondo*, III(33), 10-15.
- Puccini, M. (1987). *Caporetto* (F. De Nicola, cur.). Gorizia: Goriziana.
- Puccini, M. (2016). *Davanti a Trieste. Esperienze di un fante sul Carso* (T. Artico, cur.). Milano: Mursia.
- Ramat, S. (2015). Rileggendo *Kobilek* (quasi a specchio di *Con me e con gli alpini*). In A. Daniele (cur.), *Gli scrittori e la Grande Guerra* (pp. 99-110). Padova: Accademia Galileiana di Scienze, Lettere ed Arti.
- Richter, M. (2005). *Papini e Soffici. Mezzo secolo di vita italiana (1903-1956)*. Firenze: Le Lettere.
- Soffici, A. (1960a). Errore di coincidenza. In Id., *Opere* (vol. III, pp. pp. 5-80). Firenze: Vallecchi.
- Soffici, A. (1960b). La ritirata del Friuli. In Id., *Opere* (vol. III, pp. 221-387). Firenze: Vallecchi.
- Todero, F. (1999). *Pagine della Grande Guerra. Scrittori in grigioverde*. Milano: Mursia.
- Todero, F. (cur.). (2015). *L'irredentismo armato. Gli irredentismi europei davanti alla guerra. Atti del Convegno di studi, Gorizia, 25 maggio, Trieste, 26-27 maggio 2014*. Trieste: Istituto regionale per la storia del movimento di liberazione del Friuli Venezia Giulia.
- Ungaretti, G. (2015). *Lettere dal fronte a Mario Puccini* (F. De Nicola, cur.). Milano: Archinto.

Un soldato-poeta tra poeti-soldati: Giulio Camber Barni scrive in trincea le poesie di La Buffa

A soldier-poet among poets-soldiers: Giulio Camber Barni writes the poems of La Buffa in the trench

Giorgio Taffon
Università Roma Tre, Italia
giorgiotaffon@yahoo.it

Artículo recibido el 30/11/2017, aceptado el 22/12/2017 y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RIASSUNTO: Giulio Camber Barni fu autore di sole due raccolte poetiche, di cui la prima, *La Buffa* (soprannome della Fanteria), è la più importante. Le sue poesie costituiscono un documento esemplare e una testimonianza di altissimo valore di come un ufficiale italiano irredentista, nato a Trieste (1891), militare nell'esercito italiano, ha condiviso coi suoi soldati la terribile esperienza della vita in trincea, coi suoi dolori, le paure, le speranze, le prove di coraggio, il rischio di morire, le brevi pause di serenità e comunanza affettuosa.

Parole chiave: Giulio Camber Barni; Prima Guerra Mondiale; Irredentismo; Poesie; Vita in trincea

}

ABSTRACT: *Giulio Camber Barni had been author of two collections of poems, the more important La Buffa (nickname of the Italian Infantry). Nowadays his poems are still an exemplary document and a very efficient witness of his wartime life. Born in Trieste (1891), in that time part of Austro-Hungarian Empire, conscript in Italian Army willingly, irredentist, he shared the terrible experience of life in the trench with his subordinate soldiers, a life made of sorrows, scares, hope, boldness, risks of losing life, moments of calmness and affectionate community.*

Keywords: *Giulio Camber Barni; World War One; Irredentism; Poems; Trench warfare*

1. Giulio Camber Barni (1891-1941), avvocato triestino, pregevole scrittore giuliano e una delle figure carismatiche della cultura triestina della prima metà del Novecento, amico di poeti e scrittori come Umberto Saba, Virgilio Giotti, Biagio Marin, Giani Stuparich, fu coscritto a inizio della Grande Guerra nell'esercito austroungarico, come tanti altri giovani in territorio ancora pienamente asburgico. E, come tanti irredentisti, decise di disertare fuggendo tra le file italiane, ed arruolandosi volontario nella fanteria, ricevendo varie onorificenze per i suoi comportamenti da ufficiale, coraggiosi e generosi, anche nei riguardi dei suoi compagni di grado inferiore. Giulio Camber Barni, pur non essendo e non considerandosi un vero letterato, e tanto meno un poeta, scrisse per la rivista *L'emancipazione*, a puntate, circa 40 componimenti concepiti durante i terribili giorni di guerra, raccogliendoli col titolo di *La Buffa*, che era il soprannome dato alla Fanteria, e poi pubblicandoli per intero nel 1920. La silloge ebbe poi due edizioni ampliate in volume nel 1935 e nel 1950, rispettivamente a cura di Virgilio Giotti e Umberto Saba. Tale raccolta, tutt'ora, costituisce senza dubbio un *unicum* nella letteratura di guerra italiana, e credo che, specie in questi anni di ricorrenza del centenario della Prima Guerra Mondiale, sia giustificato e opportuno evidenziare le ragioni di un rinnovato interesse nella rilettura di *La Buffa* (Camber Barni, 1969).

Camber Barni fu soldato-poeta fra quei poeti-soldati (un nome fra e per tutti, Giuseppe Ungaretti) che affidarono ai loro versi l'espressione del dolore, della partecipazione, del rifiuto, dell'alienazione, dell'azzeramento dell'umanità causato dalla Grande Guerra (e "guerra grande"). Se un Ungaretti, appunto, ha tratto dalla insondabile esperienza esistenziale della guerra materia per una sua intensa, straordinaria, personale e interiore vocazione alla poesia, Camber Barni ha voluto invece affidare alla scrittura una funzione di testimonianza sincera, umanamente profonda, della vita di trincea e di tanti "poveri" soldati di fanteria coi quali il soldato-poeta Giulio aveva condiviso giornate di coraggio e paura, illusione e disillusione, scoramento e rilancio dell'energia psicofisica. Solo molti anni dopo le due guerre mondiali, nel 1966, per le edizioni milanesi di *All'Insegna del Pesce d'Oro*, venne alla luce la seconda opera letteraria, sempre di poesie maturate grazie all'esperienza bellica, *Anima di frontiera*.

Giulio Camber (Barni è il secondo cognome *italiano* da lui voluto una volta abbracciato l'Irredentismo), si formò nel contesto primonovecentesco triestino, aperto a varie influenze, sia centrifughe (la cultura asburgica mitteleuropea), che centripete (la tradizione italice, in particolare fiorentina). In estrema sintesi il giovanissimo futuro avvocato Camber trasse linfa vitale per la costruzione dei suoi ideali etici, politici, sociali, dall'ambiente vociano e fiorentino; e dall'amicizia di una personalità di spicco della Trieste anni Dieci, Enrico Elia, suo amico stretto, e coetaneo, e che da irredento incontrò la morte in battaglia: fu lui a fare da tramite con la cultura fiorentina, avendo vissuto un periodo da studente nella città medicea. Tale amicizia allargò di certo gli orizzonti dell'amico Camber verso forti ideali etici, intrapresi alla luce sia delle riflessioni di grande respiro dei vociani, sia di tematiche anche d'impostazione fantastica originate dalla temperie culturale d'impronta germanica. E anche verso una frequente ambivalenza di origini religiose, tra ebraismo e cattolicesimo.

Agì molto in Camber Barni anche la frequentazione con Scipio Slataper, col più anziano Virgilio Giotti, con lo stesso Umberto Saba, che poi si sarebbe occupato molto delle sue due opere poetiche, con Biagio Marin, coi fratelli Carlo e Giani Stuparich. Di certo il giovane Giulio era ben dentro quella *couche* triestino-giuliana

in cui si elaborò l'ideale irredentista italiano, anche sulla scorta della lezione del Mazzini, e che interiorizzò profondamente, senza timore neanche della morte, la profonda, devastante contraddizione di essere dalla parte austroungarica dovendo sparare, sul campo di battaglia, contro propri compatrioti! Contro altri considerati italiani! E contro truppe che già le vicende politiche e sociali avevano condotto alla povertà, all'ignoranza incolpevole, all'inconsapevolezza di una guerra forse da moltissimi non accettata.

Non sono stati in molti ad occuparsi di *La Buffa*: certamente lo fecero gli amici di Camber Barni, in particolare Umberto Saba, e Biagio Marin, e lo Slataper; poi, via via, lo studioso Carlo Muscetta, il grande Giacomo Debenedetti, Roberto Damiani, Manlio Cecovini, Anita Pittoni, curatrice dell'edizione del 1969, per i tipi delle Edizioni dello Zibaldone di Trieste (a cui faccio riferimento più avanti per le citazioni testuali delle poesie, in corsivo come tipo di carattere scelto nell'edizione del '69), e, in anni più recenti, Andrea Cortellessa e Giuseppina Giacomazzi.

2. Sulla struttura di *La Buffa*, su aspetti specifici di forma di genere, e su certe caratteristiche di stile, lingua, metro e ritmo, son già state svolte sottolineature significative e precise. Di epopea, fin dalla prima uscita della raccolta, ha scritto il Marin: "Egli narrava come un antico aedo e ti incantava l'anima nella mirabile epopea! [...] Le poesie sono il commento musicale delle sue gesta di guerra. [...] Espressione di vita popolare [...] hanno la forza rappresentativa degli antichi cantori". E inoltre il Marin riconosce, giustamente, a mio parere, che "il canto si fa dolce: [...] una divina tristezza [...] che a volte s'attenua in melanconia, è distesa su ogni parola di Camber, anche sulle sue risate" (Marin, 1966, p. 8).

Umberto Saba, nella sua prefazione all'edizione di *La Buffa* del 1950, afferma che è "il solo libro di poesia epica e popolare, del quale, nel petrarcheggiante paese, si conoscano le origini, e il nome di chi l'ha fatto. [...] ed il suo "giornale" ha l'inconfondibile accento della verità" (Saba, 1950, p. 30). E che il poeta triestino del *Canzoniere* usi la parola "giornale" non ci stupisce se pensiamo al titolo che Gadda volle dare (anche se pubblicati molti anni dopo, postumi) ai suoi diari: *Giornale di guerra e di prigionia*. Lo stesso Camber Barni nel componimento *Oslavia*, tra i più densi e significativi, usa la definizione di "giornale di guerra" o anche "foglio", ricordando quindi la volontà dei comandi militari di diffondere fra le truppe dei "fogli", in genere propagandistici.

In anni meno lontani si occuparono dell'opera del soldato-poeta Anita Pittoni, anche in qualità di prefatrice dell'edizione 1969, e il fine studioso di letteratura giuliana e triestina Roberto Damiani. La prima così scrive nella sua *Notizia* introduttiva al volume:

E proprio quei suoi scritti – alcuni in versi, altri messi giù in 'prosa', una prosa già cantata in fresco ritmo di versi – proprio quei suoi scritti, *urgenti*, di sapienza popolare, di popolare pudico patimento, potevano parlare al cuore di tutti; tutti vi ritrovavano la propria vicenda: l'avventura intima, segreta, e l'altra, esplicita, quella dei fatti, delle azioni, dei rapporti umani: il dramma di ognuno che, quella guerra, l'aveva vissuta, da volontario (Pittoni, 1969, p. 10).

Dal canto suo, molto opportunamente, a mio parere, il Damiani sottolinea che lo stile del Camber si evolve "con efficacia immediata e popolarisca" e "s'avvale d'un concerto plurilinguistico" in cui spicca anche un linguaggio di registro comico e non letterario, ma del tutto spontaneo, vero. E giustamente lo studioso pensa che il

poeta lasci “trasparire un’angoscia non certo sublimata dall’eccellente valore degli ultimi versi”, da cui deriva “Un che di lontanamente pascoliano” il quale “percorre molta parte dell’ispirazione ‘ lirica ’ di Barni” (Damiani, 1974, p. 27). Secondo il Damiani, inoltre, si accompagnano, in Barni, moduli da *chanson de geste* a una certa vena intimistica, segnata da una religiosità non metafisica; e anche a una nascosta incapacità di essere del tutto coerente, nella lettura ideologica e politica dei grandi eventi, con la sua volontà, originata anche dalla giovane età, di essere umile e di amare i suoi poveri ragazzi militari, quasi “giocando” sulle e con le loro angosce.

Nel 1998 con *Le notti chiare erano tutte un’alba. Antologia di poeti italiani nella Prima guerra mondiale*, Andrea Cortellessa tenta, riuscendoci in gran parte, una coerente e filologicamente dimostrabile sistemazione storico-critica all’apporto, dal punto di vista della scrittura lirica, offerto dai poeti italiani (naturalmente va ricordato che diversi furono anche i prosatori: da Lussu a De Roberto a G. Stuparich, per citare almeno una triade). In tal quadro la figura di Giulio Camber Barni appare inserita in un gruppo di autori che, consapevolmente o meno, concepirono la guerra anche come una “Festa”. Per cui le forme della poesia del Nostro possono risultare

ingenue e cantilenanti, da sagra di paese [...] È una festa popolare, quella della “Buffa” [...] che, infatti, non teme di servirsi del dialetto, anzi dei dialetti (dal veneto al napoletano): cercando insomma di riprodurre naturalisticamente il “paesaggio sonoro” della vita quotidiana di trincea [...] in una sorta di allegro contrappunto alle battute popolaresche e rassicuranti che si scambiano i membri della “Buffa” [...] Egli si esprime con semplicità disadorna, aderendo con assoluta fedeltà di rapsodo al mondo che vuol rappresentare. [...] Si ritrovano in Barni certi umori del primo Palazzeschi e di altri scrittori fiorentini di avanguardia. Ma anche e soprattutto rivive in lui una tradizione ottocentesca: talvolta dall’Ongaro, più spesso Nievo e i canti slavi (quelli tradotti dal Tommaseo) (Cortellessa, 1998, p. 116).

Infine ricordo un intervento relativamente recente di Giuseppina Giacomazzi, in cui la studiosa così afferma:

La Buffa non guarda alla guerra alla quale l’autore pur partecipò come volontario, come momento di esaltazione patriottica ed eroica. La vita in trincea viene raccontata in versi, attraverso l’alternarsi dell’uso del dialetto, da un punto di vista profondamente umano, con quell’afflato amoroso che sa riconoscere l’uomo e il suo valore di persona nello stesso nemico. Barni a tratti avverte un senso di colpevolezza nel suo arruolamento volontario: “Volontario della mia morte / che non volevo la loro” (Giacomazzi, 2009, p. 211).

3. A mio parere i non molti interventi critici e di analisi formale succedutisi negli anni, seppur nei primi interpreti un poco condizionati dai rapporti d’amicizia intercorsi, ci danno, oggi come oggi, un quadro sufficientemente ampio e ben dettagliato della raccolta di Giulio Camber Barni. Il mio tentativo, qui, in queste mie note, è di allargare lo sguardo oltre i valori letterari e formali, e collocare *La Buffa* in un contesto culturale e storico che possa tracciare costanti e divaricazioni sul tema della guerra nel confronto fra l’inizio del Novecento e la nostra attualità (contemporaneità): io credo che si possano tracciare degli ambivalenti nodi difficili da sciogliere relativi ad ossessioni psicologiche, a condizionamenti etnoantropologici, nonché ad aspetti legati alla tecnologia bellica. E credo che *La Buffa* risulti essere un valido testo che ci conduce direttamente in significativi

contesti di riflessione culturale, e dei coerenti, non del tutto disgiunti, pretesti di notevole interesse.

3.1. Inizio così a sottolineare quello che possiamo definire rapporto *quantità-qualità*, partendo per l'aspetto quantitativo dalle pur approssimative cifre dei caduti e feriti registrati in tutto il conflitto: 8 milioni di soldati deceduti, e 20 milioni di feriti (in molti casi con permanenti danni fisici e psichici, al punto che negli anni immediatamente successivi alla fine del conflitto si svilupparono nuove tecniche chirurgiche nel tentativo di alleviare orribili invalidità!). Il Camber Barni evita in gran parte di delineare, nei suoi componimenti, un clima ed una situazione di gran sofferenza globale; i suoi versi si riferiscono spesso a singoli commilitoni, a individualizzate con nome e cognome figure umili di compagni di una sventura che però può portare alla realizzazione di un grandissimo assoluto ideale. Ciò che conta è non cadere nell'*astrazione* di cifre sbalordenti e inafferrabili, perdere l'orientamento esistenziale e mentale, nel considerare le enormi cifre delle vittime. Negli episodi riferiti agli scontri e agli assalti per Gorizia e Oslavia, sua frazione (da cui l'omonimo lungo e centrale componimento di tutta la raccolta), in proporzione si poteva per così dire annegare in cifre sempre spaventose. C'è una considerazione generale quantitativa della morte che resta di fatto sottointesa, e, in *La Buffa*, registriamo soprattutto una visione per così dire *qualitativa* delle modalità del probabile morire, quando appare esplicitamente negli episodi della raccolta, con delle sue specifiche proprietà. Da parte del soldato-poeta c'è quindi "un amore costante alla vita e alla sorte del singolo uomo-soldato, seguito come fratello in un eguale destino. Per cui la parola vuol star-nel-mondo", come ha scritto Roberto Roversi (Roversi, 1998).

Si leggano, esemplari in tal senso, i seguenti versi di *Fermi Tranquillo*, della sezione "Istantanee della Buffa":

Fermi Tranquillo / cuoco dei barnabiti, / col sorriso dolce, / le mandibole larghe, / come di gelatina, / ti ho accolto coscritto; [...] Fermi Tranquillo, / della classe '89, / di Massa Carrara, / a volte le granate... / tremava perfino il furiere, / chi perdeva l'appetito, / chi lasciava il tascapane, / tu no! Lasciavi il fucile, / dimenticavi il rosario, / [...] e mangiavi – la bocca larga – / per la paura, / tutto il pane che restava, / [...] / Certo di passare / cuciniere in paradiso, / come in terra, / avevi un unico dubbio; / per questo, a volte temevi / di morire: / "Chissà, chissà, se i Santi / mangiano pasta al sugo rosso / di pomodoro? / Chissà?" (pp. 168-169).

E si legga la lirica *Il mio funerale* dove il ricordo del caduto è cosa per pochissimi, è evento minimale, privo di qualsiasi filtro interpretativo che lenisca ritualmente la morte, anzi, resta come minimo e ultimo segno di servizio festoso alla Patria:

Quattro fucili lucenti / oppure arrugginiti, / quattro fucili incrociati / mi trasporteranno / dai reticolati. // Quattro fucilieri / taciturni, / quattro fucilieri / sbrandellati, / quattro fantaccini: / ecco i miei becchini. // Senza il canto triste / di qualche deprofundis, / senza batter cigli, / in mezzo alle granate, / come una quadriglia / che sfila alle parate; // Senza lamentele, / senza ipocrisia, / quattro fantaccini / mi porteranno via (pp. 127-128).

3.2. Altre due categorie in opposizione si presentano esplicitamente alla lettura dei componimenti di *La Buffa: verità – non verità*, e strettamente e inevitabilmente collegate, in epoca moderna e contemporanea, *informazione – disinformazione*. Sulla scorta degli studi di Mario Isnenghi (2014), che per primo ha messo a fuoco le dinamiche con le quali la propaganda scritta governativa, fino a quella propriamente letteraria (un nome per tutti d'Annunzio) si è dispiegata negli anni di guerra, possiamo senza dubbio pensare che Camber Barni abbia tenuto presente, nell'intitolare la sua raccolta, uno dei fogli informativi per le truppe dal nome risalente alla fanteria, appunto *La Buffa*; non solo, perché se prendiamo in considerazione ancora il poemetto *Oslavia* (ricordo qui che la battaglia per Gorizia iniziò nell'ottobre del 1915) possiamo verificare come esso venga anche consapevolmente denominato “giornale” dall'autore: “si era rassegnati / a fare quattro salti, / e si aspettava la morte, / o meglio, non si aspettava / neanche più di morire, / proprio così come te, / che leggi questo **giornale**” (pp. 144-145, grassetto mio).

Nel 1920-21, dunque, pubblicando su *L'Emancipazione*, seppur a guerra finita, come, ad esempio, De Roberto nel pubblicare il suo racconto *La paura*, Camber Barni scrive come le cose stavano veramente, se viste dalla prospettiva degli umili soldati, tra toni epici e da epopea (la quale risalta nel componimento di memoria garibaldina *La canzone di Lavezzari*), dove s'impongono alcuni *tópoi* della leggenda e della storia di Garibaldi.

Anche il registro del sarcasmo viene espresso dal soldato-poeta triestino, come in *La propaganda*, una poesia presente nell'edizione base del 1935, poi espunta nella successiva del '50, ma presente perché recuperata dalla curatrice Anita Pittoni nell'edizione qui di riferimento del 1969: “Dentro la trincea / arrivavano i giornali / – così detti di ‘propaganda’ / e poiché non c'era carta / i soldati li prendevano / e si pulivano il culo” (p. 32).

Come pure si veda in *Il Cappellano*: “Il cappellano militare / disse: che Gesù Cristo / amava tanto la guerra. / Concluse: ‘Viva l'Italia! / Evviva S. Antonio!’” (p. 200).

3.3. *Integrazione e appartenenza versus emarginazione* rappresenta un'altra contraddizione che soprattutto un militare come Camber Barni ha inevitabilmente scontato. Qui dovrei aprire una lunga e impegnativa parentesi sul capitolo storico dell'Irredentismo di tutta quella zona dell'Italia che nel 1915 era territorio ancora appartenente all'Impero austroungarico. Mi limito a sottolineare come fu decisivo il rapporto con l'amico Enrico Elia che, con un senso etico della sua vera Patria spinto, se necessario, fino al sacrificio personale, lo portò davvero alla morte sul campo di battaglia. L'amico riveste per Giulio, dopo la sua scomparsa, un esemplare eroico modello a cui conformarsi per coerenza e convinzione assolute. In questa sede credo opportuno almeno mettere in rilievo quello *status* psicologico e interiore che tutti gli irredentisti e volontari di guerra non potevano evitare: l'aver scelto l'azione di guerra per una volontà di riscatto e liberazione li poneva in una particolare veste nei confronti di tutti gli altri commilitoni, specie se graduati dell'esercito. Un ufficiale irredentista e interventista non poteva avere momenti di debolezza, di incertezza, di distacco dalle direttive superiori, anzi, doveva sempre esortare i suoi sottoposti, incoraggiarli, sostenerli: un compito estremo, difficile, delicato.

Si leggano i seguenti versi tratti dal davvero centrale componimento *Oslavia*:

Che dire a quei soldati?... / “Adunata... per l’assalto!” / Stentavano a levarsi,
 / i sergenti mormoravano, / i soldati mi guardavano, / come il loro carnefice.
 / Io non dicevo nulla! / Cosa, poteva dire, / **volontario della mia morte** / che
 non volevo la loro? / Ma vidi allora tra i ranghi / il mio attendente Marchese;
 / gli chiesi, tanto per dire; / “Dimmi, patatone! / dove sei stato da ieri // che
 non t’ho visto un momento / durante tutta l’azione?” / Mi rispose il soldato
 Marchese, / [...] / “Spirante, songo state / tutto ’o tiempo appriesso a te, / e
 quando hai detto ai soldati: / ‘Avanti, avanti ragazzi... / ancora trenta passi!’
 / Spirante, me si sembrato / proprio ’nu capitano!” / Io risi, e quell’uscita /
 mi mise in allegria (pp. 142-143, grassetto mio).

La battuta del soldato Marchese assume il segno di una sia pur minima umile traccia e indicazione di integrazione nel corpo militare “italiano”. Un simbolico e concreto segnale di accettazione da parte degli altri. Ancor più evidente in quanto espresso da un soldato napoletano che sa esprimersi in un dialetto così lontano dalla parlata triestina.

E va anche detto, a mio parere, che vi è, a livello anche psicologico personale, intimo, espressione di un passaggio alla maturità, la necessità di una sorta di riscatto rispetto alla figura paterna, come ha intuito in anni molto più recenti un altro triestino, Giorgio Voghera, nel suo *Gli anni della psicanalisi* (Voghera, 1995). Si doveva essere all’altezza dei padri, i quali per ovvi motivi di età non potevano partecipare alle operazioni militari. Ricorda il Damiani come Camber andasse ripetendo che i motivi della sua partecipazione alla guerra erano stati tanti e che ci sono dei momenti in cui un uomo vuole poter dimostrare a se stesso di essere uomo, di saper affrontare la sofferenza, il pericolo, la morte. E che quando la lotta si è ormai scatenata, bisogna saper sposare senza riserva la causa del partito, della nazione, della civiltà a cui si appartiene; Damiani ha visto in queste scelte la “conquista della dignità attraverso l’umiltà” (Damiani, 1974, p. 34).

Si veda quindi il componimento dal significativo titolo *Il passato* (nella sezione Canzoni, secondo gruppo), in cui appare nella memoria la figura paterna: “Ed io non vorrei lasciare / la sua mano melanconiosa, / ma la notte l’afferra / ed io brancolando la cerco, / e non la trovo più. / E allora mi par di sentire, / nel vento, una voce che piange, / come di mio padre, / e non capisco se sia / la sua oppure la mia” (pp. 253-254).

I versi appaiono come la ricerca di un suggello di affetto, di pacificazione, conseguenziale al senso di riscatto che la partecipazione alla guerra e il coraggio conseguente, sembrano aver assicurato al soldato-poeta. Un padre segnato anche dalla malinconia e dal pianto, visto qui nelle sue debolezze, in una diminuita forza e *auctoritas*, secondo anche la lezione, fra gli altri, dello Sbarbaro di *Pianissimo*.

Nel sentirsi accettato, nel dimostrare attenzione e affetto verso i suoi “fantocchini”, si esplica il senso di partecipazione a quella che è un’avventura decisiva, un evento storico e destinante le sorti di più Nazioni. Ma è inevitabile che aleggi il sentimento della *paura* e che il poeta, voce narrante di straordinarie vicende, ne prenda le distanze e la esorcizzi con *ironia* e con la *pietas*. E ancora una volta va sottolineata la forza dei suoi ideali irredentistici che non devono sopportare una *deminutio*. E che occorre anche andar oltre alibi, ipocrisie, mettendo una distanza fra i suoi ideali e la intrinseca negatività oggettiva e soggettiva della guerra. Accanto a una concezione del morire che si risolve nella dimensione umanamente puntualizzata, come più sopra scritto, si può registrare un clima di distacco ironico, di semplicità rituale priva di ipocrita cerimonialità, e che “abbassa” la memoria letteraria “alta” e classica, come all’inizio del già citato *Il mio funerale*: “Quattro

fucili lucenti / oppure arrugginiti, / quattro fucili incrociati / mi trasporteranno / dai reticolati. // Quattro fucilieri / taciturni, / quattro fucilieri / sbrandellati, / quattro fantaccini: / ecco i miei becchini” (p. 127).

Il soldato-poeta Giulio Camber Barni non manca di esercitare anche la *pietas*, come partecipazione attenta al dolore degli altri, e dei suoi fantaccini; come in più componimenti si può leggere: e ancora in particolare in *Oslavia*:

La notte restammo pochi, / sul Monte Sabotino, / la notte stemmo fermi. / Udivo il brusio delle voci: / “Dov’è la mia compagnia?” / chiedevano i dispersi. / “Mamma, mamma mia... / Mamma! Portaferiiti!..” / Il mio portaferiti / voleva curare i suoi, / quelli del suo plotone. / Gli dissi: / “Cura anche gli altri!” / Mi disse: / “Non ho più cotone”. / Gli detti la mia camicia. / La notte ancora... “feriiti” / “Mamma, mamma mia!”. / Lo scoppio delle granate! / La voce del Sabotino! / Udii ancora un’ultima volta: / “Chi va là?” – con voce maschia. / Poi più nulla: mi prese il sonno (140-141).

La *pietas* consiste anche nell’attenzione agli umili soldati, all’empatia che l’ufficiale Camber prova, ad esempio, nei riguardi del fante Pellegrini, in *Il soldato Pellegrini*: “Ad un tratto levò il capo / il soldato Pellegrini / e trasse dalla tasca / una fotografia. / Era la sua ragazza / un bel pezzo di bruna, / e lui, quasi piangendo, / baciava quel pezzo di carta. / Mi scossi, lo guardai / e gli dissi: ‘Patatone, / perché sei così zambrusco?’” (p. 175).

Di certo la presenza di due vezzeggiativi, “patatone” e il dialettalismo “zambrusco” (in triestino “scioccherello” in senso, appunto, vezzeggiativo), denotano un rapporto di condivisione che va al di là anche, forse, dello stesso substrato mentale di paternalismo, di interclassismo, di umanitarismo, fra ufficiale e soldato semplice. D’altra parte *La Buffa*, vista nella sua interezza, composta di brevi componimenti e di quasi poemetti, oltre che costituire un documento di guerra, è espressione di una personale voce poetica non immune da contraddizioni tali da rivelare in alcuni passaggi testuali anche dei tentativi di nascondimento e di censura delle stesse contraddizioni. In particolare a supporto del poetare la materia della guerra viene esaltato il senso di *coralità* dell’esperienza bellica, dove il “direttore” del coro (maschera del poeta ufficiale) sa che è un tutt’uno coi suoi coristi e deve nascondere la sua autorità e superiorità di cultura e di censo sociale. L’inevitabile sottofondo di popolarismo, frutto dell’assoluta ideologia della guerra giusta e santa, è compensato dall’azzeramento, nella narrazione dei versi, dell’autoritarismo della gerarchia militaresca, e dall’assenza di superiorità sociale e culturale. Al contempo l’ideale della guerra giusta non impedisce al soldato-poeta di superare l’astrazione ideologica con l’attenzione pietosa e sincera verso il nemico come persona concreta, reale. Si leggano i versi presenti, ancora una volta, in *Oslavia*:

E tosto anche l’austriaco / si curvò come una quercia / dal tronco forte, nodoso, / schiantato dalla bufera! / Gli volli fermare il sangue, / ed egli mi disse: “brate” – voleva dire fratello – / non disse altra parola. // Io lessi il suo piastrino: / si chiamava di nome Marko, / il casato era sbiadito, / pastore di Banieluka. / Aveva nella tasca / un ritratto con la moglie, / tre figliole e quattro figli / alti, forti e ben piantati. / Chissà quanto l’avranno atteso / nel lontano suo paese, / la sua moglie, i suoi figlioli, / le sue capre, le bestie bianche (pp. 158-159).

Non credo che si possa individuare in molti dei versi di Camber un’artificiosa retorica dei sentimenti: basta leggere il bel volume di Antonio Gibelli, *La guerra*

grande. Storie di gente comune 1914-1919 (Laterza, Bari-Roma, 2014): in quelle che l'autore definisce "scritture di guerra", in particolare le lettere dal fronte di tanti soldati, dai toni, dal lessico usato, dalla sintassi a volte anche sgangherata, ritroviamo la stessa veridicità dei versi di *La Buffa*.

3.4. Altre due categorie si contrappongono, cioè quella della *fiesta* con quella della *feralità* della guerra, con i suoi inevitabili lutti, le malinconie, le disperazioni. Che la *fiesta*, come sostiene Cortellessa, sia nelle corde del poeta non ne sono del tutto convinto; piuttosto è spesso un velo di malinconia, di tristezza che incombe; forse, più che una "fiesta popolare", quella ritratta nella *Buffa* è la semplice, umana, aspettativa illusoria, a volte ricattatoria, delle speranze del ritorno: amori, famiglia, pace... in una sorta di ottimismo forzato dalla situazione, non però frutto diretto della visione del poeta rapsodo, magari sodale di certe esperienze d'invenzione futurista e marinettiana, il quale non evita di ritrarre anche la *paura* e di essa anche il suo dominio¹.

Paura, paura della morte, morte, lutto: questo è quanto non poco Camber Barni registra nel suo privato e assieme comunitario vademecum poetico sulla Guerra Grande. Leggiamo, al proposito, dalla Sezione Canzoni (primo gruppo), *S. Floriano*:

S. Floriano troneggiava / sopra una collina: / la sua corona di vigne / brillava nella mattina; // S. Floriano aveva le case / fatte per le spose / e le sposine belle / più di tutte le rose. // S. Floriano aveva una chiesa / più bianca d'ogni colore / e le sue campane / chiamavano all'amore. // Ora non c'è più chiesa, / non cantan le campane, / nelle buche di granata / gracidano le rane. // Le case sono nere, / le vigne rovinate, / le spose son raminghe / o piangono internate. // C'è mille croci di legno / intorno a S. Floriano, / a notte s'ode l'Isonzo / lamentarsi da lontano (pp. 123-124).

Un componimento in cui ben oltre ragionamenti o astrazioni mentali è la desolata e desolante realtà del dopo battaglia a incidersi nella memoria dei lettori. Son versi, questi, che rinviano senza tema di sfigurare a certe brevi icastiche poesie dell'Ungaretti del *Porto sepolto*, al quale, come al poeta triestino, si attaglia sicuramente la riflessione del romanziere e giornalista Roland Dorgelès: "Odio la guerra, ma amo coloro che la fanno".

Certamente Giulio Camber vive anche una forte contraddizione interiore tra il senso del dovere, dell'etica, l'assillo morale tipico dei giuliani ispirati dall'ambiente de *La Voce*, e la visione del dolore dei fantaccini che lui deve comandare: in alcuni componimenti l'umanitarismo di Camber Barni si autolimita con l'emergere, nei versi, di una relazionalità che "gioca" un po' fanciullescamente con l'angoscia esistenziale dei militari, quasi a voler imporre il coraggio, il senso assoluto del sacrificio! Ed è in *Un caporale senza nome*, lungo componimento di circa 160 versi, che il soldato-poeta sembra senz'altro prendere davvero coscienza di simile limite. È uno spaccato di vita di TRINCEA: si mangia quando arrivano le vettovaglie, si chiacchera, si spera di non dover iniziare l'azione; l'uso di efficaci ipotiposi, e di sinestesie audio-visive, ci porta davvero dentro la trincea: protagonisti sono il soldato-poeta che narra, dichiarando da subito che: "Non mi ricordo più, / caporal maggiore lombardo, / come ti chiamavi, / non mi ricordo più...".

¹ La paura è il tema centrale del bellissimo omonimo racconto sopra citato di De Roberto; venendo all'oggi merita senz'altro almeno la citazione il film di Ermanno Olmi *Torneranno i prati* del 2014.

Il caporale gli si era offerto volontario di pattuglia, una scelta rischiosissima, a cui il tenente Barni non dà seguito, fino a prendere in giro quel “patatone di un caporale”. Arriva l’attacco austriaco, insistente, col solito fragore altissimo, impaurente:

Non sapevo cosa dire, / e pensavo sul da fare, / quando vidi il caporale: / “Tu volevi andar di pattuglia?”... / io sorrisi, contro voglia... / [...] mi guardò con gli occhi neri, / scalcinato come sempre, / disarmato, senza elmetto / quasi a dirmi: “Proprio io! / Vedi un poco se io sono / caporale o cuciniere!2 [...] E di un balzo risoluto, / si levò sulla trincea, / se ne stette ritto, in piedi, / con le braccia incrociate. [...] Mi dissero: “Il tuo caporale / è giù, a Boneti; / l’altro giorno l’abbiamo portato, / Martone gli ha fatto la croce” (pp. 192-193).

La guerra ha una sua propria cronologia: i tempi degli uomini non possono essere sincronizzati e il caso è sovrano: il caporale lombardo, con la sua scelta suicida, sembra voler dettare lui il tempo della morte! Ma la nuda e cruda e tragica realtà della guerra e del morire esplose in *La canzone di Lavezzari* (secondo componimento di *L’episodio di Podgora*) che riporta anche e soprattutto alla morte dell’amico Enrico Elia, il 19 luglio del 1915:

Barcolammo, oltre trincere, / oltre reticolati, / finché ci fermammo un istante: [...] Enrico Elia sparava... / Ad un tratto udii la sua voce: / “Amico, amico mio!” / Lo presi fra le mie braccia: / egli era pallido tanto / **come un bambino malato**, / e sorrideva per dire: / “**Vero che sono bravo?**” / Anche la **sua camicia era rossa**. / Ancora con gli occhi mi disse: / “Amico, amico mio!” // In mezzo ai reticolati, / **mi sono strappato le carni**, / per portarlo via. / Gli versai la borraccia d’acqua, / la sola cosa preziosa che avevo, [...] Caenazzo, l’amico Cirillo, / m’avevano aiutato / a portarlo via, / mi dissero: / “Non c’è più niente da fare!”. / Io non sapevo decidermi; / **restai solo**. / La sera e le sue ombre / avvolgevano nel silenzio / **le sublimi miserie umane**. // [...] Lo baciai un’ultima volta... // [...] “amico, ti devo lasciare, / cosa dirò alla tua mamma? / Amico, camerata, amico, amico mio” (pp. 220-222, grassetto mio).

Versi che non indegnamente ci riportano alle grandi coppie di amici della letteratura epica: da Patroclo e Achille in Omero, a Medoro e Cloridano nell’Ariosto. Siamo in uno dei brani più riusciti di *La Buffa*, dove il poeta fa parlare i fatti nella loro nuda realtà, e, assieme, è supinamente impotente di fronte alla morte dell’amico, e iconicamente ci restituisce un’immagine da Pietà michelangiotesca, dove il rapporto amicale non è meno coinvolgente del rapporto Madre-Figlio (Elia viene definito “bambino”, difatti).

Concludendo: per molti, compreso il nostro soldato-poeta, la guerra è “un rito di passaggio”: tra regressioni (il soldato-bambino) e sacrificio di se stessi (il soldato vittima sacrificale, e/o eroe). È l’antica virtù della *tlemosyne*, della *sopportazione* (oggi diremmo *resilienza*) che secondo Camber Barni dovrebbe guidare lui e chiunque voglia conquistarsi una patria. Tant’è che per lui la pace stessa più che un fine è uno strumento irrinunciabile su cui costruire e completare un Paese, una Patria, un territorio, una lingua. Ed in *La Buffa* appare sempre come una conquista dettata dal coraggio, estrema, eroica se serve, a volte scandalosamente esercitata con una violenza dal carattere nascostamente sadico.

Certamente, poi, va detto che l'esperienza di guerra si struttura antropologicamente secondo un ritmo ternario di separazione / stato liminare / aggregazione, e l'esperienza di Giulio Camber Barni lo sta a dimostrare anche negli aspetti fondamentali della scrittura. Da ciò senz'altro possiamo dire che la sua visione poetica della Grande Guerra risulta così frutto di una singolare e interessante combinazione di MODERNITÀ e TRADIZIONE, nelle scelte di strutturazione versale: tra forme tradizionalmente antiche (rapsodia, epopea, epica, anche quella ottocentesca-risorgimentale-mazziniana) e forme moderne e più interiorizzate: prosa-verso; venature di lirismo; memoria poetica moderna, da Pascoli a Palazzeschi, a Carducci; plurilinguismo, verso libero.

Riferimenti bibliografici:

- Cortellessa, A. (1998). *Le notti chiare erano tutte un'alba. Antologia dei poeti italiani nella Prima guerra mondiale*. Milano: Bruno Mondadori.
- Damiani, R. (1974). Una voce nel vento. In Id., *La miccia verde. Saggi di critica letteraria* (pp. 24-41). Trieste: LINT.
- Dorgelès, R. (1919). *Les croix de bois*. Parigi: Éditions Albin Michel.
- Giacomazzi, G. (2009). Trieste e la memoria della Prima Guerra Mondiale in alcuni scrittori di area triestino-giuliana. In AA.VV., *Tempo e memoria nella lingua e nella letteratura italiana. Atti del XVII Congresso A.I.P.I. Ascoli Piceno, 22-26 agosto 2006. Vol. IV: Poesia, autobiografia, cultura* (pp. 201-216). Roma: Associazione Internazionale Professori d'Italiano.
- Marin, B. (1966). Giulio Barni l'ultimo poeta del nostro Risorgimento, Ricordo. In G. Camber Barni, *Anima di frontiera* (pp. 11-23). Milano: All'Insegna del Pesce d'Oro.
- Pittoni, A. (1969). Notizia. Prefazione a G. Camber Barni, *La Buffa* (pp. 9-15). Trieste: Edizioni dello Zibaldone.
- Roversi, R. (1998, 11 luglio). Il poeta di guerra Giulio Camber Barni. *Il Manifesto*.
- Saba, U. (1950). Di questo libro e di un altro mondo. Prefazione a G. Camber Barni, *La Buffa* (pp. 12-53). Milano: Mondadori.

Las primeras interpretaciones de Michelstaedter (1910-1916)

The first interpretations of Michelstaedter (1910-1916)

Sergio Campailla
Genova (Italia)
sergiocampailla@hotmail.com

* El presente artículo es una actualización del texto *Le prime interpretazioni di Michelstaedter (1910-1916)*. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, aprile-giugno 1990, pp. 17-26.

Artículo recibido el 30/10/2017, aceptado el 20/10/2017 y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RESUMEN: El texto plantea un recorrido por algunas de las reflexiones más significativas y tempranas que generó tanto la obra de Michelstaedter desde los primeros años de su publicación, como las implicaciones filosóficas de su teoría del suicidio, especialmente cuando el escándalo que provocó su muerte en 1910 dio lugar a una lectura más profunda de sus escritos. Desde el inicial ‘suicidio metafísico’ aventurado por Giovanni Papini, hasta la posterior reflexión llevada a cabo por Scipio Slataper, Silvio Benco, Emilio Cecchi, Giuseppe Antonio Borgese, Giovanni Amendola o Giannotto Bastianelli, el texto desvela cómo la obra de Michelstaedter fue motivo de una continua, progresiva y cada vez mayor profundización crítica desde 1910 hasta 1916.

Palabras clave: Carlo Michelstaedter; Filosofía; Crítica; Suicidio filosófico; Otto Weiniger

]

ABSTRACT: *The articles focuses on some of the most relevant and early reflections on Carlo Michelstaedter’s work from the very first years of its publication, as well as on the philosophical implication of his theory of suicide, especially when the scandal of his death in 1910 gave way to a deeper reading of his writings. From the initial “metaphysical suicide” suggested by Giovanni Papini, until the immediate reflections of writers such as Scipio Slataper, Silvio Benco, Emilio Cecchi, Giuseppe Antonio Borgese, Giovanni Amendola o Giannotto Bastianelli, the text shows how Michelstaedter’s philosophy became the subject of a continued, progressive and deeper critical view from 1910 till 1916.*

Keywords: *Carlo Michelstaedter; Philosophy; Critical studies; Philosophical suicide; Otto Weiniger*

El 17 de octubre de 1910, en Gorizia, enfrente de la casa de Piazza Grande (actualmente Piazza della Vittoria, 8), en el último piso donde vivía la familia de Alberto Michelstaedter, muy conocido en los ambientes gorizianos por méritos no solo culturales sino también cívicos, se formó una aglomeración de personas. “¿Qué ha pasado?”, se informaba el peatón curioso parándose a pesar del tiempo lluvioso. “Un estudiante se ha matado allí arriba”, respondía alguien no sin perplejidad. Estos datos de la crónica, que se extraen de una conmovedora memoria de Geppino Michelstaedter Micheletti (1960)¹ escrita a cincuenta años de distancia, transmiten el inmediato eco del suicidio de Carlo Michelstaedter en un registro fiel, al mismo tiempo, de anonimato y cotidianeidad.

Ponía fin así a sus días un desconocido estudiante en vísperas de la lectura del trabajo de fin de carrera. En vida fueron publicados solamente cuatro breves artículos. Tres de ellos vieron la luz en el periódico local *Il Corriere Friulano*, dirigido por su tía abuela Carolina Luzzatto: el primero, sobre las exequias de Carducci, era en realidad una carta a la familia y fue entregada a la prensa a escondidas del interesado con la simple firma: Carlo (Michelstaedter, 1907)²; el segundo era una reseña a la presentación del dannunziano *Più che l'amore* en el Teatro di Società de Gorizia (Michelstaedter, 1908a)³; el tercero y más importante, sobre Tolstói, es un artículo redactado para celebrar el 80º aniversario del gran escritor ruso y fue firmado con las iniciales C. M. (Michelstaedter, 1908b). En los últimos años he podido confirmar la publicación aún en vida de un cuarto escrito, esta vez en *Il Gazzettino popolare* del 29 de abril de 1910. Lleva por título *Ancora lo “Stabat Mater” di Pergolesi* y va firmado como “Uno en nombre de muchos” (Michelstaedter, 1910)⁴. Michelstaedter envió esta nota en caliente al periódico después de haber asistido a una ejecución musical del maestro Seghizzi. Las páginas de estos cuatro escritos nacen de intereses profundamente enraizados, pero todas en circunstancias ocasionales. Se puede añadir, para completar, que ni siquiera las caricaturas de la publicación estudiantil *Gaudeamus igitur*, en marzo de 1907, superaron el anonimato.

El 24 de octubre de 1910, o sea, exactamente una semana después de su trágica desaparición, salió en *La Patria del Friuli* (en honor del acreditado progenitor Alberto) una dedicatoria en verso sobre los funerales en la que lo más relevante era un monstruoso error de imprenta (Anónimo, 1910). Y sin embargo, justo en ese gesto desesperado que no parecía que debiera rebasar las fronteras de un dolor doméstico, absolutamente privado, es donde podemos encontrar los primeros indicios del interés por Michelstaedter y por su obra.

Un interés que fue, al menos al inicio –aunque no faltaron las posteriores repercusiones cuando el problema superó su fase de crónica–, interés por el escándalo. Pocos años antes (precisamente en octubre de 1903) otra alma

¹ Los Micheletti constituían una rama de la familia Michelstaedter que tuvo que italianizar el apellido obedeciendo a la política onomástica del régimen fascista.

² Sobre las protestas de Michelstaedter a causa de la indeseada publicación, cfr. la carta a la familia del 26 de febrero de 1907 (Michelstaedter, 1983, p. 187).

³ Suprimidos el principio y el final, fue publicado de nuevo en Id. (1958, pp. 645-649).

⁴ Actualmente se puede consultar una copia en el “Fondo Carlo Michelstaedter” en la Biblioteca Civica de Gorizia. Presenta correcciones y notas autógrafas en el margen, conocidas ya por Chiavacci, quien reprodujo el texto enmendado pero suprimió la conclusión y la firma, con el título *Lo “Stabat Mater” di Pergolesi*, en Michelstaedter (1958, pp. 686-687).

atormentada, Otto Weininger, vienés y judío converso, se había suicidado, según la célebre expresión de Karl Kraus, “durante un ataque de lucidez espiritual” después de dar a la prensa aquel *Geschlecht und Charakter* que le hizo famoso casi inmediatamente y que pronto circuló incluso por Italia, sobre todo a través de la divulgación de los autores de *La Voce*⁵. Las analogías entre el disparo de revólver de Michelstaedter y el “disparo en la niebla” del que habla Max Nordau resultan verdaderamente impresionantes: Weininger se había suicidado exactamente a los veintitrés años, era –como se ha dicho– de origen judío y contaba ya con estudios clásicos pero también científicos y matemáticos. Había puesto fin a sus días al día siguiente de haber alquilado una habitación en la casa en la que murió Beethoven, en una demostración realmente sobrecogedora. Hay que decir, de testigo está Giannotto Bastianelli, que Weininger dejó definitivamente Florencia con este plan: “No traicionar a Beethoven”.

Estas llamativas coincidencias, que reflejan una formación cultural con significativos puntos de contacto y, más en general, el clima de una época, estaban inevitablemente hechas para dejar caer, en el clamor periodístico, las sustanciales diferencias. Michelstaedter se apagaba el 17 de octubre y el 5 de noviembre de ese mismo 1910, Giovanni Papini, con una tempestividad sorprendente⁶, atribuyendo al destino el peso de un instrumento hermenéutico decisivo para comprender su obra, formulaba en *Il Resto del Carlino* la tesis, acogida posteriormente con gran aceptación, del “suicidio metafísico” (Papini, 1910). Hay que decir que este escrito, en el que detectamos sin duda algunos de los temas centrales del problema crítico relativo a Michelstaedter es, desde otro punto de vista, una radiografía particularmente fiel de la personalidad del propio Papini. No es casual que en la introducción al volumen *Ventiquattro Cervelli*, en el que él mismo dos años después volvía a presentar las páginas sobre Michelstaedter junto a otras dedicadas a literatos y filósofos italianos y extranjeros, escribiera:

¿De qué manera esta alma ha guardado estas veinticuatro almas? No con el recelo del estudioso puro y simple, ni con la presunción del crítico definitivo, sino como un alma de hombre que quiere penetrar vivamente en el alma de otros hombres: ya sea para que se amen o para que se odien. Son, por lo tanto, casi todos, ensayos pasionales, subjetivos, parciales, líricos, en un cierto sentido, y no críticos. Es verdad que pueden gustar y venir bien sobre todo a quienes interesa conocerme a través de lo que digo de los demás (Papini, 1912b, p. VI)⁷.

Estas reservas metodológicas valen, con más motivo, en el caso del ensayo sobre la obra michelstaedteriana que Papini confesaba no haber podido leer y que, en

⁵ El volumen weiningeriano fue traducido en italiano por G. Fenoglio (Weininger, 1912) con una reseña posterior de Papini (1912). Cfr. sobre el tema Cavaglion (1982).

⁶ Supongo que la señalación y las noticias vinieran de Arangio-Ruiz, gran conocido de los amigos vocianos vinculados al Instituto de Estudios Superiores de Florencia, y más adelante colaborador de la revista papiniana *L'Anima*. Papini, por su parte, fue uno de los primeros en terminar en el cuaderno de los bocetos de Michelstaedter nada más llegar a Florencia en 1905: cfr. Michelstaedter, 1975, tabla 53, p. 52. Pero no nos resultan contactos personales y la misma caricatura quizás fue tomada en una circunstancia pública, Michelstaedter confundido entre la multitud.

⁷ Por curiosidad cito aquí el elenco de los *Ventiquattro cervelli*: Anónimo, Dante, Leonardo, L.B. Alberti, G.B. Vico, R. Ardigò, E. Regalia, G. Vailati, E. Ferri, A. Farinelli, C. Michelstaedter, C. Linati, G. Locke, G. Berkeley, G. Ruskin, W. Whitman, E. Spencer, F. C. S. Schiller, G. Hegel, F. Nietzsche, R. Eucken, E. Bergson, L. Tolstói, T. Dostoievski.

consecuencia, se limitaba a resumir basándose en la autoridad de terceros: “Yo – declaraba textualmente– no he podido leer su tesis –que será publicada en breve– y solo he oído hablar de ella a los pocos que la han tenido entre las manos”. “Dicen –añadía– que es un libro muy personal, ora rígidamente dialéctico y apoyado por expresiones matemáticas, ora lleno de imágenes brillantes y de apóstrofes; en algunos momentos austero y oscuro como un nuevo Heráclito o dolorosamente tonante como un profeta de Jerusalén; y recuerdan, una y otra vez, al Eclesiastés o a la despiadada benevolencia de Buda”. Y más adelante continuaba afirmando: “No garantizo la perfecta precisión de estas ideas: he intentado adivinar, cumpliendo con mi ideario, que siento cercano al suyo, las ideas de Michelstaedter”. Resultó fatal que, al “intentar adivinar” la problemática de Michelstaedter, aislada del sustrato de experiencias reales en las que se había desarrollado y en las que tomaba sentido, resultase a la vez enfática y plana.

Michelstaedter no era un ser atormentado por las angustias corporales: era atractivo, sano, con gusto por la vida física; no entristecido por preocupaciones económicas. La naturaleza lo había dotado generosamente con cualidades intelectuales y él, además, se encontraba en vísperas de la graduación. Por último, la suya no había sido una turbación derivada de una crisis amorosa: de hecho –escribe Papini (pero en este punto su información presenta lagunas)– “se le conocían fervientes amigos, pero no novias ni amantes”. No dejaba aparte sin embargo, sino para rechazarlas, las voces que hablaban de “desequilibrio mental” testimoniadas por ejemplo por la “tendencia a subrayar más de lo necesario”. Aparte estas notas biográficas de fondo, el problema de Michelstaedter no podía ser más que el eterno “problema de la vida”. Él “no se suicidó por ninguna de las razones por las que se matan normalmente los hombres. Él, como otros poquísimos y rarísimos pensadores que lo precedieron, se suicidó para aceptar hasta el fondo, honesta y virilmente, las consecuencias de sus ideas –se suicidó por razones metafísicas”. No son suficientes los “apoyos de los racionalistas”–añadía Papini en manifiesta polémica frente al optimismo idealista de Hegel, Croce y Gentile– para cubrir “el misterio del mal, el enigma del dolor” a los ojos de un joven generoso.

Y sin embargo un solo momento de real y completa posesión de la vida valdría y contaría más que toda una larga vida como la que habitualmente nosotros vivimos. Pero este momento, para ser posible, no debería poder tener futuro –tendría que ser, supongo yo, la vigilia de la muerte. [...] El hombre puede comprender, por la ley divina de los opuestos, que el todo es la nada, el sí en el no, y la vida en la muerte. Y puede renunciar voluntariamente a la vida y en ese momento eterno que precede al fin él posee, por primera y última vez, la vida, la verdadera vida (Papini, 1910).

Papini, apuntando indiscriminadamente a la fórmula del suicidio filosófico, también estaba preparado para añadir el nombre de Michelstaedter a una singular historia del pesimismo histórico en la que incluía, de entre los antiguos, al “Persuasor de la muerte” Egesia y, de entre los modernos, a Mainländer, el “excesivamente olvidado” discípulo de Schopenhauer que había puesto fin a su vida el mismo día en que se exponía en los escaparates de las librerías su *Filosofía de la Redención*, y, naturalmente, el paralelismo más obvio, al “excesivamente célebre” Otto Weininger. Pero con Michelstaedter –concluía– “es la primera vez que un suicidio por razones idealistas y teóricas ocurre en el mundo de la cultura italiana [...] El dolor que inspira su muerte no es de esos que abaten sino de los que pueden enorgullecer a la nación que los comprende” (ibidem).

Se comprenden perfectamente, a estas alturas, la ‘liricidad’ y la ‘pasión’ del artículo de Papini. El recorrido rectilíneo y simplificado de las premisas teóricas a la decisión última del suicidio se hizo, ciertamente, para halagar su intelectual napoleonismo (la definición es de Slataper), reacio a encerrarse dentro de los confines de una realidad de papel tendente a afirmarse por compensación en gestos perentorios, en conversiones, en renunciaciones. Vale la pena, en este contexto, para explicar mejor no solo la consonancia espiritual que él mismo declara encontrar en el asunto de Michelstaedter, sino también el fondo masoquista de su cerebralismo, releer la siguiente página de *Un uomo finito*:

Pensaba hacer el libro yo mismo, el verdadero libro sobre la vida; el libro que debería, de una vez por todas, hacer que todos los hombres decidieran hacer de sí mismos y de los demás y de la existencia entera, ese menosprecio que merecen. En aquel tiempo me topé por primera vez con un gran filósofo. Hojeé, leí, medité sobre Schopenhauer [...] Intenté trazar una historia del pesimismo y recorrí así, en largas jornadas, la historia de la filosofía [...] No me gustaba en Schopenhauer su hostilidad hacia el suicidio. Y así pues, preparé, como última parte de la gran obra, una estoica propuesta de suicidio universal. No tanto por dar de qué hablar: no veía otra salida. Suicidio individual no, porque es ridículo e inútil; sino suicidio de masa, suicidio consciente, deliberado, en grupo, que dejara sola y desierta la tierra rodando inútilmente en los cielos. Imaginaba poder fundar una sociedad que progresivamente habría crecido y se habría extendido junto a la difusión de mi irrefutable libro. Cuando esta liga de los desesperados hubiese encajado perfectamente con la humanidad entera, se habría debido elegir el gran día –¡el final! Había pensado incluso en los medios y me pareció que el veneno era sin duda el preferido. ¡Tonterías, niñerías! Y sin embargo la idea fija de tener que ser el apóstol de esta suprema conclusión de la vida fue para mí, durante un tiempo, el único pretexto para permanecer vivo. Y acepté seguir viviendo solamente con la tonta esperanza de hacer morir a todos los hombres junto a mí (Papini, 1913, pp. 108-109).

La cita es larga, pero contiene pasajes iluminadores que se comentan solos. La afinidad con el joven de Gorizia era ilusoria. Papini, ‘joven viejo’, intentó, por todos los medios, permanecer joven, más joven que los demás, y creyó que lo había conseguido lanzándose a los brazos de las más diversas vanguardias; pero es significativo que, aun con tantas, e incluso demasiadas, páginas salidas de su pluma, no encontrara nada que añadir a Michelstaedter, como se pudo documentar en las ediciones Formiggini de 1912-1913.

Incluso con estas limitaciones, la intervención de Papini, dejando a un lado la tesis del suicidio por razones metafísicas que se opone al origen de una larga tradición crítica, tuvo el gran mérito de presentar el nombre absolutamente desconocido de Michelstaedter al mundo cultural italiano. No es casualidad que, junto a Arangio-Ruiz, fueran los intelectuales del grupo de *La Voce* (Slataper, Amendola, Cecchi, Borgese, Bastianelli) quienes propusieron insistentemente a los estudiosos la figura, en otras áreas completamente desconocidas, de Carlo Michelstaedter.

Tiene un valor especial, al situarlo necesariamente en el plano de una común pertenencia al grupo juliano, y también por la evidente dependencia de la interpretación papiniana, el testimonio de Scipio Slataper, quien en el “Bollettino bibliografico” de *La Voce* hizo una reseña breve del primer volumen de Michelstaedter entregado a la prensa por Arangio-Ruiz en 1912 (Slataper, 1912). Entre las poesías del *Dialogo della salute* entonces publicadas, el joven triestino de

24 años mostraba una preferencia por *Dicembre*, porque en su opinión, en ella “la visión filosófica se identifica sin esfuerzo y sin restos con la imagen”. Mientras el enigma del suicidio se comenta a la luz de uno de los *Últimos aforismos* de Weininger⁸, posteriormente retomado también por Cecchi: “la muerte voluntaria [...] es la menor bellaquería que se puede cometer. Estas últimas palabras son de Weininger, espíritu esencialmente moral con el que guarda muchas similitudes, pero opuesto a él por la visión final del universo”. “Sin embargo, hay en su espíritu perenne –no olvidaba señalar Slataper– un elemento socrático, mefistofélico, que nos mantiene distantes de él”.

Pero más indicativo que esta rápida comunicación oficial es lo que Slataper escribía después, ya sin reticencias, en sus apuntes. Y es una nota que parece oportuno copiar completa: “Lo que fue un desastre para Papini, Michelstaedter –felicidad para nosotros. Y esto en tantos campos: no comprensión: no comprensión del hombre con la mujer (Weininger), del héroe con la masa. Obligados a vivir en la *vida* sin creer en ella. No nos podemos refugiar en el más allá: toda la liberación del más allá nos falta. No hay inmortalidad, alma: por lo tanto no hay gloria. Pero los seres activos: *trabajo*. Nos hemos dado cuenta de que en el trabajo, en el expresarnos con dureza, ahí había una felicidad” (Slataper, 1953, pp. 271-272). Página secreta de diario en el que queda confirmada y lúcidamente medida la distancia entre la ideología y la parábola existencial de un Michelstaedter y un Slataper, llegado por último, después de una primera fase de pesimismo egocéntrico y esteticismo, a la religión de la historia y de la laboriosa actividad humana: página en la que, en las explícitas y típicas largas dadas a Weininger y a Papini, el escritor de *Mi Carso*, muestra inequívocamente la influencia de la genealogía filosófica trazada a grandes rasgos por el artículo papiniano.

Esta misma influencia se revela en el triestino Silvio Benco (1913) a partir del título de su artículo, *Il suicidio filosofico*. En Benco, como ya sucedió con Slataper, influye la curiosidad por el compatriota; pero su intervención, además de contener la tesis preconcebida, presenta también los límites de un tono inspirado en el paternalismo y en el sentido común. “Los filósofos que buscan la coherencia en la muerte suelen ser jóvenes. Weininger, en Alemania, se mató jovencísimo; Michelstaedter, en Italia, acabó con su vida a los veinte años; no tenían los dieciocho dos jóvenes ingleses que, convencidos de estar en deuda con la muerte, habían acabado, después de un intento de saldar dicha deuda, discutiendo delante de los tribunales, sobre quién había conducido al otro a esta persuasión”. Para estos jóvenes “la verdad lo es todo; y se suicidan en nombre de la verdad. Para otros, una mujer lo es todo: y se suicidan por la mujer. Para otros, el honor: y se suicidan por honor”. Benco los confrontaba con “el más popular y más artista de los filósofos de esta escuela”, esto es, Schopenhauer, quien “no tuvo ningún problema en llegar a la vejez con una tranquilidad bastante jovial”. Pero preguntaba: “¿Cómo puede estar en la categoría de los razonamientos el cañón de un revólver? [...] Después de haber probado que la vida era un engaño, queda aún por demostrar si, después de todo, no vale la pena ser engañado. Hay engaños más bellos que la muerte” (Benco, 1913, p. 1). En la vida existen las Capillas Mediceas y la música de Beethoven que, evidentemente, a Benco le producían un efecto diferente y más tonificante del que provocaban en Weininger o en Michelstaedter. Benco puede tener razón o estar

⁸ El aforismo de Weininger aparece en el volumen *Über die letzten Dinge*; cfr. la (equivocadísima) traducción del editor Bocca, en el que ésta suena así: “El suicidio no es un signo de coraje, sino de vileza, no obstante este sea entre todas las vilezas la menor” (Weininger, 1914, p. 250).

equivocado, depende, ero a estas alturas la lectura del crítico coincide con el consejo de que no es aconsejable matarse.

El nombre de Michelstaedter no escapó, por otro lado, a la atenta exploración que Emilio Cecchi y Giuseppe Antonio Borgese estaban llevando a cabo sobre la cultura contemporánea. En las páginas de Cecchi (1912) no vamos a profundizar: subrayada una “potencia poética” de Michelstaedter, observaba cómo “por un temperamento tal, cerrado a la historia, obligado a concebir la vida en sus relaciones extremas, todo tendiera a transformarse principalmente en sustancia ética, en valor moral”. Demostraba buena voluntad, pero estaba evidentemente desorientado al evaluar al autor de los escritos publicados en 1912: el *Dialogo della salute* es una colección incompleta de poesías, que no comprendía todavía *I figli del mare*, las líricas *A Senia* y los versos de *All’Isonzo*.

Más interesante, al menos como ejercicio de crítica militante que nos transmite el eco de algunos lugares comunes de aquel momento, resulta el ensayo de Borgese (1915). En él, el crítico se recreaba esbozando el retrato de un joven que se despierta sobresaltado para vivir su jornada, monótona y vulgar como todas las que la precedieron y las que la seguirán, cargada de compromisos y de humillaciones. Borgese para reconstruir la atmósfera no olvida ni siquiera el “enervante conflicto de intereses”, “la mácula sutil de un diente que se carea”, “la arruga que se marca alrededor de la boca de una mujer amada”. Mientras “el reloj repite el antiquísimo adagio: *todas las horas hieren, la última mata*”, el tiempo sigue royendo y, como Miguel Ángel, “trabaja medio siglo en un cuerpo para sacar a la luz lo esencial, el esqueleto”. Este es el drama de Michelstaedter en la exposición asaz genérica de Borgese, quien en la obra del escritor de Gorizia sentía “el himno fúnebre que un vivo, un joven trabajador y sano, canta a sí mismo. Y sin embargo termina en una melodía marcial”. El presupuesto del estudioso era vitalista. Para Michelstaedter “esta vida es la Vida, esta muerte es la Muerte [...] Como cualquier otro moderno, pero con bastante más coherencia, es un idólatra, un fanático de la Vida, con la inicial mayúscula. Adora a esta única divinidad, la Vida Heroica” (Borgese, 1915, p. 90). En un ambiente dannunziano, la figura atlética de Michelstaedter adquiriría así las proporciones del súper hombre que estaba de moda, sin que apareciera ningún indicio de que aquella exuberante energía se consumía en una disipación estetizante, es más, pareciera que de ella naciera un firme compromiso moral, una voluntad irrenunciable de encontrar dentro de uno mismo, en el propio dolor, el sentido del humano ser.

De la doctrina vitalista atribuida a Michelstaedter, Borgese infería sin duda, siguiendo la huella papiniana, el suicidio: “su idolatría por la Muerte no es más que la otra cara de su idolatría por la Vida [...] Ella es su Jehová; y quien ha visto a Jehová debe morir” (Borgese 1915, p. 93).

Con Giovanni Amendola se abandona la crítica profética de Papini y de Borgese. Los intereses de Amendola eran más propiamente filosóficos. De los ensayos que, reunidos en un volumen, daba a la imprenta en 1915, solo el primero, *Etica e biografia* –del cual tomaba el título la recopilación– y el último sobre *Carlo Michelstaedter* eran inéditos. Y la misma colocación, respectivamente a modo de introducción sistemática y de epílogo histórico, avala la hipótesis de que ambos nacieron tras los estímulos de un impulso común cognoscitivo, de modo que uno pueda arrojar luz sobre el otro y viceversa.

En las páginas de Amendola de modo más alusivo que argumentativo, aun siendo muy sintéticas, se detecta un intento de lectura que no es indulgente con las modas efímeras del tiempo, sino que más bien está enraizado en el terreno de una

rica meditación personal. Y tiene su significado el hecho de que justo con este intérprete, que toma de Weininger el proyecto de una biografía teórica (aunque no en el sentido tipológico y de alguna manera naturalista que el autor de *Sexo y carácter* le había agregado), el problema del suicidio no se sostiene, como la clave de un arco, para comprender la personalidad de Michelstaedter. En este sentido, Amendola se limitaba a observar que el “misterio” (aunque ya dicha palabra implica una duda sobre la tesis papiniana del suicidio afrontado por razones metafísicas) de la muerte del goriziano “no nos convence para creer que él haya podido amar la muerte” (Amendola, 1915, p. 168). Con lo cual, al menos implícitamente, el “caso” Michelstaedter, por primera vez, sin que con ello se pierda de vista la vinculación con la realidad biográfica sino más bien apuntando expresamente hacia la unidad dialéctica con ella, se transforma y se enriquece en la sustancia de un renovado interrogante teórico.

Partiendo de un presupuesto de ética kantiana, formal y autónoma, Amendola había intentado superar, animado por su encuentro con la doctrina ética de Maine de Biran, algo que le parecía el residuo dualista del kantismo. Según el más maduro Amendola, la premisa kantiana del bien y el mal postula un criterio evaluativo externo al querer mismo, mientras que la distinción entre noumeno y fenómeno fractura la autonomía del hecho ético al requerir la introducción de máximas universales que acaban subordinándola. En cambio, “la acción es, en sí misma, la forma en que el bien se distingue del mal” (p. 35), por lo cual la Voluntad coincide con el Bien⁹.

Ahora, la filosofía crítica, que le ha devuelto al hombre su soberanía moral, también le ha quitado por otro lado, los apoyos de la garantía ofrecida tradicionalmente por el principio divino. De ello deriva –según el juicio de Amendola– que a lo largo de todo el siglo XX, la relación entre la vida de la personalidad y la ley ética se sintiera como conflicto y ruptura del antiguo equilibrio. “Tenemos así la abundante serie de las tragedias éticas de la literatura moderna, que van desde Werther hasta el constructor Solness y de Fausto a Brand” los cuales, “pueden considerarse como intentos artísticos dirigidos al descubrimiento de una jerarquía de valores morales inmanentes a la consciencia del hombre” (Amendola, 1915, p. 4).

En el ámbito de esta perspectiva histórica y en los límites a ella consentidos por las premisas del kantismo (en el sentido de que la fórmula amendoliana de la identidad Voluntad-Bien no podía, necesariamente, suministrar una adquisición plena de los factores irracionalistas y dramáticamente pre-existencialistas del pensamiento michelstaedteriano), Amendola descubría en el filósofo goriziano el valor de “una filosofía en una biografía”, entendida como ejemplar testimonio de un contemporáneo, y derivada de la intransigente rigidez de la ética kantiana. Por este motivo, Michelstaedter era reconocido como un “creador de moralidad”, que en comparación con un Nietzsche, un Ibsen o incluso un George Sorel o Péguy, nos hace notar “toda la profunda, honestísima seriedad de su ‘buena nueva’”. Al igual que Amendola se había mostrado reticente sobre la tesis papiniana del “suicidio metafísico”, de la misma manera, su exquisita sensibilidad por los valores éticos de la vida que se realizan como acción auténtica le protegía de la interpretación en clave de voluntarismo activista avanzada en ese mismo año por Borgese. Él, en cambio, creía que en el ideal michelstaedteriano “la verdadera actividad no es el reflejo

⁹ Sobre este punto, cfr. sobre todo Amendola (1911), el opúsculo que reproduce, con algunos retoques, el texto de una conferencia dada, con el título *Etica e Religione*, en la Biblioteca Filosofica de Florencia.

externo de la cosa hacia el siempre huidizo porvenir, sino solamente la expresión y la revelación del hombre en sí consistente, del Yo ético firme y consciente” (ibidem, p. 169).

Las páginas del crítico no están exentas de sutiles observaciones puntuales, como por ejemplo el reconocer en la experiencia de Michelstaedter su modo de afirmarse, propio del “genio religioso”, a modo de “revelación”, o el subrayar el valor tanto filosófico como poético de sus escritos. Pero son comentarios que quedan como reflexiones aisladas y que solo mucho tiempo después quedarán recogidas y desarrolladas en la crítica. La personalidad vigorosa y compacta de Amendola se orientaba hacia la comprobación de los problemas éticos en el virulento impacto con el mundo de la historia y de la política.

Se podría añadir el testimonio de Giannotto Bastianelli (1922), aunque ya tardío, vinculado aun a los años florentinos y al ambiente vociano. Pero como se observa de este balance, antes de la Gran Guerra no hay nada más, y lo que hay nace bajo el signo de *La Voce*. La lectura sin textos de Papini condicionará durante mucho tiempo la literatura crítica sobre el desconocido autor y contribuirá a crear el tópico de un Michelstaedter vociano, creado por antologías y manuales académicos. Y los prejuicios difícilmente desaparecen. Después de tantos decenios, una reseña a mi edición del *Epistolario* de 1983 adquiere una vasta información sobre el personaje y sobre su cultura, publicadas las obras en la revista *Alfabeta*, llevaba el título impenitente: *Il vociano Michelstaedter*. Justamente el mencionado *Epistolario* es el que demostraba definitivamente la ausencia de relación con los vocianos, por lo que, como ya Saba en el décimo soneto de la *Autobiografía* dijo y, con más motivo podría haber dicho Michelstaedter, “ero fra lor di un'altra spece”.

Tras las páginas de Borgese e Amendola, hemos de añadir solo otra intervención, la de Raffaello Piccoli, publicada en un año prohibitivo como es 1916. Aunque Piccoli tuvo la suerte de publicar en Chicago en *The Monist*. Se trataba, en cualquier caso, de una intervención totalmente parafrástica, con intención divulgativa, la presentación de la traducción inglesa de los versos de *Alla sorella Paula* (Piccoli, 1916). En Europa concluía una época, la guerra lo devoraba todo, incluso los borradores de los *Appendici critiche* para un volumen de la edición Formiggini que no vio nunca la luz.

Traducción de María Antonia Blat Mir

Referencias bibliográficas:

- Amendola, G. (1911). *La volontà è il bene. Etica e religione*. Roma: Libreria editrice romana.
- (1915). *Etica e biografia*. Milán: Studio Editoriale Lombardo.
- Anónimo (1910, 24 de octubre). Il pietoso ufficio. *La Patria del Friuli*.
- Bastianelli, G. (1922, 9 de septiembre). Rievocazione di Carlo Michelstaedter. *Il Resto del Carlino*.
- Benco, S. (1913, 10 de agosto). Il suicidio filosofico. *Il Piccolo della sera* (ahora en Id. (1977), *Scritti di critica letteraria e figurativa* (O. Honoré Bianchi, B. Maier & S. Pesante, eds.) (pp. 309-312). Trieste: LINT).
- Borgese, G. A. (1915). La vita e la morte. En Id., *Studi di letterature moderne* (pp. 88-95). Milán: Treves.
- Cavaglioni, A. (1982). *Otto Weininger in Italia*. Roma: Carucci.
- Cecchi, E. (1912, 12 de septiembre). Rec. a *Scritti di Carlo Michelstaedter. Dialogo della salute – Poesie*. La Tribuna (ahora en P. Citati (ed.) (1974), *Letteratura italiana del Novecento* (vol. II, pp. 755-761). Milán: Mondadori).
- Michelstaedter, C. (1907, 22 de febrero). Reminiscenze dei funerali di Calducci. Impressioni. La veglia alla salma. *Il Corriere Friulano* (ahora en Id. (1983), *Epistolario* (pp. 183-186). Milán: Adelphi).
- (1908a, 6 de mayo). “Più che l’amore” di Gabriele D’Annunzio al Teatro di Società. *Il Corriere Friulano*.
- (1908b, 18 de septiembre). Tolstoi. *Il Corriere Friulano*.
- (1910, 29 de abril). Ancora lo “Stabat Mater” di Pergolesi. *Il Gazzettino popolare*.
- (1958). *Opere* (G. Chiavacci, ed.). Florencia: Sansoni.
- (1975). *Opera grafica e pittorica* (S. Campailla, ed.). Gorizia: Istituto per gli Incontri Culturali Mitteleuropei.
- (1983). *Epistolario*. Milán: Adelphi.
- Michelstaedter-Micheletti, G. (1960, 11 de octubre). Carlo Michelstaedter nei ricordi di casa mia. *L’Arena di Pola*.
- Papini, G. (1910, 5 de noviembre). Un suicidio metafisico. *Il Resto del Carlino* (ahora en Id. (1961), *Tutte le opere, Filosofia e letteratura* (pp. 817-822). Milán: Mondadori).
- (1912a, 31 de diciembre). Un nemico della donna. *La Stampa*.
- (1912b). *Ventiquattro cervelli. Saggi non critici*. Ancona: Puccini.
- (1913). *Un uomo finito*. Florencia: Vallecchi.
- Piccoli, R. (1916). Carlo Michelstaedter. *The Monist*, 26(1), 1-23.
- Weininger, O. (1912). *Sesso e carattere*. Turín: Bocca.
- (1914). *Intorno alle cose supreme*. Turín: Bocca.

Slataper, S. (1912), Rec. a Carlo Michelstaedter, *Dialogo della salute – Poesie*. *La Voce*, V, 901 (ahora en G. Ferrata (ed.) (1961), *La Voce 1908-1916* (pp. 313-314). Roma: Landi).

– (1953). *Appunti e note di diario* (G. Stuparich, ed.). Milán: Mondadori.

Trieste no tiene tradición de cultura

Trieste has no cultural tradition

Scipio Slataper

(Trieste, 1888 – Monte Calvario, 1915)

Texto traducido y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Los artículos de Scipio Slataper (Trieste, 1888 – Monte Calvario, 1915), aparecidos originariamente en *La Voce* de Giuseppe Prezzolini y más tarde reunidos con el título de *Lettere triestine*, convirtieron a su autor en uno de los más agudos críticos de las teorías irredentistas italianas. Ejemplo de ello es este artículo publicado el 11 de febrero de 1909, “Trieste non ha tradizioni di cultura”, en el que Slataper ataca de forma directa lo que consideraba el talón de Aquiles de la idea del irredentismo juliano, la falta de una tradición cultural de la ciudad juliana, justamente uno de los pilares en los que burguesía más exaltada basaba su italianidad. La fuerte animadversión que provocaron sus textos periodísticos no evitó que tres años más tarde, en 1912, tras la publicación de su única novela, *Il mio Carso*, se convirtiera en una de las figuras prominentes de la generación triestina anterior a la guerra. Pese a su posición contraria a la mistificación ideológica irredentista, se alistó como voluntario en el ejército italiano y combatió en el frente de Gorizia, donde encontró la muerte a los veintiséis años.

Casi la misma relación que hay entre Parsifal y Herzloyde se da en la cultura en Trieste.

Esta Trieste, desde hace decenios, se cree una ciudad importante. Se ha despertado un día entre una caja de cítricos y un saco de café, pensando que debería –por su salud– organizar su vida con un ritmo distinto al resoplar de una máquina, y aligerarla no solo con la melodía del agente en los bolsillos del grandísimo chaleco. Ciudad de tráfico, vale: pero también Venecia y también Génova lo son. Y también, maldita sea, Florencia, en los tiempos de Dante y Poliziano.

Y aun más en ella, a diferencia de Venecia, de Génova y de Florencia, la lucha por la propia nacionalidad –se da cuenta al desperetarse– debería ser creadora de cultura. Por suerte: porque casi prácticamente es la resistencia intelectual la única capaz de frenar el gran impulso de penetración, entusiasta, de los eslavos. Por eso he visto con alegría que algo se mueve en ella: fragmentado, confuso, a veces febril: algo fuera de sitio. Y su alma materna sufre arrepintiéndose de no haberlo aprendido para enseñárselo: he aquí a Herzloyde: si no se le rompe el corazón es también porque el joven Parsifal triestino no tiene todavía la fuerza de partir, además de por no saber el camino: Trieste lo creó con un alma demasiado débil. Va por el bosque, y se da de bruces con los árboles; sale, ¡y son tantas los caminos que llevan a la corte del rey Arturo! Mientras que una vez... pero aquello que pasó entonces, hace tiempo, lo veremos enseguida.

Pueblecito cárnico celta, bajo los romanos pequeño municipio sofocado por la gran vida de Aquilea: municipio medieval que, apenas salido de la servidumbre arzobispal, debe rendir tributo y homenaje a Venecia, no se desarrolla como verdadera ciudad hasta un poco más tarde: cuando el emperador Carlos VI lo elige como emporio austriaco en el Adriático, proclamando franco su puerto. Y es todavía bajo María Terese cuando se extiende la franquicia aduanera a toda la ciudad, de modo que las mercancías no fueran solo de paso. Unas pocas cifras: en 1717 (proclamación del puerto franco), 5.600 habitantes; en 1808, 33.020; una caída de casi 13 mil bajo el dominio francés, para volver a ascender a 39.510 en 1818. En

1844 (Lloyd se ha fundado hace 8 años) 75.000; en 1857 (Trieste ya se ha enlazado en tren con el Mar del Norte hace 20 años) 123.108 habitantes; en 1908 cuenta con 220.000. Así es que un aumento de 187 mil personas en un siglo; en dos, se puede decir, la formación completa de la ciudad. Y solo la inmigración puede explicar este hecho.

Pero –ha de decirse– debido a su posición geográfica, comercial, étnica, Trieste no se aumentó con italianos, con connacionales, como ha sucedido en muchas ciudades de la península; sino que absorbió gente llegada de todo el mundo, seducida por la facilidad de obtener ganancias y por todos los privilegios y garantías tentadoras que Carlos VI –sabio cazador– había auspiciado.

Y ya que la ciudad favorecía con alegría, en todos los sentidos, este híbrido desarrollo suyo, no tuvo escrúpulos –como quiso María Teresa– en aceptar a nuevos ciudadanos: tanto que fue un verdadero asilo de malhechores. ¡Entiendo que tenía a Roma como ejemplo! Pero es simpático ver cómo en algunas preguntas para obtener la ciudadanía, publicadas por Giuseppe Caprin, sea suficiente recomendación el tener tratos con policías extranjeros. Y se entiende que Corfù no pueda tener una tradición intelectual.

Pero incluso dejando pasar tal hecho de no poca importancia, los muchos millares de inmigrantes extranjeros y comerciantes no eran ciertamente elementos de cultura para la ciudad: tanto más que la patente de Carlos VI los dispensaba completamente de los honores y de los cargas de la vida ciudadana. ¿Cargas? Oh, entonces sí que los indígenas supieron obtener de María Teresa la igualdad de derechos y de deberes: y el Borgo Teresiano, verdadera ciudad alemana dependiente de la ciudad italiana, fue incorporada a Trieste. Y tuvo (y todavía tiene, en su propia bien) la virtud de asimilar tan indigesto bocado: pero, ¿cómo se puede pensar en la formación de una intelectualidad ciudadana cuando buena parte de las familias no son ni triestinas ni italianas? Nuestros nombres (¡el mío, eslavo puro!) lo demuestran.

Y luego asimilación, sí, pero, naturalmente, con tiempo. Cada concreta nacionalidad vivía su propia vida: tenía sus cafés, sus círculos, su ambiente.

Estas eran las condiciones de vida. Pero poco demostraría, y en parte sería indiferente, si no fuese la causa que domina a todas y cae como una lluvia gris sobre nuestra historia el carácter esencialmente comercial de Trieste. Mercurio, como en el siglo XVII en nuestros palacios y en nuestros nichos (¡se cuestionó si de debía poner también en el nuevo teatro!), nos gobernó siempre.

La importancia de Trieste se debe a victorias comerciales: vive de la destrucción de Aquilea, y la decadencia de Venecia es luz del alba para ella. Sabe ser buena abogada de sus intereses, obtener inmunidad aduanera, ferrocarriles; combate –y a veces valerosamente– cuando es amenazada su riqueza; pero no sabe defender su bello dialecto ladino, ni sus costumbres, ni sus fiestas características. Porque Trieste por un instante posee –y parece por varios motivos que pueda expresar– una propia naturaleza, diferente en muchos aspectos a otros municipios italianos. Y si no con un impulso independiente ni con igual valor, es cierto que Trieste habría sido capaz de participar en la magnífica producción literaria italiana. Pero tenía el alma demasiado baja, ahogada por el sentido económico, de forma que no podía albergar más altas aspiraciones, y era tan obtusa como para no intuir que el desarrollo material en un cierto punto no prospera sin el concurso de la fuerza intelectual. Por ello la historia de Trieste está helada: sin un atisbo de idealismo, sin necesidad de arte, sin afecto de espíritu. Encadenada por la obsesión del beneficio, no supo mirar más allá con un poco de fantasía y valor ni siquiera para abrir nuevas vías a su comercio; no tuvo ni siquiera en el XVIII un Cristóbal Colón o un Marco Polo. La ciudad no posee

ni un solo cuadro de un autor antiguo (me equivoco: ¿tiene uno *atribuido* a Giotto!) o un palacio de buena construcción: porque no solo no fue capaz de producirlo, ¡sino que ni siquiera de pagarlo –aunque hubiera podido hacerlo, de haberlo querido!

Istria es muy superior; por ello es para ella un gran daño la absorbente importancia de Trieste como centro o capital, o capital del litoral y de la provincia de Istria según el dominio o de María Teresa o de Napoleón o de Francisco I. O como hermana mayor, tal y como –no sé por qué– Istria se llama hoy. Ella, por el contrario, tiene una tradición de heroísmo prerromano y de arte veneciano: nosotros, nada: los genoveses nos robaron con razón el león de San Marcos: en Trieste no tiene significado.

Es triste recorrer su vida: ¿siente necesidad de independencia, de desvincularse del dominio de los arzobispos? Compra, y con frecuencia, su libertad. En 1369 Venecia la asedia duramente por espacio de seis meses; rendirse supone perder su vida mercantil, y entonces se ofrece a todos: a Leopoldo III, a los patriarcas de Aquilea, a los Carrara de Padua, a los Visconti, a Luis de Hungría, a Carlos IV. En vano: le hacen ojitos y fuera. Vuelve a silbarle a Leopoldo III, quien finalmente viene, pero infructuosamente. ¿Conocéis la “saica” la *Bella Carintiana*? Era un barco todo de madera dulce, inventado en Trieste, que se vendía a sí mismo junto a toda su mercancía para no tener que hacer, ya sin mercancía y utilidad, la vuelta de regreso a casa. Trieste es una “saica” a través de los siglos: no quiero con ello decir que sea la Bella Carintiana.

Sin embargo, es una cosmopolita inteligente: comprende que Venecia ha reconocido su independencia en la paz de Turín (1381) solo porque estaba un poco mala: y piensa que se encuentra preparada para lo que venga. ¿Se arma? No. Y ni siquiera se da a los patriarcas de Aquilea, que eran sus defensores naturales, agotados de peleas, de guerras, de deudas. Vuelve a pensar sin embargo en el duque Leopoldo III; y su segunda abnegada entrega a la casa de Austria es una obra maestra de audacia. La experiencia enseñaba que no era suficiente aceptar el señorío de Austria para conseguir defensa: hacía falta su dominio: Trieste es su tierra, los intereses de Trieste son los suyos. Y entonces verdadera ayuda de armas y soldados: también incremento comercial. Porque solo la casa de Austria podía obligar a los habitantes del interior a dirigirse con sus mercancías a Trieste. Pero respetaba su autonomía y su gobierno municipal, eso sí, y con firmeza. Pero también en ese momento verdaderamente hermoso (tal vez el único) en que Trieste defendió con sangre la tradición de su municipio, no están con ella todos los ciudadanos. Muchos entonces tenderos, tenderos, tenderos.

Dijo un triestino hace unos pocos lustros en recuerdo de Dall’Ongaro: “Aquí, si hubiese nacido flor habría hecho negocio”. Por desgracia, es así. Un ejemplo: a principios del siglo XVIII había tres tipografías en Trieste: eran para uso interno, para imprimir boletines comerciales y anuncios; para uso externo imprimían las diatribas de prófugos políticos sin interesarse por ellas, solo por dinero. Aún más: en 1910 aparece –por obra de Domenico Rossetti, extranjero– el *Gabinetto di Minerva*: Minerva médica, vacunadora de niños, botánica, académica y también literaria. No importa: Minerva. Después de unos pocos años las conferencias, las exposiciones artísticas, los concursos promovidos por ella se tienen que convertir en concursos de escritos comerciales. Igualmente, aquel movimiento de mediados del siglo pasado representado por *Favilla* es la obra individual de Madonizza, Orlandini, Dall’Ongaro, Gazzoletti y uno pocos más. Y también ellos, para hacer leer los artículos un poco más serios, tienen que animar al público con prácticas chácharas de moda y de comercio.

“Una mínima chispa da una gran llama”, era el eslogan del folio. ¿Dónde está la llama? Si dos o tres de ellos se acuerdan es por su actividad en el reino: los demás, que se han quedado en Trieste, desconocidos u olvidados. Y fue entonces la segunda vez en la que todo parecía indicar la posibilidad de una vida científica.

Nada, nunca. Y de ahí el lógico éxodo –¡tan nocivo!– de nuestros mejores espíritus: todavía dura, incluso favorecido –¡que nos lo muestre Dall’Ongaro!– por causas políticas.

Qué es, pues, una ciudad cargada con tal lastre histórico de higos secos y algarrobas, y con las piernas embarradas por la esclavitud política, y el alma tan heterogénea que los elementos primeros se fugan para no dispersarse, lo veremos pronto en otros artículos. Dirán cosas simples, como esto: fragmentos para un triestino cualquiera que haya leído tres o cuatro libros importantes sobre su historia y –especialmente– mirado con seria y sincera atención alrededor suyo y en sí mismo; cosas simples, pero sin miedo. Ni siquiera el de hablar a las personas, o a los connacionales del reino, que conozcan demasiado a fondo el tema.

Traducción de Juan Pérez Andrés

Irredentismo adriático. Aportación a la discusión sobre las relaciones austro-italianas

*Adriatic irredentism. Contribution to the discussion
about the relations between Austria and Italy*

Angelo Vivante
(Trieste, 1869-1915)

Texto traducido y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Angelo Vivante (Trieste, 1869-1915) es una de las referencias inexcusables del panorama periodístico y político triestino de principios del siglo XX. Sus artículos en cabeceras como *Il Piccolo* o *Il Lavoratore* (publicación que dirigió entre 1907 y 1909) o la intensa actividad desarrollada en el seno del Circolo di studi sociali, asociación para la difusión de la cultura entre los trabajadores, dan fe de ello. Con todo, su fama se debe en gran parte a su obra *Irredentismo adriatico. Contributo alla discussione sui rapporti austro-italiano*, publicada en Florencia en 1912 por la Libreria della Voce de Giuseppe Prezzolini. En este ensayo de corte histórico y político Vivante no solo se mostró como el máximo representante del socialismo juliano, antibelicista e internacionalista, sino que ofreció una visión de su ciudad totalmente alejada de la postura irredentista oficial de aquellos años. En efecto, Vivante consideraba el irredentismo como un movimiento irracional que no podría prosperar debido tanto a la necesaria dependencia de la ciudad del proteccionismo austriaco (garante de la privilegiada posición económica de la que venía gozando desde su elección como salida natural al mar del imperio Austro-Húngaro varios siglos atrás), como a la dificultad de mantener una determinada idea de italianidad en una urbe a la que el empuje comercial atraía constantemente una numerosa mano de obra desde otras partes del imperio, sobre todo eslava. De todo ello trata este fragmento final de su recordado título, *Irredentismo adriatico*, del que ofrecemos al lector hispanófono las preclaras últimas páginas que cierran el volumen. El estallido de la guerra, sumado a circunstancias personales a las que no son ajenas las fuertes críticas que recibió su obra, hicieron que se quitase la vida a principios de julio de 1915.

Para tener un concepto preciso del valor intrínseco del irredentismo, incluso como elemento de irradiación y de conservación nacional, no hay que olvidar que las conquistas de la italianidad en la zona juliana se deben esencialmente al desarrollo del tráfico triestino. Trieste habría seguido siendo una pequeña ciudad de 3.000 habitantes, perdidos en medio de la campiña eslava, carentes de cualquier energía asimiladora por encima de ella y de cualquier fuerza de irradiación sobre otros centros urbanos menores, si el flujo regenerador del tráfico no le hubiese permitido absorber e italianizar poco a poco a las decenas de miles de extranjeros llegados de todas partes y, especialmente, a las masas rurales de eslavos convertidos, automáticamente, en el nervio de la actual italianidad triestina y juliana.

Solamente así pudo formarse el bloque, probablemente definitivo, de los 140.000 italianos nativos de la gran Trieste del siglo XX, esto es, el único centro conspicuo de italianidad de la costa oriental adriática. Y esto es algo que vive y prospera a partir de la vida y la prosperidad del tráfico. ¿Qué habría de todo ello, y por tanto de la italianidad adriática oriental, el día en que el tráfico emigre a otra zona¹ o tienda a alejarse de Adria? Se desertizaría al igual que la corriente proletaria

¹ Una persona altamente competente en cuestiones de tráfico me comentaba, basándose en lo que sucede ya hoy entre Trieste y Venecia, que en el momento en que Austria, perdida Trieste, crease otro puerto para el *hinterland* del Adriático oriental y lo favoreciera con todos los medios a disposición del Estado dueño del *hinterland*, este puerto no absorbería

eslava y el flujo económico alemán, pero, al mismo tiempo, perdería su razón de ser incluso la inmigración que, en los últimos cuarenta años, ha triplicado el número de habitantes (sobre todo trabajadores) en Trieste. Tampoco tendría entonces una eficacia perdurable, ni siquiera en el contexto nacional, su asimilación instantánea como ciudadanos del estado.

Con esto, naturalmente, no se niega que Italia tenga también, además de sentimientos, intereses que tutelar en la costa oriental adriática. Aunque es cuanto menos discutible si posteriores anexiones constituirían el medio ideal de tutela de estos intereses. Es discutible, pero no se hace; es más, considerar que el irredentismo, si fuese factible, respondería a los fines del desarrollo nacional es una especie de prejuicio tácito que no contrastan a fondo ni siquiera los irredentistas. ¿Qué significa, de hecho, la “renuncia”, que es el vocablo y el pensamiento a que con más frecuencia recurren quienes se enfrentan a los daños y al peligro de una política orientada a las reivindicaciones territoriales en Julia? Evidentemente esto “Sería algo hermoso si se pudiese, pero... no se puede”

¿Sería ciertamente “algo hermoso”?

Ya que “hermoso”, desde una concepción política, quiere decir encuadrado en las líneas normales de ascenso de un pueblo y de un Estado, ¿conducen a Italia justamente hacia una política de conquista de la orilla adriática contraria?

Una política de conquista (hagamos también aquí pesquisas sobre las fuerzas e ideologías del presente, no especulaciones y anticipaciones de un futuro más civil), una política de conquista puede ser auspiciada y tal vez impuesta por las clases dominantes del Estado a partir de toda esa compleja maraña de intereses, reales o ilusorios, que sintéticamente se llaman, y con frecuencia impropriamente, coloniales.

No hace falta decir que la costa oriental adriática (y especialmente la parte austríaca que aquí se trata) no responde de hecho, frente a Italia, al concepto económico, incluso tomado en su significado más extenso, de una “colonia” que se desee y paulatinamente se conquiste. Bastan dos elementos negativos: la imposibilidad de someter económicamente el *hinterland* y la alta potencialidad capitalista que este conlleva.

La posición se modifica bastante, a pesar de que los intereses italianos en el Adriático son estudiados desde una óptica distinta, si se toma en consideración la costa no austríaca, es decir, las regiones balcánicas que tocan o gravitan, o pueden total o parcialmente gravitar, hacia la orilla oriental adriática (Epiro, Albania, Montenegro, sanjacado de Novi-Pazar, Serbia, Macedonia, etc.)

Aquí el problema juliano se solapa con el balcánico subsistiendo una cierta forma de atracción económica que podría parecer alentadora de ciertas veleidades expansionistas; los países del *hinterland* adriático balcánico, a diferencia del austríaco, constituyen un campo de penetración industrial en el que Italia busca, y puede obtener, un beneficio.

No hace falta, en todo caso, exagerar su potencialidad e importancia. El Egeo y el Mar Negro disputan al Adriático el ser el *hinterland* de muchas regiones balcánicas (parte de Macedonia, Bulgaria, Rumanía, un pedazo de Serbia); además, también los Balcanes se van industrializando bajo el influjo de una civilización

solamente todo el tráfico de Austria que ahora maneja Trieste, sino incluso una parte de las mercancías destinadas a Italia. La marina mercante al servicio del *hinterland* austriaco, naturalmente más fuerte dada la inmensa superioridad de captación y de exportación del *hinterland* mismo, cargaría igual que ahora carga también mercancías destinadas a Italia (café, algodón, etc.), pero, dada la normal escasez de la carga, encontraría más conveniente descargarla también en ese puerto austriaco sin tocar Trieste.

capitalista destinada a intensificarse según se refuerzan los respectivos organismos estatales; de modo que es previsible que en el futuro estos países pierdan poco a poco su capacidad de absorber productos industriales ajenos. Ni el tráfico italiano se orienta o puede orientarse hacia la orilla adriática con el ritmo apremiante que lo impulsa, ni puede hacerlo más allá de los Alpes, hacia sus máximos mercados europeos de suministro y exportación: Alemania, Francia, Suiza, Austria misma o, más allá del océano, en los Estados Unidos, o hacia esa segunda patria del trabajo y también ya del capital italiano que es América del Sur. Los algodoneros italianos hacen en los Balcanes sus pruebas en competencia con los ingleses, los alemanes y los austriacos, y ya notan, y lo notarán más en el futuro, los buenos resultados; susceptible de un mayor desarrollo puede ser, pues, la importación a Italia de productos de origen balcánico². Pero estas modestas corrientes económicas, lejos de beneficiarnos, no podrían más que ser perturbadas por una política de conquista de la costa oriental, o ante incluso la mera sospecha de una política de este tipo. En este sentido, algunas cifras que acabo de leer sobre las exportaciones italianas y austriacas en Albania invitan a reflexionar más que un tratado completo de política externa: según estos datos, en 1900 la exportación austriaca era todavía en torno al cuádruple de la italiana, en 1907 la italiana la superaba por más de un millón de francos. Es cierto que Albania está entre las pocas regiones balcánicas en las que la penetración capitalista italiana podía marcar –al menos hasta la crisis tripolitana– constantes y rapidísimos progresos debidos, sin duda, a factores técnicos y económicos, pero también, y quizás en primer lugar, a un factor moral: es decir, a la mayor consideración que Italia goza entre los albaneses frente a una Austria sospechosa, con razón o sin ella, de secretos deseos anexionistas. Albania, tan profundamente surcada por divisiones religiosas, se pone de acuerdo en una cuestión: abolir toda forma de centralismo estatal y, por tanto, cualquier régimen que no le garantice la autonomía. Bastó el viaje de Vittorio Emanuele a Grecia (que ha dado indicios de conquista de la Albania meridional) para caldear la italo-filia albanesa.

Ahora conviene no olvidar que, más allá de la Albania autonomista y del Epirotal vez en parte helenizante, el resto de las regiones que gravitan en torno al Adriático oriental son eslavas. Es el mundo eslavo meridional el que busca todavía su *ubi consistam* situado en medio de dos opuestas corrientes: la germano-magiar (dualismo) y la ruso-zarista, nacional-religiosa. Austria (y me refiero aquí a Austria en cuanto al conglomerado de pueblos que habitan entre los Alpes y los Cárpatos y

² Los mayores mercados de exportación italiana no son balcánicos ni orientales. En el primer puesto (debido a la industrialización) está Argentina, en la que los productos industriales italianos ocupan el primer puesto con diferencia respecto a los demás países y adonde Italia exportó en 1910 por más de 150 millones de liras; en Alemania, Italia exportó ese mismo año por valor de 293 millones de liras, en los EEUU 263, en Francia 218, en Inglaterra 210, en Suiza 216 y en Austria-Hungría 164 millones. Estos siete países absorben casi tres cuartas partes de las exportaciones italianas. En la Turquía europea y asiática (antes de la guerra) las exportaciones italianas ascendían en 1910 a 107 millones de liras, frente a los 138 millones de coronas de la exportación austriaca. En Serbia, pese a los errores de su política económica, Austria supera todavía a Italia como potencia exportadora (18 millones de coronas frente a poco más de 2 millones). Las prendas de hilo italianas penetran discretamente en todo el Levante, después de las inglesas; algo menos los tejidos. Ciertamente la posición económica de Italia en los Balcanes depende de la solución que tengan allí los problemas ferroviarios; es sabido que hay dos trazados transversales (Danubio-Adriático) y que Austria, no pudiendo eliminar ninguno de los dos en favor de su línea vertical (Mitrovica-Salónica), busca hacer prevalecer el trazado más meridional (Skopie-S. Giovanni), que sería prácticamente inútil para Serbia y Montenegro.

que recaen más o menos intensamente en el Adriático oriental)³, Austria tiene, por una razón histórica de ser, el ejercicio del equilibrio entre estas dos fuerzas en contraste y sirve también, en este sentido, a los intereses italianos que se verían comprometidos en caso de victoria de una u otra de las dos tendencias⁴.

Hoy, esta función equilibradora de Austria es todavía ejercida, para bien o para mal, por los actuales organismos estatales, por el imperio dual habsburgués que, extrañamente, es estímulo y, al mismo tiempo, contra-estímulo de la corriente alemana: le beneficia en el momento en que, en cuanto gran potencia burocrático-militar, sirve para enfrentarse a la corriente rusa; pero al mismo tiempo, por el influjo creciente de sus súbditos eslavos y por la propia e intrínseca potencialidad, es siempre el centralismo austriaco quien impide formarse la gran Alemania “de Belt a Adria”.

El centralismo, como cualquier cosa humana, no será eterno; es más, su actual estructura dual está a punto de desaparecer. Pero sean cuales sean las formas que adopte y, en todo caso, según se divida su herencia, no hay duda de que el mundo eslavo meridional, dentro y fuera de los límites de la actual monarquía, está llamado en primer lugar a continuar una función equilibradora y compensadora. El paneslavismo, el Estado monstruoso entre Moscú y Constantinopla, se nos aparece cada vez más, incluso a los ojos de los eslavos del sur, como una vasta utopía, y el neoeslavismo (la unión intelectual de todos los eslavos), que quisiera rejuvenecerlo, un resplandor sentimental vacío de contenido político. Los eslavos meridionales de Austria, de Hungría y de los Balcanes se sienten impulsados, según va teniendo lugar su evolución, capitalista e intelectual, a desarrollar las propias autonomías, a formar agrupamientos propios.

Y aquí nuestra investigación se cruza con la de la futura ordenación de los *yugoslavos* (eslavos meridionales), es decir, con la ardua y compleja cuestión de la unidad yugoslava, auspiciada, como vimos, desde 1848 por Cavour, Valussi, Valerio, etc. Es un tema que, para ser desarrollado a fondo, necesitaría otro volumen. Ajustándome a los límites y a los objetivos de este escrito, quiero apuntar nada más una nueva antítesis que parece delinearse en lo que se refiere al problema yugoslavo y a sus posibles soluciones.

Los yugoslavos (es decir, serbios, croatas y eslovenos⁵) pueden llegar por dos caminos a la unidad, entendida naturalmente en un sentido amplio.

³ Arturo Labriola (*Le tendenze politiche dell'Austria contemporanea*, p. 53) quisiera excluir la costa adriática juliana del sistema de solidaridad económica que une los pueblos de Austria, pero toda la historia, especialmente triestina, está en su contra.

⁴ Es cierto el pensamiento, aunque no la frase atribuida a Crispi, de que si Austria no existiese, habría que crearla. El mismo pensamiento se insinúa en el ya citado discurso del Honorable parlamentario Brunialti durante la discusión política externa en el Palacio de Montecitorio en diciembre de 1910.

⁵ Dejo a los búlgaros, incluidos por algunos entre los yugoslavos, pero poseedores de una lengua con una morfología propia (por ejemplo, el artículo, desconocido en otros idiomas eslavos), organización económica y política en muchos sentidos difícilmente asimilable, además del agrio choque con serbios en Macedonia y en la llamada Vieja Serbia, en la que cada una de las dos familias quisiera reivindicar para sí a los eslavos. La disputa tiene, naturalmente también allí, un sustrato económico y político, y también la historia, la filología, la antropología, etc. pueden servir y sirven a todas las tesis, tanto más cuando las cuestiones científicas parecen, en realidad, dudosas (cfr. Niederle, *Le race slave*, pp. 221 y seg.). Es difícil prever qué cariz asumiría Bulgaria frente a una concentración de serbocroatas y de eslovenos. Dependería esencialmente de los auspicios bajo los cuales el movimiento tuviera lugar. No se olvide que el joven reino balcánico lo guía un Coburgo

1. Atracción de los independentistas (Serbia y Montenegro) de aquellos que ahora son súbditos de Austria-Hungría y Turquía (en Croacia-Eslavonia, Dalmacia, Istria, Bosnia-Herzegovina, sanjacado de Novi-Pazar, eventualmente la Vieja Serbia, etc.). Es, en sustancia, la aspiración al independentismo serbio o panservismo, que Viena, y aun más Budapest, intentaron debilitar y anular por todos los medios. Manteniendo y favoreciendo las diferencias y los equívocos entre serbios y croatas que conviven, diversamente mezclados, en casi todos los países yugoslavos sujetos a los Habsburgo; gobernando o no gobernando desde Budapest la Croacia (donde están el mayor número de los yugoslavos habsburgueses: cerca de dos millones y medio) con las peores de las corrupciones y las más descaradas violencias, facilitadas por un sufragio ajustadísimo, por el voto oral, por la depresión económica, etc. Pero, también allí, el choque y la fricción produjeron efectos opuestos a los esperados y sirvieron para reforzar el serbocroatismo que, decepcionado con el pacto de Fiume (1905: intento de acuerdo con los kossuthianos), puesto a prueba por el infame proceso de Zagreb y por sus escandalosas secuelas (el proceso de Friedjung), está ya, representado por la coalición serbocroata, testimoniando la progresiva y fatal fusión de dos pueblos gemelos, monolingües, divididos solamente por odios religiosos y por maquinaciones de los gobernantes. Características son, en este sentido, las repercusiones en Sarajevo, en Split, en Dubrovnik, tanto entre los serbios como entre los croatas, las recentísimas acciones violentas cometidas por el régimen magiar en Zagreb⁶. Todo esto y mucho más iría en favor del panservismo (es decir, la tendencia centrífuga de los eslavos habsburgueses) además de, indirectamente, la idea de la Federación Balcánica, la cual podría estar compuesta por el nuevo estado yugoslavo *in spe*, desde Bulgaria, Rumanía, Grecia, hasta incluso Turquía. (Han pasado pocas semanas desde el encuentro en Sofía, por la mayoría de edad del príncipe Boris, de los representantes de todos los estados balcánicos ortodoxos, en la que estuvo presente incluso un gran duque ruso) pero es un plan lleno de obstáculos, ya que tres cuartas partes de Europa (la misma Rusia) se opondría por diversas razones, sin contar con los inmensos antagonismos que hay entre los “federalistas”.

2. *Irredentismo al revés*: los yugoslavos de fuera de Austria-Hungría, atraídos por los de dentro, podrían constituirse luego en una unidad autónoma nacional. A eso tiende la ley física de la atracción, creciente en razón directa de la masa: los yugoslavos sujetos a los Habsburgo representan más de siete millones compactos⁷, frente a los tal vez escasos cuatro que hay entre Serbia, Montenegro, la Vieja Serbia y fracciones menores del territorio. Estos siete millones de yugoslavos, sin embargo, o tal vez gracias a la resistencia de Viena y de Budapest, sienten ya el impulso de la

astutísimo de personalidad absorbente y que podría ejercer un influjo particular en los hechos.

⁶ También en Bosnia (que es toda yugoslava, ya que los musulmanes son eslavos de nacionalidad) el centralismo austro-húngaro intentó inventar una “nación” bosnia. Y se llegó a este colmo *vodevillesco*: ¡Béni Kállay, que había escrito una historia de los serbios en la que afirmaba según la realidad que los bosnios son serbios, convertido luego en ministro común para Bosnia-Herzegovina, hizo secuestrar su propio volumen!

⁷ Cerca de dos millones y medio de eslovenos y 800.000 croatas en Austria, tres millones de serbocroatas en Hungría y dos millones en Bosnia-Herzegovina. El factor económico estaría a favor de la absorción: basta pensar en la situación, económicamente absurda, de Serbia. Las cifras aproximadas derivan de censos oficiales pero, tratándose, casi por lo general, de nacionalidades no dominantes en sus respectivos países, en realidad serán probablemente menos. La oligarquía magiar no necesita el equívoco de la “lengua de uso” para hacer a su gusto ni siquiera los censos.

unidad. La idea no nueva, pero hasta aquí oscura, del “trialismo” ha llegado incluso a concretarse en un memorial enviado al soberano y firmado por los diputados serbocroatas de la cámara de Viena (de Dalmacia y de Istria), y a las dietas de Zagreb y de Sarajevo. En ese memorial se pide a los países serbocroatas que se agrupen más estrechamente en el seno de los límites de la monarquía. Diputados eslovenos no aparecen entre los firmantes, pero en el memorial se apunta también a la Istria eslovena y a la lucha nacional juliana. La meta sería un “tercer” Estado de la monarquía formado por la unión de los yugoslavos ahora divididos entre Austria, Hungría y las provincias ocupadas; de aquí al irredentismo al revés, la vía sería quizás menos larga y difícil que del dualismo de hoy al trialismo de mañana. Ya que contra el trialismo luchará desesperadamente la oligarquía magiar, la cual se llevaría la peor parte, desconectada como lo estaría del mar y debilitada frente a otras nacionalidades (rumanos y alemanes) que ya a duras penas incorpora en su seno. Menor sería tal vez la resistencia de los alemanes de Austria, si bien no se ve todavía qué podría suceder, en un sistema trialístico, con la gran manzana de la discordia eslavo-germánica: Bohemia. Es cierto que hoy, en Zagreb, se mira con menos desconfianza hacia la Viena alemana que hacia la Budapest magiar, la cual, a su vez, desconfía más de los croatas, sospechosos de austrofilia, que de los serbios, marcados y perseguidos hasta ayer como irredentistas y conspiradores con Belgrado.

Todo esto es tal vez demasiado caótico como para sentar previsiones ni, por otro lado, cabrían en el ámbito de esta investigación. Se puede decir solamente que el trialismo, para nacer, presupone el fin de la Austria actual y el surgimiento de esa Austria nueva bajo cuya vieja cáscara se advierte ya quizás algún que otro síntoma anticipador: un apunte, el sufragio universal que no podrá ser negado por más tiempo, ni siquiera a Hungría.

Y vuelvo, sin dilación, al contraste antes mencionado: Italia (reino) no tiene motivos para alarmarse por la eventual constitución de ese “tercer” Estado (llamémoslo así) habsburgués, es más, podría saludarlo con satisfacción, como elemento de tranquilidad y equilibrio en sus límites orientales, hasta que, sin embargo, no se volviese tan fuerte y homogéneo como para ejercer una fuerza de atracción sobre los yugoslavos de fuera (Serbia y Montenegro). La absorción de estos dos estados limitaría ciertamente, aunque sin exagerar su importancia, la posibilidad de penetración industrial balcánica de Italia y crearía, en la otra orilla, un organismo económico y militar potente.

Es cierto que el equilibrio podría restablecerse mediante una suerte de protectorado italiano en Albania, sin duda reacia a dejarse absorber por Yugoslavia. En cualquier caso, aquí el futuro presenta puntos oscuros. Por el contrario, para los italianos de la zona juliana la situación es diferente. La costa juliana (y se advierte ya en algunas declaraciones hasta ahora privadas y académicas⁸) estaría lógicamente

⁸ En un recentísimo artículo del Honorable Dobernig, nacionalista alemán y presidente de la delegación austriaca, en el *Volkszeitung* del 16 de febrero de 1912, se trasluce el temor de los alemanes justamente en lo que respecta a las consecuencias que el trialismo, si pudiese triunfar en un ambiente exento de una contrarreacción, podría tener en la costa oriental adriática. Véase también la entrevista que el mismo Dobernig en *Il Piccolo* del 23 de febrero de 1912 sobre una posible alianza de italianos y alemanes contra los eslavos. Debe decirse inmediatamente que esta alianza, en el sentido que quisiera darle el nacionalismo italiano de la zona juliana, es otra utopía: los alemanes, en Julia, como elemento étnico indígena, no existen; los eslavos, sí. El problema de la convivencia afecta a los italianos y a los eslavos solamente. Otra cosa sería servirse de los antagonismos eslavo-germánicos respecto a la salida al mar, con el objetivo de obtener una autonomía juliana o triestina. Pero, incluso

contenida entre la Austria alemana y la Austria eslava, como salida de un *hinterland* que es, en realidad, eslavo-alemán; seguramente hoy en día, debido al mayor desarrollo capitalista, quizás más alemán que eslavo. Ello explica (entre paréntesis) la importancia económica creciente del germanismo, incluso tras la fallida acción nacional, la multitud de alumnos italianos en las escuelas alemanas, en primaria y secundaria, el monopolio bancario que los alemanes comparten con los eslavos, la inmigración de empleados alemanes favorecida por estos mismos hombres de negocios italianos que emplean trabajadores eslavos, etc.⁹

Y he aquí, del choque de estas dos fuerzas, el delinarse de una situación de la que los intereses, *también nacionales*, de los italianos de la zona juliana podrían sacar partido; resurgiría el pensamiento dominante de la historia triestina, el voto de Francesco Dall'Ongaro, el augurio de Nicolò Tommaseo: Trieste, vehículo y conjunción de corrientes étnicas y económicas diversas, en régimen necesariamente neutral y autonómico que debería comprender, para cumplir todos sus objetivos, incluso un más amplio margen de costa oriental adriática, es decir, al menos desde Trieste a Pola. De ahí resultarían por sí mismas o expulsadas o incorporadas administrativamente al interior que les corresponde las partes más compactamente eslavas de Julia. En el resto, las dos estirpes tendrían que buscar las bases de una convivencia nacional pacífica, favorecida por la evidencia de una común posición económica que tutelar; entonces la cultura italiana, limadas las puntas que la vuelven incluso amenazante, podría difundirse con un ritmo más vasto de cuanto haya podido o sabido tener hasta aquí, tanto entre connacionales como con extranjeros¹⁰.

dentro de este marco autonómico, sería necesario afrontar y resolver, entre los italianos y los eslavos, la cuestión específica nacional.

⁹ A propósito de germanización fallida: justamente estos días el gobierno ha decidido “estatalizar” las escuelas secundarias italianas (colegios, institutos, escuelas profesionales) de carácter municipal de Trieste. Y el nacionalismo no parece ponerle muy mala cara a esta cesión, si bien, después de haber pagado su deuda con los italianos, el estado no dejará de hacer lo mismo con los eslovenos, erigiendo institutos y escuelas profesionales eslovenas en Trieste. Tal vez es la consciencia de las *inmensas* necesidades de instrucción primaria en Trieste (lo vemos) lo que justamente persuade a los gobernantes a no dejar escapar la posibilidad de devolver en favor de la escuela las ingentes sumas ahora gastadas en las escuelas secundarias. En todo caso, esto al menos es lo que considero yo, la decisión gubernamental marca el fin oficial de los conatos germanificadores: el instituto alemán en Trieste quedará y será siempre frecuentado también por italianos (factor comercial), pero el sueño de José II (lo reconoce incluso la prensa nacionalista italiana) ha decaído finalmente. Sobre las ventajas, *también para los italianos*, de esta nueva política estatal, véase, en la mencionada *Voce degli insegnati*, el artículo “Vicende dell’italiano al ginnasio di Gorizia”. El presente allí, por lo que respecta a la enseñanza italiana, es bastante mejor que en el pasado.

¹⁰ Una universidad italiana en Trieste, *en la que no estuviesen sin embargo preventiva y dogmáticamente descartadas cátedras jurídicas, económicas, comerciales, etc.* en otras lenguas (serbocroata, alemán, etc.) se convertiría ciertamente, mucho más que la pobre facultad de derecho solamente italiana, en un centro irradiador de cultura y de ciencia italiana sobre toda la orilla oriental adriática. Trieste, en definitiva, si supiese sacarle partido, tendría en sí misma condiciones excepcionales para ser lo que, en la orilla opuesta, Bari quisiera ser en vano, esto es, lo que fue Venecia, una gran difusora de la cultura eslava: incluso la intermediaria intelectual entre Oriente y Occidente. Todo esto -¿hace falta que lo diga?- debe repugnar a las mentalidades actuales nacionalistas, alarmadas ante la perspectiva de que gente no italiana asista a la facultad italiana, tanto que incluso han pensado en excluir esta posibilidad mediante una ley (*Il Piccolo*, 26 de diciembre de 1911 y 23 de febrero de 1912). Aquí, el nacionalismo, llegando al absurdo, acaba por negarse a sí mismo.

¿Música del futuro?... Ciertamente, pero también nuevas vías de antítesis, no solamente económicas, que se perfilan, confusas todavía, en el horizonte. Sin embargo, prescindiendo de ellas y sea cual sea la concreción de la ordenación futura del mundo eslavo meridional y eslavo en general, es cierto que el distanciamiento político de la Julia debe ser considerado entre las eventualidades contra las que esta está llamada a combatir con todas sus fuerzas. Debido a que justamente es Julia la salida más próxima y más lógica al mar. Ciertamente, el *hinterland* es más indispensable a Julia de cuanto Julia lo es al *hinterland*, pero los intereses de esto, incluso los meramente económicos, son suficientes como para oponerlos a la anexión de Julia por Italia.

La realidad podrá ser dolorosa para muchos, pero no por ello es menos realidad. Esta nos dice que los agrupamientos futuros del eslavismo, para ser sólidos y fecundos, tendrán que recorrer las grandes vías económicas que unen a los eslavos centrales y meridionales por encima y más allá de conveniencias y comprensiones militares y dinásticas. Que no olviden los investigadores del fenómeno irredentista juliano que estas corrientes van de oriente a occidente, de la cuenca del Danubio a la del Saba, y de aquí a la orilla oriental adriática. Y justamente la costa Adriática juliana tiene una función específica de salida al mar no solamente de las energías eslavas meridionales, sino también, e incluso más sólidas, de los checos de Bohemia y Moravia. Corriente nacional y económica que sirve, a su vez, para equilibrar la gravitación alemana y su impulso por reunir, en un nexo político y económico, el Adriático con los mares del norte. Y aquí los intereses de la zona juliana vuelven a coincidir con el nacional y político del reino.

A Trieste, en definitiva, en la economía mundial, se le asigna justamente también esa función de puerto de la “futura Eslavia” que Cesare Cantù hubiera deseado en los periódicos de la renacida italianidad triestina.

Entonces bastó el “veto” de un gobernador austriaco, fiel al centralismo germanizante, para suprimir aquel pensamiento; pero, a pesar de los “vetos” al pensamiento, que tiene de por sí mismo la fuerza suprema de la vida, este se va cumpliendo, y los mismos italianos de Julia (lo vemos sobradamente en este capítulo) son arrastrados a invocar y acelerar su cumplimiento.

Contradicción fatal que, a su pesar, lleva a los irredentistas contra el irredentismo; una contradicción con raíces profundas e independientes de la voluntad de hombres y grupos, en la que se encierra el más formidable interrogante frente a la aspiración separatista juliana.

A este interrogante, según los intereses de los italianos de este y del otro lado del Judrio, hay que darle ya una respuesta definitiva. Cuando esta fuese desfavorable a las esperanzas del irredentismo, Italia (se intuye) no podría favorecer mejor a los italianos de Julia más que proclamando, alta y lealmente, no aspirar, en ningún caso y en ninguna situación, a conquistas territoriales y a anexiones de la orilla opuesta del Adriático. La frase, seguramente sincera, de Bismarck, de que estaría loco quien quisiese incorporar a Alemania a los alemanes de Austria, ha favorecido y favorece sus intereses, incluso nacionales, ciertamente mucho más que cualquier agitación separatista.

Traducción de Juan Pérez Andrés

Trieste. Italianos y eslavos. El gobierno austriaco. El irredentismo

*Trieste. Italian and Slavs. The Austrian government.
The irredentism*

Ruggero Fauro Timeus
(Trieste, 1892 – Monte Pal Piccolo, 1915)

Texto traducido y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Ruggero Fauro Timeus (Trieste, 1892 – Monte Pal Piccolo, 1915) es uno de los más claros exponentes del nacionalismo triestino anterior a la guerra, como atestiguan sus vehementes escritos publicados en el periódico romano *Idea Nazionale*. Su más obra más conocida, *Trieste. Italiani e slavi. Il governo austriaco. L'irredentismo* (1914), cuyo primero capítulo, “La lucha nacional”, ofrecemos en español, es una muestra significativa del polémico y combativo posicionamiento que adoptó tanto frente al gobierno habsburgués como ante la población eslava. Su enconada oposición a la lectura de la situación triestina de manos de socialista como Angelo Vivante, así como a otras corrientes irredentistas más moderadas basadas en el espíritu del Risorgimento le hizo alejarse progresivamente de algunos de sus amigos de juventud, como Scipio Slataper o Gianni Stuparich. Convencido de la necesidad de ampliar el territorio italiano por tierras adriáticas en detrimento de las poblaciones eslavas, a las que consideraba inferiores, se incorporó al ejército en mayo de 1915. Pese a la escasez de su obra, debido a su prematura muerte en el frente durante un bombardeo austriaco en Pal Piccolo algunos meses más tarde, con apenas veintitrés años, esta ejerció una notable influencia, tanto en los círculos más extremistas del irredentismo como en el posterior fascismo.

Trieste no tiene historia. En vano los enemigos de su italianidad han perpetrado pacientemente una serie de pequeñas villaquerías con el objeto de crear una para uso y consumo del gobierno imperial y real. En vano fervientes patriotas y nobles estudiosos nos han recordado las virtudes, glorias y manifestaciones de la civilización italiana de los siglos pasados. Nosotros no descendemos directamente de las familias que combatieron y comerciaron en el siglo XVI, hace ciento cincuenta años, en Trieste; nuestra cultura no es el producto de una continua evolución de la cultura humanística del siglo XV en Capodistria o en Pirán; la política de 1383 o la de 1848, la política de la dedicación o la de la ciudad fidelísima, han tenido causas que no tienen nada que ver con nuestro tiempo y no han dejado ningún rastro en nuestras almas.

Además de los tiempos han cambiado también los hombres. Los doscientos cuarenta mil triestinos de hoy en día no descienden de los cincuenta mil triestinos de hace dos siglos. Venidos de todas las partes de Italia, arrancados a otras naciones mediante asimilación, nosotros renegamos serenamente de todo lo que inconscientemente puedan haber hecho, anteayer o ayer, aquellos que antes que nosotros han habitado la tierra que nosotros habitamos; afirmamos del mismo modo superfluas las pruebas históricas de la italianidad pasada de nuestras tierras, cuando nuestra lengua, nuestra cultura, nuestra voluntad nacional son hoy irrefutablemente italianas.

La ciudad políglota y anacional del '48, entre el grito de miles de fuerzas y de cien contradicciones, obtuvo su carácter nacional bajo la influencia de la gran atmósfera del Risorgimento y desarrolló arduamente su cultura y sus ideas políticas, siguiendo paso a paso el movimiento del renacido Reino de Italia.

Hoy, ahora igual que ayer, el hombre que llega joven a Trieste, como también el hombre que nace aquí, tiene que formarse él solo, casi a su libre albedrío, su

propio carácter de italiano; y con su pequeña fuerza de individuo aislado, entre el soplo de la turbulenta ventisca de la lucha política, tiene que resolver por sí mismo ese problema del carácter y de la conciencia nacional que por lo general se resuelve con un desarrollo secular entre millones de hombres.

Donde todos los hombres son de la misma raza, la nacionalidad se concibe como un carácter hereditario: la imponente identidad de la sangre, del carácter y de la tradición entre los hombres que habitan el mismo país se prolonga durante decenas de generaciones. Los acontecimientos, la civilización y la tierra han dado al individuo gran parte de sus características, se han unido a él indisolublemente. Abandonar la nacionalidad, en un país donde es homogénea, quiere decir traicionar la sangre de los antepasados, la propia historia y la propia tierra.

Y la ley codifica y vuelve concreta esta situación. Con todas sus normas, las prohibiciones, las órdenes, establece cómo se debe actuar nacionalmente; y con sus sanciones penales advierte en todo momento de la gravedad que hay en cada desvío del camino recto del deber nacional. En fin, si la nación tiene un enemigo, este va contra ella con el arma clara y clamorosa de la guerra que quiere rasgar el territorio, que mata hombres, que disgrega a los pueblos. Y entonces no hay ninguna confiada conciencia del durmiente que no sepa ver el peligro y no se ponga a cubierto con ansia.

En nuestro país, por el contrario, muchos llegan nuevos, han sido alejados de sus propias tradiciones familiares, de su tierra; y la tierra que los acoge escuchan decir a algunos que es propia de una estirpe, a otros que es la cuna de una raza distinta declaradamente hostil a la primera. El mismo italiano nacido en Trieste, que lo es por la tradición de su familia y de su pueblo, tiene ante sí una ley que no le dice “tú eres italiano y debes cumplir los múltiples deberes que el ser italiano te impone”, sino que le ordena “no eres italiano; tu deber es ignorar, y si yo te lo impongo en un momento concreto, combatir contra la nación italiana”. Entonces el hombre aislado, no en contra de sus intereses y sus opiniones, sino más bien de acuerdo a los fundamentos de su moral, se siente afectado, confuso y abrumado. Porque, frente a una fuerza íntima y profunda en él que le confirma y le impone su italianidad, contra él hay una ley respaldada por una prepotencia armada, un mecanismo político fruto de siglos y común entre millones de hombres, formidable como una fortaleza de piedra e inevitable como un remordimiento, pero concreto como una entidad material. Es el Estado, en definitiva, la justicia, la policía, los códigos, las armas. ¿En tal contradicción quién vencerá? ¿El mecanismo enorme o la pequeña y tranquila fuerza de la conciencia y la sangre?

No basta esto. El Estado y la Nación adversa no asaltan por lo general con violencia abierta y directa. Si alguien dijese a un italiano: “tú debes ser eslavo, yo te lo impongo y te amenazo con condenarte si te rebelas”, la misma contradicción clara y brutal despertaría la conciencia y llevaría a la rebelión. Pero contra el hombre concreto de estas tierras en cuestión no existe la guerra como contra la Nación.

Se le dice: “manda a tus hijos a la escuela alemana, porque así aprenderán la lengua del Estado y tendrán notables ventajas, mientras que, por otro lado, en tu propia casa, podrás enseñarles libremente tu lengua y la de tus padres”. Entonces el hombre débil, que todavía está turbado por la contradicción entre la voz de su conciencia y la del Estado, ¿puede comprender que esa ventajosa presuposición que los representantes del poder le proponen es una traición? O más bien podrá pensar: “¿Si mando a mis hijos a una escuela extranjera en mi ciudad italiana no les pasará nada, pero por el contrario saldrán mejor preparados para luchar en la vida?”

El adversario planta un banco y le presta dinero con bajos intereses. ¿Puede el pequeño hombre, confuso por las contradicciones de su ambiente, saber que en esa casa llena de oro está el peligro y que no le hace falta cruzar nunca su umbral?

Donde el pueblo es homogéneo, el extranjero es considerado como algo totalmente distinto y, tal vez, sobre todo si es el enemigo, algo monstruoso y malvado. Pero entre nosotros el eslavo y el alemán viven posiblemente en nuestra misma casa, y puede ser que sea un buen hombre que os agasaja, os sonríe y acaricia a vuestros hijos. ¿Puede saber uno que ese de ahí es también un enemigo que se debe odiar y combatir sin cuartel?

Por todas partes, donde en otros sitios cunde la armonía, la continuidad, elementos que se completan, entre nosotros está la contradicción, el problema y la tragedia.

El hombre que quiere ser siempre íntegramente italiano debe saber descubrir los valores positivos y negativos respecto a su italianidad, de todos los actos de su vida: debe saber distinguir si hace bien o mal a su país cuando educa a sus hijos, cuando compra algo, cuando obedece una ley, cuando ama, cuando espera, cuando trabaja. Cada vez que no sabe descubrir justamente este valor, cada vez que su visión está equivocada, traiciona a su pueblo, porque por cualquier puerta puede venir el peligro.

De este modo hay pequeños hombres indolentes que mandan a sus hijos a escuelas extranjeras, que suscriben préstamos con dinero de bancos eslavos, que obedecen ciegamente las leyes del Estado austriaco. Están los bocazas que traicionan día a día, pedazo a pedazo, su propia patria en nombre de una solidaridad internacional que los ciega sin ennoblecerlos. Hay muchísimos hombrecillos que no resuelven ninguna tragedia y en el torbellino se dejan arrastrar de aquí para allá siempre por el viento más fuerte. Los inconscientes, débiles, viles y traidores.

Pero Trieste permanece italiana.

En la libertad absoluta a decidirse entre la Patria y el Estado, entre la lucha y la resignación, entre el sacrificio y el beneficio, junto a las negaciones más bajas surgen las afirmaciones más altas y preclaras. Frente a las multitudes y al peligro de la insidia, el grito de alarma estalla como un toque de corneta; frente a la tiniebla peligrosa de sus negaciones, el rostro del ideal resplandece como en un incendio.

Si diez no saben que la escuela extranjera es un peligro porque no pueden ver el arma escondida en la cátedra, cien la ven con el horror con el que el pueblo alzado en armas mira una fortaleza enemiga repleta de cañones y llena de alambradas; si la ley, con su imponente majestad, niega la Patria y se impone a diez débiles, cien odiarán la ley con el odio furibundo de los rebeldes que niegan cada código penal; si un vacío sentimental de hermandad impide a algunos reconocer al enemigo mortal en el pequeño hombre inocuo, a ese que pide casi permiso por vivir, surge en los demás, por la fuerza misma de la contradicción, una aversión que no conoce piedad y le da la vuelta a cualquier límite. Precisamente porque es fruto de una tragedia que hace caer a muchos y hace sufrir a todos, el amor a la patria, que en otros lugares es fuerza tranquila, aquí es un espasmo, una enfermedad que roe y consume. Las pequeñas compras de los hombres y de conciencia peligrosas porque repetidas todos los días, pero mezquinas y poco importantes si se toman una a una, aparecen una a una como hechos enormes y los caídos son expulsados de la vida con un desprecio que es más homicida que el puñal. El hombre que vende a sus hijos a las escuelas extranjeras, el que se vende a sí mismo a los bancos eslavos, el internacionalista y el gobernante de actos hostiles, son rechazados como antes lo fueron los hombres que daban de noche las llaves de casa al enemigo de la Patria.

Surge un extraño equilibrio de valores. En la falta de peligros clamorosos y de luchas titánicas, los pequeños peligros se engrandecen con la fantasía miedosa pero necesaria, porque efectivamente son muchos y su número los convierte a todos juntos en un único y gran peligro. Ciertas cosas, que parecen frases retóricas, son estados de ánimo. Una derrota electoral es como una debacle en la guerra; un enfrentamiento con los guardias o con los enemigos, si es pequeña por el número de los que combaten o por sus consecuencias, es grande para el odio y se engrandece en las almas hasta hacerlas palpar como si fuese una batalla.

Durante años y años toda nuestra juventud pasó su tiempo entre conflictos con la policía, con los eslavos, con los filoaustríacos; cuando llega la noticia de que en Viena o en Graz los estudiantes italianos han sido agredidos, durante semanas enteras Trieste se conmueve. Todos están convencidos de que son pequeños conflictos sin muertos y con pocos heridos, pero se siente que en el episodio mismo está expresa esa lucha y esa voluntad de batalla que nadie puede anunciar y, aun pudiéndolo, nadie sabría expresar con palabras bastante encendidas.

La lucha por las escuelas se hace con el mismo espíritu; a todas las almas nobles e ingenuas de pequeños burgueses y de ciudadanos que dan los millones de nuestra defensa escolar les parece que con una escuela se pueda salvar la Patria; que, rehusando una concesión de pocas coronas, se nos vuelve responsables de un desastre. Para resistir a las insidias y a las medias tintas, ya que han sido espontáneas, así como necesarias, la turbia y encendida sobreexcitación de nuestras almas, la sobrevaloración de muchos valores, la concentración de todas las voluntades más ardientes en cosas que en otros lugares se han dejado al perezoso cuidado de unos pocos técnicos especialistas.

Y así se vence.

Se vence justamente porque la psicología adversaria es olvido, debilidad, ignorancia, capitulación de las fuerzas ideales frente a las imposiciones del Estado, mientras que la nuestra es una fe combativa, concentración de todas las virtudes en un único ideal. Esas son las que son porque nos han tomado como prisioneros; nosotros, porque nos hemos rebelado y combatimos asaltando las posiciones del enemigo. La afirmación triunfa sobre la pasividad justamente porque es afirmación y como tal no puede no ser más inteligente, más fuerte y más libre.

Amparados por la concretización de las leyes, los filoaustríacos han sido arrollados por la fuerza del ideal; defendidos por las armas del Estado, han temblado frente a esta rebelión que pululaba por todos los sitios y a todas horas. Han acabado desapareciendo de la vida civil, refugiándose en las salas de las oficinas gubernativas y en las casernas militares, dejando libre el campo de la lucha a aquellos que han entrado con la frente alta y dispuestos a cualquier sacrificio.

Otros enemigos les han sustituido pero, acabadas las contradicciones, la duda y la tragedia, al menos entre los que han nacido en el país y en medio de su vida, el ejército ha permanecido compacto y permanece en la brecha donde ha plantado la bandera italiana.

Traducción de Juan Pérez Andrés

El Trentino italiano

The Italian Trentino

Cesare Battisti
(Trento, 1875 – 1916)

Texto traducido y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Cesare Battisti nace en Trento en 1875. Desde muy joven, sobre todo durante su etapa de estudiante en Graz, Florencia y Turín, estrecha lazos con círculos socialistas e inicia una intensa labor como periodista fundando cabeceras, algunas de escasa duración debido a la censura, como *Rivista popolare triestina*, *L'avvenire del lavoratore* o *Il Popolo*. Diputado por la minoría italiana en el parlamento de Viena en 1911 y más tarde, en 1914, en la Dieta de Innsbruck, se sitúa como uno de los máximos representantes políticos del irredentismo italiano, postura que afianza tras el estallido de la guerra. Alistado como voluntario entre los batallones alpinos italianos, es capturado a principios de 1916 mientras dirige una incursión en los Alpes, conducido a Trento y condenado a muerte a los pocos meses. Se sumaba así, junto a Damiano Chiesa y a Fabio Filzi, a la lista de los primeros héroes nacionales caídos por la causa irredentista. El texto "El Trentino italiano" fue publicado en Milán por la editorial Ravà & C en 1915.

Si la historia y la geografía de Italia fueran un poco menos ignotas a muchos italianos, la causa de las tierras irredentas no necesitaría hoy a apóstoles y propagandistas.

Sin embargo, por desgracia hay grandes periódicos que, en el año de gracia 1915, hablan de Trento y Trieste definiéndolas tierras "de más allá de los Alpes"; aún hay quien cree que entre Trento y Trieste hay como mucho un puente como entre Buda y Pest; hay textos escolares de geografía ampliamente difundidos en los que se sentencia que solo los habitantes de las clases cultas en Trentino se han conservado por tradición italianos...

Tengan paciencia, pues, los lectores si, queriendo hablar del Trentino, de sus aspiraciones, de sus derechos, nos alejamos de la historia y de la geografía.

TRENTINO Y ALTO ADIGIO. No basta con repetir el estribillo poético de que las fronteras de Italia son los Alpes y el mar; hay que echar un vistazo también a un mapa para constatar que dentro del cordón de los Alpes hay tierras de la *Italia física* que no están incluidas en la *Italia política* de una superficie de más de veinte mil kilómetros cuadrados; tierras italianas no solo geográficamente porque mandan sus aguas al Adriático, porque están abiertas a las brisas itálicas y cubiertas de vegetación meridional, sino italianas de lengua, de historia, de tradiciones y de afectos.

Uno de los más significativos entre estos territorios es el que se ubica entre Lombardía y Véneto y está formado por la cuenca alpina del Adigio y del curso alto de otros ríos importantes: el Chiese, el Sarca y el Brenta.

Este territorio descansa sobre el gran arco alpino en el punto central, donde la depresión del Brennero –*ianua bararorum*– abre a la gente de más allá de los Alpes el más rápido y uno de los pasos más importantes a Italia.

Poderosas cadenas lo cercan por sus lados. A occidente son las cordilleras que desde Oetz se vuelven a unir, mediante el paso de Resia, a los pilares del Cevedale y del Adamello; a oriente las que desde Venediger descienden a Dobbiaco para subir al macizo de la Marmolada, para luego escindir-se tanto una como otra en ulteriores bifurcaciones y estribaciones más modestas que avanzan hacia el sur hasta la llanura del Po.

Este territorio está dividido claramente en dos secciones, una septentrional y otra meridional, por dos cordilleras secundarias que lo surcan por la mitad, desviándose una del Adamello y la otra de la Marmolada para encontrarse en el Valle de Adigio en Salorno.

De estas secciones la superior tiene la forma de un cuadrilátero, la inferior de un polígono. Aquel es el territorio del *Alto Adigio*, llamado en política Tirol meridional; este responde al actual *Trentino*.

Dentro del cuadrilátero viven hoy doscientos mil habitantes, de los cuales ciento sesenta mil son alemanes y cuarenta mil italianos; en el polígono hay una población de *trescientos setenta y siete mil habitantes, todos italianos*, quitando un porcentaje mínimo (4%, en total 13477 alemanes y 2624 de otras nacionalidades), que se forma casi exclusivamente con extranjeros artificialmente importados (empleados, soldados, etc.) y que es inferior al número de los alemanes y de los extranjeros de Milán o de cualquier ciudad comercial de Italia.

Escasos y elevados son los pasos que dividen Alto Adigio de las regiones limítrofes de Suiza, del Tirol, de Carintia; solo hay una abertura verdadera –la de Salorno– al norte de Trento, la cual desde Trentino desemboca en Alto Adigio, mientras que los lados de Trentino que se deslizan entre Lombardía y Véneto se encuentran atravesados por ocho grandes carreteras, dos líneas ferroviarias, una lacustre, por cinco carreteras secundarias y por una veintena de vías pecuarias y senderos.

HISTORIA DE TRENTO Y SU NOBLE ITALIANIDAD. La historia de estas regiones alpinas responde magníficamente a su geografía.

Los romanos acumularon en ellas sus presidios, convencidos por la necesidad de transformar toda la región alpina en guardia de la civilización contra la barbarie teutónica.

Tridentum, splendidum municipium, era el corazón, el centro de irradiación latina, no solo para el territorio trentino actual, sino para todo Alto Adigio, que fue completamente romanizado en poco tiempo.

Desafortunadas fueron las irrupciones bárbaras hasta que estuvieron bajo el poder de Roma los *Alpes tridentinae*. Pero cuando declinó el imperio romano, los elementos romanizados fueron alejados del cuadrilátero hacia el hexágono, es decir, de Alto Adigio hacia Trentino.

Pero la obra desnacionalizadora fue tan lenta e incompleta que ninguno de los gobiernos posteriores –ostrogodos, bizantinos, longobardos, francos y los propios emperadores germanos– osó jamás desprender el territorio de Bolzano del Trentino. En este el elemento itálico nunca fue mellado u oscurecido; ni nunca desapareció del todo en la zona de Alto Adigio, hasta Val Venosta y hasta Chiusa de Bresanona, donde viven todavía los susodichos cuarenta mil italianos y donde los italianos fueron, durante no poco tiempo, los elementos predominantes.

La situación de Trentino durante las invasiones bárbaras no puede haber sido muy diferente a la de las otras regiones septentrionales de Italia; claro que fue mucho peor en los siglos posteriores, cuando los emperadores del Sacro Imperio Romano, para tener libre acceso a la península, pusieron constantemente el punto de mira en confiar el territorio trentino –¡por el que llevaron a cabo setenta y dos expediciones!– a príncipes-obispos de su confianza.

A los hechos de los emperadores se añadía los de los condes del Tirol, que, asentándose en Val Venosta, haciéndose fuertes primero por el parentesco, luego por la fusión con la casa imperial, sirviéndose de numerosos castellanos, atraídos hacia

ellos ya con la fuerza ya con la astucia, entablaron una lucha terrible contra la italianidad de la región.

A pesar de esto se impuso la acción del municipio libre forjado a partir de los municipios de la Alta Italia y con el cultivo y las artes se difundió y se mantuvo el pensamiento itálico.

Trento supo mantener el nombre, la frontera y la lengua de Italia; influyó indudablemente en la civilización de la región superior atesina y fue una barrera al elemento germánico para la región itálica de abajo.

Esta obra es de los habitantes, alimentados de vívida romanidad, pero fuertemente ayudados por el doble dique de montes que protegen Trento del Norte y constituyen dos auténticas antesalas, dos vestíbulos en la entrada a Italia.

De esta forma, cuando Napoleón quiso en 1809 delimitar como última frontera del Reino de Italia la frontera lingüística, pudo, sin coerción nacional alguna, incluir en el *Departamento de Alto Adigio*, además del Trentino, el territorio de Bolzano hasta Chiusa de Bresanona, mientras pensaba transportarla en tiempos más propicios al mismo Brennero.

Trentino, permaneciendo de esta forma, durante ocho siglos, autónomo bajo el dominio de príncipes-obispos, ambicionado por todos, protegido por nadie, extorsionado continuamente por ejércitos amigos y enemigos, volvía al seno de la familia italiana. Pero fue un breve regreso. La historia más reciente es conocida. Derrotado Napoleón, Trentino tuvo contemporáneamente a sus espaldas tres dueños: el Tirol, Austria y la Confederación Germánica. Contra el triple yugo (que por desgracia permanece todavía hoy, porque la acción libremente concedida por Austria a las asociaciones pangermánicas de Alemania vale más que el vínculo, ahora suspendido, de la propia Confederación) Trentino luchó con fiereza, documentando con los sacrificios y con la sangre la propia italianidad incorruptible: que tuvo como recompensa la carta pública de Garibaldi atestiguando el reconocimiento a los trentinos caídos en las batallas del Risorgimento¹, y que ya había tenido en siglos

¹ Giuseppe Garibaldi dirigiéndose a los trentinos:

“En la lucha santa mantenida por Italia contra sus opresores desde hace tanto tiempo, ha tenido lugar indudablemente uno de los episodios más brillantes y más gloriosos en estos últimos tiempos. Hubo una honorable muestra de agradecimiento para aquellas provincias que respondieron mejor al llamamiento del valiente campeón de la independencia “Vittorio Emanuele” y que mandaron a los campos de la batalla patria la animosa juventud a sellar con sangre el pacto sublime de unión nacional, hoy merecedor de aplauso de Europa. Por otra parte, ¡nadie se acordó de Trentino! Aquella noble parte de nuestra península, que a pesar de los doscientos mil mercenarios de Austria que la pisotean y la saquean, no dejó de expresar valerosamente una voz de júbilo ante el triunfo de la causa italiana, y de reprobación y de repugnancia ante la fétida dominación austriaca. A pesar de ser modestos, como lo son generalmente los hombres de corazón, los trentinos continuaron en silencio a dividir, como dividieron en el pasado, las dificultades y las esperanzas comunes. Ellos proporcionaron en la pasada campaña un gran número de oficiales y soldados, y a nuestro martirologio, nombres que me conmueven al pronunciarlos y que sin dudas honran nuestro país a la altura de los más ilustres. El nombre del trentino Bronzetti permanecerá en la memoria de la posteridad cuanto los fastos de nuestra historia, y será el grito de guerra de los valientes Cazadores de los Alpes en las futuras pugnas contra los opresores de Italia. Fueron centenares los conciudadanos de Bronzetti que se distinguieron en la guerra sagrada, ¡y no se ha dedicado una sola palabra en señal de agradecimiento nacional! Que sirva mi modesta voz para suplir en parte este involuntario olvido, y para recordar un ramo de los más nobles y más generosos de la familia italiana, sobre el cual descansan merecidamente nuestras esperanzas de redención. Módena, 10 de septiembre de de 1859”.

anteriores otras dos documentaciones que son como los títulos nobiliarios del pueblo trentino: la *Tavola Clesiana*, el edicto, esculpido en bronce, con la que el emperador Claudio confirmaba la ciudadanía a los habitantes de los valles trentinos, y el *pacto de Waldo* con el que las poblaciones de Perginese establecían en 1966 el pacto de defensa y ofensiva común con Vicenza.

Si bien la misión histórica de la que mayormente puede vanagloriarse Trentino fue la de haber sido durante siglos el dique de la irruptora invasión teutónica, esta al mismo tiempo no fue el último factor del cultivo y civilización itálica. Creó su vulgar de perfecta factura latina y con valor orgánico propio. En las letras italianas y en las artes, denominadas en todos los siglos “inteligencias fuertes” dio a luz del escultor Alessandro Vittoria a los pintores Francesco Guardi y Giovanni Segantini, del filósofo Acconcio a Antonio Rosmini, de Andrea Maffei a Giovanni Prati, poeta del Risorgimento. No hubo movimiento literario o científico ni escuela de arte italiana en el que Trentino no haya dado algún representante. Por hablar solo de los últimos ciento cincuenta años, la enciclopedia fue representada dignamente por Carlo Antonio Pilati, las ciencias naturales a finales del siglo XVIII tuvieron audaces cultores en los Fontana, en los Scopoli, en Borsieri, la erudición histórica en Tartarotti, el clasicismo encontró un pregonero en Clementino Vannetti, el arte dramático en Gustavo Modena y el Romanticismo una hilera de poetas menores en torno a Prati, Gazzoletti y Lutti. Los ateneos de Italia tuvieron decoro en los últimos decenios gracias a Canestrini, a Malfatti, a Inama y a Sighele, mientras que el arte de los sonidos y de los colores tienen hoy dos soberbios representantes en Bartolomeo Bezzi y en Riccardo Zandonai.

Itálicamente se desarrolló siempre la vida de los municipios. Trento y Rovereto llamaban de las otras regiones a sus alcaldes, y fue alcalde de Trento Gian Domenico Romagnosi.

Itálico es el arte con el que se adornan todas las ciudades e incluso los pueblos más minúsculos.

Insignes monumentos itálicos son no solo la catedral, los muchos palacios y el castillo de Trento, pintado por los más célebres artistas del Cinquecento, las torres y los municipios de Rovereto y de Riva y los vetustos castillos y las pequeñas iglesias del Trecento y del Cinquecento de Trentino y las danzas macabras que adornan los cementerios en lo alto de las montañas, sino también las iglesias y los palacios que se encuentran en Alto Adigio, en Bolzano y los suburbios contérminos, donde las calles porticadas imitan las de las ciudades vénetas.

Todo es itálico: el cielo, las costumbres, la tradición, la lengua, los afectos. Itálica es también la delincuencia, en gran contraste con la de las regiones alemanas y provista de las características pasionales de la delincuencia italiana.

LA CUESTIÓN TRENTINA Y LA NACIÓN ITALIANA. Todas estas cosas se conocían perfectamente en Italia durante los años del Risorgimento; fueron olvidadas luego.

La italianidad de Trentino fue reconocida por el rey Vittorio Emanuele II, que acogió siempre favorablemente las diputaciones de los trentinos y cumplía las promesas con el envío del ejército real, que en 1866, mientras Garibaldi estaba a las puertas de Riva, llegaba a pocos kilómetros de Trento.

La italianidad de Trentino tuvo posteriormente nueva documentación oficial durante las negociaciones de paz por obra del conde Nigra y de Emilio Visconti Venosta y en negociaciones posteriores intentadas por el gobierno en 1868 y 1869.

En 1878 la cuestión trentina sonsacaba alguna palabra de consenso al ministro Cairoli, pero no encontraba un defensor ni convencido ni hábil en el general Curti,

representante de Italia en Berlín. En los años posteriores el gobierno de Roma no dedicó, que se sepa, ninguna palabra importante más. Llegó la época del irredentismo gubernamental. La causa de Trento y Trieste quedó únicamente en manos de los partidos populares. Tuvo la ayuda de Garibaldi, de Avezzana y de Imbrianti y resplandeció en el martirio de Oberdan. Luego vino la Triple Alianza. También la Italia popular comenzó a olvidarnos. Italia fue la humilde criada de Berlín y de Viena. Faltó toda ayuda a los irredentos. Resumiendo, faltó la memoria. ¡En mantener vivo el irredentismo únicamente pensó Austria!

Los italianos de Trieste y de Trento junto al programa mayor de sus reivindicaciones formularon un mínimo que Austria habría podido acoger. Pidieron el respeto a la lengua italiana, la equiparación efectiva a las otras naciones, unas pocas cátedras universitarias y la autonomía de Trentino. Austria, aceptando, quizás habría formado a unos ciudadanos pacíficos y satisfechos de un gobierno extranjero, como los nizardos y los tesineses.

Austria negó todo. Por el contrario, ideó nuevas torturas, nuevas persecuciones, y la soñolienta Italia tuvo que despertarse al oír los golpes del bastón alemán, hiriendo las carnes de los hermanos italianos. Pero fueron sobresaltos, estremecimientos momentáneos. Desde Roma se imponía a la prensa, a los grandes periódicos, suprimir toda noticia de más allá de la frontera. Pasaban inadvertidos al público italiano los cambios internos de la monarquía, que presagiaban transformaciones no lejanas. La anexión austriaca de Bosnia Herzegovina, sin beneficios para Italia, suscitaba la noble protesta de Alessandro Fortis, que era, sin embargo, olvidada después de veinticuatro horas. Solo en los últimos años algunos periodistas (los dedos de la mano son demasiados para contarlos), después de haber oído por enésima vez que los estudiantes italianos eran golpeados brutalmente, y los reñecillos deshuciados por Trieste y los ciudadanos de Fiume acusados de delitos cometidos por la política húngara, y los trentinos burlados ferozmente con la eterna promesa de la autonomía, pensaron en explorar las tierras irredentas, convirtiéndose para Italia en tierras ignotas, como las que los cartógrafos antiguos indicaban con la expresión *hic sunt leones*, afirmando implícitamente que eran tierras en las que había que aventurarse solo con gran cautela.

RAZONES QUE IMPONEN LA LIBERACIÓN DE TRENTO: LA SUPREMA RAZÓN NACIONAL. El anuncio de la guerra de Austria a Serbia y la terrible conflagración desencadenada en toda Europa han encontrado Italia moralmente (hay que decir, por suerte, que no es así en el caso militar) muy desprevenida, desorientada frente al problema de Trento y Trieste. Hay generaciones enteras que no solo no han respirado una atmósfera de simpatía frente a los hermanos irredentos, no solo han estado dirigidas prevalentemente hacia la observación de problemas completamente divergentes de los nacionales, sino que han sido privados de aquellas nociones elementales de historia y geografía de Italia que, por razones de cultura, excluyendo las tendencias políticas, deberían ser patrimonio de todos los italianos.

Conocido Trentino cómo fue, cómo es y cómo se mostró a los hombres del Risorgimento, es oportuno hacerse la pregunta: ¿Existen todavía o no las razones por las que en Italia el gobierno y el pueblo concorde y unánimemente sostuvieron hasta 1866 la necesidad absoluta de la anexión de Trentino al Estado italiano?

¿O han ocurrido hechos por los que hoy el problema de Trento y el problema de las provincias irredentas en general ya no merece la atención de los italianos?

Es fácil demostrar que ni para Italia ni para Trentino el problema irredentista puede considerarse superado.

Los diez lustros transcurridos han cimentado, no disminuido, las razones por las que se impone el cumplimiento de la unidad nacional. Examinémoslas, primero en relación con Italia, luego con Trentino.

La razón suprema es la de la sangre: es la razón nacional. Cuando el Piamonte se colocó a la cabeza del Risorgimento de Italia, no surgió del criterio que una provincia fuera nacionalmente preferible a otra. El mismo ideal se impuso tanto para Lombardía como para Trieste, para Trentino y para Véneto como para Sicilia. Todos los hijos de Italia tenían que ser irredentos. Eran enemigos de Italia igualmente el gobierno borbónico, el de los Habsburgo y el de los papas. Acontecimientos luctuosos y dolorosos impidieron el cumplimiento de la unidad. Del dominio de los Habsburgo se pudieron arrancar únicamente algunas provincias. Otras siguieron permaneciendo bajo el doble rostro. Aquellos acontecimientos dolorosos fueron acogidos como una calamidad de la patria, como una deshonra que se tenía que borrar por honor a las armas, por la dignidad nacional. Las mismas causas por las que la unidad quedó incompleta tienen que representar un nuevo estímulo para retomar la obra.

Italia ha experimentado en sí misma las inmensas ventajas del nuevo orden político. Ella misma es un ejemplo viviente del beneficio moral, civil y económico que cada núcleo humano obtiene cuando consigue desarrollarse de acuerdo a las propias leyes y las obligaciones íntimas propias, según las necesidades biológicas del propio genio creativo exceptuando los artificios y las coerciones ajenas.

Frente a esta realidad evidente, ¿es posible que los italianos no vean que los beneficios de una unidad completa serán para todos mayores que los conseguidos con una unidad parcial? Mayores para el desarrollo, digamos así, interno del Estado, mayores para su influencia en el extranjero. Y los italianos, que con la unión en un único estado han visto su patria encaminada a destinos cada vez más altos, ¿querrán contender por estos beneficios con los hermanos aún irredentos?

Quien hoy es indiferente a la causa de los hermanos irredentos –siempre que lo sea de buena fe– es indiferente porque espera que se pueda obtener Trento y Trieste con la diplomacia, o porque considera que Italia puede contentarse con el *statu quo* silenciando cualquier traslado de afecto fraternal; o, por último, porque espera que los problemas nacionales no necesiten soluciones para sí mismos, sino que se puedan resolver en bloque junto a los mayores problemas sociales humanitarios.

Esperar que Austria ceda amablemente a Italia Trento y Trieste, o incluso solo Trentino, es como creer que una tradición secular estatal, dinástica y religiosa puede espontáneamente de un día al otro cambiar, es más, dar la vuelta. Quien conoce Austria y sabe la altanería de las explícitas declaraciones que hicieron al respecto varias veces Francisco José y el archiduque asesinado, comprende que esta es la esperanza más descabellada de todas.

Creer que a los bellos ojos de la neutralidad italiana las naciones beligerantes quieren darle a Italia la compensación de las tierras irredentas es igualmente ingenuo. En el momento en que para conseguir o conservar la integridad nacional derraman torrentes de sangre el pueblo belga, serbio y francés, sería simplemente innoble presentarse en el congreso europeo para pedir compensaciones en calidad de agentes. No puede ni siquiera tener derecho a hablar quien ha asistido indiferente a la masacre de los más débiles.

Quien considera que Italia puede adaptarse al *statu quo*, ignora no solo que la vil paz de hoy puede significar la guerra ofensiva que Austria y Alemania nos declararían mañana (y de ello hablaremos más abajo), sino que olvida que el irredentismo, reavivado ahora en las tierras irredentas y de nuevo floreciente, si Dios

quiere, en toda la península, no puede estar destinado a desaparecer si no es con el triunfo. Sería mañana el aliado de todos los demás irredentismos de Europa que no hubieran encontrado (¡y de ello sería culpable también Italia!) la añorada solución. Pero también él solo sería un elemento disolvente, un elemento perturbador que llevaría o a graves conflictos internos o a hurtos externos en momentos probablemente intempestivos con gran agravio para Italia y con la deprecación de la Europa civil que miraría con horror la aparición de nuevo de la guerra.

Quien, por último, considera –y esta es la tesis de muchos socialistas– ya superado el período de las reivindicaciones nacionales y señala el internacionalismo como la panacea de todos los males, merece compasión como quien niega la luz porque es ciego.

No solo el internacionalismo ha mostrado en este trágico momento su inmadurez al no haber sabido impedir la guerra europea, sino que ya había revelado previamente su impotencia porque en el Estado internacional por excelencia, Austria, no se había conseguido formular, aun disponiendo de poderosas organizaciones y de un quinto de los mandatos parlamentarios, un programa nacional aceptable y realizable para la tutela de los derechos de cada una de las nacionalidades.

Por lo demás, quien ha leído *cum grano salis* los textos sagrados del socialismo, tiene derecho a repetir, hasta que estos textos no sean renegados y destruidos, que cada posición al constituirse unas unidades nacionales equivale a oposición y lucha al propio socialismo, ya que las unidades nacionales son el presupuesto lógico y necesario del desarrollo de la civilización burguesa-capitalista y por ello del propio socialismo. Como la familia, la tribu y el municipio fueron la preparación natural a la organización de la región y, por lo tanto, de la nación, así las naciones representan una afirmación de solidaridad ya enorme y el paso necesario hacia la unificación de la humanidad.

Nos es lícito, por lo tanto, concluir diciendo que las razones nacionales, que militaban para la unidad de la nación hace cincuenta años, todavía resisten; y con más razón se imponen ahora que la efectucción del programa nacional italiano coincide con el interés de la civilización amenazada por la hegemonía militar teutónica y con la defensa de las patrias –Polonia, Serbia, Rumanía– que tienden ahora a constituirse y completarse.

RAZONES MILITARES Y RAZONES ECONÓMICAS. Junto a las razones nacionales supremas subsisten hoy intactas, como en 1866, las de orden nacional y económico.

Menabrea, plenipotenciario del rey de Italia en Viena durante las negociaciones de paz desarrolladas en octubre de 1866, escribía así al ministro de asuntos exteriores en Florencia: “Echando un vistazo a un mapa de las provincias vénetas uno puede convencerse de que las fronteras actuales no sabrían responder completamente a las exigencias de una buena frontera. Sobre una gran parte de su desarrollo, la frontera no sigue las líneas naturales como las cimas de los montes y los cursos del agua. Las cabezas de numerosos valles pequeños que se abren hacia Italia y que tienen con Italia sus relaciones naturales y necesarias se encuentran, por el contrario, unidas a países del otro lado de los Alpes con los cuales, las más de las veces, estas no tienen comunicación. Yo tengo que citar en particular toda la frontera que circunda esta parte de Italia que ha permanecido austriaca y que en Austria se designa impropriamente bajo el nombre de Tirol italiano, pero que realmente está formada en su mayor parte por el antiguo principado de Trento y comprende, además, la localidad de Rovereto y Valsugana”.

Análogo parecer había expresado en 1860 el general Govone, encargado por el conde de Cavour de escribir dos memoriales destinados al gobierno inglés para demostrar la necesidad de posesión de Véneto para Italia. Govone ponía en evidencia cómo Trentino y Tirol del Sur (Alto Adigio) en manos de Austria constituían siempre un gran peligro para el joven reino y destruían entre Italia y Austria todo equilibrio de fuerzas en caso de guerra, aun cuando Véneto fuera liberado.

No consta que algún escritor italiano de cuestiones militares haya expresado después un parecer diferente. Austria, dominando desde la plaza fuerte de Trento y desde las posiciones avanzadas sobre la frontera todos los valles que desembocan en los llanos de Lombardía y de Véneto, tiene completamente a su merced Italia, aunque empleen millones en las fortificaciones fronterizas. El elemento alemán –traduciendo actualmente el antiguo concepto germánico e imperial– tiene aún en su poder las llaves para una avanzada hacia el sur.

El peligro se eliminará solo cuando la frontera política llegue a incluir indistintamente a todos los habitantes italianos que están sobre el lado meridional de los Alpes, y aún más segura será la frontera cuanto más se empuje hacia el norte. Doble será la ventaja: la línea fronteriza gozará ante todo del baluarte natural formado por altas cadenas alpinas con pocos pasos; secundariamente será más breve que el actual en dos tercios casi. Hoy Austria tiene hacia Italia, en la región trentina, una frontera de 316 kilómetros. Cualquier línea que pueda elegirse en el norte de Trento no superará los 150 kilómetros. Evidentes aparecen pues la mayor facilidad y el menor gasto en defensa. Quien tenga presente el descaro con el que se vieron violados al principio y al final de la guerra los pactos internacionales a manos de los imperios centrales y las tendencias agresivas del imperialismo alemán no podrá ignorar la necesidad de una frontera bien guarnecida y segura.

Impelentes e importantes son también las razones económicas. Italia necesita todo su mar, como necesita poseer toda la cadena oriental y todo el lado meridional de los Alpes.

En la economía de la península los Alpes representan un elemento indispensable de integración. Constituyen estos con sus glaciales y ventisqueros, con los lagos alpinos y prealpinos, el depósito distribuidor de las aguas; con sus prados y con el manto boscoso proporcionan riqueza y contribuyen a moderar los climas; en sus vísceras encierran tesoros de metal y de mármoles; en sus recovecos ofrecen asilos de paz y de frescura.

Como en las zonas prealpinas un cultivo racional e integral de fondos exige que el mismo propietario tenga pastos en los Alpes y prados en los valles; y en todas partes quien tiene un poder está interesado en estar en posesión del bosque contiguo o del manantial que mana en un campo cercano; así, en la mayor economía de toda la península, es necesario que bajo un solo gobierno estén todos los Alpes y toda la llanura que estos rodean, mientras que hoy a Italia le faltan partes del Alpe lombardo, atesino, véneto y falta gran parte de los llanos friulanos y toda la marina de Trieste. No hablaba sin fundamento (y su razonamiento es aplicable a muchos otros campos) aquel hidrólogo que, a propósito de las inundaciones, afirmaba que era posible la disposición de los cursos de agua alpinos solo a condición de que un único alcalde de las aguas tuviera que dirigir en el gobierno de cada uno de las cuencas fluviales del Adigio, del Piave, del Brenta, etc.

La historia recuerda, además, que hasta alrededor de 1860 Trentino fue una provincia muy próspera para el desarrollo industrial y para muchos otros recursos naturales. Lo era por los beneficios que extraía de la unión con Véneto y con Lombardía. En 1860 y 1866 la frontera política fue desplazada. Trentino no tuvo más

como escape, como mercado para su producción, la llanura padana y vio debilitarse una a una, extinguirse, todas sus industrias: las sederías, la siderurgia, las fábricas de vidrio, etc. Hasta el pastoreo, que crecía próspero explotando en la temporada suave los prados de Trentino y enviando las bestias a pasar el invierno en Lombardía, fue reducida a escasas proporciones por los decretos del gobierno austriaco que no toleró más este intercambio entre los Alpes y el llano, e impidió a las manadas, con pretextos sanitarios primero y con leyes militares después, el paso de la frontera. ¡Cuántos y cuántos pastores tuvieron que resignarse a ceder con inmensas pérdidas sus rebaños! ¡Cuántos trabajadores que tenían abundante empleo en Trentino no tuvieron que acostumbrarse a recorrer las vías del Océano!

Los daños fueron considerables, en uno y en otro lado de la frontera política. Trentino, privado por la política austriaca de cualquier relación con el resto de Italia (cuando no es suficiente la política aduanera está la política... de policía, que prohíbe la entrada en el país a los excursionistas que no sean alemanes, como también impide la exportación de energía eléctrica en el Reino) fue condenado a la miseria, a la anemia. Miseria y anemia destinadas a desaparecer con recíproco progreso y desarrollo cuando Italia haya conseguido su frontera natural.

Resumiendo: persisten en Italia –no se moleste por nuestra insistente repetición– aún hoy todas las razones de carácter ideal, político, militar y económico por los que la anexión de todas las tierras irredentas había sido acogida con el consenso del pueblo en el programa del rey Vittorio Emanuele II.

TRENTINO HOY. SUS LUCHAS ITALIANAS. ¿Y en Trentino?

No puede decirse hoy: “Trentino nacionalmente es lo que era en los años del Risorgimento”. No, hoy Trentino es infinitamente mejor.

El reino naciente no podía negarle entonces la mano redentora, aunque solo fuera porque les había dado a las primeras conjuras itálicas a Modena, al apostolado nacional Prati, a la defensa de la Roma republicana una legión entera, a las cárceles de Mantua y Kufstein la flor y nata de los patriotas, a los Cazadores de los Alpes Bronzetti, a los Miles de Marsala los mosqueteros y a los ejércitos liberadores de Marcas y de Umbria y a las legiones garibaldinas del 66 centenares de soldados.

Y después de 1866 también había seguido dando a la patria tributo de sangre. En Villa Glori, en Monterotondo, en Mentana y en Porta Pía se combatió con valientes hijos de Trento.

Llegó 1878, el año fatal del congreso de Berlín, que quitaba a Trentino cualquier esperanza y daba gallardía para ensañarse con este con mayor vehemencia. Trento y Trentino comenzaron entonces una lucha tenaz y paciente para defenderse de miles y miles de abusos, para impedir que les robaran la dulce lengua de Dante, que se destruyera en el corazón del pueblo la innata fiereza montañesa, el amor a la independencia, a la libertad, a la madre Italia. De esta lucha que mantuvo solo (¡en vano esperó ayuda de los hermanos del reino!), ¡salió vencedor, restablecido, gallardo de nuevo, más italiano que nunca!

Había en 1866 en Trentino, como había en Lombardía y en Véneto, entre las masas campesinas muchos elementos ajenos al sentimiento nacional, por naturaleza conservadores, propensos a una obediencia ciega al poder gubernamental, hostigados sobre todo por emisarios austriacos, por curas y por espías. Pero se acrecentó el cultivo (Trentino –y esto es solo mérito suyo, no del gobierno– tiene hoy solo el 3,3% de analfabetos en la población superior a los diez años); la emigración, especialmente la transoceánica, despertó las plebes agrícolas; los progresos económicos y las conquistas militares de Italia, descrita por los policías austriacos

como una tierra curva de pordioseros bajo la deshonra de Lissa, reavivaron en muchos las antiguas esperanzas e infundieron nuevas en los dudosos y en los escépticos, de manera que poco a poco la grama del austrianismo y del antiitalianismo fue extirpándose.

Ahora no hay en el Trentino ningún partido que no sea nacional.

Nacionales son los liberales que fueron los fundadores más activos de las instituciones de cultura y de defensa nacional, como la *Leggione Nazionale* y unos círculos deportivos de orientación patriótica.

Nacionales los socialistas que no solo se asociaron en la lucha por la autonomía de Trentino y por la universidad italiana, sino que en estos momentos asumieron muy a menudo parte directiva, buscando hacerse populares e impedir que la inquietud permaneciera en el restringido círculo representado por los liberales. Es oportuno aquí recordar que fue un diputado socialista de Trento, Augusto Avancini, que a una gran comitiva de alemanes, que bajó a Trentino con objetivo demostrativo para organizar la acción pangermanista, le ordenaba regresar, preludiando la apabullante caza a aquellos intrusos.

Nacionales son los diez mil campesinos que desde hace poco han constituido el partido *leghista*, un partido rural radical, para rebelarse a la influencia del clericalismo.

Nacionales son también en buena parte las masas campesinas dirigidas por los clericales. Por encima de estas, es verdad, unidos a hombres de fe italiana, como el diputado Conci, hay otros múltiples ataques al pesebre austriaco; pero estos señores, para no perder terreno, tienen que hacer desde hace una decena de años día tras día algunas concesiones. Su periódico ha tenido que abandonar el nombre de *Voce Cattolica* para asumir el nombre nacional de *Trentino*; sus asociaciones han dejado la costumbre de enviar presentes al emperador y se califican como nacionales; en la labor de defensa lingüística, contra la introducción de escuelas primarias alemanas, el propio clero ha tomado posición de batalla. Por último, en no pocos conflictos se ha constatado la desaprobación de la masa del partido de aquellos jefes que cedieron al gobierno. Es indicativo respecto a la dirección de la masa clerical que recientemente, en la Dieta de Innsbruck, toda la diputación clerical trentina, a pesar de las innumerables presiones del lugarteniente, votara la desconfianza al gobierno y negaba la aprobación de las leyes militares provinciales, leyes de ninguna o poca entidad financiera, pero de enorme valor moral. Es notorio que algunos altos cargos clericales no querían separarse del gobierno; fue la parte más numerosa de los diputados, compuesta por campesinos, la que impuso la directiva a los otros.

Pero sobre toda la población el máximo propagandista nacional fue siempre el gobierno austriaco con sus métodos policiales, con la ayuda ofrecida a las sociedades extranjeras antiitalianas, con sus sectarismos en detrimento de los italianos y con la dictadura militar. Si, a pesar de esto, alguno no había abierto aún los ojos, vino a destruir toda ceguera el exterminio, bárbaramente deseado, de la juventud trentina en los campos de guerra, en Galitzia y en Serbia.

Se han impuesto, por otra parte, en varias ocasiones confrontaciones muy elocuentes entre la miseria creciente en Trentino y el desarrollo de las regiones colindantes, entre la dura ley militar austriaca y la mucho más humanitaria y racional italiana, entre el régimen de la policía y el régimen de la libertad, entre el descuido que tiene Austria hacia los emigrantes y la oportuna ley italiana sobre emigración.

Hoy la prueba más elocuente del estado de ánimo de la población trentina viene dada por el gran número de los arrestados por ofensas a Austria y por sospecha de traición. Entre ellos predominan los campesinos; como son enormemente

numerosos los campesinos y los obreros entre los prófugos refugiados en el Reino, no solo para salvarse de la barbarie austriaca, sino para cumplir mañana con el propio deber de soldados de Italia.

Todo Trentino arde hoy impaciente a la espera de su liberación.

Siente ser digno de la misma; siente que este es el momento; siente que difícilmente podría resistir más contra la acción degenerante del gobierno y a sus hermanos italianos lanza el grito: “¡Ahora o nunca!”

PARA NOSOTROS Y PARA ITALIA: ¡GUERRA! Y mientras implora para sí misma ayuda, siente el deber de recordar a los italianos que no desde ayer, en las escuelas, en la prensa, en los cuarteles, en el Parlamento de Austria vive meditando y preparando la guerra contra Italia. Solo el inesperado asesinato del archiduque hereditario, que odiaba implacablemente a los italianos, consiguió darles a las tendencias guerreras y antiitalianas de Austria no, como alguno se ilusionó, una directiva diferente, sino una diferente actuación cronológica. “Hoy se defiende al monarca y a la patria en los campos de Rusia y de Serbia; mañana la venganza será contra la vil Italia”. Estas palabras con las que los oficiales saludan las tropas que salen no son más que la inversión de cuanto proclamaban ayer.

El “paseo militar en Milán” fue y sigue siendo la frase preferida de la oficialidad austriaca, bajo la cual está en acecho todo el teutonismo. Cuando la catástrofe de Messina trajo consternación y luto a la península, el jefe de Estado Mayor austriaco general Corrado von Hötendorf, proponía y propugnaba la marcha de sus soldados contra el aliado. El intento tuvo lugar de nuevo en tiempos de la guerra de Trípoli. En el Parlamento un exministro, Kramarz, viene repitiendo desde hace años con catoniana constancia: “Debilitemos Italia”, mientras un payaso pangermanista, el honorable Malik grita con voz de agravio: “Trípoli-Trápoli” cada vez que siente una mención a Italia. En los cuarteles la designación de *feindliche Truppen* (“tropas enemigas”) está destinada al ejército italiano. Con odio a este se enseñan a los soldados las cancioncillas más insolentes. No se trata de chulerías de soldados ni de politiqueros individuales; no, esto que únicamente hemos mencionado en unas pocas de las infinitas expresiones cotidianas, son muy firmes y fundamentales propósitos de, además de las esferas militares, todas las demás que están más próximas al trono y al gobierno de Austria. Y estos propósitos corresponden enormemente al sueño común teutónico del *Drang nach Süden*, de la irrupción alemana por los indefensos Alpes italianos a la conquista de la llanura del Po. Quien conoce los Alpes tridentinos o los de Cadore o de otras regiones de Véneto y de Lombardía sabe bien cuán frecuente y cuán dentro también en las fronteras actuales del Reino los pioneros del pangermanismo afirman su presencia y sus ideales de prepotencia invasora con el lema con el que embadurnan todos los lugares donde llegan, *Mit Herz und Hand für Alpenland*: ¡Con el corazón y con el brazo por nuestros Alpes! Y este *Alpenland* se extiende hacia la llanura padana.

Las sociedades que hoy prodigan en Trentino el oro desnacionalizador, las que organizan el oasis del *Gardasee* tienen su centro de irradiación en Berlín. En Trento Alemania ya ha mandado sus oficiales del Estado Mayor. El afán con el que desea Trieste, baluarte de la gran línea de dominio alemán Hamburgo-Adriático es conocido. “El eterno bárbaro” nunca hartado de rapiña, seguirá inmutable hasta que no corten las garras y los rostros a las águilas de Austria y Alemania.

Lo quiere la patria, lo quiere la civilización.

Si Italia tiene viejos que recuerdan la tradición garibaldina, si tiene jóvenes que entre los deberes de la humanidad incluyen la ayuda a los hermanos y a la gente

oprimida, si tiene ciudadanos que sienten la amenaza perenne dirigida desde el norte hacia las tierras y hacia nuestro mar, hasta que sean libres para siempre los Alpes de Italia de las águilas austroalemanas, el verso de Carducci debe convertirse hoy en himno de la nación:

Por la sangre de los héroes, por los despedazados pechos
de los ancianos, por el dolor que se desprende
de las llagas de madres y niños,
¡guerra a los alemanes, inmensa eterna guerra
de forma que nadie vuelva a ver los patrios techos
y tumba para todos sea la tierra itálica!

Traducido por Juan Francisco Reyes Montero

Momentos de la guerra del '14-'18 en Trieste

Moments of the '14-'18 War in Trieste

Silvio Benco
(Trieste, 1874 – Turriaco, 1949)

Texto traducido y publicado el 30/01/2018

 Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Pocos literatos dejaron una huella tan honda en la actividad cultural de Trieste de la primera mitad de siglo como el escritor y periodista Silvio Benco (Trieste, 22 noviembre 1874 – Turriaco, 9 marzo 1949). Habitual en diarios de la ciudad juliana como *L'Indipendente* (donde trabó amistad con Italo Svevo, quien le pondría en contacto con el recién emigrado James Joyce) o *Il Piccolo* (donde comenzó a colaborar en 1903 y mucho más tarde dirigiría), estuvo entre los fundadores de la Associazione della Stampa Italiana a Trieste y del diario triestino *La Nazione*, del que fue su primer director. Candidato a la Accademia d'Italia, a la que no accedió ante la oposición de Mussolini, Silvio Benco fue, además de su ingente labor periodística y un conspicuo traductor (tradujo, entre muchos otros, a Goethe, Shakespeare, Tolstoi, Baudelaire y Poe, entre muchos otros), un atento observador de la realidad triestina en artículos y ensayos como *La corsa del tempo* (1922), *Trieste* (1932) o el póstumo *Trieste e il suo diritto all'Italia* (1952). Los siguientes fragmentos forman parte de los capítulos iniciales de su obra *Momenti della guerra del '14-'18 a Trieste*.

GUERRA NO ESPERADA. La preparación de una guerra, el período de tensión que poco a poco intoxica las relaciones internacionales, debería ser para una ciudad el pasaje graduado de la vida local a una vida de comunidades más amplias. En realidad, si Trieste se dejó arrastrar lentamente por el dramático embrollo de la intriga política que se cernía tras la tragedia de Sarajevo, es cierto que hasta el último momento ni mostró de forma completa su alejamiento de la vida ordinaria, ni la ciudad se abandonó a los acontecimientos hasta el punto de librarse del cerco de sus pequeños hechos cotidianos. Ya que los sucesos, a más grandes, tanto más parecen estar proyectados sobre una lejana pantalla.

Al igual que toda Europa, también Trieste sintió la sangrienta crisis de 1914 acercarse de un modo muchos menos estruendoso que las cruentas crisis de 1908-1909 y de 1912-1913. Entonces la preparación militar había sido palpable, había dejado heridas punzantes a su paso por el organismo nervioso de la ciudad. En 1908-1909 la movilización tácita, en pequeña escala, bajo la forma de complemento de tropas, había arrancado a los jóvenes y a los hombres de sus familias uno a uno; entonces los curiosos noctámbulos hablaron de cordones militares que vigilaban de noche los recintos del Punto Franco, donde se embarcaban para la Dalmacia regimientos llegados en trenes de forma misteriosa; alguno aseguraba haber oído, en algún cruce accidental de líneas telefónicas, conversaciones militares en torno a la expedición al sur de artillería pesada; y oficiales de todo tipo, de regimientos desconocidos, con distintivos de todos los colores, de fisonomía nórdica, bohemios o galicianos, habían pisado cada día el empedrado triestino antes de desaparecer hacia sus ignorados destinos. Se había escuchado la guerra, mientras no era guerra. Y así pasó en el otoño de 1912, cuando los Balcanes atacaron Tuquía, y así en el invierno siguiente, cuando el irritable Gobierno de Viena hizo bramar las armas ante la ocupación serbia de la costa albanesa o ante la ocupación montenegrina de Scutari. Ahora, por el contrario, cuando la guerra se nos echaba encima, se la creía lejana: faltaba esa preparación visible de la que ya en tres o cuatro ocasiones se había tenido experiencia. No se pensaba que la puesta a punto de las fuerzas durante las crisis

anteriores había sido, en realidad, el ensayo general de un trágico espectáculo y que un día se alzaría de repente el telón.

UN REY Y UN ARCHIDUQUE. Entonces el emperador Guillermo bajó al Adriático; iba a su habitual refugio oriental de Corfú; y, pasando por Venecia, donde había hablado con el rey de Italia, venía por primera vez a Trieste. Aquí le esperaba el archiduque Francisco Fernando en el castillo de Miramar. La Göben y la Breslau, que escoltaban al Emperador, intercambiaron saludos con la entera tropa austriaca alineada frente al castillo. Se anunció una visita de Guillermo a la ciudad; pero luego no tuvo lugar. Casi todo el día el Emperador estuvo dialogando con el Archiduque. Lo había visto recientemente y tenía que volverlo a ver al poco tiempo en medio a los rosales floridos de Konopischt. Entonces llevaría consigo también al jefe del Estado Mayor, al general Moltke, y al gran almirante Tirpitz, para admirar las rosas del Archiduque. En Miramar las rosas no estaban todavía en flor; sí las perfumadas lilas y el precoz cítiso en el árido litoral. Pero los pensamientos de los dos poderosos hombres debían estar puestos en otras cuestiones: alguien que los observó dialogando en la terraza del parque contó luego que hablaban acalorados y casi discutiendo. ¿Se preparaba ya entonces la gigantesca guerra a la que el inesperado asesinato del Archiduque mismo serviría poco después como el más inesperado pretexto? En verdad, estaba en la oscura conciencia de todos que algo muy grave se estaba preparando. Attilio Tamaro, con su verdaderamente singular clarividencia, declaró inminente la conflagración europea; ¡la fijó para la Pascua del año siguiente en la Trieste italiana! Saturada de una electricidad insoportable, Europa parecía no poder contener más su carga electrostática; dividida por problemas nacionales, Austria-Hungría parecía buscar refugio en la unidad de sus fuerzas militares e invocar su salvación mediante una guerra victoriosa. ¿Quién la empujaba a tal acción? Era opinión de la mayor parte de la gente que era el Archiduque quien lo hacía; y que Guillermo, como otras muchas veces en los últimos tiempos, evitaba precipitar los hechos. Esta opinión tuvo que modificarse luego. Surgió incluso la duda, tras la muerte del Archiduque y viendo cómo se habían abierto las compuertas de la guerra, que él mismo era ese dique y que, una vez desaparecido, todas las decisiones cedieron a la impetuosidad bélica de la maravillosamente preparada Alemania. Pero en aquellos días de primavera el Archiduque era considerado por todos como el mayor partidario de la guerra, mientras que el emperador Guillermo era el sabio guardián de una paz alimentada durante veinticinco años de reinado. Así se imaginaban la posición de los dos personajes quienes fantaseaban en torno a las acaloradas charlas de Miramar.

Trieste no le había sido mostrada al Kaiser más que desde mar adentro: barcos a vapor eslavos con banderas tricolores eslavas y vapores alquilados por alemanes y barcas de artillería alemanas con banderitas germánicas surcaban el mar por todas partes frente al castillo de los Habsburgo. La ciudad italiana había observado desde lejos, con sus gentes arremolinadas en la orilla, la gran escenografía naval de la partida del Emperador. Pasó el blanco Hohenzollern entre un encendido nimbo y en el fragor de los atronadores cañonazos de las dos alas de las naves; pasó la Göben, potentísima nave de heórica silueta; pasó la esbelta Breslau y se perdió la última entre los vapores de uno de los más suaves atardeceres que puedan darse en el mar. La naturaleza parecía cómplice de aquella ilusión de paz en la que el espectáculo de fuerza no podía pensarse más que como algo festivo.

SARAJEVO. Era una tarde clara y pálida de domingo cuando corrió por los cafés de la ciudad la noticia del Archiduque y de su mujer asesinados en Sarajevo...

Y SIN EMBARGO... Y sin embargo, la guerra ya estaba presente. La vieron, propagándose como una llama, los ojos más agudos que leyeron entre líneas la imperiosa nota de Austria-Hungría en Belgrado. La intuyeron en sus reflejos, inmediata e inevitablemente gigantesca. El tranquilo hogar de la paz fue sacudido aquella mañana del 24 de julio en que apareció el más infame documento de la historia. En el blanco y negro de los periódicos abiertos de par en par, los espíritus más despiertos vieron empalidecer el sol. Vieron venirse abajo montañas, abrirse precipicios, una generación perder su equilibrio y sumergirse en la corriente de un futuro incierto, nubes de humo, de polvo, de vapor gris campar por el horizonte, arrastrando todo lo que hasta aquel momento había conformado la visión del mundo. Pero la gente menos preparada, más lenta, no comprendió, no entendió que por el contrario aquel era un día fijado por el destino. La Bolsa, antes de que la cerraran a toda prisa, se había sostenido espasmódicamente. Solamente por la mañana, cuando los comentarios de los periódicos se multiplicaron, cuando quedó claro que en todos los países de Europa el pensamiento corría veloz hacia las armas, se empezó a notar la grave presión de ese aire cargado de ansiedad. Por la tarde –se acercaba el momento en el que Serbia debía contestar– el ritmo del trabajo se paró por primera vez, la fiebre de la espera impedía cualquier actividad cotidiana. Todos bajaron a la calle, escucharon en las mesitas de los cafés las sentencias proféticas de los políticos, corrieron nerviosos a los teléfonos, se metieron en las prohibidas cámaras de la Bolsa o se plantaron bajo la redacción de *Il Piccolo* con la nariz en alto.

A las cinco de la tarde se extendió entre la multitud el rumor de un telegrama del *Frankfurter Zeitung* que anunciaba que Serbia se plegaba a todos los deseos de Austria-Hungría. La *Neue Freie Press* lanzó este último rayo de esperanza a las Bolsas en agonía. Era la paz. Una hora más tarde una ansiosa voz desde Viena transmitía por teléfono a la redacción de *Il Piccolo* una sola palabra: ¡La guerra! El comunicado oficial despejó luego cualquier incertidumbre: la respuesta serbia es insuficiente, el ministro austro-húngaro Giesl parte para Belgrado, rotas las relaciones entre Austria y Serbia.

La chispa había encendido la mecha. Aquella noche misma la ciudad, que veinticuatro horas antes se mostraba interesadísima por los cambios de hotel del ingeniero Ulivi y discutía sobre si adornar o no los puestos ambulantes de los fruteros, se veía sorprendida por la orden real de movilización del ejército y de una parte de la leva, por la suspensión de las más importantes garantías constitucionales, por la intervención de los servicios telegráficos y telefónicos privados y por la aplicación de la censura a la prensa. Se estaban sentando las bases del férreo círculo del estado de guerra.

EL DÍA DESPUÉS. Pero de las mordazas impuestas a la prensa se hablará en otro capítulo. Ahora toca la crónica de la ciudad.

Después de la estrepitosa tarde del 25 de julio, vino la mañana del 26. ¡Qué cuadro tan distinto! Mañana de domingo; pero no festiva. De verano y de sol, pero rígida y helada. Las primeras mujeres que se encontraban por la calle tenían los ojos aterrorizados y enrojecidos por el llanto. Por las calles todo era un ir y venir presuroso de hombres, aislados autómatas que el destino arrastraba. Absortos en su turbio desconcierto caminaban mecánicamente con una especie de oscura concentración. Solo en las esquinas de las calles, en las aceras, algún grupito de gente leía ciertos grandes carteles amarillos e intercambiaban palabras tímidas y cautas: eran los bandos oficiales pegados la noche anterior que anunciaban la

movilización; el bando que pedía ir sus sedes a todos los que estaban obligados a prestar servicio activo; el bando que convocaba a la primera remesa de la leva forzosa, todos los hombres de hasta 37 años. En veinticuatro horas. ¿Quién había sido llamado? ¿Quién no lo había sido? Y corrían, casi empujados por la ilusión de su propia duda y al miedo a castigos desconocidos si llegaban demasiado tarde. Aquel correr de hombres solitarios, que esparcían por toda la ciudad el sentimiento de su horrorizada soledad, confluía, se engolfaba en las calles donde tenían sede las distintas oficinas militares. Toda la calle estaba bloqueada por un compacto grupo de hombres bajo el Consejo de Tenientes. En aquel grupo había centenares de hombres pálidos, de ojos lacrimosos, de ansiosos corazones, de corazones rotos. Una vez separados de los brazos de sus mujeres –la esposa, la amante, la madre–, los convocados ascendían la escalera fétida y oscura para escuchar su destino. Las mujeres permanecían inmóviles con las rodillas un tanto dobladas; solo los ojos suplicantes miraban hacia arriba. Espera de minutos, de cuartos de hora, de muchos cuartos de hora; al final, los hombres reaparecían con la voluntad de mantenerse erguidos sobre sus vacilantes piernas, con una sonrisa pálida o sin sonreír. Nada de palabras; abrazos y lágrimas; desesperación y consuelo. La mañana anterior llevaba la certeza de continuar la pobre vida tranquilamente, la mañana de hoy era toda incertidumbre: todo lo que ayer parecía indiferente y monótono parecía ahora felicidad perdida. El sabor del último pan les subía por la garganta con la amargura del llanto reprimido.

Esta intimidad con el dolor turbaba por momentos la ciudad, palpitante en el nimbo fantástico de las charlas sobre lo que acontecía. No se veían ya nada más que las poses heroicas de las oficinas en vela y la espectacular tragedia de los Gobiernos dispuestos a desplegar los pueblos como acumulación de fuerzas listas para el choque: se empezaba a ver la desgracia desencadenada por Austria con las múltiples caras de su tristeza: la separación de aquellos a quienes se amaba y la inmersión en la desconocida profundidad, y la viudedad, y la orfandad en la noche sin estrellas, y comercios encallados en las orillas, y fábricas oxidadas por la inoperancia (no se concebía todavía la industria de la guerra), y brazos enflaquecidos por la inactividad y la inanición, y la lúgubre inquietud lobesca de quienes no tenían trabajo y tenían hambre, y la pérdida imprevista de quienes hasta ayer tenían y creaban riqueza para sí mismos y para los demás. Ahora, aquel elemento económico del peligro de guerra, que pocos días atrás no se comprendía viendo las repentinas subidas y bajadas de la bolsa, aparecía entero, concreto, presente, con la pesimista unilateralidad del primer juicio en torno a las desastrosas consecuencias de la economía de guerra: de ahí el estado de ánimo de sorda hostilidad frente a la nueva aventura, ya irreparablemente puesta en el crisol de los sucesos.

EL TERCER DÍA. Sobre la ciudad, cogida por el cuello ante la inmediatez de la guerra, pesaba un cielo turbio henchido de enormes nubes violáceas que corrían agitándose en el horizonte y desatando truenos.

La tarde acabó con la caída de una llovizna melancólica. La policía a caballo vigilaba los alrededores del Consulado de Rusia para impedir altercados intempestivos de alborotadores; otros policías estaban de guardia en los muelles y visitaban los piróscafos para atrapar a los alistados que intentaran cruzar el mar. Despuntó un nuevo día: y fue distinto. Tenía que ser un día de trabajo, pero nadie trabajaba. La genta tenía en la cabeza a los hombres que partían, no el beneficio; tenían en la cabeza puesta en las noticias, no en los intereses. Las noticias no fueron buenas aquel día; se prometía que triunfarían los pasos dados por la paz anunciada

por Inglaterra; se prometía que tomaría cuerpo la mediación de Italia; los optimistas mordisqueaban el almibarado pastel que las autoridades ponían al alcance de los alistados: “la movilización no es todavía la guerra”.

MIENTRAS TANTO. Mientras tanto, la tragedia avanzaba. El 27 de julio hubo floridas esperanzas de paz; el 28, Austria-Hungría rompía con todo declarando la guerra a Serbia. La noticia se extendió por Trieste a última hora de la tarde. La ciudad, llena de gente que tenía en las manos *Il Piccolo della Sera* recién salido, parecía desierta: tan grande era el silencio, el aislamiento de cada uno en sí mismo, el abismo desencadenado al destaparse la mentira: “la movilización no es la guerra”. Mujeres y chavales, palidísimos, miraban con ojos inexpresivos el periódico como si les fuesen a faltar las fuerzas o estuviesen a punto de romper en llanto. Había madres que arrastraban por la calle a un hijo que caminaba aturdido, con los ojos en blanco, ajenas de repente a las telas elegantes que vestían y al frívolo gorrito ajustado en sus cabezas en ese momento de la última ilusión. La ciudad había perdido la vergüenza de su dolor; se lamentaba por las calles con aquellos miles de mujeres que habían visto a sus hombres partir hacia la muerte, sin pasión y sin motivo.

Una hora después, caída ya la noche, encendidas las luces, se precipitó sobre la ciudad abatida en el gris del crepúsculo la feroz avalancha de los alborotadores que marchaban con un par de estandartes amarillos y negros. Los empleados y trabajadores del Estado, los oficiales y sus familias, y los comerciantes alemanes, y muchos alemanes empleados en las casas comerciales y en los bancos, y una porción del pueblo bullicioso, aparecieron en la Plaza Grande, creando un gran tumulto, para quitarse los sombreros y gritar bajo las banderas de la Triple Alianza que colgaban de la fachada de la alemana Sociedad Schiller. La banda militar se puso a tocar solemnemente el himno del Imperio frente al edificio de la Comandancia. Luego los agitadores quisieron hacer una marcha y llamar a la ciudad al entusiasmo: pero no les siguió ni la gente oficial de la Plaza Grande, ni encontraron a ninguna otra gente que les siguiera, de modo que se vieron reducidos a un grupito solitario, se perdieron finalmente y se disolvieron en la noche.

Traducción de Juan Pérez Andrés

Leopardi, Eminescu e gli sguardi affini

Leopardi, Eminescu and the related looks

Giuseppe Manitta

Catania, Italia

giuseppemanitta@ilconvivio.org

Artículo recibido el 30/11/2017, aceptado el 15/27/2017 y publicado el 30/07/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RIASSUNTO: La critica si è occupata del confronto tra Leopardi ed Eminescu a partire dagli inizi del '900 con alterne prospettive. Il presente intervento dimostra, sulla scorta di comparazioni testuali, che è possibile rivalutare le affinità a partire dal raffronto con la filosofia di Schopenhauer e il concetto di pessimismo per giungere ad aspetti, finora poco studiati o insondati, come il tema della dolcezza della morte, il rapporto tra la “quiete” e la “tempesta”, le figure femminili, la malinconia, la cultura pastorale e, per concludere, il pensiero sulla civiltà e sull'identità nazionale.

Parole chiave: Giacomo Leopardi; Mihai Eminescu; Pessimismo; Identità nazionale

]

ABSTRACT: *Critical studies have focused on the comparison between Leopardi and Eminescu till the beginning of the '900 from different points of view. This paper shows, according to a textual comparison, that it is possible to reevaluate their affinity on the basis of the confrontation with Schopenhauer's philosophy and the concept of pessimism to achieve some aspects, until now not very studied and unfounded, such as the topic of death's sweetness, the relation between 'calm' and the 'tempest', female figures, melancholy, pastoralist culture and, in conclusion, the thinking about civilization and national identity.*

Keywords: *Giacomo Leopardi; Mihai Eminescu; Pessimism; National identity*

“Per necessità naturale e per situazione geopolitica vissuta, Eminescu ha fatto ciò che nel secolo successivo al suo e anche oggi si tenta di fare per convinzione e calcolo: una letteratura senza frontiere tra germanesimo e retaggio latino, tra oriente e occidente”. Con queste parole Mario Luzi (1990, p. 9) introduce la ‘grandezza’ dell’opera di Eminescu e la sua attività di precursore. Si tratta dello stralcio di un breve intervento pubblicato nel 1990 dal titolo *Omaggio a Eminescu* che non solo ci permette ancora oggi di cogliere la consistenza del poeta romeno, ma soprattutto dà occasione di esaminare quale ‘omaggio’ la letteratura italiana gli abbia rivolto. Non è questa la sede per indagare dettagliatamente tale rapporto, né tantomeno per vagliare la sua ricezione¹, eppure sin dalle prime pagine, anche occasionali, della critica e della pubblicistica, un aspetto, che in tutto il Novecento ha avuto una buona fortuna, si fa strada nell’analisi comparatistica, senza offrire, almeno nella prima metà del secolo scorso, risultati apprezzabili: il confronto con Leopardi. Fra le prime segnalazioni in Italia, alcune individuate da chi scrive, ritroviamo la recensione-saggio sulle *Poesie* tradotte da Ramiro Ortiz² che Giulio Bertoni pubblica su *La Stampa* di Torino (Bertoni, 1929). Si riporta di seguito una porzione del testo, che costituisce una delle più belle pagine di critica sull’opera emineschiana dei primi anni del ’900. In questo caso Bertoni tocca, sin da allora, alcune specificità che riguardano la traduzione del testo romeno in italiano, ma al contempo le questioni sostanziali di un autore che fa emergere il romanticismo, la dolcezza del dettato, il desiderio perenne che lo accompagna, le illusioni, l’anelare verso l’eterno, il magico, l’imponderabile.

Questo poeta, che si appella spesso alla fede, “la quale sola dipinge nelle chiese le icone e nell’anima fa fiorire fole meravigliose”, fu un solitario e un amaro pessimista. Si legge in uno dei suoi migliori componimenti (*Mortua est*): “Essere? Follia triste e vuota; l’orecchio ti smentisce e l’occhio t’inganna: ciò che un secol proclama, un altro lo nega. *Piuttosto che un sogno insipido, oh, meglio il nulla!*”. Nella bella poesia *Lucifero* (cioè: la stella del mattino) ci è descritto l’invito che una fanciulla “bella fra tutte, come la Vergine fra i santi e la luna fra le stelle” rivolge all’astro che annunzia col suo freddo bagliore il sorgere del giorno: “O dolce signore delle mie notti, vieni. Scendi se volando su di un raggio; penetra in casa e nel mio pensiero e illumina la vita”. E l’astro si tuffa nel mare e risorge sotto forma di un baldo giovane, pari a un Voivoda, coi capelli d’oro e con la faccia bianca e diafana, come fosse di cera. Bellissimo ed immortale. Ma la fanciulla vuole un essere che possa essere amato e che debba morire, come lei. L’astro chiede a Dio il dono della mortalità per un’ora d’amore. Impossibile, chi è nato immortale, tale rimarrà per sempre. Ma, infine, per chi vuol perdere Lucifero il privilegio della sua immortalità? Vana è la fede degli uomini. Rimiri egli la terra dalle altezze del cielo e vedrà la sua amata fra le braccia di un paggio e, allora, gioirà di sentirsi immortale e freddo nel suo mondo luminoso. Pessimismo amaro, che appare soltanto temperato da un’accorata malinconia, ma non mai addolcito, non mai dimenticato, come avviene nel Leopardi. C’è tutto Eminescu, si può dire, in poche strofe intitolate *Stella*. L’astro si è spento, ma il suo raggio percorre ancora gli spazi infiniti, ed, ecco, rifulge ora ai nostri occhi. “Viveva la stella quando non la si vedeva, oggi la vediamo ed è morta. Così quando l’amor nostro muore nella notte fonda, la luce della spenta passione ci accompagna ancora”. Sino alla morte. Eminescu,

¹ Per la ricezione in Italia mi sia lecito il rimando a Manitta (2017a); inoltre, sull’idea civile in Eminescu e in Leopardi, cfr. Manitta (2014, pp. 26-42).

² Cfr. Eminescu (1927). Lo stesso autore pubblicò anche una *Letteratura romena*: cfr. Ortiz (1941). Su Ramiro Ortiz, cfr. Renzi (2009).

internato in un manicomio, ebbe il cranio spaccato da un colpo di un pazzo [...] (Bertoni, 1929).

Questo articolo³, oltre ad essere importante per Eminescu, apre una parentesi sulla ricezione generale delle opere romene agli inizi del '900 (Manitta, 2017, pp. 9-33). Inoltre, bisogna notare che, nella discussione sui rapporti tra il poeta e Leopardi, Bertoni fu il primo a segnalare una differenza sostanziale, in un paragone spesso abusato e, al contempo, sottovalutato: il pessimismo leopardiano che spesso si addolcisce o si annienta, in Eminescu sarebbe più che presente e costante. Giulio Bertoni fu filologo e italianista all'Università di Roma dal 1928 al 1942. Per quanto riguarda la storia della critica eminescologica in Italia è noto in quanto nel 1940, sul primo numero della rivista *Archivium Romanicum*, pubblica un intervento in cui corregge gli errori biografici commessi nel profilo di Carlo Tagliavini (1923, pp. 745-801), tra questi anche l'aneddoto riguardante la morte avvenuta per mano di un pazzo che scagliò una pietra dal manicomio. Bertoni, indirettamente, corregge sia Ramiro Ortiz, che aveva riportato pedissequamente la medesima notizia, sia se stesso, in quanto, più da giornalista che da studioso-filologo, si era fatto affascinare dalla vicenda e l'aveva riportata nell'articolo prima citato.

Le affinità 'elettive' e tematiche che intercorrono tra Giacomo Leopardi e Mihai Eminescu sono state affrontate, se valutiamo un resoconto, dagli studiosi di lingua romena per tutto il corso del '900 e del secolo attuale (Cheie Pantea, 1999; Bratu Elian, 2003; Cimpoi 2006a e 2006b); invece, minore interesse ha ricevuto dai leopardisti italiani, nonostante i vari spunti che da una lettura comparativa possono venire (Manitta, 2009 e 2017b; e Ghidetti, 2010). Negli anni si è cercato di porre l'attenzione, alcune volte anche al di là di evidenze testuali, ai temi più svariati, a partire dalle coincidenze di una vita dal breve corso per giungere ad un sostanziale comune denominatore filosofico. Ruolo importante in questa 'mediazione' proviene proprio dal rapporto con Schopenhauer (Dumitrescu-Buşulenga, 1986; Cimpoi, 2012) e dalla teoresi del pessimismo (Tertulian, 1968). In Italia, per il Recanatese, tale comparazione ha una base sostanziale nella lezione di F. De Sanctis⁴, che ebbe una certa influenza anche in ambito europeo, e principalmente francese (Caro, 1878). Dall'altro lato, lo studio tra lo scrittore romeno e il filosofo tedesco ha impegnato una nutrita schiera di critici, sino ad un certo revisionismo negli ultimi anni (Rusu, 1966 e 1999).

Al di là dell'analisi dei mali storici e ontologici dell'uomo, alcuni orientamenti della critica leopardiana e di quella eminescologica hanno messo in dubbio l'intera categoria di pessimismo. Tuttavia, pur ammettendone la presenza, non si esclude l'esistenza della speranza e della felicità attraverso le illusioni, investendo il processo storico e civile, che si è progressivamente allontanato dall'antica età dell'oro. Con acribia, inusuale per i molti che hanno affrontato il confronto tra Eminescu e Leopardi evidenziando convergenze in modo esaltante, Smaranda Bratu Elian (2003, pp. 199-212) ha giustamente rilevato, qualche tempo addietro, come esistano anche

³ Per la prima volta questo testo, di cui si è offerto uno stralcio, viene segnalato in Manitta (2017, pp. 17-23).

⁴ De Sanctis notava quanto il negativo, in Leopardi, producesse un effetto contrario: "Leopardi produce l'effetto contrario a quello che si propone. Non crede al progresso, e te lo fa desiderare; non crede alla libertà, e te la fa amare. Chiama illusioni l'amore, la gloria, la virtù, e te ne accende in petto un desiderio inesausto" (De Sanctis, 1957, p. 184). A ciò aggiungeva che una certa 'vitalità' contraddistingueva l'opera del Recanatese fino alle ultime opere. Di tale vitalità fa parte l'amore per la patria.

delle differenze sostanziali e che una lettura non si può fondare solamente su preconcetti ormai consolidati. In primo luogo la studiosa segnala le differenze temporali, e conseguentemente storiche, vissute tra i due con una partecipazione pubblicitica molto attiva di Eminescu e, al contrario, un'attività solo letteraria per il Recanatese⁵. A questo si aggiunge una diversa esperienza dell'amore, più reale in Eminescu che in Leopardi, nonché un materialismo presente nel Recanatese e opposto all'idealismo emineschiano. Diversa sarebbe anche la concezione della natura, "matrigna" in Leopardi, così come la presenza dell'eros, importante in Eminescu e assente nell'italiano. Diverso anche il tipo femminile: più umile e contadinesco nell'opera romena, civile e urbana la scelta leopardiana. Se questo è vero, bisogna pur ammettere che la dimensione femminile nell'opera leopardiana non è propriamente civile e urbana (vedi la 'donzelletta' del *Sabato del villaggio*), ed eroticamente assente, come sembra asserire la Bratu Elian (2003, p. 208), ma più caratterizzata dalla poetica del vago e dell'indefinito che è propria dei *Canti*. Ancor più chiaro, se si considera che un atteggiamento 'erotico' in Leopardi si potrebbe individuare in relazione alla parola 'mirare', così come ha notato Giulio Ferroni (2008), e che il rapporto con le donne non sempre si configura vago ed indefinito, come ha studiato Raffaele Urraro (2008). Il terreno in cui ci si addentra è, dunque, abbastanza complesso, perché le stesse differenze, alle volte, se ben considerate sui testi, si dimostrano molto più vicine di quanto analizzato. Similmente, alle corrispondenze apparentemente esatte, in realtà soggiacciono diversità di opinioni e di riferimenti. Se dobbiamo parlare di differenze, un caso certo può essere fornito dal rapporto con l'Europa: Eminescu ha avuto un'esperienza biografica europea, basti ricordare la permanenza in Germania, invece Leopardi ne ha posseduto una conoscenza libresca, in quanto non uscì mai dai confini attuali dell'Italia.

Da un punto di vista filosofico e di superamento pessimistico, le illusioni o le speranze sono insite nel pensiero di ambedue. Eminescu, in *La speranza* ammette che essa "allevia il dolore" (1927: 15-17), e persino la morte, così come i marinari nella tempesta che, sperando in un tempo migliore, affrontano la fine senza disperazione: "Così i marinari che percorrono il mare / sballottati dai flutti, dalle tempeste, / dall'uragano gelido e ululante, / sperando, dimenticano il vento / e aspettano un tempo migliore // Così, morendo, i virtuosi non disperano [...]". È un'immagine che similmente in Leopardi ritroviamo ne *La quiete dopo la tempesta*. La tempesta è passata, e l'illusione solamente costituisce un antidoto. L'evento straordinario che travolge l'uomo non è positivo, ma in questa negatività, sia in Eminescu sia in Leopardi, si realizza l'autoinganno che permette di superare il dolore. La speranza consente, nel poeta romeno, che i marinai morendo non disperino e, nel poeta italiano, le illusioni producono il piacere, anche se figlio della tempesta (*La quiete*, v. 32). Il tema della morte, però, ha esiti diversi: per Eminescu rimane un elemento avverso alleviato solo dalla speranza, per Leopardi la prole dell'uomo è beata se muore, perché in quel momento si ha la fine del dolore stesso (*La quiete*, vv. 51-54)⁶. Tuttavia, la concezione della morte come alleviamento del

⁵ Il progetto di una rivista, prospettato da Leopardi, dal titolo *Lo spettatore fiorentino*, non fu mai realizzato. Di quest'argomento se ne occupano quattro studiosi nell'ampio contributo a più mani *Leopardi e l'Europa*: cfr. Baldassarri & Tamiozzo (2004).

⁶ Scrive Leopardi nel *Dialogo di Plotino e di Porfirio*: "Tuttavia la natura ci destinò per medicina di tutti i mali la morte: la quale da coloro che non molto usassero il discorso dell'intelletto, saria poco temuta; dagli altri desiderata. E sarebbe un conforto dolcissimo nella vita nostra, piena di tanti dolori, l'aspettazione e il pensiero del nostro fine" (Leopardi, 2008b, p. 548).

dolore è presente anche nello scrittore romeno. Difatti tutto *Un sol desiderio mi resta* è incentrato su questo tema, che è anche la lezione di alcune delle *Operette morali* di Leopardi. Difatti, nel *Dialogo di Federico Ruysch e delle sue mummie*, il Morto dice a Ruysch che essa è positiva “massime quando vi libera da patimento; poiché ben sai che la cessazione di qualunque dolore o disagio, è piacere per se medesima” (Leopardi, 2008b, p. 368). Il valore della morte e la sua dolcezza è anche il tema emineschiano di *Ode in metro antico* in cui, nella seconda strofe, la morte cagiona voluttà, come già espresso nel *Dialogo di Federico Ruysch*. Eminescu giunge sino a desiderarla in *Solamente un desire* (1990, p. 239): “Solamente un desire: / nel silenzio crepuscolare / che io possa morire / sul margine del mare [...]”.

A questo punto rientriamo in un tema altrettanto leopardiano: il suicidio. Il Recanatese diversifica quello degli antichi, visto come risultato di sventure individuali, a quello dei moderni, visto come conseguenza della noia. Ma la riflessione che più si avvicina al desiderio di morte di Eminescu si ritrova nelle pagine 2549-2555 dello *Zibaldone* in cui, ammettendo che il piacere non è mai presente nella vita dell'uomo e invece il dolore costante, è “preferibile e ‘ragionevole’ non vivere che vivere”. Un aspetto rilevabile in un'altra operetta leopardiana, il *Dialogo di Malambruno e Farfarello*, in cui si scrive che “il non vivere è sempre meglio del vivere”, o ancora in *Amore e morte*⁷. La fine dell'esistenza è concepita come unica salvezza alla sofferenza, per questo si invoca; ciò avviene anche nella lirica emineschiana *La preghiera di un daco*, nella quale il daco rivolgendosi al Creatore e ringraziandolo di tutto ciò che ha concesso chiede: “che m'accordi l'ingresso nell'eterno riposo!” (Eminescu, 1990: 132-135). Tra l'altro la supplica del daco, espressa nell'aspirazione di annientamento, collima con l'azione storico-politica (che conduce anch'essa all'annientamento) del *Bruto minore* di Leopardi (Braccesi, 1999)⁸.

Scriva Eminescu in *Solitudine* (1927, p. 29):

Ahimè quante volte ho deciso
d'appender la lira a un chiodo
e liberarmi dalla poesia
e dal deserto che ho nel cuore.

Ma grilli e sorci allora
col loro strisciar lento e minuscolo
riconducono a me la malinconia
ed essa si fa verso.

La malinconia nel pensiero leopardiano ha un ruolo altrettanto fondamentale. Al centro dello *Zibaldone*, difatti, interviene questa condizione esistenziale, per altro già ben studiata da Elio Gioanola (1995), che si connette alla noia e all'educazione che la causa. La noia, espressione del malinconico, a detta della Benvenuti (1998), è al margine tra inclinazione e malattia vera e propria, dimostrandosi persino ambigua; tra l'altro, questa ambiguità permette di accompagnare il sentimento leopardiano lungo

⁷ “Fratelli, a un tempo stesso, Amore e Morte / ingenerò la sorte. / Cose quaggiù sì belle / altre il mondo non ha, non han le stelle. / Nasce dall'uno il bene, / nasce il piacer maggiore / che per lo mar dell'essere si trova; / l'altra ogni gran dolore, / ogni gran male annulla”.

⁸ La rivalutazione storico-poetica di Bruto nella letteratura italiana avvenne già con Petrarca e, nel 1347, con Cola di Rienzo, personaggi che hanno in comune con Leopardi la consapevolezza che un valido esempio per la politica può venire solo dalla Roma repubblicana e non da quella *inclinatio imperii* che evidenziava Flavio Biondo.

il *topos* letterario (e classico) di tale inquietudine, come lo stesso Recanatese poteva leggere nelle definizioni dell'*Enciclopedia* di Diderot e nelle opere di Cabanis. Il senso della solitudine e della malinconia in Leopardi è legato all'immobilità, allo stare fermo. E, ritornando alla già citata *Solitudine* emineschiana, ritroviamo un'altra corrispondenza: lo scrittore romeno associa la solitudine e la malinconia alla medesima immobilità. Scrive Eminescu in *Solitudine*: "Colle tendine abbassate / seggo al mio favolino d'abete". Il poeta *siede* così come Leopardi in numerosi luoghi dei *Canti*⁹. La malinconia si presenta da un lato come desiderio dell'infinità e dall'altro come consapevolezza della vanità del tutto. In questo orizzonte di idee s'inserisce l'oscillazione leopardiana sulla solitudine, ora elogiata ora condannata, che trova motivi nell'ambito della rimeditazione dello stoicismo tardo. Stoicismo che, secondo Rosa Del Conte (1963, p. 104)¹⁰, sta alla base della *Preghiera di un daco* di Eminescu.

"La *meditatio mortis* – inoltre – non è più, com'era nell'antichità, e soprattutto tra gli stoici e gli epicurei, pratica volta a sconfiggere il timore della morte e a fortificare l'animo del saggio, bensì costrizione, ovvero portato necessario della malinconia che accompagna il sentire dell'uomo moderno. Per questo motivo, nella prospettiva leopardiana, il riaccendersi delle dispute sul suicidio risponde ad un'urgenza non solo personale, ma storico-epocale" (Benvenuti, 1998, p. 185). Su questa riflessione interviene Leopardi nel *Dialogo di Tristano e di un suo amico*, in cui la *libido moriendi* si trasforma in invidia dei morti, ormai al riparo della dialettica dell'interiorità e del dolore.

La medesima necessità come risultato di una contingenza malinconica, connessa alla vanità del tutto e alla sofferenza, nonché di una connotazione storica del suicidio è presente in Eminescu. Difatti, se consideriamo *Mortua est* (Eminescu, 1927, pp. 43-45, cit. 44), le affinità con certi atteggiamenti di Leopardi sono evidenti. Scrive Eminescu: "Ma forse... o cervello mio vuoto in preda all'uragano, / i pensieri miei cattivi soffocano i buoni... / Quando i soli si spengono e cadono le stelle, / son tentato di credere che tutto è il nulla". 'Nimic' (nulla) è un termine che compare anche nel *Luceafărul* in relazione alla divinità, in cui, come ha notato Marco Cugno (2007a; 2007b, pp. 139-158), l'epiteto 'nimic' assume una dimensione di 'nulla' che lo avvicina sia alla filosofia gnostica sia a Scoto Eriugena, che aveva identificato Dio con una Superessentia-Nulla¹¹, e per attinenze al Recanatese. Un nulla ontologico che Leopardi spiega nello *Zibaldone* con queste parole: "In somma il principio delle cose, e di Dio stesso, è il nulla. Giacchè nessuna cosa è assolutamente necessaria, cioè non v'è ragione assoluta perch'ella non possa non essere, o non essere in quel tal modo ec. E tutte le cose sono possibili, cioè non v'è ragione assoluta perchè una cosa qualunque, non possa essere, o essere in questo o quel modo ec. E non v'è divario alcuno assoluto fra tutte le possibilità, nè differenza assoluta fra tutte le bontà e perfezioni possibili. Vale a dire che un primo ed universale principio delle cose, o non esiste, nè mai fu, o se esiste o esistè, non lo possiamo in niun modo conoscere, non avendo noi nè potendo avere il menomo [1342] dato per giudicare delle cose avanti le cose, e conoscerle al di là del puro fatto reale" (Leopardi, 1997, p. 310)¹². Maggiore coincidenza tra quanto ha affermato Eminescu in *Mortua est* si ha con lo *Zibaldone* a pagina 85 del manoscritto: "Io era spaventato nel trovarmi in mezzo al nulla, un nulla io medesimo. Io mi sentiva come soffocare considerando e sentendo che tutto è

⁹ Nei *Canti* il lemma 'sedere' si ritrova 23 volte e spesso in associazione al sentimento della malinconia (cfr. Savoca, 1994, pp. 200-201).

¹⁰ Cfr. Del Conte (1963) e Cimpoi (2006b, p. 48).

¹¹ Utile approfondimento della tematica si ritrova in Cifor (2002).

¹² Tutte le citazioni verranno fatte da questa edizione.

nulla, solido nulla”. In *Mortua est* non è presente solo il tema leopardiano, ma si condivide con *A Silvia* la dedica a una fanciulla scomparsa, il valore pronominale e l’incalzante interrogazione (Mattesini, 1990).

Tra i temi affrontati sinora si è visto che una lettura comparativa può certamente fornire delle connessioni testuali insondate. Si è collegato, in tal senso, il sentimento malinconico anche alla tensione storica, ma al di là di questo accenno la concezione politico-civile o, per lo meno, l’idea di una entità nazionale caratterizza sia Leopardi sia Eminescu, con dei tratti comuni senza tralasciare le dovute differenze. Il senso politico e patriottico dell’opera di Eminescu ha interessato la critica novecentesca su più fronti piegandolo, spesso, ad una ideologia ben determinata (Manitta, 2017a, pp. 23-24). Ciò è avvenuto anche per Leopardi sebbene, per ovvie ragioni, ha avuto dei caratteri di portata diversa. Difatti, la visione politica leopardiana, al di là delle strumentalizzazioni di un Paolo Volponi che definì Leopardi padre della Patria nel suo discorso al Senato della Repubblica il 6 novembre 1984 (o le più antiche considerazioni di Gioberti), ha avuto un ampio margine di interesse presso i critici marxisti a partire dalla metà del Novecento che hanno in primo luogo determinato una classificazione del pensiero leopardiano *in toto*, propugnando anche quell’idea di socialismo della *Ginestra* in cui si aspira all’unità dell’uomo per ostacolare la natura matrigna.

Ritornando al contributo già citato di Smaranda Bratu Elian, tra le varie differenze sostenute vi è la concezione politica: “Una differenza essenziale tra i due appare anche nel modo diverso in cui concepiscono la ricordata età dell’oro, cioè nell’utopia politica di ciascuno: per Leopardi tale stato dell’umanità è o una nebulosa civiltà classica, greco-romana, o, più tardi, la finzione di una società illuministica perfetta, senza frontiere, dove regna la pace e che è animata da una generica fratellanza della specie contro il comune nemico rappresentato dalla natura. In Eminescu, polemista politico accanito nella sua attività giornalistica, lo stato ideale sarebbe, al contrario, una specie di tribù primitiva, gelosamente chiusa in sé e regolata da tradizioni ancestrali e dal ritmo cosmico; è l’ordinamento perfetto realizzato solo in natura, nella società delle api o delle formiche, mentre, a livello umano, il modello più vicino a queste civiltà è la civiltà pastorale romena (Bot, 2001). Come nelle ballate popolari nostrane, anche nei poemi fiabeschi di Eminescu, il monarca è una sorta di imperatore contadino che vive da contadino e che è rispettato coralmente per la sua saggezza ancestrale. Per salvaguardare l’integrità e l’immobilismo di una tale società, per Eminescu si può giustificare o esaltare persino la guerra” (Bratu Elian, 2003, pp. 208-209). Un primo cenno bisogna fare sulla mancanza presunta di ‘esaltare o giustificare la guerra’ in Leopardi. Essa è presente nell’agonismo che pervade *All’Italia*, nell’esortazione prorompente alla patria affinché prenda le armi: “L’armi, qua l’armi: io solo / Combatterò, procomberò sol io. / Dammi, o ciel, che sia foco / Agl’italici petti il sangue mio” (vv. 37-40). Quanto scrive la Bratu Elian è, dunque, ‘relativamente’ vero, in quanto la concezione politica leopardiana non si basa esclusivamente sui temi da lei indicati, ovvero l’età ‘nebulosa’ degli antichi e la fratellanza della *Ginestra*, ma ruolo fondamentale ha la figurazione dei primitivi e dei pastori, più vicini alla natura. Se consideriamo questi due elementi, dunque, il nesso tra Leopardi ed Eminescu che, *a priori*, sembrava non essere suffragato, invece è quanto mai fondato. La prospettiva antropologica interviene nei temi in modo sostanziale, nelle discussioni sulla civiltà, sul selvaggio e sul primitivo, dal senso di dolore a quello di piacere, manifestandosi come elemento della dialettica bene-male che sussiste alla totalità del pensiero (Gaiardoni, 2010). L’idea di Eminescu sulla società natural-pastorale si lega alla rappresentazione del primitivo in Leopardi, il quale faceva a sua volta una differenza con il selvaggio: “Il selvaggio ha carattere, nomina le

cosa, ha un'informe organizzazione di vita: è insomma in qualche modo sempre più suscettibile di giudizio... Il primitivo, invece, è innanzitutto un'idea, un paradigma di confronto sempre positivo, che cioè non subisce nel corso degli anni nessuna degradazione e corruzione di significato... Il primitivo, infatti, è sempre estraneo al tempo scandito dalla Storia, perdendo, a causa di questa sua non appartenenza, la possibilità di identificarsi con qualsiasi altro simile” (Balzano, 2008, pp. 49-50). Accertata la presenza del primitivo quale stato di vicinanza alla natura, che si potrebbe allacciare alla figura pastorale di Eminescu, bisogna anche vagliare l'idealità del pastore. Costui, al di là delle attestazioni giovanili (Favaro, 2005), ha un ruolo non indifferente nel *Canto notturno di un pastore errante dell'Asia* con una connotazione antropologica ben chiara, perché attua un dialogo-soliloquio con la luna e può farlo in quanto “espressione di una cultura antica e... vicina alle origini dell'uomo” (Scrivano, 2004, p. 440). C'è un ulteriore aspetto che anche la recente critica leopardiana tende ad ignorare. L'affezione, al pari della poetica emineschiana, per la gente, per le fasce popolari, che non solo sono presenti nell'opera letteraria (pastore, zappatore, donzetta, la vecchierella ecc.) ma anche nella critica alla nobiltà parassita, i cui giovani sono corrotti, e dalla cui corruzione e inattività bisogna escludere “i negozianti, gli agricoltori, gli artigiani, e in breve gli operai, perché infatti la strage del mal costume non si manifesta che nelle classi disoccupate” (1997, p. 131). Ammesse tali contingenze, una differenza di questa *traslatio imperii* del pastore consiste nella rappresentazione storica di Eminescu, ben determinata nel tempo e nella tradizione romena, alla quale si oppone il riferimento leopardiano a-storicizzato, mitico, idillico e filosofico.

In questa lettura, un ruolo ha anche il vagheggiamento della letteratura antica, l'espressione della sua naturalezza come avvicinamento alla natura. In Leopardi ritroviamo tale tematica nelle cosiddette canzoni civili, appunto, sia in più luoghi dello *Zibaldone*. In Eminescu ciò avviene nella poesia *Epigonii*, in cui si elogia l'opera degli antichi, come si evince dalla lettera a Jacob Negruzzi (1870) in cui il poeta romeno offre una auto-analisi dei propri versi: “Se, negli *Epigonii*, ella leggerà gli elogi per poeti quali Bolliac, Mureșan... quelli non riguardano i pregi interni dei loro scritti, bensì quella commovente ingenuità, sincera e ignara di sé, con cui essi lavoravano” (Roman, 1984, p. 10). Eminescu, dunque, al di là di un giudizio estetico, elogia la naturalezza degli antichi. Intendo ‘antichi’ in senso lato e non in senso cronologico. Perché per Eminescu, nonostante Bolliac e Mureșan non abbiano una distanza temporale sostenuta rispetto alla propria vicenda biografica, quelli sono considerati i propri predecessori alla stregua del giudizio di Leopardi verso gli antichi poeti greci, latini e italiani. Lo stesso Liviu Rusu (1999) ha evidenziato il carattere politico di amore nei confronti della patria, in relazione alla visione ideale della letteratura e a un certo carattere visionario presente in *Epigonii*. Leopardi, nello *Zibaldone*, giunge a dire che i moderni non hanno letteratura se non come innesto di quella antica (Leopardi, 1997, pp. 1174-75), perché i poeti antichi erano riusciti a cogliere il bello naturale, unendo da una parte *physis* e *poiesis*, dall'altra parte la grazia. Ma il perfezionamento della civiltà è sia all'origine della violenza sia all'origine della caduta del poetico. L'arte (qui per Antonio Prete si coglie un punto focale della critica di Leopardi ai moderni) è il conseguimento dell'effetto naturale, e quindi un avvicinamento alla natura stessa, senza l'ausilio dell'artificio (Prete, 2004, pp. 98 ss.).

Le posizioni leopardiane sulla politica non furono sempre univoche, come è ovvio per un autore che dice e contraddice, né ebbero una sistematica trattazione

(Russo, 1999). La sua valutazione è intimamente connessa alla ricerca della felicità¹³, come emerge già dalla giovanile *Orazione per la liberazione del Piceno*. E proprio l'idea politica di Leopardi, intrisa di considerazioni sul mondo contemporaneo, ribalterebbe la definizione del Vieusseux che lo additò come eremita dell'Appennino. Nell'asistemica trattazione, dunque, punto fermo rimane il fine della politica, che deve essere rivolta al bene del cittadino, e la critica dell'amor proprio, che caratterizza la società a discapito di una conciliazione tra libertà individuale e viver civico. In questa riflessione s'inserisce l'*anti-tirannia* leopardiana e la valutazione positiva dell'antico, stanti alla consapevolezza che per l'uomo non ci può essere felicità, cioè non si può uscire dalla tirannia in quanto l'egoismo porta il singolo all'interesse personale, anche se "l'inefficacia della politica di fronte all'invincibilità del male non esclude l'uomo, e quindi la politica stessa, da una possibile reazione, considerata però soltanto a scopo di difesa" (Russo, 1999, p. 35). Cardine è, inoltre, la connessione tra costume sociale e governo, in cui il primo è specchio del secondo. Nonostante tutto, gli interventi di Leopardi intorno alla politica non sono occasionali e marginali, ma si collegano ai grandi temi dell'uomo e si dividono in tre fasi di pensiero (secondo Russo). La prima coincide con il periodo recanatese e con le canzoni patriottiche, legate ad una spiccata xenofobia: "La contrarietà – scrive Russo – di Leopardi all'occupazione da parte dello straniero si fonda sull'esigenza, da lui vivamente avvertita, di un rinnovamento civile e morale di un popolo come quello italiano, di una sua compattezza e solidità di fronte alle vicende storico-sociali e politiche dell'Europa" (ivi, p. 70). Questa tensione non rimane interiorizzata, ma viene avvertita anche dai lettori ottocenteschi; non a caso, oltre alle prime due canzoni patriottiche (*All'Italia e Sopra il monumento di Dante*), fu proibita la circolazione all'interno dell'impero asburgico della stessa *Ad Angelo Mai, quand'ebbe trovato i libri di Cicerone della Repubblica*, come si legge nelle *Corrispondenze ufficiali e relazioni segrete della polizia austriaca in Italia dal 1814 al 1848*. Il pensiero del poeta è diviso tra passione civile e morale, ma allo stesso tempo manifesta delusione per lo stato presente, sfociando nella consapevolezza che, per prima cosa, l'Italia deve liberarsi dalla tirannia, senza avere come modello la Francia rivoluzionaria, frutto di filosofia e calcolo razionalistico. La seconda fase, che conduce ad una posizione pessimista dominata dal tragico riso, si definisce negli anni che vanno dal 1820 al 1821, durante i quali Leopardi è ancora un poeta civile, ma cambia l'animo e inevitabilmente il modulo di espressione. In questa seconda fase emerge il pensiero sulla *società stretta* e sulla *società larga* presente nel *Discorso sopra lo stato presente del costume degli italiani*, datato nel 1824, e nei luoghi zibaldoniani del 1823: "La società, insomma, sebbene viziata e deviata, 'stretta', deve riportare l'uomo precisamente a quei principi dai quali ci si è allontanati, alla natura, favorendo una più autentica, 'larga', condizione di esistenza, però senza un ritorno indietro nel tempo" (ivi, p. 94). Una reazione allo *status quo* si ha anche nei *Paralipomeni*: da un lato la distanza, l'assenza, il sentirsi incompreso e abbandonato nella propria attività, dall'altro la ripresa dell'azione in cui "il poeta si rianima dalla desolazione mortificante; si mette contro corrente colpendo uomini e opinioni", soprattutto quelle di coloro che sono imperturbabilmente felici. I *Paralipomeni* "rappresentano la vita in continuo dissidio tra coloro 'che possono' per mansioni di governo, e quelli 'che non possono' per condizioni disagiate e carenza di forza, o anche di intelletto" (ivi, p. 128). Inoltre, le linee tematiche di quest'opera, molteplici e variegiate, trattano anche della cultura quale monopolio dei nobili, della crudeltà del vincitore sul vinto, della sovranità che (a

¹³ Si badi bene che la felicità storica è anche un tema emineschiano come si può leggere in *Geniu pustiu* (Eminescu, 2000).

differenza di quanto accade) spetterebbe al popolo, del sovrano che dovrebbe essere re del popolo e non dello Stato. Infine, nella terza fase, la teoria politica sfocia nell'idea sociale della *Ginestra*: "L'azione comunque intesa, – continua Russo – sia come desiderio di attività sia come maniera per dimenticare il male presente, segna l'origine di un'azione anche di tipo politico-sociale, in quanto tende, col seguire le buone leggi naturali, a evitare il peggioramento dell'esistenza causato dagli uomini allontanatisi dalla loro origine; un'alienazione chiaramente intuita, una sfasatura avvertita in tutta la sua drammaticità: la Natura nasconde un errore e l'uomo, che è parte della natura, a sua volta è segno seppur materialmente dell'errore, del male" (ivi, p. 144). Il pensiero politico di Leopardi si inserisce, così, non solo nella storia del pensiero italiano, ma anche in un ideale dialogo con la filosofia greca e la riflessione della tragedia greca, di cui il Recanatese prende la sostanziale suddivisione tra perfetto, raggiungibile e idealmente migliore, nella consapevolezza che esista un valore della differenza che pone l'uomo in contrasto con gli altri e in una tensione insuperabile (Luporini, 1998).

Visti i temi generali e le posizioni critiche più recenti, si può continuare sull'allineamento e disamina di alcuni temi comuni. Il legame con la patria corrisponde al sentimento di attaccamento alla terra natia e, in particolare, al luogo in cui si è nati, il cui distaccamento causa nostalgia. È lo stesso sentimento che anima una poesia emineschiana, dal titolo *Dall'estero*, e alcune epistole leopardiane riguardanti il suo allontanamento da Recanati.

Scrivono Eminescu in *Dall'estero* (1927, p. 6):

Vorrei veder adesso la nativa mia valletta
bagnata nel cristallo del ruscelletto argenteo
veder ciò che sì forte amavo un tempo
la tenebra del bosco, poetico labirinto;

Il rapporto tra il borgo e la poesia, evidenziato dal passo citato, è simile al concetto leopardiano de *Le Ricordanze*, in cui l'autore ritornato nel luogo dell'infanzia riconosce le stelle che anni addietro gli avevano originato immagini e illusioni. Il rapporto tra Leopardi e Recanati, tuttavia, non è sempre idilliaco. Difatti, scendendo a un piano biografico, il Recanatese cercò di fuggire di casa nel luglio del 1819, tentativo non riuscito, spinto dal desiderio di uscirne fuori le mura. Ruolo non indifferente ebbe Pietro Giordani, suo interlocutore epistolare e sul cui carteggio Monaldo, il padre di Giacomo, istituì una meditata censura. Ma il rapporto ambivalente con Recanati è più emergente se si considerano le successive delusioni. L'esperienza romana del 1823 è, difatti, inappagante. Tale periodo, come ricorda Lucio Felici (2006, pp. 111-140), mostra una particolare sofferenza per l'allontanamento, ma anche per il rapporto con la società intellettuale della capitale pontificia, nonostante la presenza amicale di Carlo Antici¹⁴. È altrettanto famosa l'espressione leopardiana confessata alla sorella Paolina da Bologna, in cui si ammette che, nonostante non ami stare a Recanati, al di fuori non è capace di sognare: "Io non sogno di te, perché tu sai che fuori di Recanati io non sogno mai (cosa che mi fa meraviglia, però verissima); ma penso a te vegliando e ti amo, se è possibile, ogni giorno di più" (*A sua sorella Paolina, a Recanati*. Bologna, 1 marzo 1826) (Leopardi, 2008a, pp. 185-186)¹⁵.

¹⁴ Sulla figura di Antici cfr. Pestelli (2009). In particolare si sofferma, nell'ultimo capitolo del volume, sul rapporto con Giacomo Leopardi, evidenziando l'interesse con il quale seguì gli studi del nipote, capace di infondere paterni consigli.

¹⁵ Cfr. sull'*Epistolario* Geddes da Filicaia (2006).

La critica alla società e l'odio per gli stranieri, motivato dalla presenza di una dominazione in patria, sono ulteriori convergenze. Leopardi, difatti, era consapevole che l'Italia non fosse neppure una nazione: "L'Italia [...] pur troppo, a differenza della Germania, non è neppure una nazione, né una patria" (1997, p. 2065). A ciò si aggiunge una corruzione e corruzione dei costumi nelle monarchie, ma anche nelle costituenti repubbliche¹⁶. Il Recanatese sottolineava che le civiltà antiche avevano una *società larga*, in cui preponderante era l'amor proprio, invece quelle moderne hanno *società stretta* in cui si è cercato di indirizzare l'amor proprio al bene comune e all'amor patrio. L'uomo moderno, però, ha perso le illusioni, la verità delle cose, i valori etici e l'amore per la patria si è quasi estinto (Leopardi, 1998, p. 52). I residui di questi si possono trovare ancora nelle nazioni più progredite dell'Europa, ma non in Italia. I suoi abitanti, anche se privi di una cultura filosofica, sono più filosofi degli altri, in quanto avvertono la nullità della vita che si dimostra nel loro scetticismo e, di conseguenza, nella dissoluzione della società. Inoltre gli italiani hanno disistima verso se stessi, ed espressione di ciò è il fatto che ridano di qualunque cosa¹⁷. Allo stesso tempo, se consideriamo le pagine zibaldoniane, Leopardi è cosciente che lo spirito di una nazione si costituisca anche sull'odio verso gli stranieri (1997, pp. 892).

Per qual ragione l'amore universale sia un sogno, non mai realizzabile, risulta dalle cose dette in questo discorso, e l'ho esposto già in altri pensieri. Ora non potendo il vivente senza cessar di vivere, spogliarsi né dell'amor proprio, né dell'odio verso altrui, resta che queste passioni prendano un aspetto, quanto si può migliore; resta che l'amor proprio dilati quanto più può il suo oggetto [...] e che l'odio verso altrui si allontani quanto più si può, cioè scelga uno scopo lontano. Questo avviene per la prima parte, quando l'individuo trova una comunione e medesimezza d'interesse con quelli che lo circondano; e per la seconda, quando egli non trova la principale opposizione a questo interesse se non ne' lontani. Ecco dunque l'amor patrio, e l'odio degli stranieri. E per tutte queste ragioni, io dico, che stante l'amor proprio, e l'odio naturale dell'uomo verso altrui, passioni che lo rendono per natura indisposto alla società, una società non può sussistere veramente, cioè essere effettivamente ordinata al suo scopo ch'è il ben comune di tutta lei, se le dette passioni non prendono il detto aspetto; cioè; la società non può sussistere senz'amor patrio, ed odio degli stranieri...

L'avversione alle dominazioni è chiara in Leopardi che esprime giudizi contro i francesi e contro il tradimento di Napoleone nel *Discorso di un italiano intorno alla poesia romantica* (1979, p. 94), per poi ribadirla nel 1823 evidenziando la mancanza di un carattere nazionale, il cui riflesso immediato è l'assenza di una letteratura moderna vera e propria (1997, pp. 3855-3856). Il giudizio di Eminescu sugli stranieri è altrettanto significativo, ma si colora di un astio più veemente, tanto che in *Doina* si scaglia contro i conquistatori ungheresi, che letteralmente succhiano il sangue della nazione e distruggono la fecondità dei campi. Il popolo, di conseguenza, è ridotto ad una condizione assurda: quella di essere straniero nel proprio stesso paese. Tuttavia, caratteri simili si possono individuare nella prosa dei due scrittori, difatti dai passi dello *Zibaldone* e dal *Discorso* si può notare come l'aspetto xenofobo si associ alla critica dei propri connazionali incapaci di creare una patria. Se Leopardi accusava gli

¹⁶ Cfr. le varie posizioni presenti in Leopardi (1998).

¹⁷ "Gl'italiani ridono della vita: ne ridono assai più, e con più verità e persuasione intima di disprezzo e freddezza che non fa niun'altra nazione. Questo è ben naturale, perché la vita per loro val meno assai che per gli altri, e perché egli è certo che i caratteri più vivaci e caldi di natura, come è quello degl'Italiani, diventano i più freddi e apatici quando sono combattuti da circostanze superiori alle loro forze. Così negl'individui, così è nelle nazioni" (ivi, pp. 65 ss.).

italiani di deridere ogni cosa e di non difendere il proprio individualismo, per Eminescu il popolo romeno è altrettanto colpevole di amare ciò che è straniero. Scrive in *Geniu pustiu* (2000, p. 222)¹⁸:

La nostra gente – dico – è di un cosmopolitismo asciutto, amaro, scettico, ma c'è di più: ha la bella abitudine di amare tutto ciò che è straniero, e di odiare ciò che è romeno. Abbiamo rotto col passato, sia come lingua, sia come idee, sia per quanto riguarda il modo di parlare e di pensare, perché altrimenti non potremmo mai passare agli occhi dell'Europa per una nazione civile.

In questo confronto, non deve sorprendere la congenialità di *Geniu pustiu* con alcuni giudizi espressi nello *Zibaldone*; difatti, alla pagina 842 del manoscritto, Leopardi lamenta che gli italiani sono più favorevoli ad imitare le 'cose straniere' piuttosto che amare le proprie. Inoltre, con uno spirito patriottico simile a quello emineschiano, nota che se l'Italia tornasse ad essere una nazione diverrebbe invincibile (1997, p. 1026). Il 25 marzo 1827, inoltre, conferma che nel passato gli italiani avevano orgoglio nazionale, a differenza dell'epoca attuale in cui manca non solo il citato orgoglio, ma riescono a sopportare il disprezzo che hanno i francesi verso di loro (ivi, pp. 4261-4263). Anche Eminescu continua gli attacchi contro i suoi compatrioti, evidenziando l'odio che essi stessi hanno della propria identità, maggiore addirittura rispetto a quello degli stranieri per la Romania. L'imperativo di *Geniu pustiu* è di far nascere e acuire lo spirito nazionale finché l'ideale di 'romenità' superi quello di umanità, genialità e bellezza.

Gli ungheresi erano divenuti insopportabili. Perché impiccassero o fucilassero qualcuno era sufficiente che avessero un sospetto – e spesso neppure quello. La morte era diventata condizione normale dell'uomo, la vita quella anormale. Gli ungheresi devastavano i villaggi romeni, atrocemente: uccidevano senza pietà donne e bambini; sembravano superare chiunque in crudeltà e orride azioni. Era quindi naturale che i romeni, animati di vendetta, chiedessero occhio per occhio, dente per dente. Gli ungheresi non facevano una rivoluzione ma del banditismo, una sorta di truffa legittimata e facile, visto che era diretta contro una nazione avvilita come quella dei romeni (Eminescu, 2000, p. 303).

Una medesima denuncia Leopardi fa in *Sopra il monumento di Dante*. L'oppressione dello straniero si sottolinea nella violenza contro le donne, difatti gli italiani sono costretti a vedere la propria moglie in braccio al soldato straniero: "Beato te [...] Che non vedesti in braccio / L'itala moglie a barbaro soldato". L'afflato di *Sopra il monumento* prende in esame il fato 'acerbo', preannunciando la via della perdita delle illusioni che accomuna la storia d'Italia a quella delle civiltà.

Confrontando pedissequamente *Quai voti io fo per te, o dolce Romania?* di Eminescu e *All'Italia* di Leopardi si denota più chiaramente ciò che finora si è espresso. La prima invocazione è la gloria passata. Difatti, nel primo distico di Eminescu, con ritmo incalzante, si presenta una domanda retorica: "Quali voti io fo per te, o dolce Romania, / o patria mia di gloria, o patria mia d'amor?". Successivamente il poeta aggiunge un'apostrofe, auspicando che al passato così glorioso possa corrispondere il futuro. Un medesimo approccio invocativo troviamo nei primi versi di *All'Italia*, in cui si denuncia la mancanza di gloria italiana e l'odio per gli stranieri, quell'odio che nella lirica emineschiana non trova menzione, ma che invece è presente nei passi prosastici che sono stati citati in precedenza. La sottomissione rende l'Italia schiava, così come schiava era la Romania agli occhi di Eminescu. Difatti, Leopardi rappresenta la nazione come donna diventata un'ancella,

¹⁸ Ancora importante sulla prosa emineschiana è Simion (1964).

una serva, senza ‘lauro’ (gloria) e ‘ferro’ (forza militare). La figurazione femminile della patria, come luogo della tradizione letteraria, rientra anche nella descrizione di Eminescu che definisce la sua Romania sposa, giovinetta o madre amorosa. Il valore simbolico delle due rappresentazioni è, però, diverso. Le condizioni emineschiane ci paiono più generiche e sono orientate ad una figura femminile piena di grazia e dall’aspetto materno, non soggette al degrado. In Leopardi, invece, la differenza tra donna formosa (v. 10) e la povera ancella (v. 24) consiste nel deterioramento della condizione. *All’Italia*, però, ribadisce il senso patriottico di *Geniu pustiū* nel riferimento al tradimento: ambedue i popoli, per i poeti, hanno tradito la propria patria. Un ulteriore aspetto di comunanza è costituito dal vagheggiamento per il passato. Eminescu costruisce su questo tema l’incipit di *Quai voti io fo per te, o dolce Romania?*, invece Leopardi ne fa un’apostrofe a partire dal v. 60.

Il titanismo e la ribellione, il giudizio sugli stranieri e sull’oppressione trovano una *pars construens* nell’esortazione.

Amor d’Italia, o cari,
 Amor di questa misera vi sproni,
 Ver cui pietade è morta
 In ogni petto omai, perciò che amari
 Giorni dopo il seren dato n’ha il cielo.
 Spirti v’aggiunga e vostra opra coroni
 Misericordia, o figli,
 E duolo e sdegno di cotanto affanno
 Onde bagna costei le guance e il velo

G. Leopardi, *Sopra il monumento di Dante*, vv. 35-43 (Leopardi, 2014, pp. 92-93).

Così scrive Eminescu, *Quai voti io fo per te, o dolce Romania?* (1927, pp. 8-9, vv. 27-32):

Che i tuoi figli vivan sempre d’accordo
 come le stelle della notte, come i raggi dell’aurora,
 e poi eterna vita, gloria, e giorni lieti,
 armi di buona tempra, animo rumeno,
 sogni d’eroismo, splendore, potenza,
 dolce Romania, questo io ti vo’ impetrar.

In Eminescu, la tensione civile è costante. La critica leopardiana, soprattutto quella dell’Ottocento, aveva invece visto la distruzione dei sogni politici italiani nell’ultimo Leopardi, ovvero nei *Paralipomeni della Batracomiomachia* (Gioberti, 1847: 484), opera che presenta lo scontro tra i liberali (topi) e le rane (i patteggiatori del papa e i legittimisti). In questa lotta compaiono anche gli austro-ungarici, quegli ungheresi tanto odiati da Eminescu, che vengono definiti “birri... / d’Europa e boia” (II, 37). Leopardi ripropone i temi giovanili dell’orgoglio italiano, dell’esaltazione degli antichi e denuncia le azioni che avevano vanificato la costruzione dell’Italia, sebbene non chiarifichi una propria idea di nazione e un ‘sistema’ politico prescelto.

Con questi riferimenti non si vuole sottolineare che l’aspetto civile, patriottico, agonistico sia l’unica lettura che si possa offrire per Leopardi e per Eminescu. Ammettendo ciò, si giustificherebbero le deformanti letture avviate a partire dai risorgimenti, italiano e romeno, e continuate nel ’900. Tuttavia, i temi civili sono presenti e rientrano in una prospettiva di pensiero, come si è visto, più complessa e generale.

Riferimenti bibliografici:

- Baldassari, G., & Tamiozzo, S. (curr.). (2002). *Letteratura italiana, letterature europee. Atti del Congresso Nazionale dell'ADI (Associazione degli Italianisti Italiani), Padova - Venezia, 18-21 settembre 2002*. Roma: Bulzoni.
- Balzano, M. (2008). *I confini del sole. Leopardi e il Nuovo Mondo*. Venezia: Marsilio.
- Benvenuti, G. (1998). *Il disinganno del cuore. Giacomo Leopardi tra malinconia e stoicismo*. Roma: Bulzoni.
- Bertoni, G. (7 maggio 1929). Scrittori romeni. *La Stampa*.
- Bot, I. (2001). *Mihai Eminescu, poet național român. Istoria și anatomia unui mit cultural*. Cluj-Napoca: Editura Dacia.
- Braccesi, L. (1999). Leopardi, Bruto e l'inclinatio imperii. In M. A. Rigoni (cur.), *Leopardi e l'età romantica* (pp. 159-171). Venezia: Marsilio.
- Bratu Elian, S. (2003). Leopardi ed Eminescu: estraneità e sodalizio. In A. Folin (cur.), *Hospes. Il volto dello straniero da Leopardi a Jabès* (pp. 199-212). Venezia: Marsilio.
- Caro, E. (1878). *Le Pessimisme au XIXe siècle: Léopardi, Schopenhauer, Hartmann*. Parigi: Librairie Hachette et Cie.
- Cheie Pantea, I. (1999). Leopardi ed Eminescu sulla condizione tragica. In S. Bratu Elian (cur.), *Giacomo Leopardi e la sua presenza nelle culture est-europee* (pp. 119-124). Bucarest: Editura Fundatiei Culturale Române.
- Cifor, L. (2002). Reflexe ale teologiei apofatice în poezia eminesciană. *Studii de slavistică*, X, 105-117.
- Cimpoi, M. (2006a). *Leopardi*. Bucarest: Ideea Europeană.
- (2006b). Eminescu și Leopardi. *Metaliteratură*, VI(1), 3-14.
- (2012). *Dicționar Enciclopedic*. Chișinău: Gunivas.
- Cugno, M. (2007a). *Mihai Eminescu: nel laboratorio di 'Lucaefărul'. Studio e testi*. Alessandria: Edizioni dell'Orso.
- (2007b). Nel laboratorio di 'Lucaefărul': lettura della 'quinta sequenza' (vv. 257-340). *Philologica Jassyensia*, III(1), 139-158.
- Del Conte, R. (1963) *Eminescu o dell'Assoluto*. Modena: Mucchi.
- De Sanctis, F. (1957). *Schopenhauer e Leopardi*. In Id., *Saggi critici* (pp. 417-467). Bari: Laterza.
- Dumitrescu-Buşulenga, Z. (1986). *Eminescu și romantismul german*. Bucarest: Editura Eminescu.
- Eminescu, M. (1927). *Poesie* (R. Ortiz, cur.). Firenze: Sansoni.
- (1990). La preghiera di un daco. In M. Mincu & S. Albisani (curr.), *Eminescu e il romanticismo europeo* (pp. 132-135). Roma: Bulzoni.
- (2000). *La mia ombra e altri racconti*. Milano: Rizzoli.
- Favaro, F. (2005). "Quei figurati armenti": suggestioni pastorali nel giovane Leopardi. *Crocevia*, I(1), 67-105.

- Felici, L. (2006). *La luna nel cortile. Capitoli leopardiani*. Soveria Mannelli: Rubbettino.
- Ferroni, G. (2008). “Sedendo e mirando”: lo sguardo dei “Canti”. In E. Carini & F. Foglia (curr.), *La dimensione teatrale in Giacomo Leopardi* (pp. 295-311). Firenze: Olschki
- Gaiardoni, G. (cur.). (2010). *La prospettiva antropologica nel pensiero e nella poesia di Giacomo Leopardi, Atti del XII convegno Internazionale del Centro Nazionale di Studi Leopardiani*. Firenze: Olschki.
- Geddes da Filicaia, C. (2006). *Fuori di Recanati io non sogno. Temi e percorsi di Leopardi epistolografo*. Firenze: Le Lettere.
- Ghidetti, E. (2010). *Bibliografia leopardiana*. Firenze: Società Editrice Fiorentina.
- Gioanola, E. (1995). *Leopardi, la malinconia*. Milano: Jaca Book.
- Gioberti, V. (1847). *Il gesuita moderno*. Losanna: Bonamici.
- Leopardi, G. (1979). *Discorso di un italiano intorno alla poesia romantica*. Bellinzona: Casagrande.
- (1997). *Zibaldone*. Roma: Newton Compton.
 - (1998). *Discorso sopra lo stato presente del costume degl’italiani*. Milano: Rizzoli.
 - (2008a). *Lettere da Bologna*. Bologna: Bononia University Press.
 - (2008b). *Operette morali*. Milano: Rizzoli.
 - (2014). *Canti*. (A. Campana, cur.). Roma: Carocci.
- Luporini, C. (1998). *Decifrare Leopardi*. Napoli: Macchiaroli.
- Luzi, M. (1990). Omaggio a Eminescu. In M. Mincu & S. Albisani (curr.), *Eminescu e il romanticismo europeo* (pp. 9-10). Roma: Bulzoni.
- Manitta, G. (2009). *Giacomo Leopardi. Percorsi critici e bibliografici (1998-2003)*. Castiglione di Sicilia: Il Convivio.
- (2014). Eminescu, Leopardi e l’identità nazionale. *Viața Basarabiei*, 4, 26-42.
 - (2017a). *Mihai Eminescu e la «letteratura italiana»*. Castiglione di Sicilia: Il Convivio.
 - (2017b). *Giacomo Leopardi. Percorsi critici e bibliografici (2004-2008). Con appendice 2009-2012*. Castiglione di Sicilia: Il Convivio.
- Mattesini, S. (1990). Eminescu e Leopardi. In Mincu, M. & S. Albisani (curr.), *Eminescu e il romanticismo europeo* (pp. 165-182). Roma: Bulzoni.
- Mincu, M., & Albisani, S. (curr.). (1990). *Eminescu e il romanticismo europeo*. Roma: Bulzoni.
- Ortiz, R. (1941). *Letteratura romena*. Roma: Signorelli.
- Pestelli, C. (2009). *Carlo Antici e l’ideologia della restaurazione in Italia*. Firenze: Firenze University Press.
- Prete, A. (2004). *Il deserto e il fiore. Leggendo Leopardi*. Roma: Donzelli.

- Renzi, L. (2009). Ramiro Ortiz tra Italia e Romania. In A. Andreose, A. Barbieri & D. O. Cepraga (curr.), *Le piccole strutture. Linguistica, poetica, letteratura* (pp. 529-536). Bologna: Il Mulino.
- Roman, A. (1984). Il tema dell'epigono in Eminescu e nei tardo-romantici italiani. *Europa orientalis*, 3, 10-15.
- Russo, F. (1999). *Leopardi politico o della felicità impossibile*. Roma: Bulzoni.
- Rusu, L. (1966). *Eminescu și Schopenhauer, avec résumé en français*. Bucarest: Editura pentru Literatură.
- (1999). Antischopenhauerianismul lui Eminescu. In AA. VV., *Eminescu-pe mine mie redă-mă. Contribuții istorico-literare între anii 1940-1999* (pp. 338-356). Chișinău-Bucarest: Editura Litera-Editura David.
- Savoca, G. (1994). *Concordanza dei 'Canti' di Giacomo Leopardi*. Firenze: Olschki.
- Scrivano, R. (2004). Canto notturno di un pastore errante dell'Asia. In A. Maglione (cur.), *Lectura leopardiana* (pp. 423-449). Venezia: Marsilio.
- Simion, E. (1964). *Proza lui Eminescu*. Bucarest: Editura Pentru Literatura.
- Tagliavini, C. (1923). Michele Eminescu. In AA.VV., *Studi sulla Romania* (pp. 745-801). Roma: Istituto per l'Europa Orientale.
- Tertulian, N. (1968). Pesimismul eminescian și pesimismul schopenhauerian. In Id., *Eseuri* (pp. 235-270). Bucarest: Editura pentru Literatură.
- Urraro, R. (2008). *Giacomo Leopardi. Le donne, gli amori*. Firenze: Olschki.

Scritture al femminile. Natalia Ginzburg

Woman's writings. Natalia Ginzburg

Marcella Di Franco

Italia

info@zibaldone.es

Artículo recibido el 13/12/2017, aceptado el 15/01/2018 y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RIASSUNTO: Natalia Ginzburg è stata tra le più sensibili narratrici del Novecento letterario italiano. Per la profonda umanità e spiccata moralità, non può non essere ricordata a poco più di cento anni dalla sua nascita. Vicina agli ambienti colti degli intellettuali antifascisti, la sua produzione fu varia e spaziò dalla narrativa, alla saggistica, al teatro. Ma il suo romanzo più noto resta senz'altro *Lessico familiare*, in cui rievoca la vita quotidiana della propria famiglia attraverso lo 'speciale' codice linguistico dei suoi componenti. Lacerazioni affettive e distacchi dolorosi percorrono anche il suo ultimo libro-inchiesta, *Serena Cruz o la vera giustizia*, pubblicato nel 1990, un anno prima della sua scomparsa.

Parole chiave: Natalia Ginzburg; Memoria; Lessico; Famiglia; Guerra

]

ABSTRACT: *Natalia Ginzburg was one of the most sensitive narrators of the 20th century Italian literature. For her profound humanity and strong morality, she must be remembered just over a hundred years after her birth. Close to the groups of anti-fascist intellectuals, her production varied and ranged from narrative, to essay, to theatre. But her most famous novel still remains Family Lexicon where she recounts her family's daily laundering through the 'special' linguistic code of its members. Afflictive lacerations and painful detachments also go through her latest book-inquiry, Serena Cruz, or True Justice, published in 1990, a year before she died.*

Keywords: *Natalia Ginzburg; Memory; Family; War*

IL DIFFICILE ESORDIO. Natalia Ginzburg è stata tra le più sensibili narratrici del Novecento letterario italiano. Per la sua profonda umanità e spiccata moralità, non può non essere ricordata a poco più di un secolo dalla sua nascita a Palermo, il 14 luglio del 1916. La sua produzione fu varia e spaziò dalla narrativa, alla saggistica, al teatro. Levi, il cognome del padre Giuseppe, eminente professore universitario di anatomia comparata e istologia, rivela l'origine ebraica della sua famiglia. Trasferitasi presto a Torino, la sua prima formazione culturale fu da autodidatta, in parte affidata alla madre Lidia Tanzi, colta e raffinata, vicina agli ideali socialisti di Filippo Turati nonché ad Anna Kuliscioff che in quegli anni lottava attivamente per l'emancipazione femminile. Le donne, tra la fine dell'800 e gli inizi del '900, ebbero quasi tutte in comune un corso di studi non regolare, spesso privato e non istituzionalizzato. Solo successivamente Natalia Levi poté accedere agli studi liceali classici e alla facoltà di Lettere il cui percorso non portò a termine con la laurea. Giovannissima iniziò a frequentare gli ambienti colti degli intellettuali antifascisti dove conobbe Leone Ginzburg, docente universitario, studioso e traduttore di letteratura russa, fondatore, insieme a Carlo Rosselli, del movimento antifascista *Giustizia e libertà*, di cui assunse il cognome dopo il matrimonio. Insieme con i tre figli, seguì il marito nel confino in Abruzzo. Leone Ginzburg morì nel 1944 nel carcere romano di Regina Coeli, per le torture subite dai fascisti. Dopo un periodo di profonda prostrazione riprese a collaborare alacremente con la casa editrice Einaudi di cui Leone Ginzburg era stato socio fondatore con Giulio Einaudi e dove lavorava anche Cesare Pavese, amico di famiglia. Nel 1950 si risposò con Gabriele Baldini, anglista, soggiornando per qualche tempo in Inghilterra. Tradusse dal francese Gustave Flaubert, Guy de Maupassant e *La strada di Swann* di Marcel Proust, lesse anche Cechov di cui apprezzava le storie che iniziavano senza preamboli, *in medias res*, andando dritte al cuore delle cose. Esordì a soli 17 anni con un racconto *I bambini*, pubblicato sulla rivista *Solaria* di Firenze. Seguirono altri racconti nei quali si delineò progressivamente la sua poetica. Strinse rapporti d'amicizia con Benedetto Croce, autore del manifesto degli intellettuali antifascisti. Tra gli altri suoi amici il pittore Carlo Levi e illustri scrittori: Italo Calvino, Elio Vittorini, Elsa Morante.

Natalia Ginzburg, come lei stessa affermava in una *Nota ai Cinque romanzi brevi* del 1964, desiderava “scrivere come un uomo” nel senso che era sua ferma intenzione restare lontana dai languori e dai sentimentalismi, ritenuti tipici della letteratura al femminile dell'epoca, o piuttosto raggiungere un certo distacco ironico ed emotivo dalle sue storie abilmente intrecciate. Questa posizione fu solo transitoria e venne abbandonata nell'età matura, senz'altro condizionata dalla necessità di vedere riconosciuto seriamente il proprio impegno intellettuale sottraendosi a quelle forme di discriminazione maschilista, allora molto diffuse nei confronti delle scrittrici italiane. In una lettera del 31 gennaio 1946 scriveva infatti a Silvio Micheli, autore del celebre romanzo neorealistico *Pane nero*: “[...] I libri non ha importanza chi li scrive, se gli uomini o le donne. Purché ci sia qualcuno che li scriva” (cit. in Garboli, 1999, p. 112).

TRA REALISMO E MEMORIA. La descrizione della quotidianità, l'intimismo domestico, il vissuto privato e autobiografico, sia pure aperti ad istanze universali e molto lontani dai modelli culturali della reboante retorica del regime fascista, intrisa di ipocrisia, connotano lo stile delle sue prime opere e di quello che resta senz'altro il suo romanzo memoriale più noto, *Lessico familiare*, con il quale vinse il premio Strega nel 1963. Nell'*incipit* del libro, l'autrice puntualizzava:

Questa difatti non è la mia storia, ma piuttosto, pur con vuoti e lacune, la storia della mia famiglia. Devo aggiungere che, nel corso della mia infanzia e adolescenza, mi proponevo sempre di scrivere un libro che raccontasse delle persone che vivevano, allora, intorno a me. Questo è, in parte, quel libro: ma solo in parte, perché la memoria è labile, e perché i libri tratti dalla realtà non sono spesso che esili barlumi e schegge di quanto abbiamo visto e udito (Ginzburg, 1963, p. 18).

La storia è ambientata nella Torino degli anni Trenta-Quaranta, città che le sarà sempre cara e che ricorderà con affettuosa nostalgia anche nei romanzi successivi. Attraverso la comunicazione linguistica, le espressioni tipiche, i gesti, le parole, le frasi usate con più frequenza dai membri della sua famiglia, ricostruisce fin nei minimi dettagli il loro vissuto quotidiano componendo un mosaico di eventi minuti.

Basta una parola, una frase: una di quelle frasi antiche, sentite e ripetute infinite volte, nel tempo della nostra infanzia [...] per ritrovare a un tratto i nostri antichi rapporti, e la nostra infanzia e giovinezza, legata indissolubilmente a quelle frasi a quelle parole. [...] Quelle frasi sono il nostro latino, il vocabolario dei nostri giorni andati, sono come i geroglifici degli egiziani o degli assiro-babilonesi, la testimonianza d'un nucleo vitale che ha cessato di esistere, ma che sopravvive nei suoi testi, salvati dalla furia delle acque, dalla corrosione del tempo. Quelle frasi sono il fondamento della nostra unità familiare, che sussisterà finché saremo al mondo, ricreandosi e risuscitando nei punti più diversi della terra (Ginzburg, 1963, p. 21).

Natalia, ultima di cinque figli, ripercorre le vicende, in bilico tra la gioia e il dolore, le abitudini quotidiane e quelle 'piccole virtù', cioè i valori e i sentimenti semplici ma autentici e profondi della propria famiglia, ritratta come in un quadro che lascia i fatti storici relegati sullo sfondo, senza indagarli, con una funzione di semplice cornice esterna. In una prospettiva rovesciata, la storia privata e personale viene pertanto chiamata alla ribalta del palcoscenico narrativo lasciando ai margini la Storia ufficiale. Sia l'infanzia che la giovinezza si dipanano lungo il filo della memoria, il motivo che più caratterizzò la sua attività letteraria, forse l'unico espediente possibile per evitare la censura fascista che non permetteva di manifestare liberamente il proprio pensiero.

La Ginzburg osserva da una prospettiva ravvicinata i personaggi descritti sia nei particolari esteriori e fisici sia sotto l'aspetto umano e caratteriale e riesce a catturare, con la sua arte sapiente, anche le loro più sottili sfumature psicologiche. La narrazione è in prima persona, non segue un ordine cronologico, associa le idee liberamente, in un apparente 'disordine' narrativo. Gli avvenimenti, anche i più consueti, si sviluppano lungo un costante asse autobiografico e procedono secondo un andamento cronachistico. Il registro è unilinguistico, riproduce il linguaggio abituale o gergale, le movenze di quel 'lessico familiare' appunto che rimanda al titolo e che determina un rassicurante senso di appartenenza ad una 'cerchia protetta': la famiglia e la casa che rappresentano un mondo a parte, avulso dalla contingenza storica. La scrittura della Ginzburg è sempre venata di tristezza e di affettuosa ironia, è essenziale, disadorna, mutuata dalla scuola dei narratori americani e molto lontana dal Neorealismo dominante in Italia rispetto al quale preferì filtrare la storia e la cronaca attraverso la memoria e l'introspezione psicologica. La cifra stilistica è minimalista, dimessa, quasi 'crepuscolare', semplice e lineare, paratattica, con accostamento di singole frasi coordinate. Lei stessa dichiara di volere utilizzare il

“minor numero possibile di parole” forse perché fin da piccola le dicevano sempre di tacere. In una lettera a Silvio Micheli infatti ammetteva: “Io non scrivo con facilità. [...] io sono avara di parole e di frasi, e ho paura che lo sarò sempre. [...]. Io mi controllo sempre, ho sempre paura di dire cose noiose o futili” (Ginzburg, 1999, p. 65).

Il linguaggio è chiaro e scorrevole, di gradevole lettura, affettuosamente ironico e sottilmente umoristico. Utilizza molto il tempo imperfetto il cui aspetto incompiuto dilata la durata dei ricordi.

Nessuna sovrapposizione filosofica attraversa le trame di vita descritte e svolte con una consequenzialità che sembra appartenere alle cose più che alle decisioni delle persone, il senso vago di un'angoscia sottile esce dalla semplice enunciazione dei fatti, da un'attenta enumerazione dei nessi da cui, di istante in istante, sgorga ineluttabilmente la vita fino alle sue inevitabili conclusioni (Manacorda, 1972, p. 366).

La dimensione suggerita è intima e domestica, anche quando i personaggi sono gli illustri intellettuali antifascisti dell'ambiente torinese di quegli anni tormentati: i fratelli Rosselli, il padre, il tradizionale capofamiglia, autoritario, realistico, energico, uomo burbero solo in apparenza, pronto ad accogliere gli Ebrei fuggiti dalla Germania, la madre mite e accondiscendente, per certi aspetti fanciullesca, il marito, idealista e combattivo, e il suo caro amico, Cesare Pavese, scontroso, introverso, poco incline alle illusioni e agli entusiasmi facili.

Ma il tempo fugace con il suo logorio sgretolante e soprattutto il ventennio fascista, spazzò via gli affetti più cari della scrittrice. La morte dei suoi parenti e amici fu accettata con composta dignità, con un senso di rassegnata fatalità, ma il calore di quella famiglia distrutta torna 'magicamente' a rivivere attraverso la catena dei ricordi nostalgici, recuperati ad uno ad uno, trasferiti sulla pagina vergata, tra vivide immagini e lacerti di frasi e parole, uniche ed eterne, sottratte alla deriva del tempo che tutto corrode, divora e distrugge senza pietà. Il romanzo recupera in ultima analisi quel 'tempo perduto' di matrice proustiana.

IL BINOMIO VITA VS. MORTE. Un tema molto ricorrente è la morte, osservata con un senso doloroso, a metà tra la pietà e la rassegnazione, per lo più legata agli eventi della sua vita, quali la scomparsa delle persone amate, tra cui il marito, morto tragicamente nella solitudine del carcere, il 5 febbraio del 1944, il quale in quella che fu la sua ultima lettera, già presago del suo destino, le scriveva:

[...] Ogni volta spero che non sia l'ultima lettera che ti scrivo, prima della partenza o in genere [...]. La mia aspirazione è che tu normalizzi, appena ti sia possibile la tua esistenza; che tu lavori e scriva e sia utile agli altri. [...] Attraverso la creazione artistica ti libererai delle troppe lacrime che ti fanno groppo dentro; attraverso l'attività sociale, qualunque essa sia, rimarrai vicina al mondo delle altre persone, per il quale io ti ero così spesso l'unico ponte di passaggio (Manacorda, 1979, p. 448).

Ma l'autrice, interiormente svuotata dalla morte di Leone Ginzburg, smise di scrivere per qualche anno:

Davanti all'orrore della sua morte solitaria, davanti alle angosce [...] io mi chiedo se questo è accaduto a noi, a noi che compravamo gli aranci da Girò e andavamo a passeggio nella neve. Allora io avevo fede in un avvenire facile

e lieto, ricco di desideri appagati [...]. Ma era quello il tempo migliore della mia vita e solo adesso che m'è sfuggito per sempre, adesso lo so (Ginzburg, 1962, p. 25).

La morte è sentita non solo come conclusione tragica o naturale dell'esistenza, ma a volte come scelta o espressione estrema di libertà dell'individuo, come nel caso del suicidio di Cesare Pavese, avvenuto in una squallida camera d'albergo, il quale viene ricordato dalla Ginzburg, non solo come scrittore, ma soprattutto come amico, nella raccolta di prose *Le piccole virtù* del 1962.

Era qualche volta, molto triste: ma noi pensammo, per lungo tempo, che sarebbe guarito di quella tristezza, quando si fosse deciso a diventare adulto: perché ci pareva, la sua, una tristezza come di ragazzo, la malinconia voluttuosa e svagata del ragazzo che ancora non ha toccato la terra e si muove nel mondo arido e solitario dei sogni (Ginzburg, 1962, p. 50).

Il motivo è ripreso anche in relazione ai personaggi di molte altre sue opere narrative dove però la morte è osservata a distanza, con distacco emotivo nella sua realtà oggettiva.

[...] quando si diventa più adulti, ha meno importanza lo stato d'animo rispetto alla scrittura nel senso che si hanno a un certo punto della vita tante perdite che un sottofondo di infelicità c'è sempre. E perciò influisce meno (Ginzburg, 1962, p. 109).

La Ginzburg d'altra parte non ha credenze escatologiche: i morti scompaiono insieme ai ricordi, i ricordi svaniscono gradualmente, i vivi pur continuando a soffrire, pian piano si distaccano da loro e riprendono il percorso della loro vita dal punto in cui si erano arenati.

È quanto accade nel romanzo *La strada che va in città* pubblicato nel 1942 con lo pseudonimo di Alessandra Tornimparte per sfuggire alla censura razziale, in cui la protagonista, Delia, perde il marito Ninì. Al dolore per la sua morte si intreccia parallelamente l'amore per il bambino messo al mondo in ospedale mentre l'uomo, dopo gli stenti di una vita di miseria, muore di polmonite: “[...] il dolore ed il rimorso provato nei riguardi della morte di Ninì, scompaiono subito. Perché è morto quello che doveva, per destino, e chi è rimasto in vita dovrebbe godere della bellezza della vita” (Ginzburg, 1942).

Nel romanzo breve successivo *È stato così* (1947) descrive un matrimonio in crisi, naufragato senza una plausibile spiegazione. La protagonista analizza in prima persona la realtà usuale della vita nella sua mediocrità e monotonia, è attenta all'introspezione psicologica, suscita un clima di latente tensione che sfocia nel drammatico epilogo. Il libro, scritto in un momento di sofferenza, è dedicato al marito di cui la scrittrice cercò inutilmente di seguire i suggerimenti di una scrittura utile ed eticamente impegnata: “Scrisi questo racconto per essere un po' meno infelice. Sbagliavo. Non dobbiamo mai cercare nello scrivere, una consolazione [...]. Se c'è una cosa sicura è che è necessario scrivere senza nessuno scopo” (Ginzburg, 1947, p. 15).

In *Valentino* del 1957, si delinea un complesso e tragico intreccio familiare che svela difficili rapporti umani, morali e sentimentali. Il protagonista, Valentino, perde il padre, morto da solo in casa. A poca distanza di tempo si ammala e muore anche la madre. Valentino e la moglie Maddalena vivono con Caterina, sorella di Valentino,

la quale si fida con un uomo, Kit, amico di Maddalena, che aveva avuto in precedenza una segreta relazione omosessuale con Valentino. Kit che, nel fidanzamento con Caterina aveva sperato di uscire dalla sua ambigua condizione, disperato si toglie la vita, mentre Caterina sperimenta una duplice sofferenza sia per la morte di Kit che per la scoperta della verità sul fratello Valentino.

Anche in altri romanzi si approfondiscono storie di vite difficili di donne sole come in *La madre* (1948), uno dei racconti più toccanti e dolorosi che abbia scritto la Ginzburg, in cui la protagonista sfugge a una vita di patimenti e lacrime intrecciando una relazione con Max, un uomo con il quale vive una breve parentesi di felicità, ma dal quale viene da ultimo abbandonata. Per non trascinare più la sua vita nella sofferenza la donna si avvelena in una camera d'albergo lasciando soli al mondo i suoi due bambini. Questi ultimi, poco a poco, dimenticheranno anche i lineamenti del viso della madre, non la sentiranno più piangere di notte, interrompendo il loro sonno nel letto dove dormivano insieme, perché altre persone subentreranno nel prendersi cura di loro.

La svolta fu però segnata dal romanzo storico *Tutti i nostri ieri* (1952), che narra, per la prima volta in terza persona, le difficili vicende di una famiglia negli anni compresi fra le due guerre, dall'avvento del Fascismo alla Resistenza. Lo stile ripiega in una dimensione quotidiana e privata, la scrittura risulta sempre misurata e razionale, in apparenza spoglia. Il tono è lamentoso: "una lagna", lo definiva affettuosamente Pavese. È l'unico romanzo in cui figura un personaggio maschile positivo e idealista: il Cenzo Rena che, per salvare un contadino, si fa fucilare dai tedeschi.

In *Sagittario* (1957), invece, affiorano vicende di ragazze irrequiete e ambiziose che tentano invano di sottrarsi al grigiore della loro vita quotidiana: da Barbara, uccisa dal marito, a Giulia, morta di parto. La conclusione tragica compenetra tutto il racconto della Ginzburg in uno stile fattosi ancora più maturo al punto da rinunciare "[...] al monotono andamento paratattico di un tempo, il suo mondo tragico e amaro, soccorso appena dalla comprensione e dalla pietà" (Bàrberi Squarotti, 1978, p. 311).

Sulla stessa linea si inserisce il romanzo *Le voci della sera* (1961), in cui la voce narrante è quella della protagonista, Elsa, una ragazza che vive in un piccolo paese vicino ad una Torino evocata nostalgicamente, evidenziando la noia e il nulla di un flusso esistenziale privo di scopo. Anche qui, dai rapidi scambi di battute e dai dialoghi dei personaggi, riaffiora il tema della morte intrecciato alla guerra.

Nella raccolta di note saggistiche *Le piccole virtù* del 1962, ovvero le piccole cose, gli eventi minimi, i dettagli minuti e in apparenza insignificanti, frammenti di esistenza rivissuti attraverso la regressione nel ricordo, l'autrice distingue tra le false e le vere virtù rivelando un animo femminile acuto e intuitivo. Ormai a decenni di distanza dalla seconda guerra mondiale, il linguaggio è mutato, diventa sempre più asciutto, scarno e lapidario per aderire all'essenza più autentica e vera delle cose: "È forse questo l'unico bene che ci è venuto dalla guerra. Non mentire e non tollerare che ci mentano gli altri" (Ginzburg, 1962, p. 30).

La Ginzburg torna a soffermarsi sull'orribile esperienza della guerra che ha reso totalmente diversi ed opposti i modi di affrontare la vita dei vecchi e dei giovani che l'hanno vissuta. Gli uni possono ricordare un mondo passato sicuro, stabile, in cui ognuno poteva tranquillamente pensare al proprio futuro. Gli altri, dopo che hanno conosciuto la guerra con le sue paure, i suoi orrori ed i suoi traumi, proprio negli anni della giovinezza, in cui avrebbero dovuto credere alla bellezza della vita, non riescono più a convincersi che tutto sia davvero finito. Il loro animo resta

lacerato, sconvolto da un'oscura inquietudine. Prima del conflitto gli uomini, come gli animali, avevano un posto in cui sentirsi al sicuro, un rifugio ma, dopo la guerra, hanno compreso che quelle certezze erano effimere, del tutto relative e ormai distrutte. La vecchia generazione riesce ancora, come un tempo, ad aggrapparsi ai miti della propria infanzia: la casa, la famiglia e il lavoro. La nuova non riesce a fare altrettanto perché ha appreso dalla guerra che la vita è dura, aspra e va affrontata senza illusioni:

[...] C'è stata la guerra e la gente ha visto crollare tante case e adesso non si sente più sicura nella sua casa com'era quieta e sicura una volta. C'è qualcosa di cui non si guarisce e passeranno gli anni ma non guariremo mai. [...]. Mi pare sempre che un giorno o l'altro dovremo di nuovo alzarci di notte e scappare, e lasciare tutto dietro di noi, stanze quiete e lettere e ricordi e indumenti. [...] Una volta sofferta l'esperienza del male non si dimentica più (Ginzburg, 1962, p. 37).

Dopo una pausa di molti anni uscì nel 1973 *Caro Michele*, un romanzo epistolare che pone al centro l'incomunicabilità tra una madre, separata dal marito che vive una condizione difficile, e il figlio ribelle che frequenta gli ambienti del terrorismo e vive lontano dai suoi familiari. Il padre muore con il desiderio inappagato di vedere il figlio per l'ultima volta. Lo stesso Michele muore accoltellato per strada senza che nessuno gli sia accanto. Al dolore iniziale delle sorelle, subentrano discussioni animate e meschine per dividersi l'eredità lasciata dal padre e dal fratello. Gli uomini descritti dalla Ginzburg sono spesso infantili o sfiniti dalla lotta per la sopravvivenza, sbattuti in direzioni contrastanti dal caso o dal destino, simili a larve esistenziali, spesso diventano simboli di mediocrità, futilità e banalità. Le loro stesse esistenze, intrappolate da problemi senza via d'uscita, si trascinano inesorabilmente verso la disfatta conclusiva. Ma per quelli che restano, i 'sopravvissuti', sembra spesso aprirsi uno spiraglio di riscatto e di fiducia in un futuro migliore.

Nella produzione degli anni Settanta-Ottanta, *Mai devi domandarmi* (1970), *Vita immaginaria* (1974), *Famiglia* (1977), *Famiglia Manzoni* (1983), ricerca storico-epistolare in cui ricostruisce sulla base di documenti la vita delle persone che ruotarono intorno al celebre autore, i temi conduttori rimangono gli stessi: l'universo familiare, come valore essenziale, analizzato però nel suo progressivo disfacimento, di lento e vuoto trascorrere della vita in cui, come l'autrice stessa affermava, si avverte sempre di più "la grande solitudine delle donne e la fragilità degli uomini" e in cui, come dichiarava sul *Corriere della Sera* il 10 marzo 1989, le persone sono come "[...] attaccate, appese a uno scoglio, vinte, piegate dalle ferite terribili che ha lasciato su di noi questo secolo, vediamo la parete di roccia davanti a noi e il pezzetto di mare che abbiamo sotto" (Petroni, 1989).

In *La città e la casa* (1984), scritto in prima persona, l'autrice cede la voce ai vari protagonisti che si raccontano ognuno attraverso il loro 'io' individuale. Giuseppe, il protagonista, trasferitosi in America, conserva il ricordo della sua città natale, prova nostalgia per la sua casa venduta da cui si sente perseguitato come se avesse messo in vendita la sua stessa vita insieme ai suoi sentimenti, rimpiange il suo passato di cui però mantiene vivo il ricordo attraverso le lettere che vanno a formare questo romanzo epistolare e memoriale insieme: "[...] A quella stanza penso spesso, e ci penserò in America, con rimpianto, perché si rimpiangono anche i luoghi che abbiamo odiato" (Ginzburg, 1984, p. 9).

A Natalia Ginzburg si devono anche saggi su Pavese e su Proust. La prosa saggistica è sostenuta e vigorosa, non si abbandona mai al sentimentalismo, anche quando si sofferma sull'atroce esperienza della guerra. Nella parallela attività teatrale prevale invece l'ironia: *Ti ho sposato per allegria*, *Paese di mare*, *L'intervista*. Nel 1986 l'autrice raccolse tutte le sue opere in due volumi.

Lacerazioni affettive e distacchi familiari attraversano anche il saggio pubblicato un anno prima della sua scomparsa avvenuta a Roma nel 1991, *Serena Cruz o la vera giustizia*, un libro-inchiesta molto significativo, toccante testimonianza e ricordo della storia di una bambina strappata ai suoi primi genitori adottivi, fortemente voluto dall'autrice, come espresso nella *Prefazione*:

[...] per testimoniare solidarietà alle persone a cui sono stati strappati i bambini, che esse avevano fino a quel giorno amato e accudito. [...] Per testimoniare solidarietà a genitori e bambini, che hanno visto distrutta in un attimo la tranquillità familiare, traditi e calpestati gli affetti, e che acerbamente hanno sofferto devastazioni, separazioni e perdite (Ginzburg, 1990, p. 7).

Ma non furono queste le ultime drastiche parole della Ginzburg, quanto quelle che ci ha lasciato in eredità, in una sorta di testamento spirituale aperto alla speranza, in *Le piccole virtù*:

L'assoluto individuale, se diventa solipsistico, è sterile. E lo dimostra il fatto che il primo a voler condividere con gli altri l'oggetto della sua creazione è proprio l'artista. Del resto, la forma più comune di bellezza è legata alle relazioni umane. E allora, se non crediamo nell'immortalità del corpo e dell'anima, l'unica trascendenza che ci resta è la traccia che lasciamo nella memoria degli altri. Tanto vale che sia la più bella possibile (Ginzburg, 1962, p. 40).

Riferimenti bibliografici:

- Bàrberi Squarotti, G. (1978). *Poesia e narrativa del secondo Novecento*. Milano: Mursia.
- Basile, B., & Pullega, P. (1980). *Letterature Stile Società. Testi e profili di cultura europee XX secolo*. Bologna: Zanichelli.
- Ginzburg, N. (1942). *La strada che va in città*. Torino: Einaudi.
- (1947). *È stato così*. Torino: Einaudi.
 - (1948). *La madre*. Torino: Einaudi.
 - (1952). *Tutti i nostri ieri*. Torino: Einaudi.
 - (1957). *Valentino*. Torino: Einaudi.
 - (1957). *Sagittario*. Torino: Einaudi.
 - (1961). *Le voci della sera*. Torino: Einaudi.
 - (1962). *Le piccole virtù*. Torino: Einaudi.
 - (1973). *Caro Michele*. Milano: Mondadori.
 - (1963). *Lessico familiare*. Torino: Einaudi.
 - (1984). *La città e la casa*. Torino: Einaudi.
 - (1990). *Serena Cruz o la vera giustizia*. Torino: Einaudi.
 - (1999). *È difficile parlare di sé. Conversazione a più voci condotta da Marino Sinibaldi (C. Garboli & L. Ginzburg, curr.)*. Torino: Einaudi.
- Manacorda, G. (1972). *Storia della letteratura italiana contemporanea (1940-1965)*. Roma: Editori Riuniti.
- Manacorda, G. (1979). *Lettere a Solaria*. Roma: Editori Riuniti.
- Petroni, P. (1989, 10 marzo). Natalia Ginzburg. *Corriere della sera*.

Miguel Ángel Buonarroti: el homoerotismo distinguido

*Michelangelo Buonarroti: the distinguished
homoeroticism*

Sandro Abate & Facundo Martínez Cantariño

Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca, Argentina)

sabate@criba.edu.ar

faundo.umbral@gmail.com

Artículo recibido el 29/11/2017, aceptado el 23/12/2017 y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RESUMEN: En este artículo, proponemos una aproximación crítica a la producción lírica de Miguel Ángel Buonarroti, a partir de un dispositivo conceptual al que denominaremos “homoerotismo distinguido”. Durante la primera mitad del siglo XVI, la obra poética de Miguel Ángel Buonarroti permite recorrer las principales motivaciones culturales y estéticas que el movimiento humanista había desplegado, entre la Florencia de los Médici y la Roma de los papas. En este trabajo se propone una lectura crítica de algunos textos de sus *Rimas* que apuntan decididamente a la postulación de una poética personal del gran artista, basada en el idealismo platónico y en formas expresivas no del todo canónicas.

Palabras clave: Miguel Ángel Buonarroti; Humanismo; Poesía; Homoerotismo

]

ABSTRACT: *In this paper we propose a critical approach to Buonarroti’s poetics from a conceptual device called “distinguished homoerotism”. In the first half of the 16th century, Michelangelo Bouonarroti’s poetic work allows us to go over the main cultural and aesthetic manifestations that the humanist movement had already displayed, between the Florence of the Medici and the Rome of the Popes. We propose a critical reading of some texts of his Rime, which definitely aim at the nomination of a personal poetry of this great artist, based on platonic idealism and on not-entirely canonic expressive ways.*

Keywords: *Michelangelo Buonarroti; Humanism; Poetry; Homoeroticism*

En el exordio del canto XXXIII del *Orlando furioso* (1532), en el marco de la enumeración de una serie de pintores de la Antigüedad y de su propia época, Ariosto distingue a uno en particular como "... quel ch'a par pinta e colora, / Michel, piú che mortale, angel divino" (Ariosto, 2005, p. 1368).

Con ese juego de palabras en alusiva referencia al reconocido artista Miguel Ángel Buonarroti, el poeta de Ferrara fue el primero en adjudicarle el calificativo de "divino", un atributo destinado a perdurar en el tiempo y llegar hasta nuestros días. Al calificarlo como "divino", Ariosto reparaba más que nada en la materia religiosa de muchas de sus pinturas y representaciones plásticas, aunque no se podría descartar del todo el elogio y reconocimiento de sus dotes artísticas que de alguna manera, vistas así, sobrepasarían las limitaciones de una labor estrictamente humana. Sobre esta segunda posible interpretación del adjetivo "divino" insistiría años más tarde Giorgio Vasari, en *Las vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos* (1550), al referirse al autor del *David* como un verdadero enviado de Dios, quien

quiso además, dotarlo de real filosofía moral y darle el adorno de la dulce poesía, para que el mundo lo admirara y escogiera como singularísimo modelo por su vida, sus obras, la santidad de sus costumbres, y la humanidad de todos sus actos; en suma para que fuera considerado por nosotros como un ser, más que terreno, celestial (Vasari, 2013, p. 314).

Tanto Ariosto como Vasari elogiaron al Miguel Ángel pintor, escultor y arquitecto desde la compartida pertenencia al grupo de los artistas e intelectuales humanistas, y desde idéntica conciencia de clase, en alianza estratégica con la incipiente burguesía que surgía en las principales ciudades-estado italianas del siglo XVI, con un objetivo muy claro: canonizar a los artistas florentinos del Renacimiento, los que siempre fueron apoyados por los Médici, para colocar a Florencia y a sus clases y familias dominantes en el centro de la más prestigiosa cultura europea. Esta precoz operación crítica marcaría por siglos la evaluación estética de la obra de Miguel Ángel, tempranamente canonizado a partir de sus propios contemporáneos y destinado a permanecer en el imaginario más arraigado del arte occidental.

Difícil resulta, por ello, asomarse al otro Miguel Ángel, al escritor íntimo, al poeta solipsista, al silencioso transeúnte de memorias y tormentos privados. Gran parte de la crítica literaria italiana, incluso la actual, se enfrenta a la poesía de Buonarroti como ante un documento subsidiario de su obra artística más afamada, es decir la plástica. En tanto documento subsidiario, la obra lírica se lee, se analiza y se valora en la medida en que aporta datos para significar su producción más celebrada, como una suerte de relato referido a las esculturas y pinturas. En otras palabras, el discurso lírico de Miguel Ángel nunca ha sido del todo depositario de una valoración estética integralmente específica, y siempre fue situado en un campo fuertemente referenciado por la obra artística de su autor.

Por esta misma razón, la difusión de sus poesías, al igual que las aproximaciones críticas y las traducciones a otros idiomas no han alcanzado en absoluto una circulación considerable. Las traducciones al español de la obra poética de Miguel Ángel son extremadamente escasas, así como el desarrollo de los estudios que la adoptan como objeto de investigación. En la Argentina, apenas disponemos de algunas versiones que comenzaron a circular recién durante la segunda mitad del siglo XX. En todos los casos, se trata de recopilaciones fragmentarias, y solo en algún caso se tradujo la totalidad de los sonetos completos. En tiempos recientes, la

primera colección publicada en el país, bajo el título *Sonetos escogidos de Miguel Ángel*, realizada por José González Galé, data del año 1955 (editorial El Ateneo, Buenos Aires, 124 páginas) e incluye solo una parte de los 80 sonetos producidos por Buonarroti. En 1972, Rafael Obdulio Lozza (hermano del reconocido pintor Raúl Lozza y descendientes ambos de inmigrantes lombardos) publicó lo que podría ser considerado el intento más ambicioso por dar a conocer en Argentina la poesía del artista florentino, en el libro titulado *Rimas* (Buenos Aires, 429 páginas) con prólogo de Romualdo Brughetti. Allí reunía en versión al español una parte sustancial de las 302 piezas líricas que componen la obra poética completa de Miguel Ángel, y que en italiano reciben el nombre de *Rime*. Antologías parciales de ese mismo libro, las volvió a publicar Lozza en dos volúmenes posteriores que aparecieron a lo largo de la misma década. El primero de ellos se titula *Sonetos completos* (Ediciones La Libélula, Buenos Aires, 243 páginas), que vio la luz en 1975, en homenaje al quinto centenario del nacimiento del autor. El segundo se titula *Sonetos/Madrigales*, (Francisco Colombo, Buenos Aires) reúne en 1976 las composiciones de los dos géneros más frecuentemente utilizados en las *Rime*. Todos estos volúmenes son apenas hallables entre muy pocos anticuarios y coleccionistas, y se encuentran completamente al margen de cualquier distribución editorial a gran escala.

Así como en la Argentina, también en España la traducción, difusión y estudio de la poesía de Miguel Ángel es un hecho llamativamente raro y reciente, si tenemos en cuenta los cinco siglos que nos separan de la vida del autor y la afamada trascendencia internacional de su obra artística. Luego de un breve intento titulado *Arte y poesía de Miguel Ángel* (Cuadernos del Instituto Italiano de Cultura, Madrid, 1964), que reúne una antología de 22 piezas traducidas por Joaquín Arce, apareció *Obras escogidas. Poesía y prosa* (Felmar, Madrid, 194 páginas), preparado por Guido Gutiérrez y publicado en 1975, que contiene sonetos y fragmentos de sonetos.

Habrá que esperar hasta años muy recientes para encontrar los únicos dos libros con traducciones al español de las poesías de Miguel Ángel que son asequibles hoy en el circuito comercial. Se trata, en el primero de los casos, de *Sonetos completos* (Cátedra, Madrid, 197 páginas), traducidos por Luis Antonio de Villena y publicados en 1987, con dos reediciones hasta 2011. Aparece allí la totalidad de los sonetos completos, en versión bilingüe y anotada, junto con un estudio preliminar del mismo autor. La más reciente y tal vez más completa se titula *Rimas (1507/1555)*, y es una selección, en versión bilingüe, con introducción y notas de Manuel Santayana (Pretextos, Valencia, 2012, 194 páginas), que comprende unas 170 composiciones, con mayoría de sonetos y madrigales.

Al momento de pensar en cuáles pudieron haber sido las razones que expliquen este evidente déficit en la traducción, estudio y difusión de la obra lírica de Miguel Ángel, aparece una primera evidencia insoslayable. Buonarroti nunca publicó, en vida, sus poesías. No hubo libro. Un endeble proyecto de edición que planeaba con su amigo Luigi del Riccio terminó esfumándose en 1546 por causas que todavía permanecen poco esclarecidas. Como afirma Ida Campeggiani:

Intricata è ancora da capire la storia del gruppo di ottantanove componimenti che, manoscritto Vaticano Latino 3211 e in tre edizioni di quello dell'Archivio Buonarroti XIV, sono trascritti da vari copisti, tra cui alcuni amici di Michelangelo, in una bella copia ma con varianti d'autore autografe e numerati (2012, p. 7)

Entre las posibles motivaciones de esta suerte de suicidio, o al menos renunciamento, literario tampoco se puede descartar el vínculo con los consabidos destinatarios de sus versos (varios de ellos personalidades prominentes de su tiempo)

y con las instituciones con las que Buonarroti mantuvo contratos o negocios, dada la muy delicada condición de artista notorio y adinerado empresario que alcanzó en su época, y al verse impelido a resguardar la intimidad de su vida privada frente al ajetreo de su imagen pública, en el contacto con los mecenas, las personas más poderosas de su tiempo. Las *Rimas* pueden ser consideradas, desde este punto de vista, como el capítulo más íntimo y privado de su producción artística, el hermético cajón donde Miguel Ángel clausuró su tormentoso secreto (Testoni, 2004, p. 16).

Inclusive en italiano, las *Rime* fueron un texto prácticamente desconocido durante siglos, y la primera edición confiable fue la que recién en 1863 dio a conocer Cesare Guasti en Florencia. La edición más aceptada que conocemos hasta hoy en su idioma original es la que en 1960 preparó Enzo Girardi y que repropone las 302 piezas líricas compuestas por Buonarroti en el orden cronológico en el cual – filológica, estilística y temáticamente– se ha podido establecer que fueron escritas. En ella, entre 1503 y 1560, es decir a lo largo de casi toda la vida del artista, aparecen terminados unos 80 sonetos, 100 madrigales, 4 capítulos en tercera rima, 2 sextinas y 54 epitafios para Cecchino Bracci, junto con más de 60 composiciones fragmentarias o de apariencia inconclusa. A esta versión completa le siguió la edición de bolsillo de 1975 y la publicación del epistolario y del repertorio completo de dibujos.

Lo cierto es que, como una producción casi menor, casi ensombrecida por la afamada obra escultórica, pictórica y arquitectónica de su autor –considerado tal vez el más grande artista de todos los tiempos la poesía de Miguel Ángel Buonarroti ha transitado silenciosa y casi imperceptiblemente los cinco siglos que la separan de hoy. Por grandes períodos ignorada y, cuando no, sistemáticamente devaluada, ha llegado incluso a ser objeto de mutilaciones expresivas casi aberrantes, como por ejemplo la que le imprimiera el propio sobrino nieto del autor, quien en 1623 dio a conocer algunos textos por primera vez, alterando el género de determinados destinatarios amorosos y reemplazando los masculinos por femeninos, con el objeto de camuflar el carácter homoerótico de los textos. En accidentales oportunidades atrajo la atención crítica, aunque para ocupar en todo caso un espacio secundario, subsidiario y siempre subordinado a sus más acreditadas hermanas mayores, las artes plásticas y visuales.

Por otro lado, si se observa con atención el derrotero bibliográfico relacionado con la producción poética de Miguel Ángel, podría decirse que hasta los años 60 del siglo pasado, las *Rime* fueron consideradas por los comentaristas y especialistas como una suerte de diario poético de un artista, o bien como la historia íntima del alma de un gran pintor y escultor, el más consagrado del llamado Renacimiento. De Sanctis, Croce y los renombrados padres de la historia de la literatura italiana compartieron la idea –con casi imperceptibles particularidades– de que Miguel Ángel había sido un escritor improvisado, más próximo al “diletantismo” de la escritura que al perfeccionismo que caracteriza a sus restantes producciones artísticas. Estas proposiciones siempre peyorativas acerca de la actividad literaria se hubiesen consolidado en la valorización crítica póstuma de no haberse llevado a cabo las relecturas que tuvieron lugar en ocasión de los centenarios de su muerte (1964) y de su nacimiento (1975). Los nuevos estudios críticos diseñados en el marco de estas celebraciones –sobre todo Fubini, Clements y Binni– inauguran una visibilización diferente en la cual la poesía de Miguel Ángel se erige como una contribución fundamental para la literatura del siglo XVI en virtud de lo que ellos llaman un incipiente “solipsismo especulativo” (Schiavone, 2013, p. 13) que ya se observa

encaminado hacia la superación del modelo retórico petrarquista canonizado por Pietro Bembo.

Cabría preguntarse, en este sentido, sobre las razones que promovieron un relativamente reciente redescubrimiento de la poesía de Miguel Ángel, es decir qué valores contiene esta escritura lírica que apenas la segunda mitad del siglo XX ha podido y sabido interpelar y reconocer. Y más aún, resulta oportuno reflexionar sobre la naturaleza de los nuevos dispositivos teóricos y paradigmas metodológicos que han comenzado a incidir para que las contribuciones más recientes enfatizen y subrayen con nuevas comprobaciones el eclecticismo de sus fuentes, el experimentalismo de sus formas y la excentricidad del léxico.

UN PROYECTO DISRUPTIVO. En la primera mitad del siglo XVI, Pietro Bembo le dio forma sistemática, en la literatura y en la gramática (Guerrero, 1998, p. 79), a un claro anhelo de distinción lingüística y literaria, muy en armonía con la sociedad de la que era expresión, promoviendo renovados géneros con normas bien definidas que segmentaron a la literatura culta de las expresiones vulgares y canonizando el modelo lírico de Petrarca, deudor a su vez del misticismo amoroso de los provenzales. Tal modelo lírico evidencia el recorte social del que era producto y el deseo de convertir a esa expresión en un atributo de distinción para las clases dominantes que se representaban en él. De tal magnitud será el impacto canonizador de la teoría bembiana acerca de la forma y el lenguaje poéticos, que en el caso de la literatura italiana, y gran parte de la europea, tendremos que esperar casi hasta las vanguardias de principio del siglo XX para encontrar poesía escrita con un código lingüístico menos áulico y más próximo al registro coloquial.

A menudo se ha atribuido la “dureza” expresiva en los poemas de Miguel Ángel a una suerte de “contradizione tra la prepotenza del voler dire e la consapevole insufficienza del mezzo espressivo” (Dotti, 2007, p. 200). Tales observaciones pueden resultar claramente legibles en el marco de la canonización de un estilo vinculado con la pureza monolingüista elogiada en Petrarca, que Bembo y los principales gramáticos del siglo XVI se encargaron de formular y que es bien conocida para la historia de la lírica italiana y europea moderna. Pero, más allá de los alcances valorativos –herederos de tal proceso de legitimación– grandes segmentos de la producción poética de Miguel Ángel se resisten a ser leídos desde esa perspectiva.

El poema 5 de las *Rime*, por caso, constituye una acabada demostración de los niveles fuertemente contrastivos que, en materia lexical y expresiva, alcanzó la poesía de Buonarroti. Se trata de un soneto caudato (es decir con un agregado de seis versos), uno de los más recordados de la colección, que en su manuscrito se encuentra acompañado por uno de los pocos autorretratos caricaturescos del autor, cuya silueta lo muestra en medio de los trabajos de pintura de los frescos de la Capilla Sixtina. El texto sugiere una cruda y por momentos graciosa auto-representación del artista, con los miembros contorsionados por las incómodas posiciones que esa labor implicaba.

El soneto asimila el cuerpo del pintor con elementos de procedencia lejana (Lombardía, Siria) e incluso con objetos (arco, cerbatana). La creciente cosificación del cuerpo coloca al retrato en los umbrales del grotesco, acentuado incluso con matices de torpeza en sus movimientos y hasta con un negligente manejo de la técnica del fresco. Los particulares e inusuales componentes anatómicos que constituyen el retrato (vientre, pescuezo, barba, nuca, espalda, pecho, rostro, lumbales, panza, culo, grupa, pellejo) van desarrollando una especie de metamorfosis

del sujeto en algo menos sensible que un ser humano, hasta incluso sugerir la degradación en un mero objeto inanimado. En los tercetos, las rimas de sonoridad rústica como “eccia” y “oppa” contribuyen a la vulgaridad del léxico excéntrico. El grotesco de la construcción está reforzado en la última parte por los adjetivos de naturaleza extravagante o bizarra (falaz, extraño, curva), y en el cierre con un pedido al destinatario (Giovanni da Pistoia), en un tono al mismo tiempo grave y gracioso, en el cual se contrasta la solemnidad de los temas sagrados plasmados en las paredes y techos del templo, con la ridiculización de las situaciones y condiciones en las que se desarrollaba su trabajo.

En cuanto a las formas y estructuras líricas, la norma bembiana incluía la preferencia por el soneto, la canción y el madrigal, junto con una limitación de la temática amorosa en beneficio de la organización de un cancionero como un argumento que, pasando por algunas situaciones comunes, desembocase en Dios. De manera que, por un lado, Miguel Ángel adscribe al modelo estructural y formal diseñado por Bembo para canonizar a Petrarca, con primacía de sonetos, canciones y madrigales, pero, por otro lado, se vale de instrumentos expresivos de naturaleza plurilingüista, incorporando recursos léxicos de procedencia heterogénea y a menudo vulgar, muy ajenos a la preceptiva epocal de recorte sociológico.

Si de enfoques se trata, una hipótesis que valdría la pena discutir es que el desarrollo que la sociología de la literatura alcanzó hacia mediados del siglo pasado, y más concretamente la impracticabilidad de una lectura sociológica tradicional del corpus lírico buonarrotiano, fue un punto de inflexión para habilitar el fundamental giro valorativo que la crítica literaria promovió en las últimas décadas. En efecto, la obra poética de Miguel Ángel se resiste a ser situada en cualquiera de las instituciones y formaciones sobre las cuales los estudios sociológicos organizaron el sistema literario italiano del siglo XVI. Ni la corte ni el mecenazgo, por citar dos de estas instituciones, resultan del todo capaces de contener la escritura buonarrotiana que, al revelarse incompatible para tales anclajes, termina por precipitarse en el abismo de la rareza.

La corte en los siglos XV y XVI es un espacio concebido por la burguesía e incluido dentro del campo de poder, que procura organizar y distribuir los discursos sociales tendientes a construir y asegurar su autoridad. Está integrada por pedagogos, traductores, artistas y científicos, cuyo grupo recibe el nombre de los humanistas, prototipos del intelectual moderno. En el seno de las cortes, se construyen, se legitiman, se debaten, se exhiben los atributos de dominación relacionados con el dinero y sus diversas representaciones culturales y sociales en tanto principal factor de poder. La institución de la corte pone en circulación productos culturales que proyectan su propia visión del mundo, y que circulan en el mismo circuito acotado por la corte; de manera que esta misma, en gran medida, constituye el propio destinatario de los discursos que en ella se originan, salvo casos excepcionales cuando se proyecta un espectáculo o producto de divulgación hacia un público subalterno más general (Ferroni, 2008, p. 311). Los valores, la dinámica interna y la organización de la corte como institución fuertemente enraizada en el campo artístico europeo en los orígenes de la Modernidad, resultan fundamentales para comprender e interpretar la gigantesca obra plástica y arquitectónica de Miguel Ángel tanto en Florencia como en Roma y en el Vaticano. El pintor y escultor se había formado en la ciudad de los Médici entre 1490 y 1492, en el clima intelectual más novedoso que su época podía ofrecer, con Poliziano, Ficino y Donatello. A fines de esa década esculpió la *Piedad*. Regresó a Florencia y entre 1501 y 1503 esculpió el *David*. Otra vez contratado en Roma, pintó la *Capilla Sixtina* entre 1506 y 1512. Volvió a

Florenia y en 1524 trabajó en las *Tumbas Mediceas* de San Lorenzo. Culminó su trayectoria más reconocida, otra vez en Roma, pintando el *Juicio Final* entre 1534 y 1541. Este ir y venir en torno a las dos grandes urbes, alternando el servicio a papas y príncipes burgueses, en calidad de artista pero también de empresario, muestran una producción plástica completamente emparentada con los atributos, contenidos, prácticas y representaciones sociales de la corte como institución del poder y con los intereses estratégicos de una clase social que emergía a la hegemonía y procuraba revestirse con los atributos culturales del pasado como clave de distinción social (Williams, 1977, p. 143)

El espectacular incentivo a la producción artística durante aquellos años se explica a partir de este programa cultural de la nueva burguesía italiana de los Médici en Florenia, los Este en Ferrara, los Sforza en Milán, los Scaligeri en Verona, los Carraresi en Padova, los Gonzaga en Mantova, los Farnese y los Borgia en Roma, y otras familias y grupos, que vieron en el arte el instrumento para construir las representaciones de su propio poder, promover los nuevos valores y discursos dominantes y consolidar los contenidos, principios y atributos que les aseguraran el control social. Los principales íconos artísticos que años más tarde este mismo poder se encargaría de canonizar como sinónimo de excelencia y universalidad con el pomposo nombre de “Renacimiento”, contienen los significados y entramados que lo identifican: el *David*, la *Capilla Sixtina*, la *Gioconda*. En síntesis, en la institución del mecenazgo es imposible no ver al artista incluido en el campo de poder y legitimando las condiciones de autoridad de la nueva clase social que acababa de adquirir conciencia de su rol hegemónico. Más allá de la visión tradicional y algo perimida del mecenazgo como una institución en la que un artista goza de la oportunidad de desarrollar un supuesto y adjudicado “talento”, lo que interesa poner en discusión es que el mecenazgo de los siglos XV y XVI merece a esta altura ser repensado en su conjunto como el espacio de negociación material y cultural de dos grupos sociales con orígenes y atributos diferenciados que proyectan imágenes y representaciones de sí mismos con un alto impacto social. Y que pese a los intereses marcadamente sectoriales que estimularon la acción y la militancia entre los capitalistas y los humanistas, su alianza fue estratégica, puesto que de muchas de las formaciones y proyecciones culturales y materiales diseñadas en ese espacio de negociación somos, todavía hoy y todavía aquí –y a veces mal que nos pese– herederos o rehenes.

Desde la perspectiva de un enfoque sociológico, todo el sistema literario italiano del siglo XVI fue razonado bajo la evidencia de un clasicismo aristocrático (Petronio, 1990, p. 240). Pero lejos, muy lejos de los brillos pomposos de la corte y más aún de las magníficas remuneraciones del mecenazgo, la poesía buonarrotiana reúne todas las particularidades contrastivas de una escritura privada, no solo porque nunca llegó a plasmarse en un proyecto editorial en vida de su autor sino también porque, en buena medida, se construye sobre modelos semánticos y lingüísticos marcadamente contrahegemónicos. Dicho en otras palabras, al situarse en los márgenes del sistema literario italiano del siglo XVI, la poesía de Miguel Ángel puede ser observada en su más profunda dimensión si no se pierde de vista el proyecto decididamente disruptivo del cual es producto.

EL CAMUFLAJE FILOSÓFICO. El escritor chileno Pedro Lemebel, en una de sus crónicas del libro *Loco afán, crónicas de sidario* (1996) utiliza el concepto de “filosofía del camuflaje viril” para designar el intento de las maricas chilenas de (re)presentarse en asimilación con el modelo *gay* masculino norteamericano. De esa

forma se articula, en su escritura, una tentativa por salir de la marginalidad social y acceder a un espacio prestigiado, reconocido por el mercado. Rastrea Lemebel este gesto en las pistas de baile de las discotecas chilenas del circuito *gay* de los años '80, en medio de la avanzada neoliberal y la crisis del SIDA, un momento en el cual primaba la estigmatización y persecución a la disidencia sexual en Latinoamérica. De esta manera, la norma social “prestigiada” y mercantil, producida en las capas medias y altas de la sociedad norteamericana, se convertía para este sector marginalizado en un precario recurso de legitimación.

Un gesto textual similar podría leerse en la construcción del discurso lírico que incorpora el homoerotismo en el corpus poético buonarrotiano. Una primera configuración de este gesto se vislumbra en la particular predisposición a las representaciones culturales clasicistas y la filosofía neoplatónica. Tales representaciones son los atributos de la poesía de Miguel Ángel que más desarrollo han tenido en la evaluación que la crítica literaria ha realizado de sus poesías, sobre todo desde paradigmas críticos que operan en función del llamado Renacimiento.

Efectivamente, “más que ningún otro artista de su tiempo, Miguel Ángel era por formación un neoplatónico” (González Camaño, 2007, p. 29). Marsilio Ficino, al servicio de Lorenzo de Médici en la Florencia del siglo XV, había llegado a construir un sistema de pensamiento innovador respecto de las principales convicciones medievales. Se trató de una construcción ideológica de grupo, de sesgo marcadamente aristocratizante, que en términos sociológicos puede ser interpretada como el diseño de un código cultural de distinción válido para los sectores dominantes de la sociedad. Allí, entre otras concepciones, propuso una síntesis entre la filosofía pagana de cuño idealista de Platón y la teología cristiana, junto con una visión cósmica que se representaba superadora del escolasticismo medieval.

Unos eran hedonistas y hostiles a la versión ascética del cristianismo y al mismo tiempo al relajamiento del clero; otros ofrecieron el platonismo como boya salvavidas mediante el aprendizaje de la lengua griega; una compleja transformación mental que permitiría hacer mella a la escolástica neoaristotélica imperante en las universidades de toda Europa desde el siglo XIII (Lafaye, 2005, p. 267).

Esta posición ideológica terminó constituyendo uno de los pilares del emergente proyecto humanista, que se vería así asociado con el surgimiento de una nueva clase social hegemónica, es decir la burguesía capitalista de las familias adineradas, que buscaron con él diferenciarse culturalmente de las instituciones residuales del pasado, como la Corona o la Iglesia. La configuración que Ficino alcanzó a formular acerca de la vida humana como una realidad incompleta, en alguna medida degradada con respecto a las formaciones superiores y más puras del universo (la mente y el alma cósmicas), marcaron fuertemente el sistema de creencias en el cual se formó Miguel Ángel, máxime cuando coincidían con sus propias convicciones interiores y con su consabida insatisfacción frente a la impracticabilidad de la perfección y la corruptibilidad de la materia.

Cuando en el siglo XVI el Humanismo es adoptado por la clase dominante como su programa cultural, comenzó a llevarse a cabo en el campo de las artes un proceso de impugnación de los paradigmas idealistas y entre ellos el platonismo, producto del cual es, por caso, el *Orlando furioso* y los libros más celebrados de aquel período, donde se asiste a una absoluta y definitiva demolición de los códigos culturales nobiliarios del pasado y de las ideologías con ellos asociadas. De manera que este segundo momento, al que podríamos denominar *Humanismo dominante*,

consigue resguardar los valores y atributos del pragmatismo y de los órdenes culturales con él asociados. Lo curioso es que la producción poética de Buonarroti, forjada en pleno contexto de este ajuste realista y contemporánea a la de Ariosto, consiguió permanecer fiel a los principios idealistas y antimaterialistas de la filosofía neoplatónica. Más aún: podría decirse que la condición privada e íntima de su escritura favoreció las posibilidades de Miguel Ángel para dar rienda suelta a la dimensión platónica hasta límites poco igualados por sus contemporáneos.

En este sentido, el corpus lírico buonarrotiano podría emparentarse con un primer Humanismo, un *Humanismo emergente*, más que con el momento canonizado por las producciones artísticas enmarcadas en el mecenazgo de los grupos burgueses más poderosos y la Iglesia. Su carácter de escritura privada posibilita esa relativa autonomía del proyecto cultural humanista del siglo XVI. Desde esta perspectiva, las representaciones culturales clasicistas y neoplatónicas pueden leerse como meras poses, meros gestos exteriores, una suerte de camuflaje intelectual, diseñado en la medida en que asegura una distinción social no exenta de motivaciones fuertemente clasistas.

En la recurrencia del clasicismo, Miguel Ángel parece aludir en sus poesías al modelo de pederastia clásico, codificando el amor entre hombres en términos de elevación espiritual e intelectual, incluso de virtud y distinción. En el siglo XVI, en efecto, la única palabra disponible para designar relaciones sexuales entre hombres era “sodomía”, comprendida como pecado nefando cuyo castigo era la hoguera. El amor entre hombres aún no había sido conceptualizado desde el discurso burgués: este es un proceso que se da entre los siglos XVIII y XIX y recién se consuma con la categoría médico-jurídica de “homosexualidad” (Foucault, 2014, p. 113).

En tal espacio discursivo aún innombrado parece situarse el homoerotismo en la poesía buonarrotiana. Dotado de elementos prestigiados, situado en un espacio de *virtus* clásica y a la vez de características propias del amor cortés (como la usual fórmula de tratamiento “signor mio”), los códigos culturales aludidos contienen fuertes connotaciones clasistas. En la construcción estética de esa *virtus*, para lo cual es modelo cabal el soneto 60, el hombre “saggio e verile” provoca un amor que “mpenna l’ale”, que “lascia liquefatto il core” para que lo “penetri un divino strale” (Buonarroti, 2004, p. 296), en un desafiante desplazamiento estético hacia lo femenino. A la vez se refugia en un campo que asegura la distinción y en el discurso misógino: desde su posición de sabiduría, de superioridad masculina, se permite un amor homo que adjudica lo bajo, lo terrenal, al deseo por una mujer, que “in terra tira” ya que ella misma representa las “cose basse e vile” (2004, p. 296) y un tipo de amor cuya función es meramente reproductiva. De esta manera, la diferenciación de clase se establece explícitamente en contraposición al “vulgo malvagio, isciocco e rio” (2004, p. 138) aludido en el soneto 83. Las relaciones codificadas de los ilustres ciudadanos de la elite antigua son un modelo cultural prestigiado al cual recurrir para recubrir el amor entre hombres de un camuflaje filosófico, un halo de viril distinción social.

Otra nota vale la pena asentar acerca del consabido neoplatonismo. Ficino ve en el universo una obra de arte y el prototipo de todas las demás, organizando la vinculación entre el hombre y Dios en términos equivalentes a los que caracterizan la relación entre la obra creada y su autor. Lo que Ficino denomina el alma individual se encuentra en simetría y correspondencia con la divina, de manera que la actividad artística del hombre se representa subsidiaria del arte divino que encuentra expresión absoluta en la belleza del universo. Miguel Ángel está convencido de esta idea no solo en su producción escultórica y pictórica (Arranz, 2000, p. 573), sino también en

la literaria; al punto que el soneto 46, por caso, se construye sobre la analogía entre la actividad del artista y la de Dios. El escultor golpea la piedra de la cual extrae el objeto de su búsqueda artística, mediante un procedimiento en el cual el martillo es guiado por la mano del artista así como la mente divina conduce las acciones terrenas, en una simetría idealizada del devenir de la actividad universal.

En este sentido, el gran hallazgo literario de Miguel Ángel consistió en haber expresado a través del discurso lírico los esbozos de una teoría estética que, sin prescindir de las herramientas técnicas de la actividad específicamente artística, sea capaz de elevar el contenido teórico y filosófico de los debates en torno al proceso creativo del arte. El “*divino martello*” es el que confiere la inspiración necesaria para la realización de cualquier creación artística terrena. En tanto la eficacia de cualquier golpe del martillo humano o “*rozzo martello*” es superior cuanto más se aproxima al modelo divino, la obra corre el riesgo de quedar inconclusa si el artista no cuenta con el auxilio celestial. El soneto 46 condensa el concepto de lo no-terminado, adentrándose en un problema –por lo demás– largamente debatido en el contexto de su obra escultórica. Está dedicado a un sobrino cuya escultura se dispone a ejecutar luego de muerto el joven. En sus versos, se evidencia hasta qué punto la reflexión intelectual acerca de la naturaleza de la actividad artística contribuyó a la elaboración de una verdadera poética con bases en un sistema de pensamiento prelingüístico y unitario, de síntesis platónica y cristiana, que podría ser comprehensiva de la variada gama de artes practicadas por Buonarroti, incluida la literatura.

Para Miguel Ángel, la obra de arte es –antes que nada– el resultado de un concepto. En al menos siete oportunidades, a lo largo de las *Rime*, aparece esta palabra clave del repertorio platónico buonarrotiano: concepto (*concetto*). Se trata de una palabra forjada sobre la tradición de filósofos y humanistas florentinos del siglo XIV, que mantiene gran parte de su sentido etimológico originario (del latín *conceptum*, participio pasivo de *concipere*), en términos de “concebido”, “imaginado”, “creado”. El concepto, en este sentido, no solo significa algo que se mantiene en un nivel de pura abstracción intelectual, sino que refiere una imagen artística en potencia, en espera latente de aparecer. En tal sentido, el concepto alude al principio neoplatónico de los arquetipos que habitan en el orden de las almas y que se encuentran camuflados en el mundo material hasta que son extraídos y develados por medio del arte. Solo el artista creador dotado de intelecto es capaz de descubrir la imagen imperceptible para las demás personas. Sobre esta noción de concepto, de fuertes reminiscencias platónicas, vuelve el soneto 151. El poema está dirigido a Vittoria Colonna, marquesa de Pescara, mecenas y amiga del autor. El artista escultor es allí quien, con el auxilio del intelecto, libera la forma ideal, el concepto palpitante en el bloque de mármol y circunscripto por materia superflua. Detrás de esta concepción se encuentra otra vez Ficino, según el cual

la bellezza nel mondo è data dal grado di partecipazione dell'entità in esame alla forma ideale. Analogamente, l'opera d'arte partecipa all'unità degli archetipi ideali in proporzione alla capacità dell'artista di comunicare col divino grazie all'intelletto, attributo della grazia (Schiavone, 2013, p. 63).

Otra imagen de hombre. En esta idea de un concepto camuflado que es necesario develar mediante el intelecto y con la ayuda divina, es posible hallar la clave de lectura para acceder a aquello que subyace detrás del entramado filosófico y estético que llamamos homoerotismo distinguido. Si mediante tal operación desmontamos el camuflaje filosófico que reviste de valores fuertemente clasistas la lengua lírica de Buonarroti, queda al descubierto un reducto último de gran potencia expresiva que

instala su proyecto poético en un espacio fuertemente disruptivo: una idea de hombre que se articula radicalmente a contrapelo del Humanismo dominante de su época.

El modelo humanista de Hombre, gracias a las representaciones sociales y culturales del dinero como principal factor de poder, el Hombre libre y próspero, el Hombre blanco-europeo, revestido de una rotunda e infinita potencia en su accionar sobre la naturaleza, contrasta con el hombre con minúscula, que tan frecuentemente queda al descubierto en la poesía de Miguel Ángel.

El poema 32, compuesto de siete versos, se presenta como un fragmento de soneto inconcluso. Existen al menos dos interpretaciones sobre los varios fragmentos inconclusos que forman parte de la colección. Algunos piensan que efectivamente se trata de composiciones que quedaron inconclusas por haber sido abandonadas o descartadas por el autor antes de su finalización. Pero también pueden interpretarse como parte de la moda y el gusto clasicista de su época por los restos o fragmentos de objetos del mundo antiguo, tan comunes en el ámbito de la arquitectura (Schiavone, 2013, p. 148). El texto se inicia con una doble tensión: “vivo al peccato, a me morendo vivo” (Buonarroti, 2004, p. 74) y lamenta una imposibilidad fundamental: “mie mal (...) dal mio sciolto voler, di ch’io son privo”. El mentado libre albedrío que en el pensamiento humanista es la base de la dignidad humana, se vuelve un estamento inaccesible. “A che miseria, a che viver son nato”, se pregunta.

Del mismo modo, en el soneto 60 (dedicado a Tommaso de’ Cavalieri), la voz poética invita tiernamente al “signor mio” a acercarse: “ch’i vengo per goderti più da presso” (Buonarroti, 2004, p. 109), para lo cual hace falta romper el muro entre la “speranza” que su interlocutor le sugiere y el “gran desio” que en él despierta. En ese acercamiento se vislumbra la imposibilidad que rodea ese amor que “mal compres’è dagli umani ingegni / e chi’l vuol saper convien che prima mora”. Cuando el yo lírico y el amado señor se acercan para gozarse, aparece la insuficiencia del ingenio humano, incapaz de abarcar tal goce amoroso. La poesía cierra con esa amenaza mortal.

En el soneto 293, uno de sus últimos textos, ya cerca de la muerte del poeta, el problema del pecado, la muerte y la insuficiencia de las posibilidades humanas aparecen con una furiosa intensidad. Este hombre con minúscula “carico d’anni e di peccati pieno” (Buonarroti, 2004, p. 331), el que se nutre de veneno, el que tiene los malos hábitos enraizados, no goza de voluntad suficiente para aspirar al cielo. Se encamina a la muerte física pero también a la muerte espiritual. El fuego del que no fue víctima en la tierra, lo consumirá en el más allá. No hubo dinero, libertad, albedrío ni potencia humana capaz de revertir semejante condena. Solo le queda rogar a Dios. No hay libre albedrío ni dignidad que redima al “sodomita”. Este problema atraviesa los textos poéticos, configurando un controversial y conmovedor revés del tapiz cultural que el Humanismo había diseñado para el Hombre constructor de su propio destino. En los poemas de Buonarroti, la voz lírica, aún munida de una filosofía del camuflaje viril y clásica, a la que denominamos homoerotismo distinguido, intenta situar esta subjetividad en un lugar prestigiado, culto, platónico y divinizante, pero la muerte se impone sobre el deseo por el propio sexo. La muerte va absorbiendo hacia la destrucción el homoerotismo distinguido que procura sostenerse en los textos con un egregio camuflaje, y signa un aspecto profundamente contrahegemónico en la poesía buonarrotiana. No es una posibilidad la vida eterna. Al yo lírico, que no logra ser el todopoderoso Hombre blanco europeo y cristiano que asciende hacia su destino histórico, le espera solo la muerte física y espiritual.

El homoerotismo distinguido como dispositivo de lectura de la poesía de Miguel Ángel, permite comprender las representaciones culturales classicistas y neoplatónicas como meras poses, meros gestos exteriores para referir la imposibilidad de escribir como “Hombre” otra condición, otra subjetividad de coordenadas difusas, diferente a aquella que el sistema patriarcal y eurocéntrico, había codificado a través del proyecto cultural humanista burgués. La idea de hombre que se textualiza es la otra cara del tapiz humanista del Hombre a quien el dinero proporciona la capacidad del ascenso social, de realización de un destino histórico de libertad y prosperidad. Este texto lírico “otro”, articula una condición subjetiva “otra”, que se define desde sus limitaciones, desde su negatividad, y recae una y otra vez en el problema de la condena, la muerte, la indignidad, la fatal insuficiencia del ingenio y la voluntad humanas.

En síntesis, comenzar a interpelar hoy, tanto desde un nivel léxico como desde una dimensión cultural más contextualizada, poemas como los aquí presentados, implica reconocer la existencia de una escritura y una condición difíciles de clasificar en términos sociológicos tradicionales. La marcada perspectiva personal e íntima, solipsista y privada, de la poesía de Miguel Ángel Buonarroti segmenta contrastivamente, por un lado, su original rareza en el sistema literario italiano del siglo XVI, y por el otro lo coloca en un marco expresivo de acuciante actualidad. Y, lo que es más interesante, deja irrumpir –más allá de todo– la figura de un artista moderno, consciente de su inquietante condición de hombre y de intelectual que se interroga sobre los alcances morales y espirituales de su propio trabajo, y que pugna por concebir con la lengua de su tiempo un vehículo expresivo apto para forjar sus propias respuestas.

Referencias bibliográficas:

- Ariosto, L. (2005). *Orlando furioso*. Madrid: Espasa.
- Arranz, C. (2000). La obra artística de Miguel Ángel y su relación con el movimiento neoplatónico del Renacimiento. *Anuario filosófico*, 33, 573-582.
- Buonarroti, M. (2004). *Rime* (E. Barelli, ed.). Milán: Rizzoli.
- Campeggiani, I. (2012). *Le varianti della poesia di Michelangelo*. Lucca: Maria Pacini Fazzi editore.
- Dotti, U. (2007). *Storia della letteratura italiana*. Roma: Carocci.
- Ferroni, G. (2008). *Ariosto*. Roma: Salerno.
- Foucault, M. (2014). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- González Camaño, F. (2007). Algunas notas a la poesía de Miguel Ángel. *Fedro. Revista de estética y teoría de las artes*, 6, 27-57.
- Guerrero, G. (1998). *Teorías de la lírica*. México: FCE.
- Lafaye, J. (2005). *Por amor al griego. La nación europea, señorío humanista (siglos XIV-XVII)*. México: FCE.
- Lemebel, P. (1996). *Loco afán, crónicas de sidario*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Petronio, G. (1990). *Historia de la literatura italiana*. Madrid: Cátedra.
- Schiavone, O. (2013). *Michelangelo Buonarroti. Forme del sapere tra letteratura e arte nel Rinascimento*. Florencia: Edizioni Polistampa.
- Testoni, G. (2004). Introducción. En M. Buonarroti, *Rime* (pp. 5-12). Milano: Rizzoli.
- Vasari, G. (2013). *Vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue hasta nuestros tiempos*. Madrid: Cátedra.
- Williams, R. (1977). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

Asomos de voz popular. A través (y a pesar) de Giuseppe Gioachino Belli y Agustín García Calvo

*Hints of popular voice. Through (and in spite of)
Giuseppe Gioachino Belli and Agustín García Calvo*

Gerardo Gimona

España

gerardogimona@gmail.com

La voz de un sentimiento hondo nos recuerda a menudo que ‘cultura’, ‘literatura’ e incluso ‘poesía’, tal y como se nos pregonan, son entes ideales, ideas dominantes, es decir, al fin y al cabo, mentiras.

¡Vaya contradicción! –alguien dirá– ¿Acaso no se va a hacer aquí, ahora mismo, ‘cultura’?

Es cierto que uno no acaba nunca de mantener relaciones, por más que contradictorias, con ‘ella’. Por ejemplo, entre otras cosas, uno lee. Sí: uno suele leer y ojear, con más o menos insistencia, aquello que ofrecen las producciones de cultura literaria (incluidas, como no, las de prensa diaria), día tras día, como si estuviera buscando algo. Pero... ¿qué busca? ¡Quién lo sabe! ¿Y qué encuentra? He aquí cuestión paradójica: parece ser que uno va dándose cuenta de que lo mejor que encuentra en todo eso que lee es siempre una negación; un descubrimiento (lo cual es claramente una forma de negación, pues des-cubre) de las mentiras que se nos venden como verdades; algo así como una exhortación a no obedecer, a no creer, y también a no decir, así por las buenas, ni ‘literatura’ ni ‘cultura’.

Efectivamente, de mil maneras nos ha venido invitando Agustín García Calvo, tanto en sus charlas como en sus escritos, a decir que NO a lo mandado, a abandonar de una vez por todas la fe en las ideas, como lo son, por ejemplo, Literatura y Cultura (las cuales, como él explicaba, sirven a su vez para mantener la fe en la que todas las ideas se sostienen: la fe en la Realidad).

¿Así que es para esto para lo que servía la literatura? ¿Para negar, uno tras otro, artículos de fe y dejarnos sin creencia ni idea alguna? ¿Servía, cuando era buena y cuando en algún caso acertaba, para negarse también a sí misma? ¿Y es que debía ante todo negarse a sí misma para poder decir algo que nos sonara a verdad?

Pues algo de esto parece ocurrir en los sonetos que Giuseppe Gioachino Belli escribió, como si en ellos hablara directamente el pueblo y no un literato ni un autor culto, en dialecto romanesco; y es esto, precisamente, lo que intentaremos ir ahora comprobando, atendiendo al libro *Giuseppe Gioachino Belli. 47 sonetos romanescos con las versiones de Agustín García Calvo* (Editorial Lucina, Zamora, 2006).

Un lector, por ejemplo, se alegra (y esa es toda su alegría) cuando tropieza, mientras lee, con una negación o descubrimiento que lo hiere. ¿Eso buscaba? Algo de eso, sí, sin saberlo muy bien. Porque en verdad lo que le debe ocurrir es que más bien encuentra. Encuentra, de vez en cuando, casi sin esperárselo, entre tantas distracciones literarias y grises entretenimientos culturales, algo que, como él diría, vale la pena: algo que lo desgarrar, digamos, superficialmente, es decir, algo que rompe esa capa de ideas (falsas) y convenciones que a uno lo constituye, y así le descubre precisamente esa verdad que siente por debajo de sí mismo, esa voz común (común porque no hay en quien no resuene) que él no sabe ni definir ni ubicar y que de ordinario (¡ay!) traiciona, pues lo más normal en este mundo es que la desoiga o disimule.

Un encuentro feliz como el que acabamos de describir debe haberse dado cuando Agustín García Calvo descubrió los sonetos del Belli.

“[...] a través de una pluma culta y de un molde tan literario y consagrado como el del soneto, irrumpe de vez en cuando, en feliz contraste, algo de verdadera voz de pueblo”, escribe García Calvo en la ‘Presentación’ del libro antes citado, en el que

además de presentar una selección de 47 sonetos originales del Belli, ofrece sendas versiones en español que él mismo redactó.

Leamos ahora una parte significativa de esa introducción; se venía, pues, hablando de esa ‘voz de pueblo’, de esa voz insumisa, no conforme con los manejos y presiones del poder, que a través y a pesar del Belli ‘autor culto’ irrumpe...

Para ello hubo de jugar, ciertamente, la rotura y contradicción consigo mismo del propio Giuseppe Gioachino Belli (1791-1863), que tuvo que apañárselas para sostener una vida de decente burguesía, con sus gestiones y trapicheos entre funcionarios de la Administración y la corte papal, todavía dominante en su averiado Estado Pontificio, y que así, tras la muerte de su mujer Mariuccia Conti, que le había ayudado a mantener esa casi dorada medianía, hubo de tomar, entre otros, el cargo de nada menos que censor teatral los últimos decenios de su vida. No voy a pararme en la amargura y acritud con que esas contradicciones se manifestaran en la figura y gestos del Belli, ni en cómo la presión de la Persona llegara al punto de que, en sus últimas voluntades, dispusiera que se destruyera la colección de los sonetos romanescos, si bien, como Virgilio y otros, encomendando el cargo, junto con el cofre en que estaban cuidadosamente copiados y a veces anotados, a manos las menos propias para que cumplieran nunca la despiadada decisión.

Lo que aquí nos importa es que, en venganza contra la Persona y su mundo, durante unos años de su vida, principalmente del 1830 al ’36, con un casi abandono tras la muerte de la mujer en el ’37, pero con una buena reviviscencia del ’43 al ’47, estuvo Belli poseído de una fiebre de fabricación de sonetos que de la verba vulgar de sus alrededores le subían al corazón y los dedos hasta hacer una ristra de 2279, con frecuente surgimiento de varios un mismo día, hasta 12 en alguno de 1832: eso que llamo fiebre es lo que me revela la lucha de lo que por debajo le rebullía de pueblo-que-no-existe por estallar a través de las capas del alma del poeta. Ya en la ‘Introduzione’ que él mismo había preparado para la posible publicación de la serie (y que comienza “Io ho deliberato di lasciare un monumento di quello che oggi è la plebe di Roma”) se prevenía contra la siempre potente fe en el ‘autor personal’, que no podría admitir que nada “insubordinato” o “licenzioso” hubiera surgido de la gente innominada, sino que se lo atribuiría a las ideas y la intención de uno, Belli por ejemplo, que se disfrazaba de pueblo para hacerlas públicas: como si la máscara, al revés, no fuese la Persona, y no fuese la fiebre que a Belli arrebatava un anhelo (y logro en sus mejores sonetos y más vivos) de dejar, por medio, de su escritura y finas artes, hablar lo que de pueblo viviera bajo lo subordinado y obediente de las personas, las de la plebe y la del poeta mismo.

De manera que esa fiebre literaria que le duró al Belli unos diez años no fue otra cosa que un asomo de esa voz sin nombre de la que antes hablábamos, o dicho mejor: fue la lucha de aquella voz por querer hablar en contra, a pesar y a través del autor personal y de la literatura.

Y ciertamente es significativo el hecho de que el Belli en su ‘Introduzione’ se figurara, tras la posible publicación de sus sonetos, aquellos lectores (“pazienti sudditi”) que, heridos y escandalizados por semejante lectura, en lugar de atribuir dicha obra a la voz del pueblo (esto es, a todos y a nadie), se la habrían acabado atribuyendo al propio Belli sin más. Así, pues, imaginaba el Belli que muchos lo habrían condenado por haberse puesto (¡cobarde!) la máscara del pueblo, con la sola intención de difundir, a través de sus sonetos, sus tan venenosos e insumisos principios personales. Pero, como sugiere García Calvo, esos acusadores habrían así ingenuamente olvidado que la cosa suele ser al revés: que la máscara en verdad es la

‘persona’ (la etimología nos dice que ‘persona’ viene de la palabra griega, usada para el teatro, ‘prósopon’, que significaba precisamente ‘máscara’); que, más bien, la voz insumisa y venenosa es siempre la voz popular; y que además es el pueblo el que, al disfrazarse de persona, no sólo olvida esa voz y la disimula, sino que, con esa máscara social puesta, habla al fin esa jerga (que bien conocemos) de sometido al poder.

De paso, recordemos también que Pier Paolo Pasolini, en un libro del año 1960, *Passione e ideologia*, en verdad a eso mismo alude cuando dice que en los sonetos del Belli (que define como un “milagro único en la literatura italiana”) habla la ‘plebe’, la plebe romana, y que esa plebe habla así de bien justamente por no tener conciencia social; y aclara luego que esa voz es la voz de un “comune inconscio” (común inconsciente) que, con un “mixto de escepticismo y violencia”, se niega a ser “centro della Chiesa Cattolica e della Nazione Italiana”, esto es, se niega a servir al poder, el cual, no olvidemos, encuentra precisamente en Roma, por partida doble (Iglesia y Estado), su centro.

Por otra parte, deberíamos recordar aquí, aunque sea someramente, algunas de las más significativas traducciones en lengua castellana de Agustín García Calvo, como, por ejemplo: las versiones rítmicas de poemas cuales la *Iliada* de Homero, los restos del poema de Parménides, el *De rerum natura* de Lucrecio o *Le cimetière marin* de Paul Valéry (sin olvidar, de entre los antiguos, sus versiones de poesías de Safó, Anacreonte, Catulo, Virgilio, Horacio...); la traducción de los fragmentos del libro de Heraclito y de otros textos presocráticos (como los de Zenón, Meliso, Gorgias o Empedoclés); sus versiones rítmicas de obras teatrales de Ésquilo, Sófocles, Aristófanes, Shakespeare; las traducciones de textos de Epicuro, de *La philosophie dans le boudoir* del Marqués de Sade, del *De civilitate morum puerilium* de Erasmo de Rotterdam, de poesía popular antigua y moderna...

Y es así como entre sus versiones rítmicas se encuentra también su versión de los sonetos del Belli.

Aquí, pues, lo que en breve haremos será presentar algunos de esos 47 sonetos, digámoslo así, ‘traducidos’ por García Calvo. Él mismo, sobre cómo vertió al español los sonetos, explica en la mencionada ‘Presentación’:

La técnica ha sido, más que procurar una traducción, dejar que el soneto me reavive el sentimiento con que el personaje (en el que me he dejado a mi vez meter) en voz más o menos plebeya se debate; así ha resultado, como el curioso lector advertirá, que en muchos casos la versión se aparta tanto del original (llevada por esa inspiración misma) que nadie la llamaría una traducción, y hasta pienso que, en unos pocos casos, mediando fortuna y teniendo yo menos prisa que él, la formulación ha salido más graciosa y justa que la del propio Belli (malilla ha de ser una traducción de versos que no resulte en alguno que otro mejor que el original).

Difícil, o quizás casi imposible, debería de parecerle a uno la tarea de lograr que los sonetos en dialecto romanesco suenen bien en español. A tal propósito comenta García Calvo:

No he podido, en el intento de esta versión, disponer de algo que correspondiese, bajo el español oficial, al romanesco que Belli oyera (no daba para tanto el chulapo o cheli del Madrid de antaño), y he tenido que

contentarme con un español enturbiado de rasgos vulgares, en varios grados y de varios tipos según el personaje que en cada soneto habla, tal como sucede en los del Belli mismo, que recorren una escala de voces, desde las más plebeyas y barriobajeras hasta las de personajes que hablan o tratan de hablar más fino.

Sigue contando en su ‘Presentación’ que el criterio de selección de los 47 sonetos del Belli fue el de “elegir, entre tantos agudos y graciosos, los que más, por así decirlo, hablan en un dialecto popular cualquiera y para cualquiera a quien hoy todavía le quede algo de pueblo, y que tocan, por tanto, a los problemas, siempre abiertos, de la fe, la política y la carne”.

Y sobre los aspectos métricos de sus versiones:

He guardado las reglas del hendecasilabo y el soneto (liberándome a veces de seguir literalmente lo más superficial, que es el orden de las rimas), como que el contraste de ese cuidado métrico con la lengua, aparentemente espontánea y libertina, de los personajes es esencial para este arte que el Belli y, tras él, un servidor servimos.

En fin, que la voz popular que a través del Belli habla, le habla a lo que en nosotros haya de pueblo, como solía decir García Calvo; y no a la persona, es decir, a lo que en nosotros haya de máscara ‘culta’, reaccionaria, dócil con lo mandado.

Entiéndase, pues, por ejemplo, cómo el soneto 515, “La vita da cane” (“Una vida perra”), no es solamente la denuncia del poder personal del Papa (¡qué bien que vive y cómo se las apaña para engañar astutamente a sus súbditos con sus ocupaciones hipócritas!), sino acaso también, lo cual sería más hiriente, el descubrimiento del hecho de que el Papa, por más que represente el poder en grado sumo, es en verdad un súbdito más, y que, con sus trabajos y ajetreos (que en cuanto serviles se vuelven miserables y absurdos como los de cualquier otro), él también no es más que eso: triste servidor y víctima de un poder ideal.

Es más: que es en los altos cargos de la jerarquía social (trátase ya de Reyes, Papas, Jefes de Gobierno o Empresa, Directores de Banco...) donde quizás mejor se descubre la sumisión de los hombres al poder y el hecho de que el poder no es más que idea o abstracción, y que sólo en cuanto tal configura y mata nuestras vidas.

En efecto así concluye la ‘Presentación’ de García Calvo, diciendo que sus versiones

han nacido de una admirada fidelidad al arte insólita del Belli, que, en contra de su propio carácter o persona, acertó a dejar que, a través de su pluma y de la voz de personajes más o menos míseros, necios o grotescos, se hiciera oír la queja y denuncia del pueblo-que-no-existe-ni-en-la-Roma-de-Belli-ni-entre-nosotros contra la falsía del Poder, bajo cualquier forma, papal o democrática, que tome, y así nos libere un tanto de la sumisión, no sólo la de la gente, sino también la de la poesía.

Señalamos, al fin, la feliz ocurrencia de García Calvo, mientras estudiaba y vertía los sonetos romanescos, de crear un soneto “que se olvidó de escribir el Belli”, titulado “Infierno y gloria”, publicado como propina en su libro *47 sonetos romanescos* y que aquí también reproducimos.

Sin más, os ofrecemos a continuación los sonetos prometidos.

146. L'INGEGNO DELL'OMO

Er venardí de llà, a la vemmaria,
Io incontranno ar Corzo Margherita,
Je curze incontro a bbracciuperte: “Oh Ghita,
Propio me n’annerebbe fantasia!”

Disce: “Ma indove?” Allora a l’abborrita
Je messe er fongo e la vardrappa mia,
E ddoppo tutt’e ddua in compagnia
C’imbusciassimo drento ar Caravita.

Ggià llí ppare de stà ssempr’in cantina:
E cquer lume che cc’è, ddopo er rosario
Se smorzò ppe la santa dissciprina.

Allora noi in d’un confessionario
Ce dassimo una bbona ingrufatina
Da piede a la stazione der Zudario.

Roma, 18 dicembre 1832

EL INGENIO DEL HOMBRE

Tocando a avemaría la campana,
por el Corso me encuentro a Margarita:
brazos abiertos me le voy: “Nenita,
ahora mismo te tengo a tí una gana...”

Dice ella “Y ¿dónde?”, y yo, pronto a la espita,
la arrebujo en mi capa, y bajo el gorro
ambos a una entramos a lo zorro
en el gran Oratorio Jesuíta.

Allí está negro como noche oscura,
y el candelero que hay, tras el rosario
lo apagó en santo ahorro el padre cura;

conque allí, dentro de un confesonario,
nos metimos en pie una follatura
de Dios, bajo la estampa del Sudario.

149. LE MURA DE ROMA

Mó cc'è un editto c'a sta Roma caggna
 Je vonno ariggiustà ttutte le mura;
 Ma ssi nun è cche cquarcuno sce maggna,
 Nun te pare, per dio, caricatura?

Se pò ssapé dde cosa hanno pavura?
 Che li Romani scappino in campagna?
 De li preti ggnisuno se ne cura,
 Perché ddrento in città sta la cuccagna.

Si ppoi semo noantri secolari,
 Sc'è bbisogno de muri e de cancelli
 Pe ffacce restà ddrento a li rippari?

Pe ppoche pecoracce e ppochi agnelli
 Dati in guardia a li can de pecorari
 Bbasta una rete e cquattro bbastoncelli.

Roma, 22 dicembre 1832

OBRAS PÚBLICAS

Sale hoy un bando, que a esta perra Roma
 le quién arristorar toa la muralla.
 Si no es que de eso alguno se avitualla,
 ¿no te paece, ¡rediós!, que es mucha broma?

¿Qué miedo puén tener que así los coma?
 ¿que escapen los romanos de su centro?
 Que, lo que es ellos, no hay cuidao, que ahi dentro
 tién el busilis de su daca-y-toma.

Si es por nosotros, pobres peatones,
 ¿qué falta hacen muralla ni bastiones
 pa hacernos seguir dentro de la barda?:

pa ovejas mil o cuatro mil cabritos,
 que su escuadra de perros bien los guarda,
 basta una red y cien semaforitos.

188. ER LAVORE

Nun vojjo lavorà: ccosa ve dole?
 Pe sta vita io nun me sce sento nato.
 Nun vojjo lavorà: mme sò spiegato,
 O bbisogna spregacce antre parole?

A ddigiuno sò ffiacco de stajole;
 E ddopo c'ho bbevuto e cc'ho mmagnato,
 Tutto er mi' gusto è dde stà llí sdrajato
 Su cquer murello che cce bbatte er zole.

Cuanno che ffussi dorce la fatica,
 La voríano pe ssé ttanti pretoni
 Che jje puncica peggio de l'ortica.

Va' in paradiso si cce sò mminchioni!
 Le sante sce se gratteno la fica,
 E li santi l'uscello e li cojjoni.

Roma, 30 gennaio 1833

EL TRABAJO

No quió currar. ¿Qué pasa, peatones?
 Yo pa este mundo no estoy programao.
 No quiero trabajar. ¿Qué?, ¿me he espresao?
 ¿O hay que andar endilgando más razones?

En ayunas, me pesan los riñones,
 y, después de que me he desayunao,
 tó mi gusto es estarme al sol tumbao
 contra esa tapia oyendo a los gorriones.

Si fuese el curre pan de buena miga,
 ya se lo habrian cogido esos curárganos,
 que les pincha más fiero que la ortiga.

Mira en el cielo, a ver si allí no hay zárganos:
 allí las santas ráscanse la higa
 y los santos la polla y los pindárganos.

287. LA BBONA NOVA

Dunque nun c'è ppiú inferno! alegramente.
 Ecco er tempo oramai de fasse ricchi.
 Dunque er dellà é un inzogno de la ggente,
 E nnun resta ch'er boja che cc'impicchi.

Sgabbellato l'inferno, ar rimanente
 Se saperà ttrovà chi jje la ficchi.
 Li ggiudisci nun zò Ddio nipotente,
 E cqui abbasta a spartí bbene li spicchi.

La lègge, è vvero, è una gran bestia porca;
 Ma l'inferno era peggio de la lègge,
 E ffasceva ggelà ppiú dde la forca.

L'onor del monno? e cche ccos'è st'onore?
 Foco de pajja, vento de scorregge.
 Er tutto è nnun tremà cquanno se more.

29 aprile 1834

LA BUENA NUEVA

¿Conque ya no hay infierno? ¡Enhorabuena!
 es la hora de 'pilla, goza y brinca':
 ya sueño el más allá y la eterna pena,
 miedo sólo al verdugo, si te trinca.

Desmontao ya el infierno, a tiento y modo
 se irá viendo quién hay que te la hinca:
 los jueces no son Dios sabelotodo,
 y aquí basta partirse bien la finca.

La Ley (es cierto) es una mala bicha;
 pero pior que la horca era el infierno
 y más te hacía congelar la chicha.

¿Temor del mundo? ¡Qué temor ni picha!
 fuego de paja, pedos por un cuerno:
 el caso es no temblar cuando se espicha.

291. ER BATTESIMO DER FIJO MASCHIO

Cosa sò sti fibbioni sbrillantati,
Sto bber cappello novo e sto vistito?
Sta carrozza ch'edè? cch'edè st'invito
De confetti, de vino e dde ggelati?

E li sparagni tui l'hai massagrati,
Cazzo-matto somaro sscimunito,
Perché jjeri tu' mojje ha ppatorito
Un zervitore ar Papa e a li su' frati?!

Se fa ttant'alegría, ttanta bbardoria,
Pe bbattezzà cchi fforzi è ccondannato,
Prima de nassce, a cojje la scicoria!

Poveri scechi! E nnun ve sete accorti
Ch'er libbro de bbattesimi in sto Stato
Se potería chiamà *llibbro de morti*?

22 maggio 1834

BAUTIZO DE HIJO VARÓN

¿A qué chaqué y zapatos charolados?
¿Y esa corbata? ¿A qué tanto estampido
de cuetes? ¿Y el cochazo que has traído?
¿Y el convite de vinos y de helados?

Tus ahorrillos ¿se irán despilfarrados,
picha-loca, jumento entontorrido,
porque ayer haya tu mujer parido
un servidor al Papa y sus Prelados?

¡Tanta algazara, tanta engayadura
de bautizo, al que viene condenado,
ya al nacer, a escarbar en la basura!

Pobres ciegos, ¿no veis que, pa estar ciertos,
el Libro de Bautismos de este Estado
debe llamarse Libro de los Muertos?

292. LI SORDATI BBONI

Subbito c'un zovrano de la terra
 Crede c'un antro j'abbi tocco un fico
 Disce ar popolo suo: "Tu sei nimmico
 Der tale o dder tar re; ffàjje la guerra".

E er popolo, per sfugge la galerra
 O cquarc'antra grazzietta che nnun dico,
 Pijja lo schioppo, e vviaggia com'un prico
 Che spedischino in Francia o in Inghirterra.

Ccusi, pe li crapicci d'una corte
 Ste pecore aritorneno a la stalla
 Co mmezza testa e cco le gamme storte.

E cco le vite sce se ggiuca a ppalla,
 Come quela puttana de la morte
 Nun vienissi da lei senza scercalla.

23 maggio 1834

LOS BRAVOS RECLUTAS

Cuanto que un soberano de la tierra
 cree que algún otro le ha tocado un higo,
 dice a su pueblo "Tú eres enemigo
 de tal o de tal rey: házle la guerra";

y el pueblo, pa escapar del hambre perra
 y trena y pena y leyes y la tanda,
 coge el chopo, y allá donde Dios manda
 los llevan como a reses la cencerra.

Por el capricho así de un altidiota,
 vuelve el ganao con la cabeza rota
 o una pierna de menos, cuando hay suerte:

con las vidas se juega a bola y puya,
 como si ya esa puta de la muerte
 no viniera sin ir en busca suya.

314. LA BBELLEZZA

Che ggran dono de Ddio ch'è la bbellezza!
 Sopra de li quadrini hai da tenella:
 Pe vvìa che la ricchezza nu dà cquella,
 E cco cquella s'acquista la ricchezza.

Una cchiesa, una vacca, una zitella,
 Si è bbrutta nun ze guarda e sse disprezza:
 E Ddio stesso, ch'è un pozzo de saviezza,
 La madre che pijjò la vorze bbella.

La bbellezza nun trova porte chiuse:
 Tutti je fanno l'occhi dorci; e ttutti
 Vedenò er torto in lei doppo le scuse.

Guardàmo li gattini, amico caro.
 Li ppiú bbelli s'allevono: e li bbrutti?
 E li poveri bbrutti ar monnezzaro.

20 ottobre 1834

LA BELLEZA

¡Oh, qué gran don de Dios que es la belleza!
 Más que caudales debes estimarla,
 pues que el dinero no puede comprarla,
 y con ella se compra la riqueza.

Casa o vaca o mujer o cualquier cosa,
 si es fea, no se estima, y se licencia;
 y Dios mismo, que es un pozo de ciencia,
 la madre que pilló, la quiso hermosa.

No se le cierra puerta a la que es bella:
 tò el mundo le hace halagos, y ve en ella
 los pecados después de los perdones.

Mira ahí los gatitos, compañero:
 crían a los más lindos, y a montones
 los feos allá van al vertedero.

410. L'AMORE DE LI MORTI

A sto paese tutti li penzieri,
Tutte le lòro carità ccristiane
Sò ppe li morti; e appena more un cane
Je se smoveno tutti li bbraghieri.

E ccataletti, e mmoccoli, e incenzieri,
E asperge, e uffizzi, e mmusiche, e ccampane,
E mmesse, e ccatafarchi, e bbonemane,
E indurgenze, e ppitaffi, e ccimiteri!...

E intanto pe li vivi, poveretti!,
Gabelle, ghijjottine, passaporti,
Mano-reggie, galerre e ccavalletti.

E li vivi poi-poi, bboni o ccattivi,
Sò cquarce ccosa mejjo de li morti:
Nun fuss'antro pe cquesto che ssò vvivi.

19 settembre 1835

EL AMOR DE LOS MUERTOS

En este mundo toas las florituras
de caridá de Dios son (¡mala tiña!)
pa los muertos, y, en cuanto un can la diña,
ya están en marcha cuidados y finuras,

pompas, lutos y cánticos de curas,
pésames, campaniles, rebatiñas,
esquelas, loas, lágrimas de niñas,
rezos, petafios, lindas sepolturas.

Y, en tanto, pa los vivos, penas, palos,
gabelas, leyes, murgas, protocolo,
cuarteles, multas, cárceles, derribos...

Y los vivos, caray, buenos o malos,
más valdrán que los muertos, manque sólo
sea por el aquel de que están vivos.

514. LI SORDATI

Dico: “Facci de grazzia, sor don Zisto,
 Lei che ste cose deve avelle intese:
 Quanno stava quaggiú, trall’antre spese
 Manteneva sordati Ggesucristo?”

Perché,” ddico, “lei sa cch’er monno tristo
 Critica er zu’ Vicario a sto paese,
 Che a ccasa e ppe le strade e in ne le cchiese
 Senza sordateria nun z’è mmai visto”.

“Fijjo,” disce; “voi sete un iggnorante,
 E nun zapete come li peccati
 Hanno fatto la cchiesa militante.

Pe cquesto ir Papa ha li sordati sui;
 E ssi Ccristo teneva li sordati
 Sarebbe stato mejjo anche pe llui.”

25 dicembre 1845

SOLDADOS

Digo “Hágame el favor, señor don Sisto:
 usté, que habrá estudiao de la Escritura:
 cuando andaba acá abajo, ¿por ventura
 mantenía soldados Jesucristo?”

Que es que” digo “usté sabe que algún listo
 critica al su Vicario en este valle
 de que, en casa, en la iglesia o por la calle,
 nunca sin soldadesca se le ha visto.”

“Hijo,” me dice “eres un ignorante,
 que no sabes cómo es que los pecados
 a la Iglesia la han hecho militante:

por eso el Papa tiene tropa. Y ¿qué?:
 de haber tenido Cristo sus soldados,
 mejor le habría ido que le fué.”

515. LA VITA DA CANE

Ah sse chiam'ozzio er zuo, bbrutte marmotte?
 Nun fa mmai ggnente er Papa, eh?, nun fa ggnente?
 Accusí vve pijjassi un accidente
 Come lui se strapazza e ggiorn'e nnotte.

Chi pparla co Ddio padr'onnipotentente?
 Chi assorve tanti fijji de miggnotte?
 Chi mmanna in giro l'innurgenze a bbotte?
 Chi vva in carrozza a bbinidí la ggente?

Chi jje li conta li quadrini sui?
 Chi l'ajjuta a ccreà li cardinali?
 Le gabbelle, pe ddio, nnu le fa llui?

Sortanto la fatica da facchino
 De strappà tutto l'anno momoriali
 E bbuttalli a ppezetti in ner cestino!

31 dicembre 1845

UNA VIDA PERRA

¿Conque un holgazán él, mala ralea?
 ¿Que no hace nada el Papa, eh? ¿No hace nada?:
 ¡así se os atragante la tajada
 como él de día y noche azacanea!

¿Quién habla con Dios Padre? ¿Quién blanquea
 tanto hijoputa echando arsoluciones?
 ¿Quién despacha indulgencias a montones?
 ¿Quién, bendiciendo, en coche se ajetrea?

¿Quién le lleva las cuentas de la bula?
 ¿Quién le ayuda a buscar más cardenales?
 ¿No es él, ¡sandíós!, quien crea cada impuesto?

¡Sólo que fuera esa labor de mula
 de andar tò el año abriendo memoriales
 y, hechos trizas, tirándolas al cesto!

521. LA MORTE CO LA CODA

Cqua nun ze n'essce: o ssemo ggiacubbini,
 O ccredemo a la lègge der Ziggnore.
 Se cce credemo, o mminentì o ppaini,
 La morte è un passo cche vve ggela er core.

Se curre a la commedie, a li festini,
 Se va ppe l'ostarie, se fa l'amore,
 Se trafica, s'impozzeno quadrini,
 Se fa dd'ogn'erba un fasscio... eppoi se more!

E ddoppo? doppo vienghenò li guai.
 Doppo sc'è ll'antra vita, un antro monno,
 Che ddura sempre e nnun finisce mai!

È un penziere quer *mai*, che tte squinterna!
 Eppuro, o bbene o mmale, o a ggalla o a ffonno,
 Sta cana eternità ddev'èsse eterna!

29 aprile 1846

LA MUERTE CON LA COLA

De éstas no sales: o eres un ateo,
 o en la Ley del Señor toa tu fe pones.
 Con la fe, siamos reyes o peones,
 la muerte es trance que te huela el meo:

vas corriendo al teatro, al regodeo,
 la taberna, el amor de las mujeres,
 traficas, ganas cuartos a voleo,
 armas los quiries, y después te mueres.

Y ¿luego? Luego viene de propina
 otra vida, otro mundo del carajo
 que dura y dura y nunca se termina.

El pensar “nunca, nunca” te descuerna:
 pero es que, o mal o bien, arriba, abajo,
 la puta eternidá ha de ser eterna.

528. ER POVERELLO DE MALAGRAZZIA

Però, cquer benedetto poverello
 Fasse trovà sdragliato pe le scale
 Der palazzo d'un conte cardinale,
 Come sott'a un bancone de mascello!...

Eppoi, sibbè cche sse sentissi male,
 Nun avé mmanco un deto de scervello
 De tirasse un po' in là mmentre che cquello
 Se strascinava sú ccoda e ccodale!...

E avè ccoraggio in faccia a Ssu' Eminenza
 De fà ppuro la bbava da la bbocca
 E de lassajje llí cquella schifenza!...

E mmoríjje, pe ggionta, ar zu' cospetto
 Come si stassi in de la su' bbicocca,
 Nun ze chiama un mancajje de rispetto?

8 gennaio 1847

EL POBRE MALEDUCAO

¡Mià tú que ese pobrete desgraciao
 irse a encontrar justo en la escalinata
 del palacio del conde, ahí tirao
 como en desaguadero alguna rata!

Que, aunque estuviese malo, el malapata,
 ¡no tener ni una chispa que le mande
 quitarse un poco atrás mientras el grande
 disciende en su carroza y su reata!

Y ¡qué valor, de frente a Su Iminencia,
 echar baba de boca, cucaracha,
 pa luego allí dejarle esa endecencia!

Y morírsele encima, como a peto,
 igual que si estuviera en su covacha,
 ¿no es (díganme) una falta de respeto?

529.

Io, per brio, saperebbe volentieri
 Si ccurre puro nell'antri paesi
 Sta fiumara de prencipi, marchesi,
 Conti, duchi, bbaroni e ccavajjeri.

Perché a Roma, per brio, tra ffarzi e vveri,
 N'ho intesi tanti a mmentuà, nn'ho intesi,
 Che mmeno sò li moccoletti accesi
 Che ttenghenò smorzati li drughieri.

È una gran cosa, pe cquer brio sagrato,
 De nun poté ffà un passo in gnisun loco
 Senza pijjà de petto un titolato!

Eh, Ppapa io, nun me faria confonne!
 Voria riduce er monno a ppoc'a ppoco
 Tutto quanto in du' crasse: *ommini e ddonne*.

9 gennaio 1847

(CLASES)

Pardiez, que por saber daba dineros
 si en toas las partes corre esta balumba
 de príncipes, marqueses, caballeros,
 duques, condes, barones, y la rumba;

porque en Roma, ¡rediez!, falsos o enteros,
 tantos oigo mentar que no son tantos
 los cirios que les roban a los santos,
 pa apagaos revenderlos, los tenderos.

Tié narices, ¡me caso en dos que es uno!
 no poder dar un paso a sitio alguno
 sin topar con un título de morro.

Yo papa, yo no me embrollaba en nombres:
 reducía tò el mundo, por ahorro,
 a dos clases no más: mujeres y hombres.

DE PROPINA UNO QUE SE OLVIDÓ DE ESCRIBIR EL BELLI

INFIERNO Y GLORIA

¿Qué mandangas me saca usted de infierno?
 ¿Que en un fuego sin fin, fray Venerando,
 torrándome he de estar?: si sigo estando,
 dónde ni cómo esté me importa un cuerno.

Bien sé cómo, en pellejo y fuero interno,
 suelo hacerme a la pena siempre y cuando
 cualquier dolor me toca ir aguantando;
 que no hay dolor que sea sempiterno:

ya puede, echando palos a su lumbre,
 Pedro Botero hacerme pepitoria:
 nada. Todo lo puede la costumbre;

y, sin futuro ya, sin juez ni historia,
 tras dos o tres milenios de quejumbre,
 acabaré sintiéndome en la gloria.